M. Rostovtzeff

ROMA

De los orígenes a la última crisis

TEMAS DE EUDEBA EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Título de la obra original: *ROME*

©1960 Oxford University Press, New York

Traducido por

Tula Núñez de Latorre

Cuarta edición. Junio de 1977

EUDEBA S. E. M.

Fundada por la Universidad de Buenos Aires

©1477

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Sociedad de Economía Mixta

Rivadavia 1571/73

Hecho el depósito de ley

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

ÍNDICE

PÁG.

I. Italia primitiva. Fuentes de información

II. Italia del 800 a. C. al 500 a. C: etruscos, samnitas,

latinos

III. Roma en el siglo V y comienzos del IV a. C

IV. Roma en la primera mitad del siglo IV y comienzos

del III a. C

V. Roma y Cartago

VI. Roma, el Oriente helenístico y Cartago en el siglo II

a. C

VII. Las provincias romanas

VIH. Roma e Italia después de las guerras púnicas y

orientales

IX. Los Gracos y el comienzo de la revolución política

y social en Roma

X. Comienzo de la guerra civil. Los aliados. Mario y

Sila

XI. Pompeyo y César: la segunda etapa de la guerra

civil

XII. La dictadura de César. La tercera etapa de la guerra civil: Antonio y Octavio

XIII. Roma, Italia y las provincias en el siglo I a. C

XIV. El principado de Augusto

XV. Religión y arte en la época de Augusto

XVI. La dinastía Julio-Claudia

XVII. La época del despotismo ilustrado: los Flavios y los

Antoninos

XVIII. Las provincias en los siglos I y II d. C

XIX. Gobierno del Imperio Romano en los dos primeros

siglos d. C

XX. Desarrollo social y económico del Imperio en los dos primeros siglos

XXI. La crisis del Imperio Romano en el siglo III d. C

XXII. Las reformas de Diocleciano y de Constantino: el

despotismo militar de Oriente

XXIII. Las tendencias religiosas del Imperio durante los tres

primeros siglos

XXIV. La decadencia de la civilización antigua

XXV. Causas de la decadencia de la civilización antigua

Mapa de Italia

Mapa del Imperio Romano

Cronología

Bibliografía

índice alfabético

Láminas entre páginas

NOTA A LA EDICIÓN CORREGIDA DE 1928

Los cambios introducidos en la segunda edición del primer volumen de esta obra *(The Orient and Greece)* son pocos y de escasa importancia y, en consecuencia, no consideré necesario añadir cosa alguna al prefacio que aparece al comienzo de ese volumen. En cambio, las modificaciones introducidas en la segunda edición del volumen segundo son más numerosas y exigen una nota explicatoria.

Esos cambios tienen por objeto satisfacer a mis críticos y, por supuesto, a mis lectores. Como es natural, no he podido descartar hechos determinados por las investigaciones arqueológicas y reemplazarlos con las afirmaciones intuitivas y novelescas deseadas por uno de mis críticos. Tampoco he considerado oportuno transformar mi historia de Roma en un tratado sobre la constitución y el derecho romanos. Por último, en ciertas cuestiones debatidas no he querido mudar de opinión, aunque algunos críticos poco informados hayan tomado, temerariamente, mis concepciones por errores.

Sin embargo, ha sido posible y me ha parecido conveníante corregir algunas aserciones erróneas, algunas expresiones ambiguas que pudieran tomarse por errores o falsear la comprensión del texto, y, sin que le reste importancia por decirlo al final, algunas erratas. Agradezco mucho a mis críticos el haberme llamado la atención con respecto a esos pasajes. En especial, expreso mi gratitud al profesor F. B. Marsh, de la Universidad de Texas, quien ha tenido la gentileza de sugerir (a mi pedido) una lista de los cambios que resultarían de utilidad en el texto de mi libro. Le ruego que acepte mi más sincero agradecimiento.

ADDENDA

Este libro de Rostovtzeff vale por sí mismo; los descubrimientos y las investigaciones recientes no le han restado actualidad. Sin embargo, hay hallazgos nuevos y la investigación exhaustiva ha 'resultado fructífera. Se indican a continuación los detalles más importantes a ese respecto.

Página 7. Los nuevos descubrimientos demuestran que la prehistoria de Italia fue mucho más compleja que el sencillo esquema de las invasiones indoeuropeas trazado en el texto. Cf. M. Pallotino, *The Etruscans* (trad. Pelican, 1955); E. Pulgram, *The Tongues of Italy* (Harvard University Press, 1959).

Página 11. En la edad de bronce (mediados del segundo milenio a. C.) ya vivían hombres en las colinas de Roma. Las nuevas excavaciones prueban la existencia de chozas (del mismo tipo de las representadas por las urnas cinerarias) en las dos cimas del Palatino durante la primera fase de la edad de hierro, es decir, aproximadamente en el siglo VIII a. C. Las tumbas descubiertas debajo del Foro, sobre el Esquilino y sobre el Quirinal pertenecen al mismo período. Por otra parte, el Capitolio estaba 'habitado hacia el 600 a. C. y lo que habría de ser el Foro se empedró por vez primera hacia el 575. De este modo, el testimonio arqueológico confirma la fecha tradicional (753 a. C.) de la instalación de "Rómulo" en el Palatino. Pero una interpretación más exacta de los datos arqueológicos y su correlación con la primitiva historia de Roma resultan muy difíciles, de modo que los problemas conexos se discuten acaloradamente. C. E. Gierstad, Early Rome (vols. I M. 1953) y ss., en curso de publicación); R. Bloch, The Origins boj Rome (1960); A. Boethius, The Golden House of Nero (University of Michigan Press, 1960), pp. 3 y ss. y 186; también, publicaciones de divulgación: S. M. Puglisi, "Huts on the Palatine Hill", Antiquity XXIV (1950), pp. 119-121; E". Gjerstad, "Stratigraphic Excavations in the Forum Romanum", Antiquity XXVI (1952), pp. 60 y ss. Página 31. La hipótesis de que Quirino era un dios sabino no puede defenderse. Cf. G. Dumézil, L'héritage indo-européen à Rome (1949), pp. 87 y ss.

Página 8Jf. En la época de Cicerón solo se consideraba parte de la nobleza, esto es, de las mejores familias de Roma, a los descendientes directos de un cónsul (o dictador, o censor). Cf. H. H. Scullard, Román Politics (Londres, 1951), p. 6.

Páginas 84-85. Las relaciones entre tribus y centurias constituyen un problema muy complejo, indebidamente simplificado en el texto. Cf. H. Hill, *The Román Middle Class in the Republican Period* (1952), pp. 38 y ss.; E. S. Stavely, "The Constitution of the Román Republic", *Historia* V (1956), pp. 112 y ss.

Página 96. Es probable que nunca llegaran a existir las tribus supernumerarias. Al final, los itálicos fueron distribuidos entre las tribus primitivas. Cf. L. R. Taylor, *The Voting Districts of the Román Republic* (Papers and Monographs of the American Acádemy in Rome, vol. XX, Roma, 1960), pp. 101 y ss.

Página 135. Los testimonios conservados no dan asidero para la inferencia de que Ático se dedicara al negocio editorial. Cf. G. Pasquali, *Storia della tradizione* (1934), p. 399.

Página 156. Acerca de la situación constitucional de Augusto, véase la compilación de opiniones recientes en una revista alemana, *Historia* I (1950), pp. 408 y ss., que contiene un artículo de G. E. F. Chilver.

Páginas 156 y 175. Una inscripción descubierta recientemente (la *Tabula Hebana*) demuestra que por lo menos hasta el 19 d. C. cónsules y pretores eran elegidos por el pueblo, pero el pueblo solo podía rechazar o aceptar los candidatos oficiales, seleccionados con anterioridad por votación de un comité de senadores y caballeros. Este complejo sistema eleccionario fue introducido por Augusto. Cf. J. H. Oliver y R. E. A. Palmer, "Text of the Tabula Hebana", *American Journal of Philology LXXV* (1956), pp. 225 y ss.

Página 173. Calígula exigió que se le rindieran honores divinos, pero no se proclamó "Señor y Dios".

Página 218. Nuevos hallazgos prueban que la tarifa de Diocleciano también estaba en vigencia en Occidente. Cf. T. Frank, An Economic Survey of Ancient Rome, vol. V (1941), pp. 305 y ss., W. L.

Westermann, *The Age of Diocletian* (Nueva York, The Metropolitan Museum, 1953), p. 29. *Página 258*. El imperio hitita no fue destruido por los tracios, sino por los "pueblos del mar". Cf. O. R. Gurney, *The Hittites* (Pelican, 1961).

ELIAS J. BICKERMAN

ITALIA PRIMITIVA. FUENTES DE INFORMACIÓN

En el siglo IV a. C. en el preciso momento en que el mundo griego se hundía políticamente, a pesar de un trasfondo de floreciente civilización, en otra parte del mundo se cumplía un proceso inverso. En Italia, la unificación se llevaba a cabo a ritmo acelerado y toda la península se hallaba envuelta en un proceso de formación. Ese desarrollo no tenía lugar entre las colonias griegas de Italia y Sicilia que, como ya hemos visto, eran incapaces de mantener entre sí una unión permanente, sino entre las tribus itálicas, las cuales habían mantenido durante mucho tiempo relaciones con los etruscos y los griegos, y habían ido adoptando poco a poco su cultura. Gracias a ese proceso de unión, Italia se puso con rapidez en primer plano en el siglo IV a. C; a partir de fines del siglo U, su voz fue decisiva en los asuntos políticos de Oriente y los griegos tuvieron que obedecer sus órdenes. Este estado de cosas, que determinó el curso de la evolución humana durante muchos siglos, plantea un problema fundamental. ¿Cómo fue posible, en tierra itálica y con la base de una liga conducida por uno de sus miembros, llegar a la creación de un poder único con un ejército fuerte y grandes riquezas, mientras que Grecia, a pesar de su genio creador, nunca logró dar cima a ninguna de sus tentativas para conseguir el mismo resultado? Dicho de otro modo: ¿Por qué Roma, que no era más que una ciudad-Estado como Atenas y Esparta, logró resolver el conflicto que no habían podido superar Atenas ni Esparta, ni tampoco las monarquías griegas fundadas en el poder militar por los sucesores de Alejandro?

El surgimiento de tal imperio, con Roma por capital, y su extensión por la península y, más tarde, por todo el mundo conocido, resultaba, en verdad impresionante, como hecho histórico, para todos los filósofos e historiadores de la Antigüedad, bien fuesen nativos de Italia y, por consiguiente, coautores también ellos de ese imperio o griegos y, en consecuencia, gentes obligadas a someterse a su mandato. Grandes intelectuales, como Polibio, el historiador griego que describió los días triunfales de Roma y sus brillantes victorias en Oriente y Occidente en el siglo II a. C, y prominentes hombres públicos romanos de gran saber y de destacada actividad política, todos dirigieron sus mentes hacia ese problema, en busca de una explicación satisfactoria. La explicación que dieron estaba inspirada por las ideas filosóficas y políticas vigentes en aquel tiempo.

Partiendo del principio de que el bienestar de un Estado depende en parte de las cualidades morales de los individuos y, en parte también, de la bondad de su constitución, los historiadores filosóficos griegos atribuyeron el éxito de Roma a dos causas: a las virtudes de los ciudadanos romanos y a la perfección de su constitución, que realizaba en la práctica el ideal forjado mucho antes por los filósofos griegos, desde Platón en adelante. Sin embargo, nosotros no podemos aceptar esa explicación como suficiente. La investigación de las condiciones de vida en Roma e Italia nos ha mostrado algo de lo que el propio Polibio ya advertía al final de su vida, y es que la opinión que tenían los antiguos pecaba de exagerada, tanto en lo. que respecta a la constitución como a las virtudes cívicas y morales del pueblo romano; esa opinión no concuerda por entero con los hechos y, en todo caso, no constituye una plena respuesta al problema.

Es claro que las causas del éxito de Roma son más complejas y más profundas, y solo se pueden descubrir mediante un cuidadoso estudio del contorno histórico que moldeó la vida de Italia desde la más remota Antigüedad. Pero nosotros sabemos muy poco de ese proceso inicial. Los griegos se interesaban especialmente en la suerte de sus propias colonias de Sicilia y el sur de Italia. Tenían conocimiento acerca de las tribus itálicas desde el siglo VI a. C, pero no pusieron gran interés en ellas hasta dos siglos más tarde; su preocupación acerca de esas tribus fue mayor a fines del siglo IV y comienzos del III. Hay que añadir a todo esto que la copiosa literatura histórica producida por los griegos de Sicilia e Italia no ha llegado hasta nosotros y la que ha llegado consiste solo en pobres fragmentos. El más valioso de esos fragmentos fue recogido por los escritores romanos entre el año 100 a. C. y el año 100 d. C; se trata de fragmentos del historiador griego Timeo, nativo de Tauromenium (hoy Taormina) en Sicilia, que vivió desde fines del siglo IV hasta la primera mitad del III a. C. Este historiador recogió todo cuanto se sabía en aquel entonces acerca de los clanes

itálicos.

La tradición histórica, tal como la conservaron los propios itálicos y la rehicieron los historiadores romanos de los tres últimos siglos anteriores a Cristo, no solo es pobre sino que está deliberadamente falseada. Las tribus itálicas apenas tenían documentos en los que se registrasen sus acontecimientos históricos.

El arte de ITALIA PRIMITIVA

la escritura les llegó muy tardíamente y se empleaba muy poco para perpetuar la memoria de sus acontecimientos. Había una raza, residente en Italia, que hubiera podido crear una tradición histórica: eran los etruscos; pero éstos hablaban y escribían una lengua que no entendía la mayoría de los itálicos ni tampoco los hombres cultos de Roma. Por otro lado, la tradición etrusca probablemente no era de larga data y, en todo caso, no merecía mucho crédito. Los pocos textos epigráficos que se conservan no remontan más allá del siglo IV a. C.

Ante tal estado de cosas, no es de extrañar que los historiadores se encontrasen perplejos cuando a fines del siglo III a. C. comenzaran a recoger hechos acerca de la primitiva historia de Roma e Italia. Con los métodos de investigación histórica conocidos por aquel entonces, apenas hallaron algo en la literatura griega o en las tradiciones locales que les pudiera ayudar para hacer una narración, digna de confianza, de las vicisitudes por las que habían pasado los itálicos antes del siglo IV a. C. Más tarde, en el siglo IV y en el ni a. C. la cuestión mejoró porque, tanto en Grecia como en Italia hubo personas que se interesaron en la historia itálica y registraron los sucesos contemporáneos de Roma y de las tribus itálicas. Entre esos estudiosos, los más eminentes eran los propios romanos. Para el período anterior tenían que basarse en las siguientes frentes: 1) alusiones occidentales de los historiadores griegos del sur de Italia; 2) conjeturas de los mismos escritores acerca del pasado de Roma, sobre el cual sabían muy poco y que además trataban de relacionar con el pasado legendario de Grecia; 3) listas de los magistrados romanos. Pero estas listas eran incompletas e inexactas, al menos hasta el año 320 a. C, fecha en que el colegio de pontífices comenzó a reunir listas de cónsules con la intención de hacer un calendario, agregando noticias de acontecimientos importantes; ese documento se conoció con el nombre de "anales de los pontífices"; 4) la tradición oral, conservada en los cantos que se entonaban en las casas de algunas familias de vieja estirpe o asociados con los más antiguos monumentos existentes en la ciudad; 5) supervivencias de la Antigüedad en ciertas instituciones civiles y religiosas; 6) algunos fragmentos informativos que procedían de la literatura histórica de los etruscos.

Con tales fundamentos, no se pudo construir la historia conexa de Roma e Italia desde los tiempos antiguos. Pero, mientras tanto, el orgullo nacional de Roma y el papel que comenzaba a representar dentro de la familia de- los imperios helenísticos exigía que también ella tuviera, como los otros imperios y ciudades del mundo civilizado, su propia historia y, además, una historia que partiera desde el comienzo, es decir, desde la fundación de la ciudad. Asimismo, la historia de Roma tenía que relacionarse de un modo u otro con la del mundo civilizado o, dicho de otro modo, con Grecia y con el episodio más antiguo de esa historia, la propia guerra troyana. Roma debía ocupar un sitio en el poema de Hornero, el monumento más antiguo de la tradición histórica griega. Para el último período, era preciso mostrar cómo Roma avanzaba, cada vez con mayor fuerza, hasta convertirse en la dueña de Italia y cómo fue formándose, poco a poco, su constitución, que hasta los griegos reconocían como un modelo de perfección.

Con estos objetivos a la vista, los primeros historiadores de Roma crearon, mediante esfuerzos combinados, una cronología más o menos aceptada y una historia bastante detallada de la Roma primitiva, de un contenido sumamente patriótico pero fundado en cimientos muy endebles. Algunos de esos historiadores eran inmigrantes procedentes del sur de Italia, helenizados, tales como Ennio y Nevio, que vivieron y escribieron durante las guerras púnicas; otros eran romanos que desempeñaron un papel en la política de fines del siglo DI a. C. y a principios del II a. C, como, por ejemplo, Fabio Pictor, Cincio Alimento, Gayo Acilio (todos los cuales escribieron en griego), y

Marco Porcio Catón, Casio Hemina, Calpurnio Pisón, Gneo Gelio, y Claudio Cuadrigario. Como ya hemos apuntado anteriormente, esos autores poseían fuentes muy poco fidedignas para el período primitivo. Como trataban, de construir una narración continua del desarrollo de la ciudad con fragmentos de tradición histórica, recurrían a una serie de suposiciones arbitrarias, fundadas en interpretaciones fantasistas y carentes de' valor científico, o bien utilizaban palabras referentes a algunas instituciones civiles y religiosas que no comprendían o a nombres de ciertos monumentos erigidos en los inicios de Roma. Esos historiadores confiaron en suposiciones parecidas de los historiadores griegos que procuraban hacer conexiones caprichosas entre la historia de la Roma primitiva y la mitología griega. De esta manera, consiguieron hacer narraciones, más o menos conexas, desde la llegada de Eneas, cuando ese héroe huyó a Italia después de la toma de Troya, hasta el momento en que pudieron emplear los hechos más o menos auténticos de la historia de Roma, que la tradición oral había conservado en una forma semilegendaria, y también la primitiva información realmente auténtica sobre asuntos internos y externos.

Con estos hechos aislados y semihistóricos, asociados a nombres que figuraban en los primeros tiempos, pero a los que no se les puede asignar una fecha determinada, los historiadores romanos intentaron de nuevo construir una narración ordenada de los acontecimientos. Colocaron los hechos siguiendo un determinado orden cronológico, de. acuerdo con su propio juicio; inventaron nuevos héroes, para los que no tenían base en la tradición, y describieron detalladamente sus hazañas; dijeron cómo esos hombres alzaron a Roma sobre sus vecinos y dieron vida a la constitución romana. Este cuadro era, en gran medida, imaginario y todavía fue falseado aún más por los escritores de la segunda mitad del siglo II a. C. y comienzos del I, que trataban de encontrar un apoyo en el pasado remoto para las reformas políticas y sociales que ellos mismos propiciaban.

Mediante un análisis cuidadoso de esas obras históricas es posible entresacar algunos hechos constitucionales, religiosos y políticos, a partir del siglo VI a. C; pero esos hechos son tan generales que es casi imposible construir una historia continua y algo completa de Roma e Italia en el siglo V y gran parte del siglo IV. Para tiempos más remotos, los escritos de los historiadores romanos son prácticamente inutilizables.

Por ese motivo, resultan especialmente valiosos los resultados de la investigación arqueológica en Italia. Ellos nos permiten formarnos una idea del desarrollo cultural del país desde la época paleolítica. No es fácil compaginar los resultados¹ así obtenidos con los informes de los historiadores romanos, en especial con el que nos muestra la distribución de los diferentes pueblos establecidos en Italia. Pero algunos puntos se pueden dar por seguros y, aunque son pocos, tienen mucha importancia para la comprensión de la historia ulterior de la península.

Geográfica y geológicamente, Italia se parece, en líneas generales, a Grecia. La península Apenina es una continuación de la Europa Central que llega hasta el Mediterráneo. Italia está limitada al norte por los Alpes. Aunque éstos parecen constituir a primera vista, una formidable barrera entre Italia y Europa central, la realidad es que tal barrera no es tan enorme como parece. Porque los grandes ríos de Europa central, el Ródano, con sus afluentes, que sigue la dirección sudoeste, y el Rin, que corre hacia el norte, nacen en los Alpes; era, pues, muy posible seguir sus cursos por los pasos que atraviesan los Alpes hasta Italia y de allí descender por los valles de los ríos, en su mayoría tributarios del Po, hasta la fértil llanura del norte de Italia. Una franja costera permitía la conexión de Italia y Galia. También era relativamente fácil penetrar en Italia por la región del Danubio y sus afluentes.

La línea de los Apeninos forma la columna vertebral de la península itálica; va más allá del mar, reaparece en Sicilia y se conecta geológicamente con el norte de África. Esas montañas son mucho menos inaccesibles y peladas que las de Grecia; están entrecortadas por un crecido número de fértiles valles y se hallaban cubiertas en tiempos antiguos con bosques y ricos pastos disponibles en todas las estaciones del año. En la costa oriental, las montañas se acercan al Adriático, salvo en Apulia, en donde existe una extensa llanura de óptimo pasto para ganado vacuno y lanar. En el Occidente, las condiciones varían. Allí existe una fila de volcanes, en especial en Etruria, el Lacio,

en Campania y las islas adyacentes, incluyendo Sicilia, y su secular actividad ha creado en la ladera occidental de los Apeninos llanuras sumamente fértiles, cruzadas por ríos que nacen en la parte central para terminar en el Mar Tirreno. El mayor de estos ríos y el único adecuado para la navegación es el Tíber. Este río divide uno de los valles en dos porciones: el Lacio y Etruria; otro valle es la Campania, separada del Valle del Tíber por algunas estribaciones de los Apeninos que descienden hasta las orillas del mar.

Ya hemos hablado de la extraordinaria fertilidad de la Campania. Las llanuras de Etruria y el Lacio son más pobres en cuanto a su formación geológica; el suelo consiste en un fértil estrato de toba volcánica porosa sobre una capa de arcilla impermeable y, por consiguiente, se puede convertir fácilmente en pantano. Pero, mediante un cuidadoso drenaje y un trabajo persistente, se pueden obtener buenas cosechas e incluso, aunque se halle en parte sumergido, suministra en invierno buen pasto para los ganados de los valles superiores de la cercanía.

La costa itálica es menos rica en puertos que la de Grecia; pero posee, en especial en su parte occidental, excelentes bahías. Los mejores puertos son los de Ñapóles y Genova; hay también bastantes puntos a donde pueden arribar las embarcaciones de tamaño regular y descargar sus materiales. Así, pues, en conjunto, la parte más fértil de Italia mira al oeste; sus llanuras más productivas corren hacia el oeste; además, se une al Occidente a través de Sicilia, de la que solo la separa el angosto estrecho de Mesina y de la costa del Golfo de Liguria. También es íntima su conexión con Oriente: el Po corre al Adriático, una serie de islas acerca su costa oriental a la costa occidental de Grecia y la bahía de Tarento ofrece libre acceso a las embarcaciones que salen del Golfo de Corinto. Esas condiciones geográficas han determinado la historia de Italia. El país era accesible, por un lado, para las tribus de Europa central y, por otro, para los navegantes de Oriente. Unos y otros se sentían atraídos por su riqueza natural, su clima templado y su rica vegetación. Los pastores y campesinos de Europa central llegaban tentados por los excelentes pastos y la fertilidad de sus campos, mientras que los inmigrantes orientales buscaban los puertos del sur, que daban acceso a la próspera Campania, a los fértiles valles del sur de Italia y a los antiguos bosques de las colinas circundantes, que suministraban maderas excelentes para la construcción de barcos.

En esas condiciones, es fácil comprender por qué la historia primitiva de Italia es semejante a la historia primitiva de Grecia. Los moradores de la Europa central y oriental llegaban poco a poco al país procedentes del norte y del sur. Los más antiguos habitantes eran ligures e iberos, muy próximos a los aborígenes de España y de Galia; luego aparecieron las tribus indoeuropeas de la Europa central. Los primeros pobladores de esas tribus eran probablemente moradores lacustres en su país de origen; sus pueblos se construían sobre los lagos en plataformas sostenidas por vigas o pilotes; esas vigas se ponían a alguna distancia de la orilla y se aseguraba la comunicación con la orilla mediante un puente movible. Ellos comenzaron por construir tal género de aldeas en los lagos del norte de Italia. Después se trasladaron a tierra firme en donde construyeron poblados protegidos por terraplenes y rodeados por fosos; también aquí se colocaban las casas en plataformas que descansaban sobre pilotes y éstos se fijaban en la tierra en la parte interior de los terraplenes. Éstas fueron las primeras ciudades fortificadas de los centroeuropeos que se establecieron en Italia. Allí se las llama terramare, porque sus ruinas están llenas de una tierra negra muy rica (térra mará o mama). Estos habitantes de las terramare llegaron a Italia al comienzo de la edad de los metales, la edad del cobre y del bronce.

Bastante más tarde, en el último período de la edad del bronce, cuando comenzaba a usarse el hierro, siguieron a esas primeras tribus otros clanes que provenían de distritos en donde había lugares fortificados en las montañas y cimas de las colinas para proteger a los hombres y a los animales domésticos. Estos hombres traían consigo herramientas y armas perfeccionadas y, por eso, desplazaron a los moradores de los lagos y a los aborígenes. Mezclándose mutuamente y también con los antiguos habitantes, y ocupando distrito tras distrito, llegaron hasta la extremidad sur de la península. Esos inmigrantes se fueron dividiendo paulatinamente en tres grupos, cada uno de los cuales hablaba un dialecto diferente basado en una lengua común parecida al celta. Esos grupos

eran los umbros, los latinos y los samnitas. Los primeros ocuparon el norte de Italia y parte del centro, los segundos, el curso inferior del valle del Tíber y los últimos, las colinas y valles del sur de la península.

Sin embargo, no tuvieron la suerte de mantener su dominio en la costa. Los valles de Apulia y las llanuras vénetas, las partes más fértiles de la costa oriental, fueron ocupadas en temprana fecha por clanes ilíricos, que vinieron de las costas del norte y del este del Adriático. Los más fuertes y numerosos de esos clanes fueron los yápiges, que ocuparon la costa sudoriental de Italia. Probablemente, esos clanes entraron en Italia al mismo tiempo quelos pobladores lacustres. La costa occidental, salvo el curso inferior del Tíber, fue conquistada por invasores que atravesaron el mar a comienzos del primer milenio. En el norte, los itálicos fueron rechazados hacia las montañas o sometidos por los etruscos. Uno de los troncos de Anatolia que emigraron de Asia en la edad de la confusión y la dispersión de fines del segundo milenio. Grupos de inmigrantes procedentes de Grecia ocuparon, después del siglo VIII a. C, toda la franja costera del sur, excluyendo Apulia en el este, pero incluyendo Campania en el Occidente. Los últimos invasores de Italia fueron los celtas, a quienes los romanos llamaron "galos". Eran muy semejantes a los itálicos y, como éstos, también procedían del norte; unos venían del territorio que hoy se denomina Francia y otros procedían quizá del valle del Danubio. En el siglo VI a. C, comenzaron a ocupar gradualmente el valle del Po, arrojando de allí a los etruscos.

Sabemos que los etruscos aparecieron en la costa occidental de Italia central, que allí se establecieron y que penetraron en el corazón mismo del país, hasta el valle del Po y el Adriático, pero ignoramos los detalles de este proceso. Las excavaciones llevadas a cabo en sus poblaciones nos dan un buen cuadro de su vida, especialmente entre el siglo VI y el III a. C; cierto número de monumentos nos lleva aún más lejos, hasta el siglo VIII a. C. Todavía no podemos descifrar los textos etruscos grabados en piedra, con excepción de algunos nombres propios y palabras aisladas, aunque utilizaban el alfabeto griego. Sin embargo, la cantidad de monumentos etruscos que se conservan en las tumbas y las ruinas de sus ciudades es tan grande, y los monumentos mismos son tan variados, que podemos forjarnos una idea de las condiciones sociales y políticas de ese pueblo, de su religión, costumbres, arte e industrias.

En los siglos V y IV a. C, el imperio etrusco era una liga numerosa y de grandes ciudades, algunas de las cuales eran puertos marítimos. La solidaridad de esta liga fue disminuyendo con el tiempo, pero debió ser grande cuando se creó el Imperio. La estirpe etrusca formaba la clase superior de la población y vivía en ciudades fortificadas y bien delineadas. Esta clase obtenía sus recursos de varias fuentes: cultivaba el fértil suelo del país y criaba ganado, explotaba las minas de cobre de Etruria y las de hierro de la isla de Elba, mantenía una industria activa, en especial metalúrgica y textil y, finalmente, comerciaba intensamente con el mundo griego y con Oriente, por intermedio de las colonias griegas del sur de Italia y de Cartago. En los antiguos tiempos, todo el - comercio marítimo en el Mediterráneo dificilmente se podía distinguir de la piratería y tal carácter se conservó en Etruria hasta épocas muy tardías. En los siglos V y IV a. C, un comerciante etrusco era para los griegos sinónimo de pirata. La clase superior se componía de terratenientes, comerciantes e industriales. El trabajo lo hacían los ligures e itálicos conquistados, y también, probablemente, los esclavos capturados en las constantes guerras y en sus acciones de piratería. Es indudable que esos propietarios, comerciantes-piratas e industriales formaban la fuerza guerrera de la liga etrusca, reclutada a veces en una sola ciudad y otras en todas.

Sabemos poco acerca de la constitución de la liga y del gobierno de las ciudades. Es probable que, en tiempos primitivos, cada ciudad estuviese gobernada por un rey, cuyo lugar fue ocupado posteriormente por magistrados electos pertenecientes a las familias nobles. Su religión y su civilización eran de tipo mixto. Aunque sin duda procedían de Oriente y se asemejaban a las instituciones que prevalecían en Anatolia hacia el año 1000 a. C, sin embargo, la estrecha relación con Fenicia y Grecia desfiguró los orígenes de la civilización etrusca y le dio un carácter heterogéneo y variado. Es muy posible que, en muchos sitios, los conquistadores etruscos admitieran en sus filas a la aristocracia nativa, la cual ya poseía, en el momento de la conquista, una cultura bien desarrollada, un lenguaje propio y tal vez algunas nociones de escritura. Es muy probable que en las ciudades más populosas y ricas hubiera residentes griegos, principalmente artistas y artesanos originarios de Jonia.

La vida de la aristocracia en las ciudades era muy semejante a la de sus contemporáneas griegas, en especial, a las del Asia Menor y del sur de Italia. Podemos ver cómo empleaban su tiempo gracias a las escenas que adornan las tumbas etruscas y a las vasijas de estilo griego pero hechas en Etruria. Guerreaban, practicaban todos los deportes comunes en Grecia: carreras, boxeo, lanzamiento de disco y jabalina, lucha en la palestra, carreras de carros, caza y pesca; celebraban festivales acompañados de ceremonias religiosas. También las mujeres, ricamente adornadas, participaban en esas ceremonias. No sabemos con exactitud si la vida de las ciudades etruscas se desenvolvía de la misma manera que las de Asia Menor y el sur de Italia, aunque hay fundadas razones para creer que probablemente era así. Debemos suponer, asimismo, que debió haber dificultades políticas entre las diversas comunidades y una división social en cada una de ellas. Presumimos que justamente por eso acaeció la gradual degeneración de la liga etrusca.

Las fructuosas excavaciones de ciudades y cementerios etruscos, realizadas por los arqueólogos italianos, nos permiten seguir muy exactamente el desarrollo del arte etrusco desde el siglo VIH a. C. Al principio, encontramos el estilo geométrico característico de Italia; más tarde ese estilo deja sitio a las influencias orientales. Al mismo tiempo, Etruria se convierte en un mercado para los comerciantes de Grecia y de Oriente, en especial de Fenicia; y, combinando todos esos elementos, se crea en esa época on arte etrusco original e independiente. Lo encontramos en arquitectura, escultura, pintura y también en la producción industrial, en particular en la fundición del bronce, en la fabricación de joyas y en el grabado de metales. No podemos decir, empero, que el arte etrusco alcanzó una gran calidad. Su arquitectura continuó siendo por mucho tiempo de estilo arcaico y no pasó de simples modificaciones de los modelos griego y oriental. Su escultura, que muestra una gran habilidad técnica, no llegó nunca a la altura de la griega. Durante mucho tiempo mantuvo una inclinación arcaica por los colores brillantes. Solo en un aspecto produjo una obra extraordinaria: en el del retrato, de un gran realismo. Su pintura es, tal vez, el lado más atrayente de su arte. En este género, aunque seguía el estilo y los métodos de los artistas griegos, consiguieron expresar sus ideas en asuntos tomados de la vida diaria, de la historia o de la religión. Las horribles figuras que ellos inventaron de dioses infernales y demonios, de la muerte y de los futuros castigos, les sobrevivieron y ejercieron una gran influencia en el arte romano así como en la pintura medioeval italiana. En el dibujo y el arte industrial, los etruscos alcanzaron un alto grado de habilidad técnica. Pero su orfebrería se preocupa más del tamaño, peso y elaboración que del refinamiento de la forma y el ornato.

La actividad política de los etruscos se encaminó en dos direcciones. Por mar, eran fieles amigos de los fenicios y de los cartagineses, los cuales aceptaban de buen grado los servicios de esos piratas aventureros y audaces, siempre y cuando se dedicaran a saquear a los rivales griegos de Cartago y respetaran a los países que dependían de ellos. Para Fenicia y, más tarde, para Cartago, Etruria era un buen mercado, en donde obtenían metales y materias primas, al mismo tiempo que le vendían estaño de España e Inglaterra, plata y cobre de España, oro y artículos manufacturados del Oriente. Indudablemente, los etruscos eran piratas más que comerciantes y, por eso, Cartago no abrigaba ningún temor ante una posible competencia; no tenemos noticias de que poseyeran ni una sola colonia o factoría. Pero entre Grecia y Etruria existía una gran hostilidad. Los pirata» etruscos, actuando de acuerdo con la flota cartaginesa, impedían que Grecia extendiera su influencia al norte o que pusiera el pie en Cerdeña y Córcega. Casi les cortó totalmente el acceso a sus colonias de Galia y España. La acción más notable de los etruscos fue la destrucción de Alalia, una colonia fundada en Córcega por los focenses (año 538 a. C.); Marsella, el centro griego más importante de la Galia, se vio precisada durante ese siglo a concluir convenios con Roma. Gracias a los etruscos, los cartagineses pudieron obstaculizar la expansión de Grecia hacia el Occidente y el norte. Es verdad que los esfuerzos unidos de estos aliados no lograron ahuyentar definitivamente a los griegos de las aguas occidentales. Pero aunque los griegos alcanzaron repetidas victorias por mar, de hecho tuvieron que renunciar a toda esperanza de suprimir radicalmente la piratería etrusca y tuvieron que conformarse con abastecer a las ciudades de los enemigos de mercancías que necesitaban. A propósito de esas victorias griegas de que hemos hablado, mencionaremos la hazaña de Hierón de Siracusa, que derrotó a los etruscos en Cumas, el año 474, y el envío por parte de esa ciudad de una expedición contra la costa de Etruria, hecho que tuvo lugar el año 453 a. C.

Éste era el panorama que se presentaba en los asuntos marítimos. Por tierra, el dominio de Etruria fue aumentando firmemente hasta la segunda mitad del siglo VI a. C. En cambio, no mostró una actividad expansionista especial. No codiciaba la posesión de las montañas itálicas; su ambición se limitaba al valle de Po, en el norte, y la Campania, en el sur. Los etruscos ocuparon por entero la primera y la mantuvieron en su poder hasta que aparecieron los celtas, en el siglo V a. C. Por cierto tiempo, su movimiento hacia el sur se vio coronado por el éxito. Las dinastías etruscas reinaron en Roma y, con toda probabilidad, en otras ciudades del Lacio; en Campania, Capua se convirtió en un baluarte del poder etrusco y en un peligroso rival de Cumas y Ñapóles, extendiendo su dominio

sobre una serie de pequeñas ciudades semigriegas, tales como Ñola y, acaso, Pompeya. Pero este movimiento hacia el sur fue detenido por la oposición griega y también por una nueva e importante situación que surgió en la historia de Italia.

Esta nueva situación se debía al progreso en la organización política y económica, así como en la cultura, de dos grupos que pertenecían a la población itálica de la península: los samnitas y los latinos. Los primeros habían vivido en estrecho contacto con las colonias griegas del sur y, desde hacía mucho tiempo, se esforzaban en adquirir la parte de la costa en donde los griegos estaban establecidos; codiciaban, en especial, la riqueza de Campania. En el este, las poderosas y civilizadas tribus que vivían en Apulia, conservaban sólidamente el dominio de la costa y mantenían a los samnitas fuera de su país. Suponemos que éstos estaban divididos en tribus montañesas separadas y que la mayoría de ellas se componía de pastores sin conocimiento alguno de la vida urbana. Algunas de esas tribus se hallaban unidas mediante ligas las que alcanzaban, de vez en cuando, una gran fuerza. Una de sus instituciones, llamada "Primavera Sagrada", fomentaba poderosamente su expansión. De acuerdo con la institución mencionada, la generación más joven de un clan era enviada por sus padres, bajo el estandarte del tótem sagrado —lobo, cervatillo, buey o cuervo—para que conquistaran para sí nuevos campos de pastoreo y más tierras.

En el transcurso de los siglos V y IV, los samnitas aprendieron mucho de sus vecinos griegos; perfeccionaron sus armas, adoptaron métodos griegos para guerrear, organizaron sus clanes y ligas sobre sólidas bases y comenzaron a edificar ciudades propias y a fortificarlas. Así estuvieron en condiciones de apoderarse, una tras otra, de las colonias griegas, más indefensas. El comercio con los griegos los enriqueció y desarrolló sus gustos; en sus tumbas del siglo IV, encontramos excelentes pinturas y muchos objetos de oro, plata y bronce, con vasijas que ellos mismos fabricaban según los modelos griegos. Cuanto más próximos se hallaban de Campania, mayor era la influencia de la civilización griega. Por último, lograron expulsar a los etruscos de Campania, se apoderaron de la mayoría de sus ciudades e hicieron de Capua su capital en el año 438 a. C. De este modo, creció y floreció una nueva rama del helenismo, que podría denominarse grecosamnita o campaniense. Conocemos muy bien esa cultura gracias a los antiguos monumentos y tumbas que se han encontrado en muchas ciudades suyas.

Los samnitas pusieron un límite a la expansión hacia el sur de los etruscos. Pero no estaban lo bastante consolidados como para sustituir aquella expansión por la suya propia. Sus fuerzas estaban divididas y cada clan, por separado, estaba empeñado en continuo conflicto con las ciudades griegas de la costa. Las más grandes de esas ciudades se mantuvieron firmes hasta el fin: Tarento y Ñapóles nunca dejaron de ser centros fuertes y florecientes de la vida y la política griegas. Los samnitas tropezaron con otro obstáculo formidable en los tiranos griegos de Sicilia, en especial, los gobernantes de Siracusa, los cuales siempre estaban dispuestos a extender su influencia sobre las colonias griegas de Italia y también a apoyarlas en sus luchas con los samnitas.

El Lacio fue el otro ariete que aplastó el poderío de Etruria. Solamente en este distrito tenían los itálicos acceso al mar: Tarracina, Ando y la desembocadura del Tíber todavía pertenecían a los latinos. Ni los griegos ni los etruscos disputaban su posición; sus únicos rivales eran los volscos, una tribu montañesa que ocupaba las estribaciones de los Apeninos que separan el Lacio de Campania; la lucha entre ambos era feroz y continua. La posesión del mar. determinó el destino futuro del Lacio, y el hecho de que los latinos no quedasen nunca aislados de la costa se debe explicar por la acción de dos causas.

En primer lugar, el Lacio no ejercía una atracción especial para los etruscos y los griegos desde el punto de vista comercial. La llanura que limita el Tíber inferior hacia el sur era un valle pantanoso entrecortado por quebradas escarpadas que hacían dificil la comunicación. Al sur de esta planicie corre una franja bastante estrecha llena de colinas, más adecuada para el cultivo de cereales, viñedos y cría de ganado, pero de muy limitada extensión. Más allá de esa franja se yerguen montañas inaccesibles, habitadas por volscos, ecuos y sabinos, que pastoreaban sus rebaños y eran poco mejores que ladrones. A los habitantes de las colinas Albana y Sabina les costó un esfuerzo

largo y penoso conquistar la llanura latina para la labranza; todavía podemos ver la red de drenajes subterráneos que dio la posibilidad de practicar la agricultura. Es probable que esas obras de drenaje se debieran a la influencia de los etruscos, quienes habían aprendido todo lo concerniente al drenaje e irrigación en su antigua morada en Asia Menor. La segunda causa de la independencia del Lacio y su control de la costa la encontramos en la rivalidad entre griegos y etruscos, que convirtió al Lacio en una especie de Estado tapón entre dos esferas de influencia divergente.

Esta independencia y su conexión con el mar, que conservó durante un buen número de siglos, fueron de inmensa importancia para el desarrollo del Lacio y del pueblo latino. La corriente civilizadora que venía de Grecia, Etruria y Cartago, le ayudó a elevar el nivel de vida económico y social. Al mismo tiempo, el constante peligro de verse atacado por tres si no por cuatro lados distintos, enseñó al pueblo a considerarse como una unidad formada por lazos de sangre y religión. Finalmente, la dura lucha con este suelo hostil de la llanura, templó el espíritu de los primeros moradores y labradores, y lo pegó a la tierra que habían logrado dominar después de un esfuerzo ininterrumpido.

Es indudable que las primeras fundaciones y las primeras asociaciones políticas se constituyeron en las colinas del Lacio y no en la llanura. Las ciudades que surgieron en las colinas eran ricas y prósperas, mientras la vida en la planicie apenas comenzaba a desarrollarse. En las colinas se fundaron las instituciones que, más tarde, veremos en Roma. Es muy probable que la sede de Roma, defendida por quebradas y por el río que corría a sus pies, fuese ocupada en los comienzos por pastores procedentes del Lado y de las colinas sabinas. También es fácil de creer que hubo dos fundaciones; una, la de los latinos, en la colina Palatina, y otra, la de los sabinos, en el Quirinal. Ambas alturas estaban defendidas por quebradas profundas y escarpadas. La tradición local conservó la creencia de que el Palatino o, dicho de otro modo, la primitiva Roma, fue una colonia de dos ciudades latinas de la vecindad: Alba y Laviniom. Podemos suponer que se escogió ese sitio porque dominaba el único punto del bajo Tíber que ofrecía facilidades para cruzar de la orilla izquierda a la derecha, del suelo latino al etrusco. Frente al Palatino existe una pequeña isla en el Tíber que hacía fácil construir allí un puente de madera.

No sabemos cuándo ni cómo esas colonias latinas y sabinas de las márgenes del Tíber se transformaron en una comunidad fuerte y unida. Los relatos que encontramos en los historiadores antiguos proceden, sin duda alguna, de diversas fuentes, todas ellas igualmente sospechosas. Muchas de esas informaciones se tomaron de los historiadores griegos, los cuales, como ya hemos dicho anteriormente, se esforzaban en relacionar la historia de Roma con la de Grecia y, en particular, con la guerra de Troya. No podemos decir hasta qué punto se complementaba ese material literario con tradiciones locales semimíticas, ni tampoco en qué medida esas tradiciones representaban hechos reales. La tradición principal que los, historiadores romanos aceptaban es que Roma debía su origen a Eneas, un inmigrante de Troya, y que Rómulo y Remo, sus nietos o remotos descendientes, fueron, los fundadores de la ciudad. Del hermano mayor, es decir, de Rómulo, descendían, de un modo u otro, los siete reyes que habían gobernado Roma hasta el advenimiento de la República. La tradición fijaba el establecimiento de la República en el año 508 a.C. Es digno de notar que la tradición insiste en el hecho de que algunos reyes de la antigua Roma eran de origen sabino y que este último elemento era prominente en la vida de la ciudad. Esta teoría está confirmada por el gran numero de ceremonias sabinas que se practicaban en la religión romana y, tal vez, sirva de apoyo a la creencia de que comenzó una nueva era en la historia de Roma cuando los latinos y los sabinos se combinaron para formar una sola comunidad en las orillas del Tíber. Los historiadores posteriores dieron diversas fechas de la fundación de la ciudad: 814., 753, 751, 748 y 729 a. C. No sabemos si la determinación de estas fechas se basa en datos documentales o bien solo era producto de cálculos artificiales, cuya finalidad era crear la impresión de que Roma era tan antigua como su rival, Cartago, y la mayoría de las ciudades griegas de Italia. Es de observar que los siglos VIII y VII a. C. fueron tiempos de gran prosperidad para muchas ciudades del Lacio como, por ejemplo, Preneste.

Nuestro conocimiento de la historia de Roma en los siglos VIII y VII e incluso en la primera mitad del VI a. C. es muy imperfecto. Todo este período constituye una época en donde solo es posible la conjetura y los historiadores actuales lo presentan de modos diversos. Por el material fragmentario y poco digno de fe que poseemos, podemos suponer que durante ese período Roma llegó a ser una comunidad poderosa en las llanuras del Lacio y que fue aumentando su territorio a expensas de los vecinos que habitaban en las colinas. Ese conflicto de Roma con sus vecinos asumió la forma de una leyenda que describe su guerra con Alba Longa —la principal ciudad del Lacio y acaso la ciudad-madre de Roma— y la destrucción de esta rival. La victoria sirvió para consolidar la unión de la llanura del Lacio bajo el mando de Roma y también para reforzar la posición religiosa y militar del rey que condujo las fuerzas romanas en la lucha contra sus vecinos.

Tampoco sabemos gran cosa de la constitución de la Roma antigua ni de sus actividades políticas. De lo que no cabe duda es que, en sus primeros tiempos, fue gobernada por reyes. Tenemos dos pruebas fragmentarias de eso. En primer lugar, durante el período histórico, como en Atenas, uno de los sacerdotes llevaba el título de rey (rex sacrorum) y, en segundo lugar, cuando ocurría que la ciudad no tenía magistrados electos en sus cargos, un funcionario llamado interrex presidía las elecciones de nuevos magistrados y se ocupaba de los asuntos del gobierno. Otro hecho bien establecido es que la población de la ciudad se dividía en grupos religiosos y militares llamados curiae, en los que se incluía a todos los habitantes con la excepción de los esclavos. Es posible que esa primitiva clasificación fuera artificial, como la división en phratriae y philae de Grecia, y que tuviera por objeto principal responder a objetivos militares. También es posible que aumentase el número de curiae a medida que crecía la ciudad latina del Pala-tinado. Esa división en curiae se conservó hasta tiempos muy tardíos, en los que esos grupos eran treinta, con un sitio de reunión para cada uno y ritos religiosos propios. Las curiae conservaron también algunas funciones políticas: estaba dentro de sus prerrogativas investir con el poder ejecutivo a un magistrado mediante una ley especial (lex curiata de imperio).

Debemos suponer también que el Senado existía desde tiempo inmemorial, como un consejo de ancianos asesores del rey; sus miembros eran representantes de las más nobles y ricas familias (gentes). Probablemente a tales personas se les llamaba "padres" (patres) y a sus descendientes "patricios". Desde una fecha muy temprana, los patricios gozaron de cierto número de privilegios, de los cuales uno de los más importantes era el derecho de actuar como intermediarios entre el rey y los dioses; los colegios sacerdotales continuaron siendo exclusivamente patricios hasta los últimos tiempos. Los más eminentes de esos sacerdotes eran los flamines o "quemadores de ofrendas", cada uno de los cuales supervisaba el culto de un dios particular; los augures, que adivinaban el futuro mediante el vuelo de las aves; los salii o danzantes, que invocaban la protección del dios Marte con danzas sagradas en las que ellos iban armados; y los luperd, o hermandad del lobo, que corrían alrededor del pomerium, límites sagrados de la ciudad y, de este modo ahuyentaban a los malos espíritus y aseguraban la fertilidad de las mujeres y rebaños de la comunidad. Pero los pontífices (el origen de esta palabra se desconoce) eran los más altos coadjutores del rey en los asuntos religiosos; ellos componían el calendario religioso de la comunidad y aconsejaban al rey sobre asuntos de ritual; eran, asimismo, guardianes del fas y el tus, el derecho religioso y civil.

El ejército consistía en el conjunto de toda la población, de todo el pueblo romano (populus Romanus et Quintes o Populus ro-manus Quiritium; el significado de la palabra Quintes está en discusión). Los patricios actuaban como cuerpo de caballería (céleres) en la campaña o, tal vez, conducían carros de guerra. Como cosa normal, los reyes eran comandantes supremos y también tenían la máxima jerarquía como jueces y sacerdotes. No sabemos si su poder era hereditario o solo vitalicio. Comunicaban sus decretos al pueblo en reuniones especiales convocadas al efecto (comitia).

Sabemos muy poco acerca de sus instituciones económicas y sociales. Más adelante, en Roma, la vida de la comunidad se basaba en la *familia*, en la que el padre tenía el poder absoluto; incluía no solo a la mujer y a los hijos, sino también a los *clientes* u "oyentes" y a los esclavos que dependían

de ella. Sin embargo, debemos recordar que, junto con el sistema patriarcal, sobrevivían restos de otro sistema, llamado "matriarcal", en el que la madre se consideraba de mayor importancia que el padre. La riqueza de la familia consistía especialmente en ganado (pecus) y, por eso, el dinero se denominaba pecunia. Sin embargo, en la primitiva religión romana, los dioses que velaban por la agricultura y los espíritus malos que la dañaban son tan importantes como los dioses y espíritus malos que controlaban los rebaños; esto prueba que la agricultura llegó a ser pronto una base fundamental de la vida económica de Roma.

El rápido crecimiento de Roma se debió a dos causas: la proximidad con Etruria y el acceso a la desembocadura del Tíber. Gracias a la segunda de esas condiciones, Roma llegó a ser pronto un centro de intercambio donde las mercancías entraban y salían en barcos griegos y fenicios. Pero, por eso mismo, se convirtió en un competidor de las ciudades etruscas adyacentes y Etruria se vio obligada a pensar seriamente en la conquista del Lacio. (Vale la pena recordar que los etruscos penetraron en Campania en la misma época.) Es indudable que los etruscos ocuparon una buena porción del Lacio en el siglo VI a. C. Es posible que se establecieran en algunas de las ciudades, tales como Preneste y Tusculo en ese siglo e incluso antes. Con seguridad Roma fue un centro de predominio etrusco en el Lacio y allí reinó por algún tiempo la poderosa dinastía semietrusca de los Tarquinos. En todas partes, como en Roma, los etruscos formaron la casta dominante, de la que se excluía a toda la población nativa, salvo la aristocracia, rica en tierra y ganado. Sin embargo, no es probable que fueran capaces de dominar todo el Lacio y, desde luego, no pudieron imponer su cultura a los habitantes latinos de Roma. De ahí que se pueda inferir que la nación latina poseía ya en aquel tiempo una cultura propia y, tal vez, un sistema de escritura particular, ambas de procedencia griega. Pero el dominio etrusco fue beneficioso para Roma, la cual dejó de ser asiento de pastores armados, labradores y comerciantes para convertirse en una ciudad como las otras ciudades etruscas y latinas, sus vecinas.. Se rodeó de un terraplén y extendió y consolidó sus relaciones comerciales, en especial con Cartago. Como centro principal del predominio etrusco en el Lacio, Roma aspiraba, por primera vez, a llegar a ser el poder dominante, no solo de la llanura del Lacio, sino también de todo el país.

Hay que suponer que se produjeron algunos cambios en la constitución durante el periodo de supremacía etrusca. La aristocracia se fortaleció y se hizo más exclusiva; se enriqueció y parte de la población pasó a depender económicamente de las grandes familias. Al parecer, a Etruria se debía el nombre de *Roma*, derivado de la palabra etrusca *ruma*, y también la división de la comunidad en tres tribus gentilicias con nombres etruscos: Titien-ses, Ramnenses y Luceres, al mismo tiempo, las *curiae* se convirtieron en subdivisiones de las tribus. También por influencia etrusca se definió con más precisión el poder del rey. Ese poder consistía en el *imperium* o suprema autoridad civil y militar, fundada en el derecho del rey para determinar por medio del *auspi-cium* la voluntad de los dioses. El símbolo de esta absoluta autoridad, que daba al rey poder de vida o muerte, era un hacha doble insertada en un haz *(fascis)* de varas. El rey iba siempre precedido por seis o doce de esas hachas, llevadas por ayudantes especiales llamados *lictores*. Este ceremonial real fue traído por los etruscos de Asia Menor en donde el hacha *(labrys)* había sido desde tiempo inmemorial símbolo de la autoridad suprema. Es probable que corresponda a este tiempo el derecho exclusivo de la aristocracia a servir en el ejército. A esa clase le interesaba que en el ejército hubiera muy pocas personas que no estuvieran dentro de las tribus aristocráticas.

En realidad, no se puede decir que la supremacía etrusca en Roma se hundió por un golpe de fuerza, ni que fue expulsada del Lacio con la consiguiente guerra. Nuestra tradición solo habla de una revolución interna en Roma, por la cual la aristocracia local destruyó el poder de los reyes. La tradición cuenta a Tarquino como el último rey etrusco y no tenemos razón alguna para poner en tela de juicio esa afirmación. El derrocamiento de Tarquino por los nobles etruscos y latinos no tiene nada de sorprendente; tales hechos debieron dé ser bastante comunes en las ciudades etruscas. La información de que los nobles habían hecho una guerra después contra uno de. sus vecinos etruscos es muy probable. Se puede creer que se evitó una segunda conquista del Lacio por la

intervención de Cumas, en Campania, que se puso de parte del Lacio.

Así, desde fines del siglo VI a. C, Roma vivió bajo una constitución creada durante el dominio etrusco y la clase dominante fue la aristocracia local, compuesta de etruscos y romanos; algunos cientos de familias que eran grandes propietarios, comerciantes y ganaderos. Esta aristocracia no era puramente etrusca ni tampoco romana. Sin embargo, cualquiera que fuese su origen, hablaban y escribían en latín y se sentían más próximos a las ciudades latinas que a las etruscas. Si esto ocurría con los nobles, no hay duda de que la población en general era puramente latina, tanto en el territorio de Roma como en los pequeños poblados y aldeas de la planicie latina que Roma había ido absorbiendo antes y, aún más, después de la dominación etrusca.

El derrocamiento de los reyes etruscos no representó un cambio radical en la constitución de Roma, en sus relaciones comerciales ni en su influencia sobre las tribus vecinas. Incluso bajo los últimos reyes etruscos, el poder de los Tarquinos se podía considerar como el de una sola familia etrusca fuerte y rica cuyos miembros gobernaban diversas ciudades latinas y el mayor de esa familia a Roma misma. La constitución continuó aproximadamente sin variaciones después de la expulsión de la dinastía, debida quizás, en parte, a la negativa del sector latino de la nobleza romana a dar prioridad a los etruscos. Sabemos que no mucho después de la caída de los Tarquinos, otra distinguida familia, la de los Fabios, gobernó continuamente en Roma durante siete años, del 485 al 479 a. C. y, más tarde, los magistrados superiores se elegían casi exclusivamente entre un limitado grupo de grandes familias "principescas". En lo que respecta a las relaciones comerciales de Roma, apuntaremos que inmediatamente después del derrocamiento de los Tarquinos, Roma concertó un tratado comercial con Cartago, en el que aparece como la ciudad más importante del Lacio. La relación con Cartago era una herencia de los etruscos. Pero la tendencia general de su política extranjera era diferente; sus relaciones con sus vecinos etruscos se hicieron más tirantes y Roma se dedicó a desarrollar su influencia en el Lacio. La tradición da testimonio de la formación de una liga religiosa y política entre siete ciudades latinas, liga que se formó en tiempos de la dominación etrusca. Roma no era miembro de esa liga y su posterior adhesión es prueba palmaria de la firme consolidación de fuerzas que permitió al Lacio competir con sus vecinos. La colonización de las tierras que se tomaban a estos últimos servía para extender los límites de la liga.

Estos acontecimientos del Lacio detuvieron finalmente el movimiento hacia el sur de los etruscos, que perdieron el dominio de Campania tan pronto como el Lacio inició una política extranjera independiente; sus ciudades más importantes, incluso Roma, dejaron de ser miembros de la liga etrusca. Es probable que lo que había ocurrido en Roma haya ocurrido en otras partes de la nación etrusca. La relación entre las diferentes partes de la liga se debilitó y, en los lugares más alejados, los habitantes nativos se rebelaron y expulsaron a sus conquistadores, como ya se había hecho en el Lacio. Así, en el valle del Po, en Bononia (hoy Bolonia) y en Umbría, el elemento local asumió él papel preponderante. Esto sirvió para ayudar al éxito de la invasión del norte por los celtas o galos, los últimos emigrantes de estirpe indoeuropea. Los celtas aparecieron en Italia no más tarde del siglo V a. C. y fueron ocupando gradualmente todo el valle del Po, salvo el territorio de los vénetos y una parte considerable de Umbría. Su aparición en escena limitó las operaciones políticas de Etruria en Italia a muy modestas dimensiones; los latinos le impedían el paso hacia el sur y, hacia el norte, los galos. Era muy probable que ambas naciones no tardaran en atacar a Etruria.

ROMA EN EL SIGLO V Y COMIENZOS DEL IV A C.

La expulsión de la dinastía etrusca, que según la tradición tuvo lugar a fines del siglo VI, no produjo, como ya hemos dicho, ningún cambio radical en la constitución de la ciudad; Roma era todavía un poder fuerte, principalmente militar, con una aristocracia que gobernaba sobre una población en su mayoría agrícola. La dominación etrusca le había prestado un gran servicio: la ciudad se había hecho más grande, más fuerte y más civilizada, y su vida había adquirido mayor variedad de matices. El centro del Estado, Roma, había logrado gran importancia comercial y, por eso, se habían producido más cambios en las relaciones económicas y sociales que en la constitución. El único cambio constitucional de importancia fue que la aristocracia victoriosa, en vez de elegir de nuevo rey, puso en su lugar a dos jefes —pretores o cónsules— nombrados por un año, los cuales ejercían una autoridad completa en cuestiones religiosas, civiles y militares. Además, en caso de necesidad, se podía restablecer temporalmente la autoridad real encarnándola en la persona de un dictador, cuyas funciones como tal, no podían pasar de seis meses. De igual modo, el Senado y la asamblea popular adquirieron mayor importancia. La asamblea, que solía reunirse únicamente para registrar los edictos reales, ahora, en cambio, votaba por "sí" o "no" los problemas que le sometían los cónsules: ¿Debía hacerse la guerra o mantenerse la paz? ¿Se debía condenar a muerte a tal o cual ciudadano? ¿Se podía admitir a nuevos ciudadanos? ¿Se debía aceptar o rechazar a las personas recomendadas por los magistrados anuales para que los sucedieran en sus cargos?

La principal novedad en la vida social consistió en el surgimiento de la plebe o clase de los plebeyos. Este vocablo es puramente político; pero la importancia política de la plebe fue, sin duda alguna, una consecuencia de los cambios graduales de las condiciones sociales y económicas. Plebs quiere decir "multitud" y este término denota la masa de ciudadanos que no pertenecía al grupo de la familias patricias; eran, sí, ciudadanos de Roma, pero ciudadanos de una clase inferior. En la plebs se incluía también a los clientes, aunque éstos no representaban, ni mucho menos, la totalidad de ella. Desde los primeros tiempos, el núcleo de la *plebs* consistía en personas a las que los nobles romanos no pudieron convertir en clientes propios; éstos pertenecían a los antiguos habitantes libres de la ciudad y eran verdaderos Quintes romanos. No sabemos si muchos de ellos pudieron evitar la dependencia económica y social, en particular durante el período de la supremacía etrusca. Pero no hay razón alguna para negar el hecho de que incluso entonces eran, en Roma, plebeyos libres. Poco a poco, fue aumentando el número de estos ciudadanos libres que no pertenecían a la nobleza ni tampoco a la clase de los clientes, y este incremento se debió probablemente a tres causas principales. La importancia comercial de Rozna atrajo personas de otras partes de Italia, en especial del Lacio, del mismo modo que se creó en Atenas, a través de un proceso semejante, la clase de los metecos. Además, el crecimiento político de Roma estimuló las actividades industriales. El gobierno necesitaba mano de obra especializada para la fabricación de armas y, por consiguiente, llamó a la ciudad a buenos carpinteros y herreros,, agrupándolos en tres gremios, (co-llegia) a los que concedió diversos privilegios. Finalmente, cuando diversas partes del Lacio fueron anexadas en firme, sea por la guerra o por mutuo acuerdo, la aristocracia local quedó destruida o bien fue admitida por los patricios dentro de su clase; pero los pequeños propietarios, clientes de la aristocracia local, se transformaron a menudo, después de la anexión, en campesinos libres. La plebs que se formó con estos elementos, quedó. fuera de la influencia de la cultura semietrusca de los nobles romanos y, en cambio, se sintió más apta para recibir las influencias griegas que venían del sur de Italia.

Tal era la constitución de Roma a principios del siglo V, después de la expulsión de los reyes. La clase gobernante dirigía todos sus esfuerzos al mantenimiento de la preponderancia de Roma sobre el Lacio. Las relaciones con sus vecinos estaban preñadas de peligros. Las ciudades etruscas veían con desagrado la creciente importancia comercial de Roma, que había traído como consecuencia la

firma de un tratado con Cartago. En el interior, las perspectivas eran más halagüeñas porque los latinos sentían que, sin la cooperación del poder romano, les sería muy difícil resistir la presión de los volscos y los ecuos de las montañas o el peligro constante de una nueva conquista etrusca. Era, pues, natural que, en vista de sus comunes intereses, se consolidase en aquel entonces la alianza de todas las comunidades latinas. Y Roma volvió a representar un papel de conductora de la federación, como en los tiempos del predominio etrusco.

Por otra parte, Roma se veía obligada también a repeler los ataques del norte, de la colinas sabinas y, en esta empresa, tuvo éxito. Sabemos que en el año 449 a. C, los sabinos sufrieron una aplastante derrota y Roma se anexionó una parte considerable de su territorio. Al mismo tiempo o quizás antes, la rica y noble familia sabina de loa Claudios trasladó su residencia a Roma, juntamente con sus clientes, y el orden patricio la admitió en su seno. Este tipo de emigraciones desde muchas ciudades latinas era bastante común y tal hecho, como es natural, acrecentó la importancia y el poder de los patricios de Roma. Pero el problema principal de aquel momento era la lucha contra vecinos más poderosos, la ciudad etrusca de Veyos y los volscos y ecuos que atacaban a las ciudades latinas desde las montañas. De estos dos pueblos, los más peligrosos eran los volscos porque intentaban apoderarse de las costas y aislar al Lacio de su salida al mar. Por eso,. Roma luchó denodadamente con los volscos por la posesión de la ciudad costera de Ando. Sus esfuerzos y los del Lacio se vieron coronados por el éxito: los ecuos fueron rechazados hacia las montañas y se fundó un buen número de colonias romanas (establecimientos militares y agrícolas) en territorio volsco. Un notable éxito romano fue la victoria sobre Veyos, que tuvo como resultado la destrucción de la ciudad y la anexión de su territorio. El problema había sido cuál de las dos ciudades controlaría ambas orillas del Tíber y su desembocadura. Si Roma hubiera sido derrotada, habría corrido la suerte de Vevos.

Casi inmediatamente después de este éxito, comenzó a amenazar a Roma un nuevo y serio peligro. Gomo ya lo apuntamos anteriormente, en el siglo V, los galos comenzaron a apoderarse de provincia tras provincia en el norte de Italia, expulsando de ellas a los ocupantes etruscos. Hacia el año 400 a. C, invadieron Etruria y saquearon sus tierras. También intentaron tomar las ciudades, pero eran impotentes frente a ciudadelas fortificadas, defendidas por murallas de piedra. Sin embargo, continuaron sus correrías más hacia el sur y, en una de estas marchas, llegaron hasta orillas del Tíber y al territorio romano. Este hecho sucedió en los alrededores del año 390 a. C. y es el primer incidente dé la historia externa de Roma que los griegos de la época conocieron y al que se le puede asignar una fecha probablemente cierta. Es improbable que Roma poseyera esas murallas de piedra que todavía se pueden ver, en parte, y que llevan el legendario hombre del rey Servio Tulio; si hubiesen existido, los galos habrían fracasado en su asalto. Es probable que toda la ciudad, salvo el Capitolio, en el que se hallaba el templo principal, estuviese defendida por simples terraplenes. Los galos derrotaron al ejército romano y al del Lacio en las orillas del Alia, tomaron y quemaron la ciudad y requisaron una gran cantidad de moneda.

Las consecuencias de este desastre fueron de extremada importancia para Roma. Esa derrota puso en evidencia que un ejército compuesto casi únicamente de patricios no podía satisfacer las necesidades militares de la época y que la ciudad debía estar dentro de una fortaleza con sólidas murallas de piedra. Por otra parte, el peligro galo empujó al Lacio hacia una unión más estrecha con Roma, ya que ninguna otra potencia era bastante fuerte para enfrentarse con él. Las guerras galas ejercieron una gran influencia, especialmente, sobre el desarrollo interno de Roma, tanto en el aspecto político como en el económico. A medida que Roma iba adquiriendo mayor riqueza y poder en el transcurso del siglo V, su constitución aristocrática hereditaria iba perdiendo estabilidad. Los plebeyos, que estaban libres de las cargas del servicio militar, adquirían mayor importancia. Durante las continuas guerras del siglo V, los nobles se vieron obligados más de una vez a pedir ayuda a los plebeyos y completar las filas de su propio ejército con esos reclutas. Es posible que el sistema militar que lleva el nombre de Servio Tulio y que se introdujo definitivamente después de las guerras galas tuviera sus comienzos en esos momentos. A medida que se extendía el territorio

romano, aumentaba el número de propietarios rurales libres y no-patricios, perqué los plebeyos que participaban en campañas felices recibían concesiones en las tierras conquistadas y muchos clientes de las familias dominantes fueron tal vez premiados del mismo modo por servicios militares prestados y, así, llegaron a ser económicamente independientes. Así fue creciendo gradualmente entre los plebeyos una comunidad de intereses y un deseo de organizarse. Encontraron representantes que acaso habían sido antes comandantes de las tropas plebeyas, reclutadas de acuerdo con las divisiones territoriales que se llamaban "tribus" pero que no se deben confundir con las tres "tribus" gentilicias de los patricios. De ahí que a esos representantes se les llamara tribunos y se convirtieran en adalides de todos los plebeyos. Al principio, quizá se elegían anualmente cuatro tribunos que representaban a las cuatro tribus en que se dividía Roma; más tarde, ese número ascendió a diez. Obtuvieron la primera victoria en la lucha de clases al obligar al Senado y a los patricios a redactar y publicar un código civil, las Doce Tablas, alrededor del año 450 a. C. En 445 aproximadamente, la Ley Canuleya derogó" la disposición, semipolítica, semirreligiosa, que prohibía los matrimonios entre patricios y plebeyos. Finalmente, por algún tiempo, el lugar de los dos cónsules fue ocupado por seis tribunos militares, algunos de los cuales eran elegidos entre los plebeyos.

La invasión gala puso en evidencia que se debían llevar a cabo reformas radicales en la organización militar y que se debía crear un ejército nacional para sustituir, de una vez por' todas, la pura fuerza patricia, que había sido suficiente para los reyes y para la naciente república, pero que ya no respondía a la nueva situación. La tradición relaciona el nombre de Servio Tulio con la creación del ejército ciudadano y con la erección de las primeras murallas de piedra. De acuerdo con este nuevo sistema, los plebeyos se incluyeron en el cuerpo de ciudadanos romanos con plenos derechos y dejaron de ser ciudadanos de segundo orden. A su vez, todos estos nuevos ciudadanos, si poseían propiedades rurales dentro de los límites del Estado romano, estaban obligados, entre los diecisiete y los sesenta y cinco años de edad, a responder al llamamiento del cónsul e incorporarse a las filas del ejército ciudadano, el cual se dividía generalmente en cuatro regimientos llamados legiones. La convocatoria misma se denominaba classis, pero el significado de esta palabra fue cambiando gradualmente: primero quiso decir "división" y más tarde "clase", en el sentido que damos ahora a ese vocablo. Las primeras "levas" o clases contenían a los ciudadanos que eran suficientemente ricos para comprarse una armadura completa. Los más ricos de ellos se presentaban al llamamiento con dos caballos y formaban las divisiones de caballería pesada. Los ciudadanos más pobres de las cuatro clases restantes se presentaban armados de un modo menos completo y más económico. Los artesanos formaban divisiones separadas adscritas a la segunda clase. Otros que no poseían tierra estaban excluidos de-las clases; estos *proletarii* se distinguían de los *assidui* o "destinados", pero también estaban obligados a servir en los cuerpos auxiliares en campaña.

La asamblea popular estaba constituida por todos los ciudadanos que servían en el ejército. Se dividía en 193 centurias. Esa asamblea elegía los cónsules, aprobaba las leyes, decidía cuestiones de guerra y paz, y absolvía o condenaba a los ciudadanos en casos de gran importancia. La nueva constitución incrementó enormemente la fuerza militar de Roma, pero su introducción obligó a las viejas familias patricias a renunciar a su supremacía política. De este modo, se presentaron amplias oportunidades a los plebeyos para adquirir tierras, así como para extender y reforzar las base? de su nueva organización.

Probablemente, es correcta la fecha de 367 • 366 a. C, que la tradición nos señala, en la que se aprobaron las leyes de Licinio y Sextio, tribunos de la plebe. Por estas leyes se distribuyeron tierras de reciente conquista, principalmente entre los plebeyos, que también tuvieron acceso al consulado, otra vez restablecido: la comunidad podía elegir para el consulado a un plebeyo lo mismo que a un patricio. Alrededor de la misma época, todos los ciudadanos romanos consiguieron el derecho, conocido como *ius provo-cationis*, de apelar ante la asamblea popular contra cualquier sentencia de muerte dictada por los cónsules. También los tribunos de la plebe comenzaron a tener mayor importancia; se reconoció la inviolabilidad de sus personas y se extendió su derecho a defender a

los plebeyos contra los procedimientos arbitrarios de los cónsules; el poder de veto, que era su arma en estas controversias, se consideró como parte de la constitución romana y los tribunos lo utilizaron continuamente.

Aunque condujeron a una sólida democratización del Estado romano, todas estas victorias de los plebeyos romanos no se ganaron, como ocurrió en la mayoría de los Estados griegos, mediante cruentas guerras de clases acompañadas de sangrientas y estériles revoluciones. En Roma, como en Atenas, en los siglos VI y V, esas victorias fueron el resultado de un proceso gradual y de acuerdos sucesivos entre patricios y plebeyos. La tradición solo nos habla de un arma que los plebeyos empleaban regularmente: se trata de una especie de "huelga" que consistía en negarse a participar en la defensa del país y en amenazar con la secesión de la comunidad. Pero es dudoso que hayan recurrido a ese procedimiento antes de los comienzos del siglo III a. C.

Es indudable que esta nueva organización del cuerpo de ciudadanos infundió una fuerza renovada a la comunidad. Ahora, el interés común entraba plenamente en el corazón de cada ciudadano; cada uno de ellos se sentía responsable personal del Estado y de su prosperidad. Al mismo tiempo, la organización puramente militar del Estado, junto con las extensas e ilimitadas atribuciones de los cónsules durante una campaña y fuera de los límites de la ciudad, enseñó al pueblo la estricta disciplina militar y la obediencia a las órdenes de sus jefes. Las funciones de los tribunos se limitaban al interior de la ciudad; su veto no tenía fuerza contra los magistrados durante las operaciones militares ni tampoco se podía ejercer el derecho de apelación en esos momentos. Los resultados de esa nueva organización se hicieron patentes cuando Roma y el Lacio, después de una lucha, victoriosa con los volscos y los ecuos se vieron obligados a enfrentarse con enemigos más terribles -en la segunda mitad del siglo IV.

Sabemos muy poco de la civilización romana de comienzos del . siglo VI a mediados del IV. Las excavaciones en Roma han sido infructuosas, mucho más que las hechas en algunas ciudades latinas y etrusco-latinas, tales como Preneste y Fidenas, que han posibilitado descubrimientos que señalan la creciente influencia de la cultura griega sobre los latinos. Sabemos algo más sobre la religión. La religión primitiva de los latinos y de Roma en particular era muy parecida a la religión primitiva de otros grupos indoeuropeos que trocaron su vida pastoril por la agricultura. Un calendario oficial de festividades, que se estableció aproximadamente en la misma fecha de la fundación de Roma, se ha conservado y constituye la fuente principal de nuestro conocimiento a ese respecto. Esos festivales son puramente militares o agrícolas. Figura prominente en el calendario es Júpiter, el gran dios del cielo y también guardián de la civilización y del Estado; viene después Marte, que personifica á las montañas y las selvas con sus peligros. Después de la unión con los sabinos, en la Colina del Quirinal aparecen algunos dioses sabinos como, por ejemplo, Qui-rino, el Marte sabino. Las nociones romanas sobre la deidad eran, en general, de un tipo primitivo y no mostraban la riqueza creadora de la fantasía griega. Incluso en los tiempos primitivos, el gobierno prescribía el ritual que debía seguir el jefe de esos poderes divinos y el culto, así controlado, se convirtió en una ceremonia meramente formal, estricta y precisamente definida.

La religión de la familia era menos formalista. Se dirigía al *Genius* del señor y cabeza de la familia, en el cual se personificaba el poder creador y la continuidad de la vida de la familia. Los *Manea*, o espíritus de los antepasados, también sobrevivían en la casa y la familia y eran necesarios ciertos ritos propiciatorios. El genio (llamado *Iuno*) de la señora de la casa también debía recibir culto, como el del amo. Después estaban los *Penates*, los espíritus que guardan la riqueza de la familia, sus almacenes y graneros, y los *Lares* que vigilan los campos y los caminos. Finalmente, el hogar doméstico era también objeto de culto. El Estado tiene también su hogar, y Vesta, el genio que preside ese hogar, tiene ritos prescritos, y asimismo Jano, el dios de doble rostro que vigila las puertas que conducen de la vida civilizada de los ciudadanos a la región de los enemigos.

Esta religión se fue modificando, a medida que transcurrían los tiempos, por diversas causas: el desarrollo de la ciudad-Estado, la formación de una poderosa clase plebeya, que consistía fundamentalmente en inmigrantes latinos, y la fuerte influencia de los etruscos sobre la evolución política

y económica de Roma. En adelante, se advierte un doble aspecto en la religión romana. Los inmigrantes plebeyos de las ciudades helenizadas del Lacio desarrollan el comercio y la industria, y traen consigo una serie de cultos, algunos de ellos griegos, pero adoptados por los latinos, y otros latinos, pero modificados por los griegos. Todos los nuevos dioses tienen algo que ver con el comercio y la industria, y los templos que se les dedican se construyen junto al Tíber o bien en el Aven-tino, la colina de los plebeyos. El primero de esos dioses es Hércules o Heracles, que vigila el comercio y la vida de los negocios: su altar se halla en el mercado de animales (forum boarium). Después llega Minerva, una diosa latina, que posee algunas características de la antigua Atenea de Grecia, protectora de los artesanos. Pero, al mismo tiempo, crece una religión peculiar de las casas patricias (las familias etrusco-latinas que predominaban en tiempos de los reyes etruscos). Y, de este modo, Roma, como otras ciudades-Estado del mundo antiguo, posee un centro religioso propio en el Capitolio, con un templo consagrado a la trinidad de Júpiter Óptimo Máximo, Juno y Minerva. El templo fue construido en estilo etrusco y el ritual era etrusco en su aspecto externo, pero los dioses mismos no lo eran.

Júpiter Óptimo Máximo era el Júpiter de todos los latinos, mientras que Juno y Minerva llegaron a Roma importados de las ciudades latinas. El carácter nacional de esta trinidad capitolina muestra, en primer lugar, el aspecto predominantemente latino de la aristocracia que gobernó en la Roma latino-etrusca y también la ambición que sentía esta ciudad de ser la cabeza del Lacio y de tener dentro de su recinto el culto del dios máximo del Lacio, que se convirtió en deidad suprema de Roma en tanto Estado. (No es sorprendente que, al mismo tiempo, el culto de Diana, otra deidad relacionada con la liga latina, se estableciera en el bosque que cubre las laderas del Aventino.) Este "establecimiento" de un culto, bajo influencia etrusca pero con un espíritu puramente latino, es muy característico. Todavía lo es más el hecho de que los campesinos plebeyos introdujeran en el siglo V como un contrapeso a la trinidad de los patricios, otra trinidad propia. En un templo del Aventino, rendían culto a Ceres (la Deméter griega) y a la divina pareja, libera y Líber; combinado con esos cultos se hallaba el de Dionisio o Iaco, que tenía gran preponderancia en el sur de Italia en esa época. Es de observar que en esta trinidad plebeya, una deidad femenina ocupa el lugar principal. Tal hecho se puede atribuir a ese estrato de población indígena que se mezcló con los inmigrantes indoeuropeos para formar diversas ramas del tronco latino.

Después de la invasión gala, Roma estuvo en condiciones de contener cualquier movimiento de los galos hacia el sur, gracias a la vigorosa cooperación de las comunidades latinas. Poco a poco, Roma fue extendiendo sus posesiones en Etruria y se enfrentó, como ya hemos visto, con los volscos y los ecuos, sus peligrosos vecinos de las colinas latinas. Finalmente, Roma se anexó el país volsco, en donde se fundaron una serie de colonias militares, así como también en Etruria. Después de esas victorias, el territorio de Roma y de la liga latina era de unos 7. 500 km² de tierras, cultivadas en su mayor parte. Dentro de esos límites, Roma era el poder supremo y predominante. Desde el siglo IV a. C, sus magistrados superiores eran los presidentes de la liga latina. Al mismo tiempo, Roma entró en contacto político directo con los samnitas y los griegos, las dos potencias principales en el sur de la península. En esa época, los samnitas eran dueños de la Campania y formaban la clase superior de la población en las ciudades de ese territorio. Aprovechándose de la debilidad de los griegos, que se habían negado a apoyar al imperio de Siracusa fundado por Dionisio, los samnitas se esforzaban en apoderarse de los puertos del sur, tales como Napóles y Tarento, los cuales todavía desempeñaban un papel importante. También reforzaron su posición en Apulia. Dados los objetivos que perseguían, sus intereses coincidieron por algún tiempo con los de Roma, para la cual, a su vez, tenía gran importancia el mantenimiento de la paz en la frontera sur mientras estaba luchando con galos, etruscos y volscos en la primera mitad del siglo TV. Esto explica la alianza entre Roma y una confederación de pueblos samnitas; pero, desgraciadamente, no sabemos exactamente cuando se hizo esa alianza ni cuánto tiempo duró.

La alianza demostró su importancia en un momento crítico de la historia de Roma, cuando ésta se vio obligada a luchar con sus vecinas y aliadas, las ciudades latinas. Como ya se ha señalado, desde el siglo IV, los otros miembros de la liga latina habían dependido por completo de Roma, tanto en los asuntos militares como en los políticos. Mientras sintieron la amenaza de los galos en el norte y de los volscos en el sur, esas ciudades se sometieron con docilidad a la hegemonía militar de Roma, pero, cuando se desvaneció el peligro, intentaron asegurarse" más derechos y mayor independencia. Esto condujo a una grave contienda en que los latinos fueron ayudados por los volscos y los de Campania; la guerra terminó con la derrota completa de los latinos el año 338 a. C. La mayoría de las ciudades latinas fueron incorporadas al territorio romano y la liga latina dejó de existir. A partir de ese momento, las principales ciudades latinas y sabinas, en especial Preneste y Tibur, estaban ligadas a Roma solamente por acuerdos separados. Sin embargo, Roma mostró una gran generosidad al fijar sus relaciones con los aliados vencidos. Los latinos gozaron en Roma de los mismos derechos sociales y económicos que los ciudadanos romanos; incluso podían obtener la ciudadanía en el caso de que emigraran y adquiriesen domicilio dentro del territorio romano.

Después de la guerra latina, Roma fue la mayor potencia militar en Italia, más fuerte y más sólida que la moribunda liga de las ciudades etruscas o que la alianza de las tribus samnitas, que eran bastante fuertes pero que no tenían una verdadera unidad política, sin hablar de combinaciones más débiles tales como las de Umbría y las tribus sabinas, con sus alianzas esporádicas. El territorio romano llegaba a 12. 000 km¹, con una población de medio millón de habitantes por lo menos. Roma y el Lacio habían tenido siempre relaciones con las ciudades griegas y semigriegas de Campania, en particular con Capua y Ñapóles. Tarento, presionada por los samnitas, había pedido la ayuda de Alejandro, rey de Epiro, y éste casi logró unificar el sur de Italia bajo su bandera; pero en un crítico momento, Tarento lo traicionó y Alejandro fue derrotado por los samnitas. Este acontecimiento y la conquista de Campania por los samnitas hicieron muy difícil la situación de Ñapóles: ésta también se hallaba amenazada por la garra samnita y no vio otro medio de liberarse de ella que buscar la alianza con Roma. Esa alianza implicaba una guerra de Roma contra los samnitas, pero, por otra parte, ofrecía una perspectiva de predominio en la rica Campania y el establecimiento de unos lazos sólidos y permanentes con el mundo griego. Roma contaba también

con las ciudades samnitas helenizadas de Campania; como una ayuda considerable en la lucha venidera, de hecho, la mayoría de ellas, encabezadas por la rica y poderosa Capua, concertaron una alianza con Roma en 334 a. C. La aristocracia de esas ciudades, aunque era samnita, estaba helenizada y vio en la alianza con Roma un apoyo para su propia posición privilegiada, que probablemente perdería si las ciudades de Campania fuesen ocupadas por nuevos inmigrantes de Samnio. Los nuevos ocupantes usurparían probablemente la posición que ahora disfrutaban sus compatriotas, los primeros conquistadores de Campania. Finalmente, Roma se aseguró la neutralidad de Cartago, renovando, en 348 a. C, el tratado comercial y militar que se había celebrado anteriormente entre ambos Estados.

La primera guerra samnita comenzó en 325 a.C. y, al principio, tomó la forma de una contienda por el predominio político de Campania. Fue una guerra larga y tenaz. Aprovechando la difícil situación de Roma, los etruscos procuraron recobrar su posición política en el norte de Italia. Esta guerra en dos frentes duró más de veinte años (hasta el 304 a. C.). Aunque los samnitas derrotaban una y otra vez a fuertes ejércitos romanos, sin embargo, al final, gracias a la tenacidad de Roma y a la solidez de su liga con las ciudades latinas, aquéllos se vieron obligados a concluir una paz en condiciones muy favorables para Roma. Los samnitas tuvieron que renunciar a sus pretensiones sobre Campania y los etruscos debieron entregar algunas ciudades más de su frontera sur. Pero la paz de 304 no podía durar. La fuerza de los samnitas estaba todavía intacta; además, las tribus y ciudades independientes latinas advirtieron entonces que la alianza con Roma representaba, en última instancia, su absorción gradual por esa potencia y todas ellas estaban dispuestas a defender, con la espada en la mano, su libertad. Roma, claramente había puesto al descubierto su política respecto a sus vecinos que todavía' seguían libres cuando se anexó el territorio de los ecuos y una considerable parte del Tíber superior. En 298 a. C, se formó una gran coalición contra Roma, en la que se incluían no solo los etruscos y los samnitas, sino también los galos del norte de Italia. Roma dio la batalla a esta coalición y derrotó de una manera aplastante a los galos en Sentino, Umbría, el año. 295 a. C. Luego se enfrentó metódicamente con los miembros de la coalición por separado. En el año 280 a. C estaba en condiciones de obligar a casi todas las tribus samnitas y a todas las ciudades etruscas a entrar en alianza con ella y confiscó considerables porciones de su territorio, declarándolas propiedad del pueblo romano. Los sabinos fueron incorporados finalmente al Estado romano y se les hizo ciudadanos, pero sin derecho al voto en la asamblea popular. Los galos fueron rechazados, al valle del Po tras una serie de sangrientas batallas.

Las condiciones bajo las cuales los samnitas y etruscos fueron incluidos en la alianza romana eran aproximadamente las mismas que se habían aplicado a los latinos; Roma hacía un tratado por separado con cada tribu o ciudad, pero a ninguna le permitía concluir otros acuerdos. Esas ciudades y tribus de Samnio y Etruria conservaban su propio gobierno, pero debían someterse al control político de Roma. Vivían y se gobernaban con sus propias costumbres y leyes; tenían sus propios magistrados y sacerdotes, y su propio territorio, pero sus tropas debían ser puestas enteramente a las órdenes de los magistrados romanos y, en caso de guerra, formaban parte del ejército de Roma, bajo el mando supremo de los cónsules romanos o de sus sustitutos, los pretores. Esos nuevos aliados resultaban menos favorecidos que los latinos. Aunque tenían el derecho de realizar transacciones comerciales (commercium) en territorio romano y esas transacciones estaban protegidas por la ley, difícilmente tenían derecho a adquirir propiedades en territorio romano; no todos ellos gozaban del derecho de connubium, es decir, de contraer nupcias con romanos; incluso estableciéndose en Roma, no adquirían la ciudadanía sin permiso especial de la asamblea popular.

Para asegurar su predominio en Italia, Roma hizo uso de las tierras cedidas por sus rivales, que se habían convertido en propiedad del pueblo romano (ager publicas o ager Romanus). Los ciudadanos romanos cultivaban esas tierras sobre las cuales ejercían plena posesión. Al formar parte del territorio de la ciudad, esos ciudadanos se incorporaron a las tribus en que se dividía el primitivo territorio romano. Se adoptaron diferentes métodos de colonización en los diferentes lugares. En los puntos más importantes, donde había buenos puertos en las costas y a lo largo de las vías militares

que cruzaban el país, se construyeron fortalezas guarnecidas con ciudadanos romanos, a los que les asignó una considerable extensión de tierra pública para su cultivo. Esas plazas fortificadas recibieron el nombre de colonias romanas. Había también muchos establecimientos fortificados conocidos como colonias latinas, en donde los colonos eran en parte ciudadanos y en parte latinos. Finalmente, grandes porciones de tierras de reciente adquisición se arrendaban o, simplemente, se daban a los ciudadanos que se establecían allí con granjas particulares. Los inmigrantes de Roma se unían en grupos para honrar a los dioses romanos o para intercambiar los productos que cultivaban. Pronto se crearon centros de reunión llamados *conciliábulo*, *o jora* —mercados—; los artesanos y comerciantes se establecieron en ellos y lo que al principio solo había sido un mercado se convirtió en un conglomerado de tipo urbano.

Cuando la supremacía de Roma se extendió al sur de Italia, las ciudades griegas se enfrentaban con el dilema de someterse o resistir. Algunas de ellas, Ñapóles, por ejemplo, no vio otra solución que la de someterse y entrar en alianza con Roma. Los griegos de Sicilia eran impotentes para ayudarla. Cierto es que, en un momento dado, pareció que Sicilia había logrado de nuevo la unión y la fuerza de tiempos de Dionisio. Agátocles, ciudadano de Sira-cusa, hombre de gran habilidad, se autodesignó tirano de la ciudad y comenzó una campaña afortunada contra los cartagineses, en el curso de la cual, casi conquistó Cartago y, finalmente, estableció su propio poder en el este de Sicilia. Como ya lo había hecho Dionisio, se dirigió inmediatamente al sur de Italia y procuró extender su influencia allí. Anexionó Brutio y parte de Apulia a su imperio siciliano; pero, en 289 a. C, la muerte puso un límite a sus hazañas y dejó libres las manos a los romanos. Tarento era la potencia predominante en el sureste de Italia. Esta rica comunidad mercantil poseía un extenso territorio y mantenía constantes relaciones comerciales con Grecia, a la que suministraba granos y otros productos necesarios para su población. En su lucha contra las tribus samnitas de sus fronteras y los mesapios de Apulia, Tarento había recibido repetidamente la ayuda del reino de Epiro, de Sicilia y de Esparta, cuyos reyes y tiranos habían venido muchas veces a Italia para combatir en favor de Tarento contra su enemigo principal, las tribus samnitas de Lucania. Sabemos que Arquidamo, rey de Esparta, estuvo por allí el año 338 a. C, Alejandro, rey de Epiro (como ya dijimos anteriormente), en 331, Cleónimo de Esparta, en 303, Agátocles, en 300 a.C.

Al terminar la segunda guerra samnita, el ámbito de la alianza romana llegó hasta el país de los mesapios en Apulia y el territorio de las tribus samnitas en Brutio y Lucania, hasta el último refugio de la libertad en Italia y hasta los vecinos inmediatos de las ciudades griegas. Esas tribus vieron con tanta claridad como los griegos que ahora les había llegado el turno a ellos y que debían someterse a Roma o luchar contra ella. Turios tomó la primera solución, Tarento, la segunda. En 281 a. C, en alianza con lucanos, brutios y mesapios, Tarento comenzó la guerra contra Roma. Pero los aliados, conscientes de su debilidad militar, pidieron ayuda, en 280 a. C., a Pirro, rey de Epiro, comandante hábil y político ambicioso, que desempeñó un papel importante en la historia del mundo griego después de la muerte de Alejandro. Como muchos de sus contemporáneos, sucesores de Alejandro Magno, ese rey soñaba con restaurar la poderosa monarquía de Alejandro y, pora llevar a cabo ese proyecto, su primera tarea fue apoderarse de Mace-donia, que había pasado de mano en mano después de la muerte del conquistador. Pero la fuerza de Pirro resultó insuficiente para sus ambiciosos planes y Pirro sufrió fracaso tras fracaso en su política griega.

De allí que Pirro aceptara sin vacilación la oferta de Tarento de tomar el mando supremo en la contienda con los romanos. Esperaba reunir bajo sus banderas a los griegos de Italia y Sicilia y, de este modo, hacer en el Occidente lo que Alejandro había logrado en Oriente: crear un poderoso imperio griego que pudiera dominar a Roma y Cartago y, luego, llevar a todas las fuerzas armadas de Occidente a la conquista de Oriente. Pero era su sino que ese sueño no se realizara. Tarento y los griegos de Italia no fueron lo bastante fuertes como para infligir a Roma un golpe decisivo. A pesar de dos batallas afortunadas, que tuvieron lugar en los años 280 y 279 a C, Pirro no pudo mantenerse en Italia. También fracasó en su intento de asegurarse una base en Sicilia; obtuvo victorias contra los cartagineses, pero el separatismo de las ciudades griegas resultó fatal para sus planes. Al final,

después de una tercera batalla contra los romanos en 275 a. C, se vio obligado a abandonar Italia y dejar que Tarento siguiera su propio destino. De este modo, Roma había terminado su tarea de unificación en Italia. Solo los lucanos y los brutios conservaron su libertad por algún tiempo; el resto de Samnio se sometió finalmente a Roma y quedó privado de lo mejor de su territorio. La sumisión de los galos en el norte de Italia era ahora mera cuestión de tiempo, aunque exigiría grandes gastos y esfuerzos.

Roma se había convertido en el Estado más extenso y sólido del mundo occidental. La alianza romana ocupaba unos 25. 000 km² de Italia,, desde el Rubicón en el norte hasta el estrecho de Mesina en el sur, con una población de no menos de cuatro millones de habitantes. Solo una quinta o, tal vez, cuarta parte de su territorio estaba habitada por ciudadanos romanos; pero en los problemas de la política o de la guerra, toda la alianza formaba una sola unidad, controlada por el pueblo, el Senado y los magistrados de Roma,

Su éxito en la lucha por el dominio político de Italia se debió, sin duda, al hecho de que la dirección de los asuntos políticos estaba completamente organizada sobre una sólida base. El cuerpo de ciudadanos, que aumentaba constantemente y se hacía cada vez más compacto, constituía el fundamento de su sistema. Dentro del territorio de la ciudad, la tierra pertenecía a los pequeños propietarios; las grandes propiedades eran excepcionales. Esos labradores cultivaban ellos mismos sus tierras, juntamente con su familia y unos pocos esclavos. La misma forma de propiedad rural se introdujo en los territorios tomados a los aliados. Las colonias romanas y latinas consistían en grupos de pequeños propietarios, y las parcelas que se concedieron a los nuevos y viejos ciudadanos en las diversas partes de Italia eran de extensión reducida. Y. así, una vasta mayoría de los ciudadanos romanos eran campesinos que cultivaban sus tierras con sus propias manos.

Sin embargo, la forma de gobierno en el Estado romano no era democrática. Lo mismo que ocurría en el siglo V y comienzos del IV, la dirección de los asuntos públicos estaba limitada a un grupo de antiguas y ricas familias que pertenecían casi exclusivamente a la vieja nobleza patricia. A partir de las leyes de Licinio, de 367 a. C, Cualquier ciudadano era elegible para el consulado y otra serie de leyes posteriores abrió los otros cargos a patricios y plebeyos por igual, pero el pueblo persistía en elegir sus dirigentes entre un pequeño grupo de familias. Cuando expiraba el período de su cargo, los ex magistrados pasaban a ser miembros del Senado.

Esta tendencia de los electores se debía principalmente a la fuerza de la costumbre y, también, al sentimiento general de que el gobierno requería un conocimiento y una experiencia especiales, que el ciudadano corriente no poseía y que habían ido formándose durante siglos en las grandes familias. Además, los servicios públicos, como en Grecia, no eran remunerados, de manera que solo los ciudadanos más ricos podían ejercerlos. Por último, tenía gran importancia el hecho de que cada familia influyente estuviera rodeada tradicionalmente por un grupo de personas relacionadas con ella. Los clientes, cuando se convertían en ciudadanos libres y propietarios de tierra, conservaban la relación legal y religiosa con su antiguo señor. Desde el punto de vista de la religión romana estos lazos eran inviolables, cualesquiera que fueran las relaciones económicas entre el cliente y el patrono. Éste estaba obligado a presentarse ante los tribunales y defender a su cliente; el cliente ayudaba al patrono cuando éste tenía que dar a su hija en matrimonio, salir en campaña ó en otras ocasiones. La relación, era valiosa para ambas partes y, en la asamblea popular, el cliente votaba, naturalmente, por su patrono o por los amigos o candidatos de aquél. A medida que aumentaba la influencia de las grandes familias, se incrementó también el número de sus clientes. Los ciudadanos pobres luchaban por obtener el honor de ser incluidos entre los clientes de una casa noble o influyente, porque tal posición les aseguraba apoyo y asistencia en las pruebas y contratiempos de la vida.

La misma relación existía entre los plebeyos; también ellos tenían su propia aristocracia y sus propios patronos y clientes. Los plebeyos influyentes que eran elegidos tribunos guardaban su relación con los electores y continuaban defendiendo sus intereses incluso después de terminado el período de su cargo. Cuando los plebeyos consiguieron la igualdad ciudadana, esa aristocracia ple-

beya ejercía tanta influencia en la comunidad como los mismos patricios y, juntamente con estos últimos, formaba la aristocracia romana que gobernaba el Estado. Pero las familias que poseían gran cantidad de clientes y cuya relación con otras familias influyentes era más amplia se hallaban por encima de los demás. Cuanto mayor era el número de cónsules, sacerdotes y senadores que salían de una familia, tanto más aumentaban sus clientes /y su influencia política. Por eso, podemos ver en la lista de los magistrados romanos que la aristocracia, en general, está fuertemente representada y los nombres de algunas familias se repiten muy a menudo.

El número de esas familias fue aumentando poco a poco. La vieja nobleza no era exclusiva. Al admitir en sus filas a personas que no eran de ascendencia noble, los patricios, para conservar su influencia, no solo concluyeron alianzas familiares y políticas con los plebeyos más ricos y distinguidos, sino que también las hicieron con ciudadanos ilustres de las comunidades latinas e itálicas que antes habían sido independientes, y eran descendientes de antiguos reyes y magistrados de alta categoría. Túsculo envió a Roma las famosas familias de los Fulvios, Mamilios, Coruncanios y más tarde, los Porcios; los Plautios procedían de Tíbur y Preneste; los Atilios, de Campania; los Ogulnios de Etruria y los Otacilios de Samnio. Junto con las viejas y principescas casas de Roma — Fabios, Emilios, Cornelios y Julio— y los más eminentes plebeyos, a cuyas filas se unían a menudo, integraron la aristocracia gobernante.

Tampoco se puede considerar a la asamblea popular como una institución puramente democrática. El poder supremo del Estado correspondía a este cuerpo; elegía a los magistrados y aprobaba las leyes; votaba la paz o la guerra, disponía de la renta y anulaba o confirmaba la sentencia de muerte contra los ciudadanos. Después de la reforma que se atribuye a Servio, era diferentes al sistema ateniense, en el que cada ciudadano emitía su voto individualmente y, al final, se sumaban los votos emitidos. Como ya hemos visto anteriormente, los ciudadanos romanos se dividían en cinco clases de acuerdo con la propiedad que poseían. Luego, cada clase se dividía en un número fijo de centurias. En la votación, la mayoría de los votos emitidos en una centuria se computaba como voto de la centuria y la mayoría de votos de las centurias era decisiva, a diferencia de Atenas, en donde se consideraba decisiva la pluralidad de votos individuales. Pero también el cuerpo de ciudadanos se distribuía desigualmente entre las centurias. Los ciudadanos más ricos, que formaban la primera clase y eran generalmente patricios, se dividían en ochenta centurias y con ellos votaban también las dieciocho centurias de caballeros, que también pertenecían a la primera clase. Como todas las clases restantes estaban divididas en noventa y cinco centurias, resultaba que una mayoría de votos en la asamblea popular correspondía a los ciudadanos de la primera clase, independientemente de su número. Además, las centurias de la primera clase votaban en primer lugar y, en caso de unanimidad, no continuaba la votación. Finalmente, la asamblea popular solo podía reunirse cuando la convocaba el magistrado. En la reunión no había debates y los ciudadanos no podían poner a votación una proposición que no estuviera previamente sancionada por los magistrados y el Senado. Por otra parte, la constitución romana tampoco se puede considerar como puramente aristocrática. He dicho va que el conjunto de los ciudadanos estaba dividido entonces en treinta y cinco tribus de acuerdo con el lugar de su domicilio; que habían conquistado, en los siglos V y IV, el derecho de elegir tribunos como representantes suyos y de celebrar sus propias asambleas, de las que quedaban excluidos los patricios. Los tribunos eran los defensores del pueblo, gozaban del derecho de inviolabilidad y podían usar de su derecho de veto para anular el decreto de un magistrado. También tenían atribuciones para convocar asambleas de plebeyos, presentar a debate y tomar medidas concernientes al Estado en su totalidad y no solo sobre asuntos plebeyos, y comunicar esas decisiones (plebiscita) a los magistrados. En el año 287 a. C, los plebeyos ganaron mediante una "huelga" política otra nueva concesión, que sus decisiones como las de la asamblea popular, en la que se votaba por centurias, tuvieran fuerza de ley. Algunas cuestiones, tales como declaraciones de guerra o de paz y la elección de otros magistrados que no fueran tribunos, estaban fuera de su competencia, pero, salvo esas excepciones, su poder legislativo era ilimitado.

Pero el pueblo no quiso aprovecharse de las facilidades que se le presentaban para democratizar la

constitución. Satisfecho con la victoria de 287 a. C, que le garantizaba iguales derechos que a los patricios, renunció a ser una fuerza agresiva en política y dejó el gobierno del Estado a la nueva aristocracia de patricios y plebeyos. El pueblo hizo esto porque la lucha entre los órdenes no era una lucha para democratizar la constitución, sino para conseguir derechos económicos y sociales definidos. Dos grupos de familias influyentes, apoyados cada uno de ellos por sus clientes, llevaron el peso de la lucha. Cuando los plebeyos resultaron victoriosos, sus caudillos no tuvieron ningún deseo de continuar la contienda. Después de lograr un estatuto social y económico tolerable, no trataron de obtener cambios radicales en la constitución, aumentando las atribuciones de la asamblea popular a expensas de los magistrados y del Senado. Tales ideas no habían entrado en su cabeza; habían combatido únicamente para obtener iguales derechos que los patricios en los asuntos políticos, económicos y sociales.

Los verdaderos gobernantes del Estado eran los magistrados: comandantes del ejército, presidentes de la asamblea popular y del Senado, jueces, tesoreros e intermediarios entre el Estado y los dioses. El ejército de ciudadanos los elegía por un año mediante votación por centurias. Los dos cónsules eran los magistrados supremos. El pueblo daba a cada uno de ellos el imperium, es decir, el pleno mando civil y militar. En caso de desacuerdo entre los dos, no se podía ejecutar el decreto de un cónsul; el poder negativo de un colega anulaba el mando del otro. A medida que los asuntos públicos se complicaban, el pueblo elegía magistrados menores, con un rango inferior a los cónsules. Esos magistrados eran los pretores, que mandaban el ejército y actuaban como jueces; los cuestores, encargados de las finanzas, y los ediles, que velaban por el cuidado de las calles y edificios de la ciudad. En la vida pública, tenían gran importancia unos magistrados especiales que se elegían en intervalos irregulares, generalmente una vez cada cinco años y que debían desempeñar su cargo durante dieciocho meses: se llamaban censores y tenían como obligación hacer el censo de los ciudadanos y distribuirlos en centurias y clases, según su domicilio. Poco a poco, se les fueron acumulando otras obligaciones: llenaban las vacantes que se producían en el Senado; controlaban los ingresos y fijaban los gastos para los cinco años siguientes; y actuaban como supervisores de la moral privada, con el derecho a expulsar del Senado y del cuerpo de caballeros a todas las personas que de algún modo se hubieran expuesto a esa medida. Cada grupo de magistrados, incluso los cónsules, constaba de dos o más personas y formaba un collegium.

El Senado era el cuerpo que asesoraba a los cónsules. Como ya he dicho anteriormente, en los primeros tiempos de la historia romana, el Senado representaba a un grupo de familias gobernantes y conservaba ese carácter en el siglo IV a. C. El número normal de los miembros era de trescientos. Los cónsules y, más tarde, los censores formaban parte de sus filas. El cargo era vitalicio. Los magistrados no tenían reglamentos o leyes que les guiasen en el nombramiento de senadores, pero, poco a poco, se introdujo la costumbre de que todos los ex magistrados, a menos que hubiera alguna razón para su exclusión, debían tener asiento en el Senado. De este modo, el Senado vino a representar a la totalidad do los ciudadanos. Sin embargo, ya hemos visto que el pueblo prefería escoger como magistrados y, por consiguiente como senadores, a los miembros de las familias nobles romanas.

Toda la inmensa importancia que el Senado adquirió en la vida pública de Roma se basaba más en la costumbre que en los derechos constitucionales. La constitución no escrita únicamente garantizaba la existencia del Senado como la fuente y el guardián del poder que ejercían los magistrados. En el caso de que ambos cónsules muriesen o fuesen hechos prisioneros, su *imperium* "volvía a los padres", es decir, al Senado, según reza una antigua norma política romana. Entonces, el Senado nombraba entre sus miembros un *interrex*, para convocar a una asamblea que eligiera nuevos cónsules. El Senado no podía reunirse a menos que fuese convocado por un cónsul; la discusión y el voto estaban limitados a las medidas propuestas por el cónsul y sus decisiones, llamadas *senatus consulta*, o "consejos del Senado" no obligaban al presidente. Pero la importancia e influencia del Senado eran tales qué los cónsules constantemente lo consultaban; casi siempre seguían sus "consejos" y raramente llevaban ante la asamblea una propuesta que el Senado no

hubiera aprobado previamente. Así, el Senado era el verdadero gobernante de Roma, mientras que los cónsules y los otros magistrados eran sus órganos ejecutivos. Esto se debía, en parte, al profundo respeto que el pueblo tenía por el Senado y, en parte también, a la continuada existencia de esa institución mientras que los cónsules solo permanecían en sus cargos doce meses. Además, cónsules y senadores pertenecían a la misma clase. Para un cónsul no resultaba fácil ni provechoso oponerse al Senado.

Los colegios sacerdotales también desempeñaron una importante función en los asuntos públicos. El ingreso a esos cuerpos estaba abierto a todos los ciudadanos, en virtud de la misma concesión que los patricios habían hecho en el caso de las magistraturas civiles. El Estado iba concentrando en sus propias manos, a un ritmo creciente, la vida religiosa de la comunidad así como sus asuntos políticos y económicos. La relación de los ciudadanos con los dioses estaba fijada con precisión y se establecieron reglas bien claras para comunicarse con el cielo por medio de los colegios sacerdotales especiales, que guardaban la ley divina (ius divinum) y asistían y aconsejaban a los magistrados en asuntos religiosos. Ya he hablado de los diversos colegios. El principal de ellos era todavía el que lo había sido en los primitivos días de Roma, el Colegio de los Pontífices, un cuerpo de personas que conocían exactamente todos los pormenores de la ley religiosa y del código secular, estrechamente ligado a aquélla. Ellos determinaban el tiempo y modo de los principales actos del culto religioso; eran los guardianes de la antigua tradición histórica. La vida pública de Roma era inseparable de la religión: cada acto del Estado comenzaba y acababa con una ceremonia religiosa, y la parte religiosa de los procedimientos era tan importante como la parte secular. El imperium o poder ejecutivo de los magistrados estaba estrechamente relacionado con su derecho exclusivo a averiguar la voluntad de los dioses mediante los auspicios; a solicitar, en nombre de la comunidad, su protección; y finalmente, a aplacarlos cuando su descontento o su cólera se hubiesen manifestado por señales o prodigios. En esas condiciones, tenía mucha importancia para el Estado conocer la historia de sus relaciones con los dioses. Los pontífices tenían como misión registrar las memorias y éstas, eran, en la medida que se han conservado, los anales más antiguos de la vida religiosa... v política de Roma.

Ya hemos hablado del papel que desempeñaron los ciudadanos en conjunto. Cada ciudadano tenía sus derechos políticos, pero también sus deberes políticos. Los ciudadanos estaban obligados a defender al Estado sirviendo en el ejército, a entregar una parte de sus ingresos para satisfacer las necesidades del Estado y a dar su trabajo al Estado cuando así lo exigía la seguridad pública como, por ejemplo, en la construcción de murallas.

De este modo, a fines del siglo V y comienzos del IV a. C, Roma se convierte en un Estado poderoso y entra en el concierto de la política internacional del mundo civilizado. Ahora ya no era pura y exclusivamente una fuerte ciudad-Estado con una población nutrida y rica; era también el centro de una gran confederación de tribus itálicas y ciudades. Desde ese momento, Roma habla no rolo en nombre de sus propios ciudadanos, sino también en el de una poderosa confederación cuyos miembros habían asimilado, en mayor o menor escala, los resultados de la cultura generalmente difundida en aquel tiempo.

Después de las largas y enconadas guerras que condujeron a la creación de la confederación itálica, Roma se convirtió en una de las potencias más fuertes del mundo civilizado. Su fuerza militar era más considerable que la de cualquier otro de los imperios de Oriente, más considerable no tanto en cuanto al número sino por la solidaridad, organización y sagacidad de sus soldados. Frente a las tropas de los otros imperios, que servían por una soldada y se reclutaban a la fuerza entre las poblaciones nativas, Roma podía presentar un ejército tan adiestrado como numeroso, constituido por ciudadanos y aliados que luchaban no por dinero u obligación, sino por la decisión voluntaria del conjunto de los ciudadanos romanos.

Cuando Roma derrotó a Pirro, uno de los reyes helenísticos mejor dotados y, al hacerlo, reclamó su puesto en la familia de los imperios en el siglo III a. C, su aparición fue notada y meditada por los políticos helenísticos de aquel tiempo. El vecino más cercano de Italia, Macedonia, comenzó a seguir de cerca los acontecimientos de Italia; Egipto fue el primer Estado que entró en relaciones diplomáticas con Roma el año 273 a. C. y, en Grecia, las ligas y las comunidades libres empezaron a tener en cuenta esta nueva potencia como un posible aliado tanto para sus disputas internas como para reforzar a los griegos occidentales en su lucha contra la creciente insolencia de los piratas ilíricos. Pero fue Cartago, con sus intereses políticos y comerciales en el Mediterráneo occidental, el Estado que más se interesó en la política extranjera de Roma. Para Cartago, Roma y sus éxitos no constituían una novedad. Al principio, aquella potencia vio en Roma al sucesor de Etruria en Italia y confiaba en que su propio comercio no sufriría menoscabo, porque Roma no era un gran imperio marítimo en los siglos V y IV a. C. y no poseía flota alguna, ni bélica ni comercial. El comercio de los puertos etruscos y latinos que aún quedaban conservaba su carácter semipirático y no podía competir con el comercio de Cartago. Por esa razón, en el año 348 Cartago renovó el tratado comercial concluido con Roma a fines del siglo VI y, también por la misma causa, ese tratado comercial se transformó, en el año 279, durante la guerra con Pirro, en una alianza militar contra el enemigo común. Es, pues, claro que Cartago todavía consideraba a Roma como un contrapeso a las ciudades griegas, del mismo modo que había considerado a Etruria en una época anterior.

Pero cuando Roma tomó todos los puertos del sur de Italia y los intereses de Ñapóles y Tarento, antiguas rivales de Cartago, pasaron también a ser intereses de Roma, la situación cambió por completo. Cartago comprendió claramente que Roma, como cabeza de los griegos occidentales, se vería obligada en un futuro próximo a tomar en sus manos los asuntos sicilianos y a apoyar a los griegos de Sicilia en su lucha secular contra los cartagineses. Ya era significativo el hecho de que Roma hubiera sido desde larga fecha la aliada de Massilia, la otra rival que tenía Cartago. Es preciso observar que las relaciones entre los griegos sicilianos y las tribus nativas del país, que siempre habían sido frecuentes e ininterrumpidas, eran especialmente activas en el siglo IV a. C. A menudo se contrataban destacamentos de samnitas para cumplir funciones militares en Sicilia y a muchos de ellos, después de cumplir el período de servicio, se les recompensaba con lotes de tierras. Un ejemplo palmario de que los samnitas deseaban establecerse en Sicilia lo tenemos en la historia de la ciudad griega de Mesana. Los mercenarios samnitas entraron en posesión de ella como pago de Agátocles y la transformaron en una ciudad samnita, cosa que ya le había ocurrido mucho antes a Regio, una ciudad griega situada en la parte oriental del Estrecho.

Por todo esto, resultaba inevitable la colisión entre Roma y Cartago y cuanto antes estallara el conflicto, mejor sería para Cartago. La fuerza de ambas rivales era aproximadamente la misma. Las dos potencias se basaban en una comunidad de ciudadanos con un ejército numeroso y bien adiestrado. Ambos estados tenían aliados que estaban obligados a contribuir con sus fuerzas en el caso de que su principal se viera envuelto en una guerra, cualquiera fuere el enemigo. De un lado se hallaban etruscos, samnitas, umbríos y griegos itálicos, mientras que el imperio africano de Cartago podía contar con los bereberes o libios, que vivían en su territorio, y también con los númidas, que

eran vecinos y tributarios. Ambos grupos de naciones eran guerreros, pero en manera alguna salvajes. En ningún caso existía un profundo sentimiento de apego por parte de los aliados hacia el principal, pero tanto Roma como Cartago podían contar, en circunstancias normales, con su ayuda. Cartago tenía más y mejor caballería que Roma y su infantería estaba bien armada. También poseía un fuerte contingente de mercenarios, muy bien adiestrados, que habían pasado por la severa escuela bélica helenística, y un considerable número de elefantes armados, una reciente adición al poder combativo de los ejércitos helenísticos. Es indiscutible que los cartagineses eran superiores a los romanos en todas las ramas de las tácticas estudiadas por los generales helenísticos y, en especial, en ingeniería. Finalmente, poseían una poderosa flota y una gran riqueza. Sin embargo, en los combates en tierra, los romanos tenían ventajas considerables, porque en aquel tiempo los ciudadanos de Cartago raramente servían en el ejército y eran sustituidos por mercenarios y aliados que podían fallar en el momento crítico. El ejército romano, por el contrario, no tenía mercenarios y estaba formado únicamente de ciudadanos y aliados; algunos de estos últimos, los latinos, por ejemplo, merecían tanta confianza como los propios ciudadanos romanos.

Esta igualdad de fuerzas hacía imposible prever cuál de ambos antagonistas obtendría la victoria. La contienda tendría que iniciarse en Sicilia y, por eso, era muy importante la actitud que adoptarían los griegos sicilianos. Ocurrió que, justamente en esos momentos, dichos griegos habían encontrado una vez más un jefe hábil y prudente en la persona de Hierón II, tirano de Siracusa, que había tomado el gobierno de la ciudad el año 269 a. C. Siguiendo el ejemplo de Agátocles y Pirro, Hierón se había proclamado a sí mismo rey de Sicilia y había sometido a varias ciudades vecinas.

La guerra comenzó el año 264 y, como siempre ocurre en casos semejantes, aprovechando un pretexto relativamente fútil. Los samnitas, que habían tomado Mesana el 289 y ahora se llamaban mamertinos, vivían saqueando las ciudades griegas de su vecindad. Cuando Hierón, dispuesto a poner término a esos pillajes, puso cerco a Mesana, una porción de sus habitantes pidió ayuda a Cartago. Esta recibió con agrado la oportunidad de ocupar la ciudad y envió un contingente de tropas. Cartago necesitaba establecerse en el estrecho de Mesina, lo más cerca posible de su antigua enemiga, Siracusa. Pero una mayoría de los mamertinos buscó la ayuda de Roma. Los romanos comprendieron que la ayuda a los mamertinos significaba la guerra con Cartago. Pero, por otra parte, si Cartago controlaba el estrecho, los intereses vitales de Roma sufrirían gran menoscabo. No solo se dificultaría el movimiento de sus barcos en el estrecho, sino que también sería posible, en caso de necesidad, desembarcar un ejército enemigo en tierra itálica. Tras de algunas vacilaciones, Roma se decidió por la guerra y envió un fuerte ejército a Sicilia. Entonces, los mamertinos obligaron a la guarnición cartaginesa a retirarse y entregaron su ciudad a los romanos.

Ante el peligro común, Hierón y los cartagineses se aliaron, pero sus ejércitos no lograron apoderarse de Mesana. Después de este fracaso, Hierón abandonó a sus aliados y se puso del lado de los romanos, éstos le parecieron más fuertes y, además, le prometieron que, una vez victoriosos, no solo reconocerían su gobierno en Siracusa y su independencia, sino que también se le permitiría extender su reino a costa de las posesiones cartaginesas. Cuando se hizo el tratado, el rey lo respetó fielmente a lo largo de toda la guerra y los romanos le debieron gran parte de su victoria final. Sin su ayuda, hubiera sido difícil para Roma resolver el problema del suministro a su ejército y, además, Siracusa era esencial como base de la flota romana. Más adelante veremos cómo la lucha con Cartago obligó a los romanos a crear una marina poderosa.

La guerra por Sicilia se prolongó durante veintitrés años, de 264 a 241 a. C. Los antagonistas hicieron el máximo esfuerzo; ambos revelaron un extraordinario genio bélico y enviaron grandes generales para mandar sus ejércitos. Ni las monarquías grecoorientales, ni Macedonia ni Grecia participaron en el conflicto. El sentimiento del mundo helenístico era el de la neutralidad y ninguna de las monarquías helenísticas estaba directamente interesada en el resultado de la contienda. Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, era el vecino más próximo de Cartago y es interesante observar el hecho de que mantuvo relaciones amistosas con ambos combatientes.

La victoria de Roma en la primera guerra púnica (nombre usado por los romanos, quienes llamaban

a los cartagineses *Poeni* o fenicios) se debió principalmente a los errores que cometieron los cartagineses, justamente al comienzo mismo de las hostilidades. A pesar de su superioridad en el mar, permitieron que los ejércitos romanos pasaran de Italia a Sicilia; no fueron capaces de conservar el apoyo de Hierón y no enviaron una fuerza suficiente para destruir los primeros contingentes romanos que desembarcaron en Sicilia. A su vez, los romanos sorprendieron a Cartago por su actividad en el mar. Ayudados por los griegos, sicilianos e itálicos, construyeron una gran flota. Equiparon sus barcos con un artefacto que los cartagineses no conocían y que probablemente se debía a los ingenieros griegos: puentes para abordar a los barcos enemigos, lo cual permitía a la infantería pesada romana luchar del mismo modo en que acostumbraba hacerlo en tierra firme. Gracias a esos errores de los cartagineses y a la pujanza de su propia flota, los romanos estuvieron en condiciones de desalojar al enemigo de muchas ciudades sicilianas y también de ganar en el mar una serie de victorias decisivas. Alentada por estos éxitos, Roma confiaba en acabar la guerra con un golpe certero y envió un ejército relativamente fuerte a África el año 256 a.C. El plan consistía en sorprender a los cartagineses, tomar Cartago tan pronto como fuera posible después del desembarco y obligar al gobierno a aceptar las condiciones impuestas por Roma. Esa tentativa casi se vio coronada por el éxito. El ejército, mandado por M. Atilio Régulo, desembarcó felizmente, saqueó una gran parte del territorio cartaginés y avanzó en línea recta hacia la ciudad. Pero ésta se mantuvo firme frente a Régulo. Su ejército era demasiado pequeño para apoderarse de la ciudad y los romanos, ocupados en su lucha en Sicilia y sabedores de que Cartago todavía estaba en posesión de una fuerte flota, temían que si le enviaban refuerzos, toda su empresa caería por tierra. Con la ayuda de Jantipo, un aguerrido general espartano a quien invitaron a venir a África junto con un cuerpo de mercenarios, los cartagineses derrotaron al ejército de Régulo y solo algunos sobrevivientes pudieron embarcar con rumbo a Sicilia.

Una vez más, Sicilia se convirtió en el único teatro de operaciones. Roma desplegó la misma tenacidad y perseverancia que había mostrado' en sus campañas itálicas. En el último período de esta guerra, hubo veces en que Roma sufría derrota tras derrota. En un momento dado casi quedó sin flota; las tormentas destruían sus barcos en las costas sicilianas. Pero ningún desastre podía debilitar la resolución de Roma. Además le alentaba la incapacidad de Cartago para sacar provecho de esos desastres. Finalmente, esa perseverancia, junto con la excelente calidad de la infantería romana, trajo la victoria. Poco a poco, los ejércitos cartagineses se veían empujados hacia el ángulo suroeste de Sicilia, a pesar de la obstinada resistencia, dirigida, hacia fines de la guerra, por Amílcar Barca, un joven general cartaginés. La última etapa de la guerra agotó tan profundamente la fuerza de ambos combatientes que Roma ofreció condiciones de paz que eran relativamente benignas para su rival. Cartago tuvo que pagar una moderada cantidad de dinero y entregar a Roma sus posesiones de Sicilia. Así se adquirió la primera "provincia" romana (véase cap. VII).

Concluida la paz, Cartago tuvo que pasar por más pruebas y peligros. Un cuerpo de mercenarios que había servido en Sicilia, enfurecido por la retención de su paga, se amotinó al regresar a África. Arruinados por los impuestos y agotados por las levas, los bereberes, algunos númidas e incluso algunas ciudades fenicias de la costa se sumaron a los amotinados. La situación era crítica. Pero, en la hora del peligro, Cartago mostró la fuerza extraordinaria que todavía poseía. Amílcar Barca, el joven y hábil general de quien ya hemos hablado, a quien Cartago debía las condiciones favorables de paz, aplastó la revuelta y restableció el orden en el Imperio cartaginés. Incluso extendió la esfera de influencia cartaginesa en Numidia gracias a una serie de felices campañas.

Después de la guerra con los mercenarios, el próximo cometido de Cartago era el restablecimiento de los destrozados recursos del Estado. Sus mercados en Italia y Galia, sus provincias de Sicilia, Sardinia y Córsica se habían perdido para siempre. Estas dos últimas habían sido incorporadas a Roma al concluir la paz y su pérdida era particularmente grave, ya que esas islas no solo habían sido los graneros de Cartago, sino que también le suministraban cobre, hierro y otros metales. La necesidad de resarcirse de esta doble pérdida explica los esfuerzos de Cartago para extender sus posesiones en España, un país fabulosamente rico en minerales, de acuerdo con las pautas antiguas.

España podía ocupar también, si se cultivaba apropiadamente, el lugar de Sardinia y Sicilia como productor de granos. Las operaciones en España no fueron obstaculizadas por los romanos, cuyo objetivo presente era que los cartagineses pagaran toda la suma que se les había pedido.

La tarea de crear una provincia española fue encomendada a Amílcar Barca, quien legó esta misión a su yerno Asdrúbal y, más tarde, a su hijo Aníbal. Es indudable que Amílcar Barca y sus sucesores iban a esas tierras impulsados por el deseo de venganza tanto como por consideraciones económicas. Al dirigirse hacia España, no solo veían en ella una fuente de riqueza, sino también un arma de guerra. Desde hacía mucho tiempo, su pueblo tenía fama de poseer un espíritu belicoso; el país, gracias a su abundancia en mineral, era muy adecuado para la creación de nutridos arsenales, y podría servir de base para una campaña contra Roma. Paulatinamente, las que habían sido pequeñas factorías se fueron transformando en grandes ciudades marítimas con considerables territorios; tal es el caso de Gades, la moderna Cádiz. Las tribus hispánicas, una tras otras, se convirtieron en aliadas o tributarias de Cartago, sea por las armas o bien por medios diplomáticos. De esta manera, las bases de Cartago en España se hicieron cada vez más fuertes y vastas.

Roma comenzó entonces a mirar con cierta inquietud esa actividad de Cartago en España, pero era impotente para evitarla o contrarrestarla. Eso hubiese significado una segunda guerra contra Cartago, en condiciones desfavorables. Su tarea más apremiante consistía en asegurar su retaguardia en el norte de Italia, en donde se asentaron, en 225-222 a. C, tribus galas independientes deseosas de invadir una vez más el centro de la península. Con un gran esfuerzo, los romanos lograron rechazar esa incursión y arrojar a los invasores hacia la parte superior del Po. Un poco antes, en el año 229 a. C, Roma entró en guerra con los piratas de la costa ilírica, que habían logrado el pleno control del Adriático y no cesaban de saquear a los comerciantes y ciudades de la costa italiana. Esta campaña puso por primera vez en contacto a Roma con las potencias que gobernaban Grecia: Macedonia, la liga etolia y la liga aquea, todas las cuales trataron de aprovechar este contacto en beneficio propio. Por primera vez, Roma formó una alianza con comunidades griegas: Epidamno y Apolonia, los puertos importantes de la costa occidental de Grecia y víctimas principales de los piratas. Estas guerras pusieron en evidencia que sería inevitable en un futuro próximo una colisión entre Roma y Macedonia, porque la anexión de Iliria, tan cercana a Macedonia, y la intromisión de Roma en los asuntos griegos solo podrían resultar ofensivas para los macedonios. Pero los romanos evitaron cuidadosamente el conflicto, tanto en el año 229 como diez años después, cuando tuvieron que combatir de nuevo en la costa ilírica para desalojar a los piratas de sus bases navales.

Pero, a pesar de esas guerras y de la complicada situación existente tanto en el norte de Italia como en la costa oriental, era necesario que Roma pusiera coto al progreso de los planes cartagineses en España. La expansión hacia el este era especialmente peligrosa. Los cartagineses se iban acercando a los Pirineos, de suerte que Roma podría tal vez enfrentarse con una coalición de cartagineses y galos de lo que hoy es Francia y también de Italia. Primeramente se hizo una tentativa para detener la expansión de Cartago por medios pacíficos. Con esta finalidad, Roma puso en juego sus antiguas relaciones con la comunidad greco-ibérica de Sagunto, que ahora se convirtió en su aliada. Sagunto sería útil, en caso de necesidad, como una base militar contra Cartago. Anteriormente, en el año 226, Roma concluyó un acuerdo con Asdrúbal, el general cartaginés en España, por el que se fijaba el río Ebro como límite entre las esferas de influencia de los dos rivales.

Desde 236, al 228 a. C. Amílcar mandó al ejército cartaginés en España; cuando murió su yerno y sucesor, Asdrúbal, en 221, Aníbal, hijo de Amílcar, fue elegido por el ejército como conductor. El nuevo general comenzó inmediatamente a preparar la guerra contra Roma y a estudiar un plan para invadir Italia. En 219, sus preparativos estaban ya completos. Pero antes de marchar contra Italia, era preciso asegurarse la retaguardia y privar a los romanos de cualquier base posible para futuras operaciones militares en España. Sagunto, aliada de Roma y que, además, podía ser utilizada para tales operaciones, fue tomada después de un cerco de ocho meses. Roma declaró la guerra a Cartago inmediatamente. Anticipándose al plan romano de mandar una fuerza a África para tomar Cartago y otra a España para destruir al ejército cartaginés, Aníbal pasó los Pirineos con extraordinaria

rapidez, cruzó el sur de la Galia y entró en Italia, atravesando los Alpes. Allí contaba con la ayuda que le habían prometido los galos del norte de Italia; él también creía que, mediante una serie de victorias, podría romper la alianza de los clanes y comunidades italianas con Roma y de este modo obligaría a Roma a firmar una paz favorable para Cartago. No entraba dentro de sus proyectos tomar la propia Roma, empresa que le pareció imposible porque esa ciudad estaba rodeada de colonias fortificadas y de fortalezas latinas.

El avance de Aníbal fue tan rápido e inesperado que los romanos no tuvieron tiempo para organizar un ejército en Sicilia para enviarlo a África; ni siquiera pudieron poner en pie fuerzas suficientes para defender los pasos de los Alpes y mantener al invasor fuera de Italia. Cuando el ejército de Aníbal llegó a Italia y los galos se unieron a él, en el año 217, era ya demasiado tarde para pensar en la invasión de África. Roma tuvo que enviar hasta el último hombre hacia el norte de Italia. El terrible paso de los Alpes había causado pérdidas cuantiosas al ejército de Aníbal, en especial en lo que podríamos denominar sus "tanques", es decir, los elefantes armados. Pero los caballos y hombres perdidos fueron remplazados por los galos y, además, Aníbal confiaba en ir separando de Roma a sus aliados latinos. Los samnitas eran los más dudosos como aliados; por eso, el objetivo inmediato de Aníbal fue penetrar hacia el sur de Italia, en donde, además, no le resultaría difícil recibir refuerzos de Cartago. Este plan de campaña se llevó a cabo brillantemente. Uno tras otro fueron derrotados los ejércitos romanos, en el Ticino y en el Trebia, en el norte, y en el lago Trasimeno, en la Italia Central. En el año 216, los romanos ofrecieron batalla en Canas, Apulia, pero también allí terminó en una derrota espantosa en la que perecieron millares de ciudadanos romanos y de aliados. Con esta victoria, Aníbal se adueñó del sur de Italia; podía comunicarse sin dificultad con Cartago y España y tener relación directa con Macedonia, la cual se había dado cuenta, ante las victorias romanas en Iliria, de que los intereses orientales de ambas potencias divergían completamente.

Pero aunque una gran masa de ciudadanos romanos y de sus aliados yacía en los campos de batalla de Italia, la causa no se había perdido en absoluto ni tampoco la tarea de Aníbal estaba a punto de acabarse. Esto no era más que un momento de la guerra. Aníbal confiaba en que Roma se vería obligada a concluir la paz gracias a la derrota, la deserción de los aliados y la actitud amenazadora de Macedonia. El desaliento cundió en Roma cuando los cartagineses pasaron de Apulia a Campania, cuando Capua, la antigua aliada de Roma, abrió sus puertas a Aníbal y, en particular, cuando Siracusa, muerto Hierón, renegó de su fidelidad mientras Macedonia formaba alianza con Cartago. Pero en esta hora negra, los gobernantes se elevaron a la altura que la situación requería. Llevaron al campo de batalla a toda la población libre del país e incluso a una parte de los esclavos, a quienes prometieron la libertad. Los aliados de Roma multiplicaron sus esfuerzos. La esperanza de Aníbal en el sentido de un divorcio entre Roma y sus aliados no se realizó. Los latinos permanecieron fieles y la mayoría de las demás ciudades itálicas prefirieron el gobierno romano al de los semitas extranjeros. La situación de Aníbal se hacía embarazosa. Su fuerza ya no era suficiente para entrar en el Lacio y allí tomar una fortaleza tras otra y, finalmente, la propia Roma. Es probable que Cartago aun con un esfuerzo extremo no hubiera podido presentar un ejército bastante fuerte para llevar a cabo ese objetivo. Por consiguiente, mientras esperaba refuerzos de Cartago y España, y de Filipo de Macedonia, Aníbal continuaba sometiendo a los aliados de Roma que todavía se le enfrentaban en el sur y el centro de Italia, en particular, en Campania maniobró de modo que los romanos se vieran obligados a entrar en una nueva batalla, que terminaría seguramente en una derrota de los comandantes romanos.

Pero los romanos habían decidido cambiar su plan de campaña y no aceptar ninguna batalla más. La guerra se había convertido en una guerra de desgaste y agotamiento. El ejército romano, conducido con gran habilidad por Quinto Fabio, apodado Cunctator "el que se demora", por Marcelo en Sicilia y por Tiberio Graco, seguía los pasos del invasor, tratando de apoderarse de sus equipos y de salvar a las ciudades de la Campania y del sur de Italia que todavía resistían al cartaginés y, en la medida de lo posible, desalojarlo de las ciudades que había tomado. Fuera de Italia, la lucha se llevaba a

cabo con la máxima actividad, con el objeto de aislar totalmente a Aníbal y evitar que consiguiera refuerzos de alguna parte. Las operaciones más importantes comenzaron en España, incluso antes de la batalla de Canas. También se tomaron medidas contra Filipo V, rey de Macedonia y aliado de Aníbal. Ante el temor de que pudiera invadir Italia, los romanos enviaron una fuerte flota para vigilar el Adriático y evitar posibles desembarcos. Cuando Filipo trató de adueñarse de la ciudad griega de Apolonia para utilizar su puerto como base de su planeada invasión de Italia, la flota del Adriático acudió en socorro de la ciudad y la libró de los macedonios. Finalmente, cuando en el año 212 las victorias de Filipo en Iliria y la conquista del excelente puerto de Liso, unido a la toma de Tarento por Aníbal, hacían casi inevitable una invasión macedonia, Roma levantó contra Filipo una fuerte coalición en Grecia, encabezada por los etolios, y le prometió subsidios y ayuda militar. Ante la guerra en Grecia, Filipo se vio obligado a renunciar a la participación activa contra los romanos en Italia. Por último, Roma procuraba debilitar la influencia cartaginesa en Sicilia, en donde Siracusa, a causa de la muerte de Hierón y de la carrera triunfal de Aníbal, había renunciado a la alianza con Roma y había asumido una actitud hostil.

Todas esas actividades requerían tiempo y sus resultados no fueron muy halagüeños al principio pero, también en este caso, Roma desplegó su acostumbrada perseverancia, y la victoria comenzó a sonreírle lenta pero firmemente. En el año 212, el cónsul Marcelo tomó Siracusa después de un largo y penoso cerco, durante el cual el ejército romano tuvo que enfrentarse con los descubrimientos más recientes del genio griego, porque la defensa fue dirigida por Arquímedes, el mayor matemático e ingeniero de la Antigüedad. Cuando se tomó la ciudad, Arquímedes fue muerto por un soldado romano. Un año más tarde, los cartagineses fueron expulsados de Campania y Capua volvió a poder de Roma. En España también hubo un cambio de fortuna cuando el joven Publio Cornelio Escipión, recibió el mando del ejército de ese país. Ante tales condiciones, Aníbal comprendió claramente que nada podría cambiar la situación, salvo nuevas y aplastantes victorias. Pero su fuerza era insuficiente para tal finalidad. Cartago, que aguardaba a cada momento una invasión romana desde Sicilia, no le podía ayudar. Solo quedaba España. Entonces, Aníbal ordenó a su hermano Asdrubal que acudiera con la mayoría del ejército situado en España. Asdrubal logró llegar a Italia, pero no logró reunirse con su hermano; un ejército romano ss le enfrentó en el Metauro haciéndole sufrir una terrible derrota en una batalla decisiva (207 a. C).

Esta derrota determinó el resultado de la campaña. El genio militar de Aníbal era de tal calidad que los romanos nunca le pudieron batir en Italia. Todo lo más que hicieron fue empujarle poco a poco hacia el sur. Pero su creciente debilidad permitió que Roma transfiriera la guerra a África, enviando una expedición contra Cartago. En esta forma se forzó a Aníbal a retirarse de. Italia con su ejército, para defender su país. La guerra en África, en la que Escipión fue el general romano, comenzó el 204 y terminó, tras una serie de operaciones, con la batalla de Zama, dos años más tarde. Allí fue derrotado Aníbal por primera vez. Masinisa, un rey númida que se había aliado con los romanos, les prestó valiosa ayuda durante la campaña. La paz se concluyó el año 201 a. C. Cartago se vio obligada a pagar una fuerte cantidad y a aceptar una 'limitación de su independencia en cuanto a sus relaciones internacionales. Así se evaporó el prestigio que había gozado en Occidente. Su supremacía comercial se acababa, y Cartago se convirtió en uno de esos Estados que dependían de la agricultura, combinada, en menor escala con cierta partici-

pación en el mercado exterior. Su actividad política fue estancándose cada vez más, hasta quedar limitada a sus continuas querellas con Masinisa, el rey númida que gozaba de la protección de Roma. Sus posesiones de España se transformaron en provincia romana y toda Sicilia, constituyó otra. Ahora se hallaba rodeada por todas partes de posesiones y dependencias romanas.

ROMA, EL ORIENTE HELENÍSTICO Y CARTAGO EN EL SIGLO II a. C.

Después de conquistar Cartago y de convertir a su rival en un aliado dependiente y vasallo, Roma ingresó en la familia de imperios helenísticos, que surgió a la muerte de Alejandro y que mantenía un equilibrio de poderes en Oriente desde mediados del siglo III a. C. Por la fuerza de las circunstancias, Roma se vio obligada a representar, en esta esfera, un gran papel que, a veces, fue decisivo. No tenía intereses directos, al menos apremiantes, en Oriente; no necesitaba el apoyo de ningún Estado helenístico para consolidar su Imperio en Italia y en Occidente. Sus acciones muestran que no existía una tendencia imperialista, es decir, una ambición definida de fundar un poder mundial tal como lo había sido el imperio de Alejandro Magno. Tal idea no se puede atribuir ni siquiera a sus políticos en particular; todavía es menos probable que la política del Senado y de la asamblea nacional estuviese inspirada en motivos de deliberado imperialismo.

Para el Oriente helenístico, el surgimiento de Roma como poder imperial era un portento dentro de la historia política, con el cual tenían que contar todas las potencias existentes. La mayoría de ellas trató de utilizarlo como anzuelo. Indudablemente, ninguna creía que la interferencia iba a poner un fin inmediato y definitivo al equilibrio de poderes del mundo helenístico. Debemos recordar que para muchos Estados helenísticos ese equilibrio no constituía un ideal, sino un desagradable estado de cosas que era preciso tolerar. De hecho, solo los Estados que no podían existir sin ese equilibrio le dieron su apoyo deliberado. Tal ocurría con las grandes repúblicas mercantiles de Rodas, Cízico y Bizancio, y las diminutas monarquías helenísticas, en particular, Pérgamo. Todas estas consideraban que su propia libertad naufragaría si cualquiera de las grandes monarquías se hiciera más poderosa. Los dos imperios más fuertes del Oriente, Macedonia y Siria, eran resueltamente hostiles al equilibrio de poderes. A principios del siglo II a. C, Egipto había perdido la mayoría de sus posesiones en el exterior y se hallaba gobernado por reyes débiles e incapaces.

Por consiguiente, ese Estado se inclinaba más a apoyar Jas condiciones existentes que a soñar en un dominio universal. Pero tanto Macedonia como Siria pensaban restaurar el imperio de Alejandro y combinar todo el mundo helenístico en una unidad política. Estas aspiraciones se discutían tenazmente, no solo por parte de los dos Estados mencionados, sino también en toda Grecia, en la que se podía ver claramente dos corrientes de opinión. Todos los griegos eran opuestos al dominio extranjero y a la "tiranía" macedónica. Pero una mayoría de ciudades-Estado, incluidas Atenas y Esparta, todavía acariciaban el viejo ideal de libertad para cada ciudad salvo, naturalmente, para las ciudades que dependían de ellas. Por eso, las dos confederaciones de ciudades y pueblos (la civilizada liga aquea y la semibárbara liga etolia) trataban de reunir a Grecia en un solo Estado, con el propósito fundamental de luchar contra los macedonios.

Como resultado de esas condiciones, las intrigas diplomáticas menudeaban en Oriente y para cada participante en el juego parecía tentadora la posibilidad de poner en la balanza las legiones romanas, cosa que, al parecer, estaba exenta de peligros. Esta nueva arma contra Macedonia y Siria fue bien recibida por Pérgamo y Egipto, así como por Rodas y las ciudades griegas, y todos se apresuraron a iniciar relaciones amistosas con Roma. No se puede decir que Roma no tuviera interés alguno en los asuntos griegos. Macedonia se podía considerar como un vecino de Italia, ya que solo las separaban los Estados de Iliria, las ciudades griegas de la costa adriática y las islas jonias. Además, Roma recordaba que Filipo V, rey de Macedonia, había tratado de utilizar para sus propios fines los fracasos de Roma al comienzo de la lucha contra Aníbal, de forma que, en el año 205, se había visto obligada a hacer una paz desfavorable con Filipo para poder enviar, sin inquietudes por ese lado, una expedición a África. Por otra parte, aunque Filipo no representaba un peligro inmediato para Roma, no estaría de más frenar por todos los medios el surgimiento de un solo dictador en Oriente. Por el momento, Filipo estaba sujeto por una alianza con Antíoco III, rey de Siria, no menos ambicioso que aquél; pero era seguro de que tendía a lograr esa posición dominante. Grecia, Asia Menor y Egipto se hallaban entonces en grave peligro; incluso los miembros menos importantes de

la familia helenística lo veían con toda claridad. La alianza temporal entre Filipo y Antíoco podría acarrear serias consecuencias, aunque Filipo no había llegado muy lejos hasta aquel entonces. Por consiguiente, era natural que llovieran sobre Roma las peticiones de apoyo y alianza por parte de los pequeños Estados helenísticos.

Esa situación resultaba halagadora para el sentimiento romano. La vida en Roma había adquirido un parecido externo con la vida de Grecia y la influencia de la civilización griega se había incrementado mucho más con la anexión de las ciudades griegas de Italia, la conquista de Siracusa y otras ciudades de Sicilia y la transformación de esta isla en primera provincia romana. Todos los romanos de aquella época sentían la atracción fascinadora del genio y la cultura griegos, y se daban cuenta de la belleza y la brillantez del período helenístico. La leyenda que relacionaba el origen de Roma con la guerra troyana y, por esa vía, con la primitiva historia griega, tomó, por buenas razones, una forma definitiva en ese momento. Además, la propia Roma era una ciudad-Estado libre y la confederación itálica era una alianza de ciudades-Estado semejantes. La palabra "rey" sonaba un poco rara en los oídos romanos; había algo del espíritu actual de los americanos en su aversión a los reyes y a los gobiernos monárquicos. Y ahora, victoriosa sobre un enemigo sumamente peligroso, consciente de su propia fuerza y solidaridad, y plenamente convencida de que ninguna sacudida podría arrojarla del lugar que ocupaba, Roma recibía el llamamiento de ciudades-Estado como ella misma —los Estados que habían creado la maravillosa civilización griega— pidiéndole ayuda contra "reyes" y tiranos. La política de Roma nunca fue sentimental; pero cuando los sentimientos coincidían con los intereses, era posible permitir, por una vez, que aquéllos se manifestaran y se afirmasen. Si se podía ayudar a los griegos y, al mismo tiempo, impedir que Filipo repitiera sus primeros éxitos en Iliria, ya era esto razón suficiente para intervenir activamente en la enmarañada política internacional de las potencias helenísticas.

Por consiguiente, cuando, inmediatamente después de la segunda guerra púnica, se formó una alianza en Oriente para contrarrestar los planes de engrandecimiento de Filipo, era muy natural que Roma no negara su apoyo a la alianza. Se declaró la guerra a Filipo y se enviaron tropas a Grecia y Macedonia. La guerra resultó un asunto menos serio de lo que se esperaba al comienzo. Aunque Roma tuvo que soportar el peso principal de la campaña y la batalla de Cinoscéfalos, librada en 197 a. C, se ganó utilizando únicamente ejércitos romanos, su tarea, sin embargo, fue apreciablemente aliviada por la ayuda activa de la Liga Etolia, que suministró un ejército de tierra mientras que Rodas y Átalo I, rey de Pérgamo, proveyeron los barcos. La derrota de Filipo no fue decisiva. Solo se le obligó a pagar una cierta suma, a renunciar a las ciudades y territorios que había 'tomado en Asia, y a reconocer la libertad de las ligas y ciudades griegas. Cuando Tito Quinto Flaminino proclamó solemnemente, en nombre de! pueblo romano, la liberación de Grecia del yugo macedónico, el anuncio fue vitoreado en Grecia y en Roma. Sin embargo, esa misma política de proclamar la libertad de Grecia era un recurso común en el Oriente helenístico, en las contiendas de un Imperio contra el otro; los Ptolomeos y las Seléucidas empleaban ese grito de guerra en sus luchas con Macedonia, si bien ellos mismos no dejaban de dar un tratamiento arbitrario a las ciudades griegas que se hallaban bajo su propio dominio. Por eso, en esta ocasión, los griegos creyeron que habían encontrado un defensor de su libertad genuino y desinteresado. Porque Roma era una ciudad libre, aunque a las ciudades griegas de Italia y Sicilia solo les permitía una moderada libertad. Por su parte, los estadistas romanos miraban la libertad de Grecia como algo más que una mera frase; incluso perjudicando sus propios intereses, retiraron sus ejércitos en la primera oportunidad y dejaron que el mundo helenístico siguiera sus propios caminos.

Pero esa abstención de interferir en los asuntos griegos no duró mucho tiempo. Poco después de acabarse la guerra macedónica, Antíoco ni, primero aliado y luego enemigo de Filipo, tenía la intención de aprovechar una buena oportunidad para restaurar los derechos de la casa Seléucida sobre Asia Menor, que habían sido menoscabados por la formación del reino de Pérgamo, las agresiones de Egipto y la declaración de independencia de muchas ciudades griegas. Recientemente, Antíoco había logrado ensanchar el imperio Seléucida llevándolo casi a sus primitivos límites, me-

diante una serie de brillantes victorias en Oriente. Por eso, recibió el título de "El Grande". Concluyó un acuerdo con Egipto y parecía que no había razón alguna para que Roma se inmiscuyera en los asuntos internos de los Estados helenísticos de Asia. Durante algún tiempo mantuvo su política de no-intervención; estaba satisfecha de dejar Asia a Antíoco y solo insistía en que no avanzase más lejos hacia el oeste. Pero esta actitud moderada de Roma, unida a la propia convicción de su fuerza, llevó a Antíoco a adoptar medidas más audaces. Aníbal estaba ahora muy cerca prometiéndole la ayuda de Cartago en el caso de guerra con Roma y, además, una invasión a Italia. En Grecia, la liga etolia estaba descontenta porque se consideraba perjudicada con la parte que le había tocado al terminar la guerra con Macedonia. Los etolios iniciaron la guerra contra Roma y propusieron a Antíoco que mandase su ejército.

Antíoco se decidió entonces por la guerra. Al enviar un ejército a Grecia, obligó a los romanos a declararle la guerra. La campaña duró poco y terminó con una aplastante derrota de su ejército semiasiático, primero en Europa y luego en Asia, cerca de la ciudad de Magnesia, el año 190 a. C. Antíoco no recibió ayuda material por parte de los etolios y todo el resto de Grecia permaneció neutral. Egipto, Rodas, Pérgamo e incluso Macedonia se pusieron del lado de Roma. Las condiciones de paz concluidas con Antíoco muestran, una vez más, que Roma no deseaba extender su territorio incluyendo en él parte de Oriente. Era claro que su objetivo estribaba en evitar el surgimiento de una potencia oriental que le pudiera poner en peligro. Por eso, obligó a Antíoco a pagar una cierta suma, a retirar sus ejércitos de Asia Menor y a destruir aquella poderosa flota que hacía posible, en cualquier momento, transportar soldados a Asia Menor, a Egipto o a Grecia.

Esta guerra no afectó la situación general existente en el mundo helenístico. El equilibrio de poder del que Roma había llegado a ser guardián reconocido, continuaba pero en una forma particular: ahora, Roma resolvía todas las disputas internas de Grecia, pero nunca consultaba la opinión griega, incluso cuando se trataba de cuestiones que afectaban a los griegos. Todos los reinos helenísticos eran independientes, pero ninguno de ellos era poderoso. A todos ellos y, en particular, a las ciudades griegas, Roma les garantizaba la "libertad", pero en cuanto cualquiera de ellos mostraba cierta tendencia a tener una política independiente, siempre estaba lista la mano de Roma para impedirlo. Para la mayoría de los griegos esclarecidos no era un secreto la situación real de Grecia y de las potencias helenísticas. Éumenes II, rey de Pérgamo, sentía que no era un aliado de Roma sino un vasallo y servidor, y los otros Estados asiáticos y las ciudades griegas no estaban mejor. Aunque Roma no quiso, al principio, emplear un lenguaje demasiado rígido, fue tomando poco a poco el gusto a ese estilo de hablar y sus consejos a sus amigos se convirtieron lisa y llanamente en órdenes que los aliados debían obedecer sin excusa alguna.

Los griegos, en especial, se indignaban ante la frecuente intromisión de Roma en los asuntos locales de sus comunidades, aunque, en realidad, muchas veces esa intervención surgía a petición de un partido político contra otro. En general, la clase pudiente se inclinaba en favor de Roma y ésta, a su vez, le prestaba un apoyo sólido contra la agitación de las clases bajas. Un gobierno aristocrático estaba más en consonancia con la constitución romana y gozaba de la sincera simpatía del Senado. De ahí que Grecia estuviera muy predispuesta a liberarse de la tutela romana y a volver a sus primitivas condiciones políticas. Macedonia sentía aún más fuertemente la presión de Roma y, después de la guerra siria, Filipo V comenzó a trabajar con ahinco para restaurar a su país. No entraba dentro de sus intenciones hacer la guerra a Roma, sino que se empeñaba en crear las condiciones necesarias para que Macedonia continuara existiendo como reino independiente. No deseaba combatir, pero sí prepararse para la lucha en caso de que Roma quisiera privar a Macedonia de su libertad. Con esa finalidad, Filipo trató de extender sus posesiones por la península balcánica, fortaleciendo su poder mediante alianzas con las tribus independientes de Tracia e Iliria y, al mismo tiempo, también conquistar las simpatías de Grecia. Todos estos proyectos se llevaron a término con gran éxito y Perseo, su sucesor, heredó de él, en 179 a. C, un reino más fuerte y rico que antes de que Filipo asumiera el poder.

Los romanos no tenían ningún pretexto serio para reanudar la guerra contra Macedonia. No estaban

amenazados por el Oriente, y el Senado lo sabía perfectamente. Ninguno de los Estados helenísticos podía soñar en enfrentarse al brazo que tan duros golpes había infringido a Siria y a Macedonia. Era inconcebible una amplia coalición de los Estados griegos; los objetivos políticos de cada uno deellos eran tan limitados y se sacrificaban con tanta facilidad, que cualquier plan realmente audaz estaba descartado de antemano; además, en cada uno de esos Estados había un número considerable de partidarios de Roma, que se opondrían a una política que pudiera conducir a una guerra con ella. Pero treinta años de actividad en el Oriente le habían enseñado a tratar a sus "aliados" como súbditos, que estaban obligados a obedecer, y a considerar cualquier acto de independencia por su parte como una traición. Entretanto, fue aumentando el descontento en Oriente a causa de esa política. Macedonia atrajo la simpatía general y los griegos comenzaron a considerarla como su posible libertadora del pesado yugo de Roma.

No es extraño que, dado ese estado de cosas, Roma se alarmara ante la fuerza creciente de Macedonia. Eso traería como resultado, más tarde o más temprano, una completa separación de Roma de los asuntos griegos y, en opinión del Senado, podría crear una situación en la que sería posible para el Oriente intentar un ataque contra Roma. Considerando este riesgo de posibles complicaciones en el futuro, Roma decidió, en 171 a. C, hacer la guerra contra Macedonia. Perseo envió una embajada a Roma con la esperanza de mantener la paz; pero las condiciones que se presentaron a los embajadores significaban la pérdida de la libertad de Macedonia. Perseo prefirió la guerra. Aunque la simpatía griega estaba fundamentalmente de su parte, nadie, excepto el Epiro, fue capaz de darle un apoyo militar, y la Liga Aquea, el poder más fuerte en aquel entonces en Grecia, observó una estricta neutralidad, a pesar de la creciente antipatía que sentía por Roma, el partido democrático de las ciudades aqueas. Rodas y Pérgamo permanecieron neutrales. Los dos primeros años de la guerra fueron, en conjunto, favorables a Perseo. Influidos por este éxito y ante el temor de que una victoria romana los redujera a una total esclavitud. Éumenes, el rey de Pérgamo, y los rodios, aunque enemigos de los macedonios, intentaron una intervención diplomática y pidieron a Roma que hiciera la paz con Perseo, restableciendo en Oriente el estado de cosas existente antes de la guerra. Rodas envió una embajada especial con este objeto, pero Perseo había caído antes de que la embajada llegase a su destino. Aunque la guerra había durado dos años, el Senado no pensaba en la paz y envió a Emilio Paulo, un jefe más hábil y audaz que sus predecesores. Este general llevó a cabo un vigoroso ataque y obligó a Perseo a aceptar una batalla junto al puerto macedónico de Pidna. En esta batalla, que tuvo lugar el año 168, Perseo fue totalmente derrotado.

Es un hecho notable que, incluso después de su victoria sobre su último rival en el Oriente, Roma no creyó necesario anexarse ninguna parte del territorio oriental, aunque había actuado de un modo diferente en Sicilia, después de las dos primeras guerras púnicas, y en España, después de la derrota de Aníbal. En teoría, el Oriente permanecía libre e independiente incluso después de la batalla de Pidna, pero ahora el conquistador determinaba arbitrariamente su destino político sin tener en cuenta las necesidades ni los deseos de los pueblos en cuestión. Siempre había producido desagrado la monarquía macedónica; y ahora la suprimían confiriendo a Macedonia una "libertad" que nunca había tenido ni deseado. El país se partió en cuatro estados separados, formados por una unión de tribus y ciudades, gobernados a la manera de las ligas de Grecia. Cada Estado se gobernaba mediante unos magistrados responsables ante el consejo, integrado por representantes de las diferentes comunidades. Tanto los magistrados como el consejo eran elegidos entre la clase pudiente, que era la única que gozaba de derechos políticos. Rodas y Pérgamo tuvieron que pagar caro sus simpatías por Perseo. La primera perdió mucha importancia comercial por la formación de un puerto libre en Délos, el cual se asignó a Atenas y era controlado por los gobernantes atenienses. Con una flota debilitada, Rodas fue incapaz de continuar su tarea de vigilancia de los mares, de modo que la piratería floreció de nuevo y aumentó también el tráfico de esclavos. Délos se convirtió en el mercado principal de esclavos y el suministro procedía fundamentalmente de los piratas anatolios y cretenses. Se castigó a Pérgamo con la pérdida de una porción de su territorio, que pasó a sus vecinos, los gálatas, y al rey de Bitinia.

Todos los griegos que no habían estado al lado de Roma sufrieron severos castigos, en especial la liga aquea. Si bien no había pruebas de su complicidad con Perseo, el Senado pidió que a los miembros más notables e independientes de la liga, hasta un número de mil, se les trasladase a Roma. Cuando llegaron a Italia no fueron llevados a los tribunales, sino que se les detuvo y se les distribuyó entre las ciudades itálicas.

Tal acción, arbitraria e inhumana, creó un intenso odio en Grecia, sentimiento que Roma miró con desprecio. Ya no estaba de moda el entusiasmo por Grecia y un partido nacional en Roma, cuyo representante más extraordinario era M. Porcio Catón hablaba siempre de los griegos como Graeculi y predicaba públicamente la doctrina de que la civilización griega era nociva para la vida romana. El trato que ahora daba Roma al Oriente era puramente arbitrario; y la situación hubiera sido tal vez menos perjudicial si hubiese gobernado abiertamente. Pero, en realidad, Roma no tenía un ejército en Oriente y los Estados helenísticos separados no poseían una fuerza militar digna de ese nombre. De ahí que la anarquía reinara en las ciudades griegas y las disputas entre los partidos fuesen más feroces que en los primeros tiempos. Como Roma no mantenía una flota permanente en aguas griegas, los piratas, dueños del mar, hacían casi imposible la importación regular de alimentos a Grecia desde el Mar Negro, Egipto y Asia Menor, y la guerra de clases en las ciudades griegas era aún más terrible por los repetidos períodos de escasez. Las monarquías helenísticas estaban en constante guerra mutua, Pérgamo con Galatia, Bitinia y Ponto, Siria con Egipto, y esas guerras se complicaban más aún por la frecuente interferencia de Roma, que se ejercía mediante embajadas, proclives al soborno y que, además, no contribuían en absoluto al triunfo del derecho y de la justicia en el mundo helenístico. Macedonia sufrió constantes asaltos del norte y era demasiado débil para rechazar a tracios, celtas o ilirios.

Las condiciones de vida que se crearon así eran intolerables y el descontento, irresistible y universal a través de toda Grecia y Oriente, trajo el acto final del drama. En 149 a. C, cierto Andrisco, que se decía hijo de Perseo, levantó el estandarte de la revuelta en Macedonia. Los gritos de guerra de los rebeldes eran la unidad del país y la restauración de la dinastía. La revuelta fue rápidamente sofocada. Al mismo tiempo, la liga aquea, en especial la parte democrática, se alzó contra Roma pidiendo que ésta no interviniera en sus asuntos internos ni en sus diferencias locales con Esparta y otros vecinos. Los romanos declararon que sus protestas constituían una revuelta y la aplastaron con extremada severidad. El cónsul Lucio Mumio derrotó a los aqueos en una batalla que tuvo lugar en Leucopetra, sobre el istmo, en el año 146 a. C. Después de esos golpes contra griegos y macedonios por su postrera tentativa de recobrar su libertad, a Roma no le quedaba otro camino que convertir a Macedonia en una provincia, con un gobernador militar y un ejército permanente que tendría como misión mantener el orden en Macedonia y Grecia, y defenderla contra cualquier ataque del norte y del oeste. Todavía se le conservó a Grecia una sombra de independencia; pero ella pagó duramente su amor a la libertad. Se suprimió la liga aquea y la rica ciudad comercial de Corinto, una de sus fortalezas principales, fue destruida por Mumio y su territorio fue declarado propiedad del pueblo romano. Toda Grecia se colocó bajo la supervisión del gobernador de Macedonia, pero el país no se convirtió en provincia romana; algunas ciudades continuaban su alianza con Roma y no estaban obligadas, como Macedonia, a pagar tributo.

Mientras tanto, la política extranjera de Roma en Occidente se basaba en las condiciones que habían resultado de la segunda guerra púnica. Las tribus galas del valle del Po habían sido sometidas; el norte de Italia estaba poblado de colonias de ciudadanos romanos y se romanizó rápidamente. Toda Sicilia se convirtió en una provincia. La situación en España era más complicada. El sur del país, antes provincia de Cartago, se convirtió ahora en provincia romana. Pero esta estrecha franja de territorio romano, rodeada por un número de tribus independientes y belicosas, tales como los celtíberos y los lusitanos, se hallaba siempre en estado de guerra. Para defender ese territorio y proteger las ricas; minas de plata y cobre contra los saqueos de los nativos de la vecindad, los romanos se vieron obligados a mantener un fuerte ejército permanente, que luchaba sin descanso contra las tribus independientes que habitaban en la meseta central de España. En esta guerra, los

romanos sufrieron más de una derrota. Los crueles métodos de represión que adoptaron sus generales hacían imposible la paz. La contienda con los lusitanos, en lo que hoy es Portugal, fue excepcionalmente tenaz. Esas tribus, conducidas por un hombre capaz llamado Viriato, lucharon con éxito contra sus enemigos durante ocho años, desde el 147 al 139 a. C, y los celtíberos, cuyo centro principal era la ciudad de Numancia, prolongaron su resistencia todavía más, del 143 al 133 a. C, e infringieron un buen número de severos reveses a los ejércitos romanos. El Senado se negó a reconocer los acuerdos que sus derrotados generales habían celebrado con los celtíberos. Los gobernadores romanos saquearon y asesinaron sin merced a la población nativa de los territorios conquistados. Finalmente, Escipión Emiliano, hijo de Emilio Paulo, adoptado por Escipión Africano, el vencedor de Aníbal, tomó Numancia después de un largo asedio.

Sin embargo, de todo el Occidente, era en Cartago donde los políticos romanos tenían puesta la mirada. Aunque en continuas disputas con Masinisa, el rey númida que le robaba territorios repetidamente, y a pesar que la pérdida de su flota y de sus factorías comerciales en el Mediterráneo habían restringido enormemente su comercio, Cartago se iba recobrando con rapidez de su terrible caída. Sus esfuerzos principales se concentraban en el incremento de la fuerza productora de sus posesiones africanas, mediante métodos agrícolas científicos con la ayuda de capital; métodos semejantes se aplicaban también para la cría de ganado y el cultivo de frutas y vegetales. Cartago era aún la fuente principal de exportación de los productos del África Central: dátiles del Sahara, marfil, oro y esclavos. El cereal africano se estaba convirtiendo en un producto importante en los mercados mundiales. No era un secreto para los romanos la creciente prosperidad de Cartago. Todos conocemos la historia de Catón, líder de los nacionalistas y de los terratenientes. Al volver de una embajada en Cartago, se levantó en el Senado mostrando un puñado de higos espléndidos, como una prueba de que el resurgimiento de Cartago era peligroso para Roma y que, por consiguiente, aquella ciudad debía ser destruida.

Es preciso admitir que las pruebas de ese peligro que aportaban Catón y sus amigos eran muy endebles. Cartago no tenía una flota ni tampoco un ejército poderoso. Toda su atención se concentraba en la codicia y la infatigable actividad de Masinisa •y, en ningún caso, entraba en los cálculos de Cartago una guerra con Roma. Pero había un partido en Roma cuyos intereses personales le hacían desear la desaparición de Cartago como reino independiente. Ese partido no estaba compuesto de personas dedicadas al comercio o la industria; tales personas no tenían aún influencia política y, además, la participación de Cartago en el comercio internacional no era considerable. Los verdaderos enemigos de Cartago eran los grandes propietarios rurales de Italia, que veían con desagrado la exportación de vino y aceite de África hacia Occidente. Como veremos más adelante, todo el Occidente, a partir de esta fecha, se surtió de esos productos fundamentalmente en Italia. Esos hombres deseaban limitar la producción de África al cereal, del que había una creciente demanda en Italia, y también querían aumentar sus tierras robándoles las suyas a los propietarios rurales cartagineses. Era justamente esa clase de ricos propietarios la que dirigía por aquel entonces la política en Roma.

Todo eso explica por qué los romanos, sin la menor provocación, volvieron a declarar la guerra a Cartago, destruyendo despiadada e innecesariamente la floreciente ciudad y matando a la mayoría de sus habitantes. La tercera guerra púnica duró del 149 al 146 a. C. Cartago hizo una defensa heroica, pero sin esperanza. Su ejecutor fue el mismo Escipión Emiliano que había destruido a Numancia y que, políticamente, estaba en profundo desacuerdo con Catón y el partido terrateniente. Se anexó a Roma el territorio de Cartago y se lo denominó provincia de África. Los ricos señores romanos compraron la mayor parte de esas tierras y las arrendaron. La mayoría de las otras ciudades del imperio cartaginés no fueron destruidas y algunas conservaron, incluso, su propio gobierno local.

Una vez lanzada por el camino de las anexiones, era difícil que Roma se detuviera, en particular porque los Estados helenísticos ya estaban preparados para hacer concesiones. De Grecia pasó al Asia Menor. El reino de Pérgamo era desde hacía tiempo un obediente vasallo de Roma y la acción

de su último rey es una prueba palmaria de que se habían dado perfecta cuenta de ello: Átalo III legó su reino a Roma y, cuando él murió, el año 133 a. C, su heredero siguió su inspiración y dio el nombre de provincia de Asia al territorio que le había dejado su padre. Esta transferencia a Roma de una parte de Asia no se llevó a cabo sin derramamiento de sangre. Aquí también, como en Macedonia, hubo alguna oposición. Un partido, conducido por Andrónico, que se proclamaba miembro de la dinastía de Pérgamo y reclutaba sus seguidores entre los esclavos y los siervos del difunto rey, los hombres acomodados y también las tribus montañesas de Misia, estuvo combatiendo por la libertad durante varios años. Pero, al final, también esta rebelión fue aplastada. De este modo, a lo largo de poco más de medio siglo, el Estado romano dejó de ser una federación de clanes y de ciudades itálicas para convertirse en un gran Imperio, sin un solo rival tanto en Oriente como en Occidente. Los romanos no trabajaron para adquirir esa posición, ni tampoco la prepararon ni la desearon; simplemente, era el resultado natural de una serie de incidentes cuyas consecuencias nadie en Roma previo ni podía prever. Sin embargo, este paso de Roma hacia un imperio mundial es uno de los acontecimientos esenciales en la historia del mundo y que incluso ha cambiado el curso de esa misma historia. Ese hecho permitió incorporar a la vida de Roma muchos elementos nuevos, económicos, sociales y políticos, que produjeron una transformación radical en el aspecto del Estado romano.

Hacia fines del siglo II a. C, el Estado romano tenía una organización mucho más compleja que en la época de las guerras púnicas. La ciudad de Roma era todavía su centro, con la constitución normal de una ciudad-Estado, un extenso territorio diseminado por toda Italia y un Cuerpo de ciudadanos distribuido por todo el territorio. Alrededor de Roma había otras ciudades-Estado ligados a aquélla por tratados que variaban en diferentes casos: en primer lugar, venían las ciudades latinas, seguidas por las colonias latinas esparcidas por toda la península, y las distantes ciudades itálicas, etruscas, griegas, umbrías y samnitas. Todas ellas estaban agrupadas en torno de Roma como aliadas y formaban una confederación itálica. Aunque constituían una sola unidad en todos los asuntos de política extranjera, las partes componentes de la liga no estaban unidas por un común lazo de sangre y las constituciones individuales de las comunidades aliadas a Roma eran asombrosamente diversas. Tal era la organización del Estado italorromano. Un solo principio servía de sólido cimiento a esta organización: el de que ninguno formaba parte del Estado salvo los ciudadanos y los aliados romanos.

Pero después de la primera guerra púnica, Roma tuvo que enfrentar un problema de gobierno nuevo y difícil. La mitad suroeste de Sicilia, Córcega y Cerdeña, habían sido posesiones extranjeras de Cartago y la población estaba constituida por subditos o vasallos cartagineses; también las islas albergaban algunas ciudades cartaginesas que servían como factorías comerciales, fortalezas y centros administrativos; pero no existían ni huellas de un gobierno local. La población debía pagar una parte fija de sus ganancias, siendo ese tributo un signo y símbolo de su posición subordinada. Al hacer el tratado con Cartago, pero no con las ciudades y tribus del territorio conquistado, estas islas pasaron a constituir una parte del Estado romano. Este hecho planteó un problema: ¿Qué lugar se asignaría a esos territorios en la constitución de la confederación itálica?

Mientras duró la guerra, no hubo cuestión alguna sobre ese punto. La autoridad militar romana, el cónsul o el pretor, resolvían todos los asuntos automáticamente, Pero, al terminar la guerra, se hizo necesario definir la futura situación de esos países. Era improbable que Roma deseara incluirlos dentro de la confederación itálica; la población era demasiado primitiva en sus ideas sociales y políticas, su nivel de cultura, demasiado bajo; era imposible concebirlos como aliados. Además, antes de que se incorporasen al Estado romano, esos pueblos no tenían una existencia política independiente lo cual hacía imposible celebrar tratados en igualdad de términos (foedus aequum) con ellos. Para Roma, la solución más fácil de este problema consistía en aceptar las cosas como estaban, sin hacer ningún cambio; por eso se consideró que esos países se hallaban todavía sujetos a la ley militar y se enviaban anualmente allí magistrados militares.

Desde este punto de vista, el territorio era, de acuerdo con la ley pública romana, la "provincia" o "esfera de actividad" del magistrado romano, cuyos edictos definían la relación de los habitantes con el poder central de Roma. Ésta tomó, simplemente, el lugar de Cartago: el gobernador y el ejército eran romanos, mientras los nativos cultivaban sus tierras y criaban sus ganados, pagando una parte de sus beneficios al poder soberano, representado por el pretor y su ayudante financiero, el cuestor. De este tributo, una parte se gastaba localmente y otra parte se entregaba al tesoro romano. De esta manera los dominios de ultramar pertenecían a Roma exclusivamente y¹ no a la Confederación; el Estado romano, pues, consistía no solo en ciudadanos y aliados, sino también en subditos, concepción, ésta, extraña a las ideas grecorromanas de gobierno y que se había tomado del repertorio de las monarquías orientales. Según la terminología romana, esos subditos eran *dediticii*, es decir, que se habían rendido incondicionalmente al conquistador; no eran ni ciudadanos (cives), ni aliados (socii) sino extranjeros (peregrini). En Italia, después de la conquista de las diversas comunidades y pueblos, ese estatuto había dado lugar inmediatamente a una amalgama del conquistador y el conquistado, pero en las provincias continuaba inalterada la relación entre ambos. La aplicación a España del mismo principio era consecuencia natural del hecho de que también ese

país había sido transferido por Cartago a Roma.

Pero la cuestión era menos simple cuando el resto de Sicilia, la parte que poseían los griegos, pasó a manos del Estado romano al término de la segunda guerra púnica y de la captura de Siracusa. Aquí también, como en Italia, había antiguas ciudades griegas y la población tenía un nivel cultural muy superior al de Sicilia occidental. Sin embargo, los romanos no querían apartarse de la línea que se habían trazado. Esas ciudades griegas, que habían sido aliadas de Roma, continuaban siéndolo como antes y se hallaban en la misma situación que Masilia y Sagunto; pero todo el resto de la isla pasó a ser provincia romana. Tal arreglo fue sugerido por el hecho de que, por casi medio siglo, esta parte no había sido gobernada como un grupo de ciudades-Estado independientes, sino como territorio de una monarquía helenística con Siracusa por capital. El tirano de Siracusa consideraba a los habitantes como subditos, los cuales debían pagarle un diezmo del producto de su tierra, un impuesto sobre el ganado, y sobre los beneficios del comercio y la industria. Sin embargo, cuando esos subditos vivían en ciudades o en tierras pertenecientes a ciudades individuales, se les permitía tener un gobierno local con magistrados, consejos y asambleas populares propias. El tirano utilizaba esas autoridades locales para la recaudación de los impuestos que se le debían en la ciudad y en las tierras dependientes de ella. Hierón mantuvo bajo su inmediata autoridad las tierras que no pertenecían a las ciudades en particular, pero en las que había una población dedicada a la agricultura o a la cría de ganado; los impuestos que esa población debía pagar eran recaudados por sus propios funcionarios.

Esas relaciones entre el gobierno y el pueblo continuaron sin cambio alguno. El pueblo romano tomó el lugar de Hierón y los sicilianos se convirtieron en subditos suyos, a excepción de los habitantes de las ciudades aliadas. El pretor y su ayudante financiero, el cuestor, actuaban en nombre del pueblo romano, ejerciendo en la provincia pleno poder militar, administrativo y judicial. La parte occidental de la isla, que se convirtió en provincia romana después de la primera guerra púnica, fue unida a la otra mitad y, en consecuencia, las leyes que habían sido promulgadas por Hierón de Siracusa y confirmadas posteriormente por el Senado y los gobernadores de Sicilia se extendieron a toda la isla.

Nunca se apartó Roma de esta línea de conducta: los otros dominios de ultramar fueron tratados de la misma manera que Sicilia. Hasta el momento de su anexión, Macedonia y Asia (antes reino de Pérgamo) habían sido, monarquías, con una constitución parecida a la del reino de Hierón en Sicilia; Roma conservó toda la estructuración de gobierno que crearon los reyes helenísticos. Ahí también, el pretor tomó el papel del rey y los decretos y leyes reales se incluían en los "edictos" de los pretores, que les conferían fuerza de ley y se fundaban en ellos para gobernar al pueblo. El pretor era también el juez supremo y dictaba sentencia en caso de que los provinciales no estuvieran satisfechos con las decisiones de sus propios tribunales locales. Asimismo, ciertas ciudades, que habían sido aliadas de Roma, conservaban su estatuto como aliadas y no se incluyeron, en principio, en la provincia. La misma línea de acción se siguió cuando el territorio de Cartago se convirtió en provincia; algunas ciudades fenicias de la costa que habían traicionado a Cartago y se habían aliado con Roma durante la tercera guerra púnica continuaron en su condición de aliados aún después de crearse la provincia de África.

Así, desde fines del siglo II a. C. encontramos un sistema complejo de gobierno que se puede describir del siguiente modo: Roma y los aliados itálicos formaban, como antes, el núcleo del Estado. Pero las alianzas romanas se habían extendido. Había nuevos aliados y un considerable número de ellos se hallaban fuera de los límites de Italia. Muchos residían en países que se consideraban como provincias romanas y en los cuales la autoridad civil y militar del pretor era absoluta. En consecuencia, no es sorprendente que fuera difícil distinguir a esos aliados de los subditos, y la tendencia de Roma era la de rebajar su categoría más bien que la de subir a los subditos al rango de aliados. La misma tendencia dominaba la relación de Roma con los amigos y aliados que todavía se consideraban como unidades políticas independientes, tales como las ciudades de Grecia, algunas islas griegas y partes del Asia Menor que nunca se habían incluido en la

provincia romana de Asia, ni tampoco en alguno de los reinos helenísticos que aún existían. Nominalmente, esas ciudades eran Estados independientes pero, en realidad, su situación difería muy poco de la de las ciudades aliadas cuyo territorio formaba parte de una provincia romana. A ambas por igual daba a Roma sus órdenes y, por lo general, no lo hacía directamente sino a través del gobernador de la provincia más próxima; así, por ejemplo, el pretor de Macedonia trataba con Grecia y el pretor de Pérgamo, con Asia Menor.

Los monarcas helenísticos de Oriente y los reyes de Numidia y Mauritania no salían mejor parados; también ellos eran meros vasallos de Roma y su política extranjera dependía por completo de ella. Los más prudentes entre ellos no intentaron afirmar su independencia en sus relaciones exteriores y siempre trataban de descubrir los deseos de Roma, antes de dar un paso en tales asuntos.

La formación de las provincias como una parte del Estado romano fue de capital importancia en el desarrollo político de Roma e Italia. Roma podía contar con los recursos de sus nuevas posesiones, como principal fuente de ingresos, pero sus propios ciudadanos sentían cierta repugnancia a servir en guerras lejanas. Por eso, Roma fue más estricta que nunca en el servicio que le debían sus aliados itálicos y comenzó a tratarlos, como era natural, del mismo modo que a sus aliados de ultramar, interviniendo en sus asuntos internos y exigiendo una obediencia completa a sus edictos. No era menos natural que los aliados itálicos pidieran una participación en las ventajas logradas de los dominios extranjeros que ellos habían ayudado a conquistar. Pero los ciudadanos no estaban dispuestos a compartir sus posesiones y rentas con los aliados, y todavía se hizo más fuerte su resistencia a extender el derecho de ciudadanía. Es evidente que tenía que surgir una¹ colisión entre ciudadanos y aliados.

Es dudoso que el sistema romano de gobierno provincial llegara a ser popular entre los subditos, en especial en Oriente y entre los griegos, que tan alto estimaban las puras formas externas de autogobierno e independencia política. Pero, aparte de eso, la forma real de gobierno era tal, que no garantizaba los derechos y la justicia a los provinciales. Después de todo, los reyes helenísticos tenían en cuenta los sentimientos de sus subditos, aunque solo fuera en vista de su bienestar personal. Pero el Senado y los magistrados romanos veían las provincias como "propiedades del pueblo romano" (praedian populi Romani), en cuya prosperidad se interesaban muy poco. Hubo, en verdad, no pocos gobernadores honestos que deseaban el bienestar de las provincias. Pero el simple hecho de que un hombre fuese gobernante absoluto de un vasto país y que luego lo dejara al término de un año tenía que producir un efecto corruptor en los gobernadores. Así, se puso cada vez más de moda que el gobernador explotara a los provinciales y aliados en provecho propio, y considerara su cargo como una mina de oro y un medio para adelantar *, ». -u carrera política. Es cierto que no estaba prohibido quejarse de los gobernadores deshonestos ante el Senado y el pueblo romano; pero los provinciales no tenían facilidades para garantizar una justa investigación de sus quejas. Para las ciudades griegas que poseían organización y dinero, este procedimiento era posible, pero, para la población en general, que vivía fuera de las ciudades, tal intento era completamente inútil.

Este sistema de gobierno provincial contribuyó en sumo grado al surgimiento de esas nuevas condiciones económicas y sociales de las que hablaremos en el próximo capítulo; también contribuyó a cambiar, en el siglo II a. C, la mentalidad de la clase dirigente. El patriotismo pasó a segundo término y aparecieron en primer plano los motivos personales, a menudo puramente egoístas.

Aunque las guerras en África y en Oriente dieron lugar a un cambio radical en las estructuras económicas y sociales de Roma e Italia, sin embargo, la constitución romana continuó inconmovible. Como en el siglo IV y comienzos del III a. C, la institución política principal era el Senado, un cuerpo cuyas filas se cubrían fundamentalmente con personas que pertenecían a la aristocracia romana; ese núcleo estaba formado por patricios, grandes terratenientes que disfrutaban del tiempo y los medios adecuados para dedicarse por entero a los asuntos de gobierno. Roma seguía siendo una ciudad-Estado gobernada por una aristocracia. Esa antigua aristocracia fue incorporando en su seno a los representantes más ricos y hábiles de los plebeyos, y también a los más influyentes y acomodados ciudadanos latinos y aliados a quienes se les había concedido la ciudadanía. De esta manera, se formó una clase que representaba la riqueza y la distinción; el pueblo elegía sus magistrados entre los miembros de esa clase y el Senado cubría con ella sus puestos vacantes. La historia de su familia determinaba la elegibilidad de un hombre para la clase senatorial, para la nobleza (nobilitas). Si cualquier otro, por su habilidad personal o buenos servicios, conseguía entrar en el Senado o era elegido magistrado —cosa que ocurría raramente— se le llamaba un "hombre nuevo" y las antiguas familias aristocráticas lo trataban con cierto desprecio y recelo.

La tendencia hacia la democracia, que afloraba en e! siglo IV a. C, se detuvo en el siglo III y comienzos del II a. G. Dificilmente se celebraban reuniones de plebeyos sin la presencia de los patricios. Es verdad que la posición social de un ciudadano no se definía por el simple hecho de pertenecer a una familia plebeya, ya que muchas de éstas se habían, incorporado a la nobleza dirigente. A fines del siglo III, la asamblea de los plebeyos por tribus se combinó con la asamblea del pueblo por centurias y así se creó una forma mixta de asamblea popular con los dos primeros cuerpos. Los tribunos que antes eran jefes de la plebe, aunque continuaban siendo elegidos por los plebevos, va no desempeñaban un papel importante en la vida pública; pertenecían a la nobleza senatorial, eran el contacto con las masas. El verdadero control de los asuntos internos y externos correspondía al Senado. Los magistrados eran casi sus servidores. Sus decretos sobre puntos no legislados por la asamblea tenían la misma fuerza de ley que las disposiciones de aquélla. El Senado conducía la política extranjera, administraba las finanzas públicas, controlaba a los generales en campaña y solía dirigir las actividades legislativas de la asamblea popular. Además, los senadores, como clase, tenían una vasta autoridad judicial, ya que las sentencias en los tribunales presididos por pretores eran pronunciadas por jurados escogidos exclusivamente entre miembros del Senado. Éste era casi omnipotente.

La explicación es simple. En aquellos tiempos difíciles en que las guerras con el exterior eran casi continuas, los ciudadanos se dieron cuenta instintivamente de que se necesitaba un soló gobierno fuerte. Tal gobierno no podían darlo ni los magistrados ni los tribunos del pueblo. Los primeros se elegían por un año y estaban demasiado ocupados con los asuntos corrientes, civiles y militares, como para dirigir firme y sistemáticamente el Estado. Tampoco la asamblea popular era más competente para realizar esa tarea. Los mejores ciudadanos, los más maduros y experimentados, estaban luchando en las filas del ejército, año tras año. Siendo esto así, el gobierno de la asamblea popular hubiera significado la entrega de los destinos de Roma a un grupo de ciudadanos, una pequeña minoría dentro de la totalidad de ese cuerpo. Por otra parte, existía el Senado, la única institución que estaba en sesión permanente y que gozaba del respeto general, un cuerpo familiarizado desde hacía tiempo con los asuntos públicos y constituido por hombres que habían pasado por un largo y variado entrenamiento en los asuntos de gobierno. El Senado mostró sus cualidades en la dirección de los asuntos del Estado. No tenemos razón alguna para suponer que los senadores poseyeran una perspicacia excepcional o que siguieran un sistema infalible en la dirección de los asuntos; frecuentemente cometían errores, a menudo se mostraban irresolutos y poco firmes en su política extranjera, pero, al menos, se les debe acreditar intenso patriotismo y una

firmeza y fortaleza de ánimo sin precedentes a toda prueba contra todas las derrotas y desastres. Conscientes de ello, los ciudadanos dejaban al Senado el control casi absoluto de los asuntos públicos.

También correspondía al Senado el control del ejército. Las legiones romanas, es decir, la milicia de ciudadanos romanos, hombres acomodados y, en la mayoría de los casos, propietarios de tierras, junto con la infantería y la caballería (cohortes et aloe) que formaban la milicia de los aliados, constituyeron el arma que permitió a Roma la unificación de Italia y la edificación del Imperio romano, el Estado universal de Roma. Esos mismos hombres lucharon a bordo de los barcos del pueblo romano cuando fue necesario hacer la guerra por mar como, por ejemplo, en la contienda con Cartago y, más tarde, en Oriente. La milicia estaba mandada por cónsules y pretores, elegidos anualmente en Roma, y por tribunos militares que desempeñaban su cargo por un año si eran elegidos por el pueblo o hasta el fin de la campaña, si los nombraba el comandante en jefe. Pero la verdadera fuerza del ejército no se basaba en esos funcionarios de buena cuna que iban y venían; su fuerza se debía a los centuriones de las diversas categorías, que mandaban las centurias y los manípulos, unidades móviles en que se dividía cada legión; ellos mantenían la disciplina y las tradiciones militares romanas; eran grandes maestros en la ciencia de la construcción de esos campamentos fortificados en los que siempre confiaba el ejército romano. Gracias a ellos y también a los grandes generales y al Senado, que mantenía con firmeza la estabilidad del ejército y recibía favorablemente los perfeccionamientos técnicos, la milicia campesina se transformó rápidamente, en lo recio de la pelea, en una fuerza eficaz de ciudadanos en armas que mostró su superioridad sobre los ejércitos de Cartago y los soldados mercenarios de los reyes helenísticos.

Pero las terribles luchas de las guerras púnicas pasaron, y a ellas siguieron años de victoria en el Oriente, victoria de suficiente alcance como para embriagar a los hombres y trastornarles la cabeza. Los efectos de ambos períodos se hicieron visibles, en primer término, en la vida social y económica de Roma. Las grandes pérdidas que sufrieron los romanos y aliados a lo largo de estas largas guerras detuvieron el aumento de la población: antes de la segunda guerra púnica, había 270, 000 ciudadanos adultos; ese número bajó a 137. 000" en el año 209 a. C. Este inmenso descenso en la población masculina se debe atribuir, en primer lugar, a la guerra y, en segundo lugar, a la secesión de Capua. En el año 203 a. C, el número de hombres adultos era de 214. 000. Pero incluso cuando se restableció la paz, el incremento en el número de ciudadanos fue lento e irregular. El punto culminante se alcanzó en el año 163 a. C, con 337. 000: después, fue bajando gradualmente hasta llegar a 217. 000 en 130 a.C. No tenemos estadísticas del resto de Italia, pero es de suponer que también allí ocurrió el mismo proceso. Hubo, pues, un cambio en la distribución de los ciudadanos. El Lacio dejó de ser su ceta-tro principal y la pequeña propiedad fue decayendo poco a poco en beneficio de la grande.. Un buen número de ciudadanos estaba ahora diseminado por toda Italia como pequeños propietarios, agrupados en colonias o en haciendas aisladas. El norte de Italia, el fértil valle del Po estaba densamente poblado con esos ciudadanos, mucho más aún que el sur. Había mucha tierra en Italia para los ciudadanos que quisieran instalarse en ellas. Vastos espacios se habían despoblado en el sur debido a la matanza de samnitas en las guerras samnitas y cartaginesas y, en el norte, por el exterminio de los galos en la segunda guerra púnica. Pero los que estaban dispuestos a aceptar y cultivar esas tierras eran relativamente pocos.

Durante este período, el campesinado romano, junto con los otros pequeños propietarios que pertenecían a las comunidades itálicas aliadas, todavía constituía la base militar y social del Estado. Estos ciudadanos formaban una clase numerosa, pero otras clases surgían al lado de ella, clases que aumentaban más rápidamente y cuyo desarrollo estaba favorecido por las nuevas condiciones económicas. El peso de las guerras púnicas recayó fundamentalmente sobre la clase de los labradores. Más aún que los otros, ellos tenían que soportar la carga del tributum o impuesto de guerra, que se imponía cada vez con mayor frecuencia; sus pérdidas en hombres eran muy cuantiosas y los miembros más fuertes y sanos de la comunidad fueron desapareciendo. Los grandes propietarios sufrieron menos. La naciente clase de los negociantes, que se hizo rica mediante contratos de

suministros, construcción de barcos, caminos u otros servicios, fue la menos afectada por la guerra, a la vez que la que más prosperó por su causa.

A las guerras púnicas siguió una serie de victoriosas campañas en Oriente, en los ricos países del mundo helenístico. La guerra en el mundo antiguo no era una pura empresa política; era también un asunto comercial. Una contribución de guerra impuesta por el conquistador podía llegar intacta a Roma, pero una considerable parte de los despojos de guerra, legales e ilegales, quedaba pegada a los dedos de los generales, oficiales y soldados, en forma de oro y plata, ganado o esclavos. De ahí que hiciera su aparición en la Roma de aquellos días una gran cantidad de capital en forma de monedas acuñadas, algunas en manos de generales y oficiales, es decir, en manos de miembros de la clase senatorial, y otras en poder de contratistas del ejército y compradores del botín de guerra. Ese capital buscaba inversión; por otra parte, el Estado, cuya fuente permanente de ingresos era la tierra pública, buscaba inversionistas. La inversión más segura era la tierra, y los esclavos que afluían incesantemente a Italia desde Oriente y Occidente suministraban abundante mano de obra. Durante las guerras púnicas, muchas porciones del sur de Italia y de Apulia, que habían pertenecido a comunidades aliadas a Aníbal, habían pasado a ser propiedad del Estado. En el estado de devastación en que se encontraban, esas tierras no ofrecían ningún atractivo para los pequeños propietarios y fueron pasando paulatinamente a poder de los capitalistas, en particular de la clase senatorial, a los que el Senado concedía en arriendo, con gran facilidad, esas tierras; muchos las ocupaban sin título legal alguno o las compraban a precios bajos a sus poseedores arruinados por la guerra.

Pero la guerra creó también una nueva clase de ciudadanos que no pertenecían a la clase de los senadores. He hablado ya de los contratistas del ejército, comisionistas y aprovechadores. Negocios de esta índole eran impropios de un senador y contrarios a las tradiciones de la aristocracia; tampoco los aprobaba el Estado, el cual, de acuerdo con la ley Claudia del 220 a. C, prohibía a los senadores tener actividades comerciales o hacer contratos. Pero, a medida que se enriquecía, el Estado tenía necesidad de personas duchas en negocios. Después de las guerras púnicas y orientales. Roma había acumulado una inmensa cantidad de propiedades raíces; tanto dentro como fuera de Italia: bosques, minas, canteras, pesquerías, salinas, pastos. Tales bienes debían usarse y el único método era darlos en arriendo o por contrato. La ciudad-Estado, con su sistema de magistraturas anuales, no poseía los medios de desarrollar sus recursos salvo indirectamente. Por consiguiente, tales arriendos o contratos caían naturalmente en las manos de hombres que no pertenecían a la clase senatorial y que, habiendo sido atraídos a los negocios por las necesidades de la guerra, habían amasado algún capital. Esos hombres trabajaban separadamente o en grupos, formando sociedades y compañías para explotar en común las diversas clases de propiedades del Estado. Como su riqueza los calificaba para el servicio militar en la caballería, la clase de negociantes ricos se fue identificando, poco a. poco, con la parte de los ciudadanos que respondían a la convocatoria de las armas con un caballo; dicho de otro modo, con los equites, que habían formado antes las primeras dieciocho centurias de la primera clase.

El nacimiento de una numerosa clase de capitalistas que deseaban invertir su capital en tierras dio como resultado el tratamiento del suelo de una manera nueva en Italia, aunque ya se había practicado desde hacía mucho tiempo en el Oriente helenístico y en Cartago. Bajo el viejo sistema, el ciudadano campesino vivía en su tierra y la cultivaba personalmente con ayuda de su familia o, tal vez, con unos pocos esclavos que formaban, parte de la familia, desde el punto de vista económico: según las ideas romanas, la *familia* incluía no solo a los miembros de la familia, sino también a los clientes y esclavos que participaban en las actividades de la hacienda. Este sistema se hallaba todavía en vigor en Italia; pero ahora aparece un nuevo sistema basado en el capital y el trabajo servil, y dirigido por un señor ausente, el cual vivía en Roma o en alguna otra ciudad itálica dedicando su tiempo a otros asuntos. Estos señores consideraban la tierra como una simple inversión y, por eso, tenían interés en descubrir los métodos de cultivo más provechosos.

Tales métodos habían sido descubiertos mucho antes por los griegos. Aristóteles y sus discípulos, en

sus estudios de botánica, siempre habían prestado la máxima atención a las plantas útiles a los hombres y los animales domésticos eran el objeto principal de sus investigaciones zoológicas. Las observaciones de los botánicos y de los zoólogos eran utilizadas por una serie de propietarios de tierras que poseían sentido práctico. Combinando la teoría científica con los resultados de la experiencia, ellos componían sus textos sobre agricultura, en los que indicaban con precisión los métodos más convenientes para las diferentes localidades. Esos textos no estaban destinados a los pequeños campesinos, sino únicamente a los grandes propietarios, los cuales disponían de capital y de abundante mano de obra formada por esclavos o siervos; el objetivo que perseguían no era el del sostenimiento de la familia, sino el de producir para el mercado. Desde este punto de vista, la cosecha de cereales era la menos provechosa de todas. Desde tiempos inmemoriales, los griegos obtenían sus granos del extranjero —de Italia, Sicilia, Egipto, el norte de la península balcánica y las vastas estepas del sur de Rusia— y habían pagado el cereal importado con el producto de la exportación de vino, aceite, frutas, lana y lino, objetos de metal y de lujo. Por eso era natural que los cultivadores que trabajaban para la exportación pusieran su máxima atención en los viñedos, olivos, árboles frutales, cría de ganado, en especial, el de lana fina. Éstas eran las ramas de la agricultura que se estudiaban con más cuidado en los textos sobre la materia. La producción de cereal se dejaba a los pequeños campesinos, que no poseían capital suficiente para mayores empresas, o a los cultivadores de lejanos países del mundo que se basaban fundamentalmente en el trabajo de esclavos.

Esas condiciones se repitieron en Italia en el período que estamos estudiando. Desde hacía tiempo, el sur de la península había producido no solo cereales, sino también vino, aceite y una fina calidad de lana. Con la tierra, los romanos heredaron de los griegos sus métodos de obtención de esos productos. La creciente acumulación de capital en las manos de los ciudadanos romanos llevó su atención, cada vez más, a esas ramas especiales del campo. De los griegos del sur de Italia, Roma heredó también las relaciones comerciales, juntamente con sus métodos de cultivo; el resultado de las guerras púnicas fue la extensión de esas relaciones. España y Galia, los mercados principales de Cartago, se convirtieron en mercados itálicos. Era, pues, natural que los capitalistas romanos incrementaran el cultivo científico de viñas y frutales en sus tierras, plantaran amplios olivares y utilizaran el excelente pasto de la Italia central y del sur para la cría científica del ganado. Todo lo que así se producía era exportado por los griegos del sur y oeste de Italia a Occidente y, más tarde, también a Oriente, cuando los vinos, aceites y objetos manufacturados pudieron competir con los de Grecia.

A medida que el sistema capitalista empleado en la agricultura se iba extendiendo, y que se invertía mayor capital en plantaciones y ganados, la cantidad de esos productos se convirtió en un problema que exigía urgente solución. Ya hemos visto de qué manera la política extranjera se vio afectada por los intereses agrícolas de los políticos romanos. Fue Catón, el autor del primer tratado latino sobre agricultura, quien insistió en la destrucción de Cartago, una medida que solo se puede explicar como el medio de supresión de un rival en la producción de aceite y vino para el mercado occidental. Roma quería que el territorio cartaginés, como el de Sicilia o Cerdeña le suministrara alimentos y produjera especialmente cereal, como principal cultivo. La misma política se llevó a cabo en España y Galia.

Los cambios económicos antedichos fueron de gran importancia social y política. Los habitantes del sur de Italia, cuyas tierras habían sido compradas por los especuladores, emigraron en creciente número hacia el este y el oeste. La población campesina de Italia dejó de crecer. Los más activos miembros de la clase campesina se convirtieron en terratenientes; los menos hábiles, que seguían trabajando a la vieja usanza, repartían sus tierras entre sus hijos en porciones cada vez más pequeñas, se endeudaban y acababan por irse a las ciudades, o bien se quedaban en el país y engrosaban el proletariado rural como asalariados o como arrendatarios de grandes propiedades. De ese modo, la política remana se vio cada vez menos influida por los pequeños propietarios y cada vez más, por los terratenientes. Estos últimos vivían en Roma, en donde sus riquezas les daban gran

influencia sobre la población de la ciudad. El proletariado desocupado, que afluía de todas partes de Italia, se hacía cada vez más prominente y no tenía otros medios de existencia que los que podía obtener de su ciudadanía. Cada familia eminente de Roma e Italia mantenía un cierto número de clientes que dependían de ella social y económicamente; el número de esos adherentes aumentaba sin tregua.

Esos cambios económicos y sociales iban acompañados de una notable transformación de la vida en Roma. Los romanos querían que los griegos los reconocieran como Estado civilizado y parte constituyente del mundo civilizado griego, y no solo como una fuerza política superior. Muchos políticos eminentes aprendían el griego, inspirados, en un principio, por razones prácticas. El conocimiento del griego era la puerta de entrada en la literatura griega y esa literatura, en particular sus partes mitológicas e históricas, sugería a los patricios romanos la idea de completarlas con narraciones propias que debían iluminar la parte representada por Roma en la historia del mundo. Ya hemos visto que las primeras tentativas de escribir una historia completa de Roma a partir de los tiempos primitivos y de relacionarla con la de Grecia fueron realizadas por miembros de las familias nobles romanas, que escribieron en griego y para lectores griegos.

Sin embargo, encontramos al mismo tiempo otra corriente que tiende a crear una literatura nacional según los modelos griegos. En el período de las guerras púnicas se vieron las primeras versiones de Hornero hechas por Livio Andrónico, las primeras comedias y tragedias latinas, y las primeras tentativas de una épica nacional: la historia de Nevio, en verso, de la primera guerra púnica y la historia de Roma desde sus comienzos por Ennio, en hexámetros. Hacia la misma época, Plauto escribió comedias grecorromanas y Pacuvio y Accio, tragedias romanas. Las representaciones teatrales se convirtieron en entretenimientos favoritos en Roma. Los niños de las familias aristocráticas eran educados por tutores y maestros griegos. El conocimiento del griego y de la literatura griega se hizo casi indispensable para todo el que quería aparecer como persona bien educada. La multitud de esclavos griegos que obtuvieron su libertad y la ciudadanía importaron un nuevo elemento de cultura en las clases bajas y medias. Debemos recordar, asimismo, que constantemente había embajadas griegas en Roma, que allí permanecían largo tiempo y que se las recibía calurosamente en las grandes casas en donde se estimaba el griego.

Tanto Roma como Italia recibieron el impacto de la presencia de los rehenes aqueos ya mencionados, alrededor de un millar dé hombres altamente educados e instruidos procedentes de las ciudades de la Liga. El más eminente fue Polibio de Megalópolis, un hombre de gran cultura, distinguido en la vida política y famoso como historiador. La suerte le puso en contacto con Escipión el Joven conquistador de Numancia y Cartago y uno de los más grandes romanos de su tiempo. Escipión, personalmente muy instruido, era uno de los que abrían sus brazos a las letras griegas. Polibio fue huésped en su casa y el triunfador de Cartago lo consultaba constantemente. Polibio estuvo presente en el asedio y toma de Cartago. Durante su larga permanencia en Roma, aprendió latín y se familiarizó con los escritos históricos y la constitución romana. Fruto de ese conocimiento fue su *Historia Romana*, que comienza con la segunda guerra púnica, después de una breve introducción dedicada a la primitiva historia de Roma. Este libro fue la primera obra científica sobre la materia; fue escrito en el espíritu de Tucí-dides y de acuerdo con su método. Polibio utilizó todo el material disponible con buen juicio. También fue el primero en dar un bosquejo, breve, pero científico, de la constitución romana, su organización civil y militar y, al mismo tiempo, explicó sus puntos de semejanza y de superioridad con las constituciones de las ciudades-Estado griegas. Polibio atribuye la grandeza de Roma a la perfección de su constitución, al hecho de que esa constitución realizaba aquel Estado ideal que los pensadores griegos, a partir de Platón, habían ideado a menudo. Vio a Roma como un Estado en cuya constitución se habían combinado armoniosamente los elementos monárquicos democráticos y aristocráticos; de hecho, como la encarnación del Estado que Platón y Aristóteles habían considerado como un ideal.

Cierto es que no faltaron protestas contra la tendencia favorable a las influencias griegas. Hombres públicos como Catón vieron el terrible peligro que representaba para Roma la marcha victoriosa de

la cultura griega y su actitud frente a los griegos era de desprecio. Sin embargo, tampoco ellos pudieron escapar de su influencia Aunque Catón# se vanagloriaba de ignorar el griego, sus obras *Sobre la agricultura, La lengua latina* y *Antigüedades romanas e itálicas (Origines)*, prueban que el escritor o, al menos, sus secretarios, tenían algún conocimiento de los escritos griegos sobre esas materias.

También en la esfera de la religión fue grande la influencia griega. Los horrores de la segunda guerra púnica habían producido un gran trastorno religioso en la sociedad. El carácter estrictamente formalista de la religión del Estado no satisfacía los sentimientos religiosos de la población, en particular los de las mujeres, estimulados por los espantosos golpes que infligió Aníbal. Las formas del ritual y las imágenes de los dioses griegos, menos rígidos, tétricos y lejanos, satisfacían más las exigencias del pueblo. Dos hechos contribuyeron a extender el conocimiento de la religión griega. En primer lugar, el número de griegos en Roma, procedentes, sobre todo, del sur de Italia, aumentaba incesantemente; en segundo lugar, la literatura nacional de Roma, tragedia, épica, e incluso comedia, estaba constituida fundamentalmente por traducciones del griego y, de ese modo, todos los romanos se familiarizaron con las imágenes de los héroes y dioses griegos y también con el ritual de su culto. Cierto es que los poetas romanos daban nombres latinos a los dioses griegos, pero nadie podía dejar de reconocer a Zeus- bajo el nombre de Júpiter en las tragedias latinas, o Hera en Juno, Atenea en Minerva y Dioniso en Baco. Algunos dioses griegos, Apolo, por ejemplo, recibían culto en Roma desde hacía tiempo y poseían sacerdotes y templos propios. El Senado no se opuso a la expansión de los cultos griegos; por el contrario, durante la segunda guerra púnica, esa institución decidió tomar las medidas para combinar las dos religiones en la religión oficial del Estado. Se erigieron templos a las deidades griegas dentro de las murallas de Roma y muchos ritos griegos se incluyeron en las prácticas del Estado. Tal fue el caso del lectisternium introducido entonces en honor de Júpiter y repetido con frecuencia; en ese festival se preparaban lechos para él y otros dioses en la suposición de que las deidades reclinadas en ellos se interesaban en el banquete sagrado ofrecido en su honor.

Roma también fue invadida entonces por las religiones orgiásticas de Grecia y Oriente. El culto de Dionisio o Baco, conocido de mucho antes en él sur de Italia, encontró entusiastas prosélitos en la ciudad y el Senado se vio obligado a tomar disposiciones (año 186 a. C.) para mantener dentro de los límites de la decencia los desenfrenados excesos de sus festivales nocturnos. Es notable el hecho de que el Senado entrase en negociaciones diplomáticas, durante la segunda guerra púnica, con el reino de Pérgamo para llevar a Roma la piedra negra de la Gran Madre de los dioses asiáticos. Se erigió un templo en honor de esa diosa en el Palatino, por consejo de los libros sibilinos, una colección de profecías hechas por la Sibila de Cumas. Esa colección se había trasladado a Roma y figuraba en el culto de Apolo, 'cuyo templo siempre estuvo asociado con un lugar oracular. Para explicar esos libros y velar por los cultos griegos, el Senado creó un colegio especial de sacerdotes, que constaba de dos y, más tarde, de diez miembros llamados *decemviri sacris faciundis*.

La influencia griega se notó también en otros aspectos y produjo cambios en la vida privada y en los gustos populares. El arte griego y la producción artística griega se pusieron de moda. A menudo escultores griegos esculpían, según modelos también griegos, las estatuas de los dioses romanos; el aspecto de los templos se iba modificando. El amueblamiento de las casas privadas empezó a hacerse con objetos de estilo griego, muchos de los cuales procedían de Grecia. La propia ciudad fue tomando cada vez más un aspecto griego. La habilidad práctica de los griegos permitió introducir más comodidades en las condiciones de vida de Roma. A fines del siglo TV a. C, la ciudad tuvo su primer acueducto, gracias a Apio Claudio; hacia la misma época, se construyó, por primera vez, un puente de piedra sobre el Tíber. Por último, Apio Claudio unió Roma con Capua mediante la primera vía pavimentada.

Las condiciones peculiares que habían alcanzado pleno desarrollo en Roma, en el siglo II a. C. no constituían un secreto para los pensadores de todos los partidos y modos de pensar, fuesen nacionalistas, amantes de Grecia o reformadores radicales. Eran suficientemente claros los aspectos discutibles del sistema vigente y los peligros que amenazaban el sano desarrollo del Estado. Era evidente que el poder de una sola clase, el pequeño grupo de familias nobles que utilizaban ese poder para fomentar sus propios intereses, resultaba muy pernicioso para la colectividad, ya que la existencia de tal poder conducía fatalmente a una creciente pérdida de valores morales de la clase dominante. Cada partido formuló diferentes remedios para atacar la enfermedad. Catón trató de dominarla echando a un lado lo que él consideraba, la raíz de ese mal, es decir, la influencia de Grecia, y persiguiendo ante los tribunales a los representantes individuales de la aristocracia gobernante. Escipión y sus amigos propusieron un conjunto de reformas moderadas en el sistema social y económico. Los reformadores radicales no veían ningún medio de recuperación, salvo que se desencadenara una reanudación de la lucha entre las clases, en la que el partido popular debía ser conducido, como lo fue anteriormente, por los tribunos del pueblo; su objetivo consistía en restablecer el completo control popular según el modelo ateniense y destruir la influencia predominante del Senado en los asuntos públicos.

Pero todos comprendían con claridad que el problema de modificar la constitución no se podía resolver sin hacer reformas en la vida social y, en especial, en la esfera económica. En este último aspecto, el mal fundamental estribaba en el crecimiento vertiginoso de las grandes propiedades y el descenso simultáneo de pequeños y medios propietarios. El resultado era un aumento en la población esclava de Italia, que trabajaba en las grandes propiedades de los nobles, y una disminución de los que formaban el núcleo del ejército, quedando así perjudicado el poder bélico del Estado. Una prueba palmaria del peligro que representaba el sistema de empleo de mano de obra esclava se pudo ver durante el tribunado de Tiberio Graco (133 a. C.), cuando los esclavos se lanzaron a una rebelión feroz y enconada, tanto en Sicilia como en Asia Menor. La historia pasada de Roma y el ejemplo de la ciudad-Estado griega probaban que era posible luchar contra el incremento de las grandes propiedades. En el siglo IV a. C, se había aprobado la ley de Licinio, por la que se limitaba la superficie de tierra pública que cada ciudadano podía ocupar y utilizar; pero esa ley, aunque se renovó a comienzos del siglo II, continuó siendo letra muerta. En Grecia se solían confiscar grandes propiedades para repartirlas entre los necesitados. Todos los estudiantes de historia griega sabían perfectamente que los reyes Agis y Cleómenes habían realizado en Esparta una redistribución de tierras en el siglo m a. C. Una medida radical en ese sentido parecía fácilmente hacedera en Roma, donde las grandes posesiones de los nobles estaban 'situadas en terrenos que pertenecían al Estado. Esas tierras habían sido otorgadas a los nobles de Roma o de las ciudades aliadas, pero no a título definitivo, sino en arriendo por muchos años o por tiempo indeterminado. Ante la ley, esas tierras pertenecían al Estado.

La cuestión de los aliados era muy importante en la política itálica. Los aliados lucharon denodadamente por conseguir la ciudadanía romana, ya que éste era el único medio de participar en el gobierno del Estado. Pero, a medida que pasaba el tiempo, era cada vez más difícil, incluso para los ciudadanos individuales de las ciudades aliadas, la adquisición de esa ciudadanía. Mientras que se admitía en el cuerpo de ciudadanos a antiguos esclavos, el Senado y los magistrados ponían tales obstáculos al acceso a este privilegio en el caso de los aliados, que solo se concedió a unos pocos durante el siglo II. Los aliados hicieron todo lo posible, naturalmente, para que desaparecieran esos impedimentos y, ante la obstinación del Senado y de la asamblea popular, surgió un creciente descontento que incluso condujo a tentativas de rebelión armada. En el año 125, después de la muerte de Tiberio Graco, comenzó una revuelta, encabezada por Fregelas y Ásculo, que fue

reprimida sin piedad.

Aunque la mayoría de la aristocracia gobernante, en otras palabras, la mayoría de los senadores tenía plena conciencia de los obstáculos que impedían la libre marcha hacia un progreso efectivo del Estado, sin embargo, no estaban dispuestos a emprender una reforma seria en ningún sentido. Cualquier posible reforma afectaba, de un modo u otro, su orgullo o su bolsillo. Pero había senadores que simpatizaban con las reformas, aun con las más radicales. La mayoría de este último grupo era relativamente joven y se había educado en las ideas democráticas griegas; eran ambiciosos, pero inspirados en el más sincero patriotismo. Uno de ellos era Tiberio Sempronio Graco, de educación superior, totalmente honesto y de una notable capacidad. Si bien su familia provenía de una gens plebeya, ya hacía tiempo que ocupaba una posición prominente en la vida pública y se la contaba entre las familias que constituían la alta aristocracia. La carrera de su padre había sido muy brillante e incluso gloriosa; su madre pertenecía a la casa de los Escipiones. El propio Tiberio inició su carrera de la manera acostumbrada. A los quince años de edad, luchó en Cartago bajo el mando de su primo Escipión Emiliano, distinguiéndose en la campaña. En 137, fue elegido cuestor a la edad de veinticinco años y enviado a España con el cónsul Cayo Hostilio Mancino. En su condición de cuestor, tuvo que firmar el ignominioso pacto por el que Mancino salvaba su ejército a costa de la rendición. El Senado se negó a ratificar el pacto. Fue un duro golpe para Graco: su participación en la vergonzosa transacción no le auguraba un brillante porvenir.

Al volver a Roma, entró en estrechas relaciones con el grupo de reformadores que había en el Senado, encabezado por Apio Claudio y Publio Licinio y su hermano menor, Cayo, se casó con una hija del otro líder. De acuerdo con ellos Craso Muciano se casó con una hija de Apio e influido por su propia experiencia, Tiberio preparó un extenso proyecto que tenía por objeto mejorar la calidad combativa del ejército que se había deshonrado al rendirse en Numancia. Graco consideraba que era el único medio de alcanzar la finalidad deseada, mejorar la situación del campesinado romano y aumentar su número mediante la concesión de tierras a los ciudadanos romanos, tuvieran o no derecho a ello. Una reforma tan radical solo podía llegar a buen término a través de la asamblea popular. Y como, según los usos romanos, los tribunos gozaban de derecho de iniciativa en materia legislativa, Tiberio se presentó como candidato al tribunado en 133 a. C. En sus discursos electorales, Graco puso de manifiesto su programa. Una vez elegido, presentó su plan agrario ante la asamblea popular. En realidad, decía él, solo se trataba de la renovación de una ley existente. Según su plan, ningún ciudadano podía poseer más de 500 iugera de tierra pública; pero este máximo se podía doblar si un hombre tenía dos hijos mayores. El resto de la tierra pública, que se hallaba en ese momento en manos de los grandes señores, se debía recobrar y distribuir en lotes entre los ciudadanos romanos sin tierra. Por otra parte, la cantidad de tierra concedida, 500 ó 1.000 iugera según el caso, debía convertirse en propiedad plena del presente tenedor, previa renuncia del Estado a su derecho de propiedad. Pero la tierra otorgada a los necesitados no se convertía en propiedad privada; los nuevos poseedores no podían venderla y tendrían que pagar un impuesto o renta especial (vectigal) al Tesoro. Para poner en ejecución esta ley, se nombraba una comisión de tres miembros con atribuciones para tomar las tierras, pronunciar sentencias en casos dudosos y distribuir los lotes entre los que tuvieran poco o nada en absoluto.

La presentación del proyecto ante la asamblea popular trajo como consecuencia la división de los ciudadanos romanos en dos campos: el rico y el pobre. El mismo efecto produjo entre los aliados, cuyas condiciones agrarias no eran muy diferentes y en donde la aristocracia local ocupaba una buena parte de la tierra que pertenecía a Roma o a la comunidad particular. Los ricos se agruparon en torno a la mayoría del Senado, mientras que los pobres apoyaban plenamente a Graco. El día de la votación acudió a Roma una multitud de campesinos, algunos procedentes de distantes comunidades de ciudadanos y de aliados. Era indudable que si se presentaba la ley, ésta sería aprobada por una inmensa mayoría. El Senado decidió recurrir a una antigua disposición constitucional. Algunos tribunos eran favorables al Senado y Octavio, uno de ellos, dio su veto contra la votación. Este veto era la sentencia de muerte para la ley. Tiberio pidió al Senado que no

se opusiera a la ley pero fue en vano. Solo le quedaban ahora dos soluciones: aceptar la derrota o recurrir a medidas anticonstitucionales. Después de muchas vacilaciones, adoptó la segunda solución. Propuso a la asamblea una medida sin precedentes: que se revocara al tribuno por haber traicionado la causa popular que estaba en la obligación de defender, de acuerdo con la finalidad del tribunado. El pueblo votó la revocación de Octavio y nombró un sucesor para el cargo vacante. Después se aprobó la ley agraria. De acuerdo con sus disposiciones, se designó una comisión compuesta de tres miembros, Tiberio Graco, su suegro Apio Claudio y su hermano Cayo Graco, un joven de veinte años. Esa comisión comenzó de inmediato su trabajo.

Sin el apoyo de los tribunos, esa comisión carecería de fuerza y el éxito en sus actividades dependía por entero de la composición de ese cuerpo en el año 'siguiente. Por otra parte, Graco no pensaba en detenerse después de la aprobación de la ley. Cuando Átalo ofreció su reino de Pérgamo al pueblo romano, Graco rompió con las costumbres establecidas y, sin previa consulta al Senado, presentó una ley ante la asamblea popular, decidiendo la formación de una nueva provincia romana y empleando la herencia para engrosar los fondos de la comisión. Era clara su' intención de que, en la medida de lo posible, todos los asuntos públicos dejaran de ser de la competencia del Senado para pasar a la decisión directa de la asamblea nacional. Y, para lograr este objetivo, se precisaba que el cuerpo de tribunos que habían de ser elegidos al año siguiente simpatizara con la política de Tiberio y que él también formara parte de ese cuerpo.

Por esa razón, se presentó de nuevo como candidato en el año 132 a. C. y procuró que los otros postulantes fueran partidarios suyos. Aunque no existía una ley contra la reelección de tribunos, sin embargo, tal hecho era contrario a las costumbres establecidas, que en Roma tenían a menudo más fuerza que las propias leyes escritas y sus opositores atacaron duramente su nueva candidatura. Su manifiesto electoral también fue objeto de una severa crítica. Graco incluía en su programa el acortamiento del período de servicio militar, cambios en la composición de los jurados y más facilidades a los aliados para la obtención de la ciudadanía. El Senado creía o pretendía creer que Tiberio tendía hacia la monarquía o hacia una tiranía como las griegas. El día de la elección, cierto número de sus partidarios no estuvo en condiciones de acudir por estar ocupado en sus trabajos en el campo y el partido senatorial aprovechó esa debilidad para atacarlo con toda su fuerza. Por último, hubo un conflicto armado en el espacio abierto del templo Capitolino; los partidarios del Senado dominaron. Tiberio fue asesinado, muchos de sus seguidores resultaron muertos en la refriega y, más aún, fueron sentenciados a muerte poco después. El asesinato de Tiberio fue, indudablemente, un acto revolucionario, ilegal; pero el Senado lo justificó como medio de suprimir una rebelión iniciada por el tribuno.

Sin embargo, los reformadores radicales no se. dieron por vencidos. Su actividad se reanudó cuando Cayo Graco, el hermano menor de Tiberio, después de pasar dos años en Cerdeña como cuestor, alcanzó la edad que le permitía presentarse como candidato al cargo de tribuno. En 124 a. C, fue elegido para ejercer su cargo al año siguiente, e inmediatamente presentó un plan de reformas elaborado con más precisión que el de su hermano. No se sabe en qué orden presentó Cayo Graco sus leyes; en cambio, tenemos una información más o menos detallada de cada una de ellas. Probablemente, la mayoría de esas leyes se presentaron en el primer año de su tribunado. Esas leyes formaron el programa del llamado partido democrático que se fundó a la muerte de los Gracos e hizo una guerra incesante contra el Senado. Sus objetivos esenciales pueden resumirse de la manera que a continuación damos.

En primer lugar, trataba de transferir del Senado a la asamblea popular el derecho de decisión sobre todos los asuntos importantes o, dicho de otro modo, establecer en Roma una democracia de acuerdo con el modelo ateniense. Para asegurar este punto no se precisaba ninguna ley especial; según la constitución, todos los asuntos de importancia debían ser resueltos, al menos en teoría, por la asamblea popular; la innovación consistía en que cuestiones cuya decisión dependía consuetudinariamente del Senado, eran ahora presentadas por Graco, en su condición de tribuno, ante la asamblea popular para que ésta las examinara y decidiera. En segundo lugar, Graco presentó

una nueva ley agraria, para llevar a cabo la confiscación de tierras públicas, en mayor escala, y para reanudar el parcelamiento de tierras para los ciudadanos. De acuerdo con ese plan, las concesiones de lotes no debía limitarse a Italia sino que también la tierra pública de las provincias había de utilizarse para ese mismo fín, en tal sentido presentó una serie de leyes para la fundación de colonias romanas en el sur de Italia y en las provincias; una de ellas consistía en ocupar los lugares en donde estaban las ruinas de Cartago. En tercer lugar, Graco tenía la intención de extender la ciudadanía romana a los latinos y, probablemente, también a sus aliados itálicos. A este efecto presentó una ley en su primer año de tribunado, pero la asamblea popular no la aprobó entonces ni tampoco un año después. Esa ley estaba estrechamente relacionada con su ley agraria, ya que parte de la tierra pública estaba ocupada por las comunidades de aliados y latinos, y también por terratenientes que eran ciudadanos de esas comunidades. Finalmente, había otra ley, probablemente relacionada con la anterior, que modificaba las condiciones de servicio en el ejército para los ciudadanos y los aliados.

Junto con esas cuatro leves fundamentales, Graco propició otras medidas igualmente subversivas que tal vez no pretendía que fuesen permanentes, sino meras armas transitorias contra sus opositores. La principal de esas medidas se refería a los tribunales judiciales que ya no estarían compuestos solamente de senadores, sino también y quizás en el mismo número, de equites. Esta clase de hombres de negocios y capitalistas, que no participaban en los asuntos públicos, salvo en el servicio militar, era ya poderosa y estaba adquiriendo una gran influencia política, ya que ante los tribunales se presentaban no solo los asuntos civiles, sino también los casos de magistrados romanos que habían abusado de sus atribuciones. Al mismo tiempo, una ley que regía la provincia de Asia, extendía las actividades de los caballeros (equites) a la esfera de las finanzas públicas. Anteriormente, los impuestos y cargas que se imponían en el Asia Menor eran pagados por los gobiernos de las diversas ciudades al gobernador romano y éste, a su vez, entregaba lo recaudado al Tesoro de Roma; pero ahora la recaudación se entregaba a compañías romanas capitalistas las cuales realizaban esa operación por medio de sus agentes. Durante algún tiempo, hasta que los senadores se avinieron a ese cambio, esas medidas enfrentaron al Senado con los equites, que era el objetivo esencial de Graco. Su efecto temporal fue mejorar la administración de justicia y aumentar los ingresos públicos; pero en definitiva no hizo más que complicar la situación y empeorarla, al aumentar el número de personas que se podían enriquecer a costa de las provincias, sin que los habitantes tuvieran una seguridad mayor de que estarían gobernados justa y honestamente.

De no menos importancia para la futura historia de Roma fue la llamada "ley del trigo" de Graco, según la cual el Estado estaba obligado a vender trigo a los ciudadanos de la capital a precios más bajos que los del mercado. Tal medida estaba imbuida del espíritu de la democracia ateniense, que afirmaba que los ciudadanos podían disponer a voluntad de la renta pública o, dicho de otro modo, tenían derecho a gastar el dinero público para el sostenimiento y comodidad de los ciudadanos particulares. Esa ley fue recibida con entusiasmo por el populacho romano. Tal costumbre de alimentar a las turbas romanas a costa de las provincias continuó no solo después de la caída de Graco, sino también en tiempos de la República, aunque quizás el propio Graco únicamente la consideraba como un arma transitoria que le aseguraba el apoyo de las clases bajas, base de su fuerza principal. Con la misma finalidad y también para facilitar la redistribución de la tierra, y proveer de mercado a los nuevos colonos, Graco comenzó a construir cierto número de nuevos caminos en Italia, tanto para fines militares como económicos.

Es probable que poco antes del tribunado de Graco se presentara una ley permitiendo la reelección de un tribuno. Por ese motivo, su candidatura para el año 122 a. C. no encontró la oposición que terminó con la muerte de su hermano. Pero el Senado procuró asegurarse la elección de otro candidato, M. Livio Druso, un hombre capaz e influyente, adherido a esa institución, orador elocuente y hábil demagogo. Cuando Graco fue a Cartago para organizar la colonia de ciudadanos romanos, ausentándose por setenta días, Druso comenzó una violenta agitación contra su colega. Aprovechó la superstición de las masas para demostrarles que el suelo de Cartago había quedado

maldito después de la destrucción de la ciudad. También atacó todo el plan de colonización en ultramar y, en nombre del Senado, ofreció fundar doce colonias en Italia con 3. 000 ciudadanos en cada una. Esos ataques y proposiciones contrarios minaron bastante la influencia de Graco. Su situación se hizo todavía más difícil cuando, a su vuelta a Roma, trató de presentar ante la asamblea popular disposiciones concediendo la plena ciudadanía romana a los latinos y derechos latinos a las ciudades itálicas. El Senado replicó expulsando de la ciudad a todos los que no eran ciudadanos romanos y realizando una dura campaña contra la nueva legislación. Hasta el cónsul Fannio, cuya elección fue apoyada por Graco, sufrió una derrota cuando se. presentó de nuevo al tribunado el 122 a. C.

Después de esta derrota, comenzó la lucha entre sus partidarios y los del Senado. Personalmente, era todavía uno de los tres miembros designados para llevar colonos a Cartago y, por consiguiente, no podía ser perseguido debido a su cargo oficial. Pero los augures estaban inquietos por los portentos ocurridos en Cartago, en donde las hienas habían sacado, por la noche, los mojones que servían de límites, y el Senado, actuando en su nombre, propuso a la asamblea popula* que abrogara la ley por la que se fundó la colonia. Uno de los tribunos propuso a la asamblea su anulación. El día de la votación, el pueblo se congregó en el Capitolio. Graco iba rodeado por sus partidarios armados. Antes de comenzar la votación, cierto Quinto Antullio fue asesinado misteriosamente por alguien de la multitud que rodeaba a Graco y en presencia de éste. El Senado aprovechó este pretexto para declarar que Graco y sus partidarios eran unos sediciosos. Al mismo tiempo, movilizó a los equites que habían retirado su apoyo al tribuno y llamó en su ayuda a un destacamento de arqueros cretenses que se encontraba en Roma. Los otros también se armaron. Se pusieron en pie de guerra; ocuparon el Aventino, cuyos residentes pertenecían en su mayoría al proletariado, y se atrincheraron en el templo de Diana. El Aventino fue acometido por las fuerzas del Senado. Graco huyó y, cuando sus enemigos le iban a la zaga, se quitó la vida en el bosque de Furrina, en la orilla derecha del Tíber. Unos 250 partidarios suyos cayeron peleando y cerca de 3. 000 fueron muertos, poco después, sin previo juicio, procedimiento justificado por el senatusconsultum ultimum, declaración de estado de guerra.

A la muerte de Cayo Graco siguió una reacción conservadora. Sin embargo, sus enemigos no osaron abrogar algunas leyes suyas, por ejemplo la del trigo. También se conservó por algún tiempo la ley admitiendo caballeros en los jurados y la entrega de la recaudación de impuestos en Asia a compañías contratantes. La comisión que Tiberio creó y que Cayo había renovado continuó, asimismo, por cierto tiempo. Pero esa comisión perdió el derecho a dirimir las disputas entre los viejos y los nuevos ocupantes; se derogó la prohibición de ventas de parcelas, hasta que, finalmente, la comisión cesó en sus actividades y las parcelas Volvieron a pasar, poco a poco, a manos de los capitalistas. Pero la reacción no destruyó las ideas que habían inspirado a los Gracos. Su obra fue continuada después de su muerte por un grupo de sus partidarios que tomaron el nombre de populares, defensores del pueblo. Sus esfuerzos se dirigían fundamentalmente contra el Senado y sus armas eran las medidas propuestas por Cavo Graco, que ahora se habían convertido en programa del partido popular. En oposición a los populares, el partido senatorial se denominó optimates, es decir "los mejores". La lucha de los dos partidos no giraba realmente en torno al programa de Graco: control completo por parte de la Asamblea popular, reparto de tierras a los necesitados, colonización de las provincias por ciudadanos romanos. El objetivo real de la contienda entre ambos, populares y optimates, era la dirección del Estado. Los demócratas se esforzaban en arrancar el timón del gobierno de las manos del Senado, mientras que los optimates luchaban por mantener su antiguo e indiscutido control de los asuntos públicos. Esa contienda se prolongó por mucho tiempo y condujo a una serie de guerras civiles, de un carácter excepcional tanto por su duración como por su ferocidad. La actividad de los Gracos fue objeto de apasionados debates y se juzgó de diversos modos, tanto mientras estaban en vida como después de muertos. Los políticos romanos estaban divididos en dos grupos, para los cuales los Gracos eran o unos criminales, o bien unos héroes, según el partido a que se pertenecía. Dadas las condiciones políticas

anormales de aquel tiempo, no había posibilidad de emitir un juicio moderado y sin partidismo. Tampoco es mucho más fácil para el historiador moderno emitirlo actualmente. Nuestra propia época está llena de los mismos contrastes violentos que se presentaban en tiempos de los Gracos v en los años que siguieron a su muerte; también los modernos pensadores sustentan opiniones divergentes. Es indiscutible que los Gracos estaban inspirados por las más nobles intenciones y plenamente convencidos de que sus acciones eran justas. Pero también es cierto que no advirtieron la dificultad y la complejidad de la situación. No es probable que previeran el resultado final de su política revolucionaria. Aun en el caso de que el programa de los dos hermanos se hubiera realizado en su totalidad, difícilmente hubiese bastado para producir un cambio radical en la situación. Querer establecer en Roma una democracia como la griega era un sueño o una farsa y, aunque se hubiera concedido una parcela de tierra a cada miembro del proletariado, nunca se hubiese podido revivir el tiempo viejo en los que el Estado basaba su seguridad en una fuerte población campesina. Debieron tener presente el poder y la influencia de las clases superiores, y reconocer el hecho de que Roma era una potencia mundial. La recta manera de obrar hubiera sido suavizar, y no exasperar los sentimientos de clase, idear nuevas formas de gobierno para el Imperio Romano y no tratar de revivir las antiguas instituciones democráticas de Grecia. Pero los Gracos ni hicieron eso ni procuraron hacerlo y, por consiguiente, su acción no condujo más que a un conflicto prolongado y sangriento.

Los acontecimientos que siguieron a la muerte del menor de los Gracos muestran hasta qué punto habían sacudido la vida del Estado esas primeras manifestaciones de agudas disputas partidistas. Inmediatamente después de su victoria, en Roma, el Senado emprendió una serie de guerras en el exterior, confiando sin duda en desviar de este modo la atención popular de las críticas suscitadas por los Gracos. Esas guerras se asemejaban a la campaña final contra Cartago. Su objeto era favorecer los intereses financieros de los grandes propietarios rurales, que constituían la clase dominante, y aumentar el territorio del Estado romano en Galia y África, así como también apartar la atención del pueblo de los asuntos internos. Se planeaba enviar a esos países, en calidad de colonos, al sector ingobernable del proletariado. Los senadores esperaban, al mismo tiempo, hacer una buena inversión para sus capitales comprando la tierra arrebatada a los nativos.

El primer ataque tuvo lugar, sin ningún pretexto razonable, contra las tribus independientes de Galia, en la vecindad de Masilla. Entre 125 y 121 a. C, los ejércitos romanos ocuparon una buena parte del valle del Ródano y la convirtieron en provincia romana. En el año 118, se fundó Narbón (Narbona), la primera colonia romana fuera de Italia, y la provincia se llamó después Gallia Narbonensis. Por esa misma fecha, aproximadamente, se comenzaron operaciones en África contra los herederos de Masi-nisa. Yugurta, uno de los nietos de Masinisa, trataba de arrebatar a sus primos la parte que les correspondía en el reino de Numidia. Los romanos intervinieron y cuando Yugurta se negó a someterse a sus peticiones, la guerra estalló. Salustio, un partidario de César, hizo el relato de esa guerra con el objeto de pintar con negros colores la mala política extranjera del Senado, y de poner en evidencia la corrupción y la venalidad de los senadores en tanto clase. La guerra en sí misma no tenía gran importancia, pero procuró un buen arma a los enemigos del Senado y ellos la utilizaron para acusar a los generales del Senado de muchos crímenes odiosos. No conocemos la verdad exacta de esas acusaciones, porque solo nos podemos guiar por la narración de Salustio. Pero es indiscutible que muchos de los generales que el Senado envió a África eran culpables de fraude e incapacidad y que Yugurta logró diferir la guerra por algún tiempo mediante el soborno. Asimismo, es cierto que la guerra era totalmente innecesaria y que el aniquilamiento de muchos millares de soldados romanos se debía no solo al partido senatorial, sino también a sus opositores, quienes insistían en que, una vez iniciada la guerra, se debía continuar sin vacilaciones. Tal situación llevó al mando a Cayo Mario, jefe capaz, nativo de Arpiño, en el país sabino, y miembro de la clase ecuestre. El partido popular lo apoyó como persona que contrastaba con los generales designados por el Senado. Con la ayuda de ese partido, Mario fue elegido cónsul por el año 107 a. C. y enviado a Numidia en donde, en dos años, puso término a una guerra que había ido dilatándose el doble de ese tiempo antes de su nombramiento. Sin embargo, hay que notar que su antecesor, Metelio había preparado el camino para el logro de ese éxito.

En esos momentos también se hacía la guerra en Macedonia y España. Para todas esas luchas incesantes se precisaba el alistamiento de reclutas; pero los combatientes no veían con claridad el significado y la finalidad de todo eso. Los pequeños propietarios y los aliados estaban cada vez menos dispuestos a responder a las convocatorias de los cónsules; las deserciones se hallaban a la orden del día y era difícil obligar a los soldados a combatir. Resultaba todavía más trabajoso mantener la disciplina interna en el ejército.

Con un ejército en esas condiciones y, además, con una buena parte de él en África, los romanos se vieron forzados a enfrentarse con un enemigo temible y poderoso. En 113 a. C, los cimbrios y los teutones, un buen número de tribus germanas y celtas, se acercaron a la frontera romana y, dos años más tarde, invadieron la nueva provincia de la Galia Narbonense. Uno tras otro, los ejércitos romanos eran derrotados; dos ejércitos combinados sufrieron un terrible revés en Arausio (hoy Orange) al sur de Galia. Italia se encontraba en un peligro inminente. Por fortuna para Roma, los

teutones se quedaron en Galia y los cimbrios fueron a conquistar España en lugar de invadir Italia. Sin embargo, Roma previo la posibilidad de que germanos y celtas reaparecieran en Italia y los ciudadanos, que nunca habían podido olvidar cómo los galos tomaron y quemaron Roma hacia 390 a. C, estaban embargados de terribles presentimientos.

Tan inminente era el peligro que el Senado no levantó ninguna protesta cuando Mario, el vencedor de Yugurta y. jefe del partido popular, fue elegido cónsul; también aceptó que fuera reelegido por tres años consecutivos, del 104 al 102 a. C, aunque eso fuera contrario a todas las tradiciones políticas romanas. La primera empresa de Mario fue reformar el ejército. Debido a la fuerza de las circunstancias, aquel ejército había dejado de ser prácticamente una milicia de propietarios rurales y dispuestos a acudir a las convocatorias anuales. La milicia se había ido transformando poco a poco en un ejército permanente, porque las provincias necesitaban la presencia de esa fuerza. La costumbre de recluitar soldados únicamente entre los ciudadanos romanos poseedores de tierra hacía casi imposible el alistamiento de hombres con la necesaria rapidez. Ya se ha dicho anteriormente que los hombres estaban mal dispuestos a servir durante muchos años en el ejército, porque sabían que mientras estuvieran fuera, su tierra se iba a arruinar. Además, como el número ele propietarios disminuía, los reclutas salían siempre de las mismas familias, mientras que la población de ciudades y pueblos, que carecía de tierras y cuyo número aumentaba continuamente, se libraba casi por completo de esas levas. Mario llevó a cabo sus reformas en los sombríos días de la guerra cimbria y acabó para siempre con la concepción de una milicia compuesta exclusivamente de propietarios rurales. Llamó a las filas a los proletarios ofreciéndoles una soldada y, además, parcelas de tierra al expirar su período de servicio. Así, lo que había sido una milicia se convirtió en un ejército profesional de voluntarios con largos años de servicio. Con esta nueva fuerza, Mario pudo defender a Italia contra la invasión de cimbrios y teutones en el año 102 a. C. Una parte de ellos fue derrotada y destruida en Aquae Sextiae (hoy Aquisgrán) en el sur de Galia, y el resto, en Vercelas en el norte de Italia.

Las dificultades de Roma durante esos años penosos aumentaron debido a la nueva revuelta de esclavos en Sicilia, que duró tres años, del 104 al 101 a.C. Por añadidura, en el mar, la actividad de los piratas hacía imposible el comercio y fue necesario enviar una poderosa flota contra ellos en 102 a. C, mandada por el pretor Antonio. Pero el alivio que se consiguió con esa expedición fue únicamente temporal. Todas estas adversidades, que humillaban el orgullo de los ciudadanos y afectaba su bienestar material, hizo que el Senado perdiera mucho de su prestigio ante la opinión de la población y colocó en primera línea a los jefes del partido popular, que nunca habían renunciado a sus violentos ataques contra el Senado. Mario era uno de sus líderes y Apuleyo Saturnino, el otro. En el año 100 a. C, Mario fue elegido cónsul por sexta vez y entonces trató de promulgar, con ayuda de Saturnino, una ley agraria por la que se concedía tierra en la parte recientemente conquistada del sur de Galia a sus veteranos y miembros del proletariado; también pedía que cierto número de colonias de ciudadanos romanos y aliados se enviase a las provincias occidentales. El plan de romanización del Occidente buscando tierras para parcelarlas en las provincias y no en Italia continuaba la obra iniciada por Cayo Graco; la novedad consistía en la concesión de ese privilegio a los miembros del proletariado que hubiesen servido en el ejército. Pero la ley de Saturnino perjudicaba los intereses de los grandes capitalistas que poseían tierras en las provincias y que esperaban conseguir más en la Galia. Por consiguiente, esta proposición condujo a otra lucha armada entre el Senado y el partido popular, una contienda tan seria que el propio Mario, autor de la proposición, se vio obligado a apoyar al Senado aplastando la rebelión y la lucha en las calles comenzada por Apuleyo y sus partidarios.

Todavía más graves fueron las consecuencias que siguieron al intento de Livio Druso, el año 91 a. C, de hacer votar una serie de medidas, tomadas en parte del programa de Cayo Graco e inaceptables, en general, para el Senado. La principal de esas medidas concedía la ciudadanía romana a todos los itálicos en compensación por las tierras que se confiscarían para establecer en ellas doce colonias que se poblarían con proletarios de Roma y, tal vez, de Italia. Con el deseo

ferviente de promulgar esa ley, Druso concluyó un tratado secreto con los jefes itálicos y ellos le juraron fidelidad. La extensión de la ciudadanía encontró una dura oposición. Sin embargo, Druso se empeñó en ello y decidió ponerlo a votación, pero fue asesinado misteriosamente la víspera del día en que debía tener lugar la decisión popular. Su muerte no detuvo a los itálicos. Ellos estaban dispuestos a apoyar sus peticiones con la espada en la mano e inmediatamente comenzó una guerra dura y sangrienta contra Roma. Al principio, solo pedían admisión a la ciudadanía romana, pero en el calor de la contienda declararon como objetivo propio la destrucción total de la supremacía romana y la formación de una nueva confederación itálica, en la que Roma ocuparía un lugar de igual importancia que los otros aliados.

La guerra itálica o social se prolongó por más de tres años, desde el 91 al 88 a. C. Los contendientes estaban igualmente preparados y armados, y todos tenían el mismo valor. No hacía mucho que habían marchado juntos, hombro con hombro, por todo el mundo civilizado. Su disputa actual era extraordinariamente feroz y destructora. Ambas partes estaban convencidas de que defendían una buena causa. De ahí que el número de víctimas que se sacrificaran en ambos lados solo se pudiera comparar con las producidas en las guerras púnicas. Solo terminó la lucha cuando los dos antagonistas reconocieron que no tenía sentido continuar por ese camino. Los itálicos se dieron cuenta de que no se hallaban al nivel de Roma, la cual podía obtener hombres y dinero no solo de todos sus ciudadanos, sino también de todas sus provincias; la ayuda de los destacamentos reclutados en España tuvo una importancia especial. Por otro lado, Roma estaba predispuesta a llegar a un entendimiento, porque la guerra estaba minando su supremacía mundial.

Los desórdenes de Italia habían debilitado la creencia de Oriente en la invencibilidad de Roma. Oriente miraba con esperanza la creciente influencia y el poder militar de Mitridates VI, rey del Ponto, quien, a partir del 125 a. C, había logrado anexarse las colonias griegas del norte y de las orillas caucásicas del Mar Negro y también había extendido hábilmente los límites de sus dominios en Asia Menor. Al mismo tiempo, preparaba una flota y un ejército fuertes, previendo la posibilidad de un conflicto armado con Roma. Ante el hecho de la guerra social, Mitridates se resolvió a encender la hoguera. En 89 a. C, Roma tuvo que reconocer el hecho de que una gran parte del Oriente helenizado se había puesto del lado del rey del Ponto, que toda la población de habla latina, todos los funcionarios y comerciantes romanos habían sido asesinados y que Délos, el principal centro mercantil en el Egeo y mercado romano de esclavos, había sido tomado y saqueado por Mitridates y sus habitantes itálicos habían sido exterminados.

Los griegos que se habían unido a Mitridates y le habían ayudado a extirpar a los ciudadanos romanos y a los nativos de Italia estaban condenados a sufrir un duro despertar; el rey del Ponto era semicivilizado, cruel y arbitrario, y su dominio era mucho más amargo que la ingerencia de los magistrados romanos. Pero, entretanto, era grave el peligro que amenazaba a Roma. Era terrible la contingencia de la pérdida de prestigio en Oriente debida a la crisis de una furiosa guerra civil en Italia, pero era más peligrosa aún la pérdida de los ingresos de sus más ricas provincias, precisamente en el momento en que era mayor su necesidad y la seguridad de la victoria en la guerra social, dependía del dinero. Por eso, era preciso que se presentara un ejército romano en Oriente. Pero, para ello, se necesitaba hacer algunas concesiones en Italia; los aliados tenían que detener o, al menos, disminuir sus esfuerzos contra Roma.

En esas condiciones, se hicieron ofertas de arreglo a los itálicos. Se prometía la ciudadanía romana a todos los que depusieran las armas y a los nuevos ciudadanos se los agrupaba en un pequeño número de tribus. Nuestros especialistas no están de acuerdo en determinar si esas tribus eran de nueva creación o no.

Esta solución del problema satisfacía en cierto modo a los itálicos y era aceptable también para los ciudadanos que ya gozaban de ese derecho. Debemos recordar él sistema de votación en la asamblea popular: cada tribu votaba por separado y las decisiones se tomaban por una mayoría de los votantes de cada tribu y no por la de la totalidad de los votantes. Por consiguiente, si los aliados se agrupaban en ocho tribus, fuesen o no de nueva formación, recibían únicamente ocho votos,

cualquiera que fuera el número de sus miembros, y los primeros ciudadanos romanos podían resolver sus asuntos exactamente como lo hacían anteriormente. Agotada por la guerra, la mayoría de los itálicos aceptó esas condiciones. Además, también interesaba a los itálicos la expulsión de Mitridates de Grecia y Asia Menor, porque la mayoría de los comerciantes de Oriente eran itálicos y no ciudadanos romanos. Solo los samnitas rechazaron las proposiciones de Roma. Pero la guerra itálica, reducida ahora a un conflicto con los samnitas, comenzó a decaer, permitiendo que Roma iniciara sus operaciones sistemáticas contra Mitridates.

Tal era la situación de Roma cuando surgió una cuestión que no tenía gran importancia en sí misma, pero que se discutió tan acaloradamente que acabó en una furiosa guerra civil. La cuestión en disputa era qué general y qué ejército debía mandarse al Oriente. La respuesta constitucional era bastante simple; se debía nombrar, echándolo a suertes, uno de los dos cónsules designados para el 88 a. C. La suerte recayó sobre Lucio Cornelio Sila, el héroe de la última fase de la guerra itálica, cuyo ejército victorioso estaba acampado en Campania. Se trataba de un nombramiento afortunado porque Sila era un hábil general y, además, muy estimado por sus soldados. Por otra parte, era un enemigo del partido demócrata y se oponía al otorgamiento de más concesiones a los itálicos. Esto era suficiente para prender la llama de la discordia. Contrariando todas las tradiciones, el partido demócrata presentó un candidato propio: ese candidato era Mario, el gran héroe popular, el que salvó a Roma de los cimbrios y los teutones. Basándose en la doctrina de Graco, de que la soberanía del pueblo se extendía a los asuntos exteriores, los demócratas, apoyados por Sulpicio Rufo, un hábil político, presentaron ante la asamblea popular una proposición pidiendo que el mando se diera a Mario; también trataron de conseguir el pleno apoyo de los itálicos, que odiaban a Sila, mediante la concesión de plenos derechos de ciudadanía romana.

Amenazado dé muerte, Sila se vio obligado a ceder; huyó de Roma y se refugió en Campania, en donde acampaba su ejército.. Su causa parecía totalmente perdida. Pero las legiones de Campania lo apoyaban; estaban seguras de que Sila las habría conducido a una campaña provechosa y fácil en Oriente y después podrían volver a Italia para establecerse en las ricas tierras tomadas *a* los itálicos. Pero ahora se desvanecían todas esas esperanzas. Si Mario iba al Oriente no los llevaría consigo. Solo quedaba una única solución: podían obligar a Roma a someterse a las decisiones de las legiones, iniciar la primera revolución militar. Era necesario apresurarse, porque cada día de demora hacía más dudoso el éxito. Las preocupaciones del deber fueron echadas a un lado; en la guerra itálica, los soldados romanos se habían acostumbrado a luchar contra sus hermanos. El general y el ejército decidieron dirigirse rápidamente hacia Roma. Solo los oficiales quedaron atrás. La ciudad fue tomada por asalto; aunque Mario consiguió escapar, los jefes del partido de la oposición fueron aniquilados y se anularon las nuevas leyes democráticas.

Después de esta fácil victoria sobre su rival, Sila tenía ante sí dos caminos. Podía quedarse en Italia y prepararse para la guerra civil que era inevitable, o bien dejar a Italia librada a su propia suerte y dirigirse a Oriente para volver victorioso, con mayores recursos y un ejército fiel dispuesto a ejecutar todas sus órdenes. Se decidió por la segunda solución. Si se hubiera quedado en Italia es problemático que sus tropas continuaran apoyándole. Antes de salir hacia Grecia y Asia, tomó rápidamente algunas medidas de reforma, una anticipación del programa completo que debía restablecer y confirmar el predominio del Senado.

Inmediatamente después de su marcha, el poder pasó a manos de sus rivales. La dirección de los asuntos se concentró en las manos de los demócratas, conducidos por Mario y Ciña. El primero aplastó la resistencia del Senado con el apoyo de las fuerzas que quedaron en Italia y los habitantes de las ciudades itálicas. Entonces comenzó el largo período de terror que tan a menudo se había de repetir en tiempos posteriores. Por centenares eran asesinados los enemigos de la democracia, por una simple delación o sospecha, sin juicio y sin investigación. Todas las víctimas eran senadores o caballeros. La masacre fue ejecutada en parte por bandas de esclavos, a quienes Ciña, el segundo jefe del partido demócrata, había libertado. El propio Ciña se vio obligado a dar muerte con el tiempo a esos ejecutores, utilizando destacamentos de soldados galos. Los años 88 y 87 a. C. se

dedicaron a esta masacre de enemigos. Mario y Ciña fueron elegidos cónsules para el año siguiente. Mario murió al primer mes de su consulado.

Entretanto, Sila había arrojado a Mitridates de Grecia y también tenía que defenderse contra L. Valerio Flaco, el sucesor de Mario en el consulado, que había sido enviado al Oriente al frente de un ejército para que luchara, al mismo tiempo, contra Mitridates y Sila. Aunque la guerra con el rey no había terminado, los asuntos de Italia obligaron a Sila, después de restaurar el dominio romano en Grecia y Asia Menor, a negociar una paz con condiciones que eran aceptables para el rey del Ponto, pero muy poco halagadoras para Roma. Hecho esto, Sila obligó a rendirse al ejército romano rival; éste se había amotinado contra Flaco y lo había muerto; ahora estaba mandado por Fimbria, el cuestor que había promovido el motín. Sila había realizado la misión que le llevó al Oriente. Mitridates quedaba paralizado, al menos por algún tiempo, y el ejército, dueño de un rico botín, pensaba en los donativos de tierras en Italia que solo Sila le podía dar. El saqueo había puesto en sus manos inmensas cantidades de dinero y el dominio de Oriente le aseguraba un suministro seguro de nuevos recursos. A pesar de ciertas proposiciones del Senado, era inevitable la reanudación de la guerra civil. Y Sila estaba preparado para ello.

Los demócratas también estaban preparados. Confiaban principalmente en el apoyo de los itálicos y, en especial, de los samnitas. El choque comenzó el 85 a. C. Durante todo el año siguiente se intentó evitar que Sila desembarcara en Italia. Las tentativas fallaron e Italia se convirtió, una vez más, en escenario de una despiadada guerra civil que duró don años. Al final, los demócratas fueron totalmente vencidos; no habían sabido poner sus fuerzas bajo un mando único ni tampoco conservar la lealtad del ejército ciudadano. Si bien los itálicos permanecieron fieles, en cambio las legiones formadas de ciudadanos desertaban continuamente, poniéndose bajo la bandera de Sila. La guerra terminó con dos batallas feroces, una, en Preneste, en el Lacio, y la otra, al pie de las murallas de Roma, en la que los ciudadanos romanos y aliados, en especial, los samnitas, fueron muertos por decenas de millares. Citaré una sola anécdota para mostrar la fría crueldad con la que Sila disponía de sus enemigos. Después de tomar Roma, se celebró una reunión en el Senado, el 3 de noviembre del 83 a. C. Viendo que los senadores se horrorizaban ante los gritos que venían de un edificio vecino, Sila interrumpió su discurso para decir: "Continuemos con nuestros asuntos, senadores; solo se trata de un reducido número de rebeldes a quienes se está matando por orden mía". La verdad era que en ese edificio se estaba asesinando a 8. 000 samnitas a quienes Sila había prometido el perdón. El conquistador siguió el reciente ejemplo de los demócratas, exterminando de un modo salvaje a sus opositores políticos y utilizando los mismos procedimientos que aquéllos habían empleado. Pero todavía se añadió a esa ciega destrucción una denominación que pretendía hacer pasar esos hechos como actos legales. Se la llamó "proscripción". Sin previo juicio o investigación, sin ninguna prueba de culpabilidad, se exhibía públicamente lista tras lista de víctimas; se ofrecían recompensas a sus asesinos, fuesen éstos esclavos o libertos. El ejemplo que dio Sila fue seguido por no pocos imitadores posteriormente.

Sin embargo, los motivos que inspiraban a Sila no eran puramente sentimientos de crueldad o medios para consolidar su autoridad personal. Al exterminar a los samnitas, su intención era acabar con la guerra itálica. Él creía que el terror era inevitable, si se quería que Italia fuese unificada y latinizada. Sus medidas eran eficaces; es indudable que el exterminio casi completo de los samnitas apresuró el proceso de latinización en el sur de Italia. Pero ¿no había la posibilidad de seguir otro método? No era una tarea difícil latinizar el desierto en que se había convertido gran parte del territorio samnita.

Además, Sila tenía otro motivo para realizar sus atrocidades: deseaba quitar todos los obstáculos que se opusieran a la introducción de sus planeadas reformas. La parte esencial de su programa consistía en restaurar y aumentar el poder del Senado, y también mejorar el sistema de gobierno de las provincias. Como los tribunos eran los únicos opositores del Senado, los golpes de Sila se dirigieron principalmente contra ellos y contra su instrumento, las asambleas del proletariado, que pretendían ser asambleas del pueblo romano. Sila se enfrentó con el proletariado privándolo del

derecho a adquirir cereal barato; de este modo, confiaba en detener su venida en masa a Roma. Aunque se consideraba que todavía los decretos de la *plebe* conservaban fuerza de ley, todas las medidas propuestas debían pasar previamente por el Senado para que éste las sancionara y después se sometían a la asamblea popular. Se limitó asimismo el derecho de veto que tenían los tribunos. De esta forma, el cargo perdió casi toda su importancia en asuntos políticos y solo conservó el derecho de ayudar individualmente a los plebeyos. Incluso, las asambleas de plebeyos perdieron virtualmente el derecho a reunirse para juzgar; la mayoría de los juicios criminales y políticos pasaban a tribunales permanentes especiales, compuestos por un pretor como presidente y senadores como jurados. El título de tribuno no solo era indeseable, sino realmente injurioso, ya que a los ex tribunos se les prohibía presentarse como candidatos a las máximas magistraturas, de forma que no podían entrar en el Senado, ni mandar un ejército o gobernar una provincia.

La autoridad y las atribuciones del Senado aumentaron a costa de los tribunos y de la asamblea popular. Todos los derechos de que gozaba antes de la legislación de los Gracos se le devolvieron. Para Sila, era evidente que el Senado podía gobernar un Estado universal, cosa que no estaba en condiciones de hacer el populacho romano. Mediante una serie de leyes, en las que se basó posteriormente la actividad de esa institución, el Senado se convirtió en la cabeza real del Estado y los magistrados eran sus servidores. Esas leyes definían rigurosamente el carácter oficial de los magistrados y limitaban sus atribuciones. Se puso de nuevo en vigor una vieja ley del año 342 a. C, la cual exigía que debían pasar diez años antes de que se pudiera ejercer un cargo por segunda vez; se presentó una ley, inspirada en otra del 180 a. C, que fijaba la edad de los candidatos y el orden en que debían desempeñar sus funciones. Nadie podía ser cuestor antes de los treinta años de edad, ni pretor antes de los cuarenta. Se determinaba que debían transcurrir dos años antes de poder pasar de una magistratura a otra. De mayor importancia todavía era la disposición por la que se exigía que los magistrados debían permanecer en Roma durante todo su mandato. Solo en casos excepcionales y por expresa designación del Senado, los cónsules podían hacer la guerra en las provincias que le señalara la misma autoridad. Todo cónsul o pretor era designado durante el año en que desempeñaba sus funciones para ejercer otro puesto más tarde, el cual solía ser el del gobierno de una provincia. Cuando cesaban en sus funciones de cónsules o pretores, pasaban a sus provincias en calidad de procónsules o propretores y allí permanecían hasta que fuera otro sucesor nombrado por el Senado. Como vemos, el control supremo de todo el Estado pertenecía al Senado. Cónsules y pretores eran sus fieles servidores, ya que solo esa institución podía designarlos para las provincias y ningún magistrado tenía atribuciones militares hasta que era gobernador de una de ellas. E incluso en la provincia, el gobernador continuaba en la misma situación de subordinación, ya que el Senado podía conceder o negar la continuación de su magistratura. También tenía atribuciones para otorgar o negar un triunfo, así como para convocarlo y pedirle cuentas por su conducta cuando expiraba el período de su mandato.

Además, las leyes de Sila devolvieron a los senadores sus poderes judiciales. Los jurados de los altos tribunales se escogían exclusivamente entre los senadores, quedando excluidos de esas funciones los caballeros. El peligro de que los procónsules o propretores pudieran imponerse al Senado, como lo hizo el propio Sila, mediante una fuerza armada, quedó suprimido por una ley según la cual no podía haber ningún ejército en Italia y que los soldados al volver de las -provincias, debían deponer las armas y convertirse en civiles. A su vez, los propios procónsules que cruzaban los límites de la capital, perdían su poder militar y se convertían en simples ciudadanos como sus soldados. Así, la política de Sila no estribaba solamente en restablecer el poder del Senado; era, sobre todo, la primera tentativa de poner ese poder bajo la protección de la ley, legalizar la autoridad de la oligarquía de Roma, y poner una fuerte valla contra cualquier tentativa de colocar el poder de los tribunos y de la asamblea popular en oposición con el Senado.

Sila llevó a cabo todas estas reformas con el título de dictador "para la regulación de la comunidad" (rei publicae constituendae), escogido por el pueblo por -un tiempo ilimitado. En este sentido, Sila ejerció un poder autocrático. Como apoyo, contaba con 120. 000 soldados veteranos que había

distribuido por toda Italia, en aquellas ciudades cuya población había sido casi aniquilada durante la guerra social y en tierras confiscadas a las personas sospechosas de ser simpatizantes demócratas. Esos veteranos recibieron grandes parcelas de tierra y formaron la capa superior y gobernante de las ciudades itálicas. Desde este punto de vista, Sila estaba realizando, en cierta medida, la obra de los Gracos. Pero su finalidad no era restablecer el viejo campesinado itálico sino la de crear o, más bien, fortalecer una clase de pequeños propietarios. En Roma lo apoyaban 40. 000 esclavos liberados que tomaron todos su nombre gentilicio y se los llamaba *Cornelii;* probablemente esos esclavos habían pertenecido a los demócratas que él había condenado a muerte. Su número es una muestra de la inmensa riqueza que acumuló Sila; también sus partidarios hicieron enormes fortunas. Todas esas riquezas, producto del robo legalizado, se dilapidaron tan rápidamente como se habían adquirido. Por supuesto sus poseedores, así como los veteranos y los nuevos libertos, eran los más celosos defensores del dictador.

Sin embargo, el propio Sila consideraba su poder autocrático como un recurso temporal y nunca alimentó la idea de conservarlo toda su vida. No era ambicioso y además creía que la constitución oligárquica a la que él había dado forma legal duraría mucho tiempo. Por eso, cuando completó sus reformas, renunció a su magistratura y abandonó Roma, estableciéndose en el sur de Italia (año 78 a. C). Allí vivió, sin dedicarse a la actividad pública, pero no por mucho tiempo; murió antes de que transcurriera un año desde su retiro.

POMPEYO Y CÉSAR: LA SEGUNDA ETAPA DE LA GUERRA CIVIL.

Los sufrimientos de Italia en los primeros diez años de guerra civil, aunque terribles, no fueron sino el comienzo de un. conflicto todavía más largo y más sangriento; esas penalidades sirvieron para inflamar, más que para mitigar, el encono de las facciones en Roma y en Italia. Si bien el partido popular fue derrotado y casi todos sus dirigentes eliminados, conservó fuerza para recuperarse. Algunos aristócratas, jefes del partido, habían logrado sobrevivir; esos hombres odiaban al Senado más que nunca y estaban dispuestos a emplear cualquier medio para arrojarlo del poder. Se dejaba a un lado las diferencias esenciales de opinión, así como el empeño en mejorar la condición social y económica de los ciudadanos. Todo lo que quedaba era el odio personal entre los jefes de los dos sectores en que se había dividido la comunidad. Ambos bandos estaban bien provistos de partidarios; pero los descontentos superaban con mucho a los satisfechos. El Senado y la constitución de Sila tenían muchos enemigos: los hijos de los jefes a quienes había condenado a muerte, los propietarios cuyas tierras habían sido confiscadas para entregarlas a los veteranos de Sila y los soldados de los ejércitos demócratas que nunca recibieron las parcelas con las que contaban. Ni siquiera los veteranos de Sila eran partidarios del Senado; ellos habían luchado únicamente por Sila y estaban dispuestos, después de la muerte de éste, a servir a cualquier otro que les permitiera, a ellos y a sus hijos, enriquecerse de nuevo con poco esfuerzo. Muchos de ellos habían disipado ya los bienes mal habidos y sus parcelas iban pasando a otras manos. No había, pues, tranquilidad en Italia después de la muerte de Sila y existían pocas esperanzas de una paz duradera.

En Italia y en Oriente abundaban los disturbios entre la multitud de esclavos; habían tomado conciencia de la debilidad de sus dueños durante las vicisitudes de la guerra civil. Algunos esclavos se escaparon y fueron a engrosar las filas de esos audaces piratas que, una vez más, habían logrado el dominio del Mediterráneo y habían formado algo parecido a una liga organizada con Cilicia y Creta como centros principales; otros esclavos constituyeron bandas de salteadores que arrasaban las propiedades de la nobleza y acechaban a los viajeros en los caminos de Italia y Asia Menor. Tampoco era mejor el- estado de cosas en las fronteras. En España, los restos del partido demócrata y de sus ejércitos se habían unido a Sertorio, que gobernaba España en interés de su partido y además recibía refuerzos de las belicosas tribus de Portugal, irritadas por la opresión del gobierno provincial romano. En el Oriente, Mitridates estaba restableciendo y ensanchando su reino, había reclutado un nuevo ejército y construía una poderosa flota. Aliado con los piratas de Anatolia y Creta y con Sertorio en España, Mitridates alentaba nuevas esperanzas de realizar su ambición: crear un imperio greco-oriental independiente de Roma. En esos momentos había disturbios en la propia Roma. Los demócratas, capitaneados por Lépido, confiaban en que la muerte de Sila les permitiría volver al poder; pero la tentativa de restablecer el tribunado y, de este modo, renovar en el foro el conflicto con el Senado, terminó en un fracaso. Lépido trató después de reanimar la llama de la guerra civil. Cuando 'expiró el año de su consulado, llevó a Roma fuerzas armadas de su provincia de la Galia cisalpina, o sea el norte de Italia, con el objeto de apoderarse de la capital. Pero volvió a fracasar una vez más. Su ejército fue derrotado por las fuerzas del Senado y los sobrevivientes embarcaron primeramente rumbo a Cerdeña y, de allí, hacia España para unirse a

El Senado no pudo superar todas esas complicaciones y peligros empleando procedimientos ordinarios, es decir, mediante el envío de uno de sus magistrados anuales al frente de una milicia alistada en Italia. La época para tales medidas había pasado. Sila lo comprendió así cuando puso el poder militar del Estado en las manos de magistrados extraordinarios, los procónsules y propretores nombrados por el Senado. Pero incluso este recurso falló en los casos más graves y difíciles. Los soldados no combatían bajo las órdenes de ningún jefe, a menos que lo conocieran bien y que lo hubieran servido por largo tiempo y que, además, confiasen en que obtendrían recompensas iguales a las que habían conseguido los veteranos de Sila. Por eso, después de hacer algunas vanas

tentativas para resolver las dificultades por medios ordinarios, el Senado se vio forzado a crear mandos extraordinarios que serían ocupados por determinadas personas, aun a costa de violar la constitución, por un largo período. Esos puestos de mando se disputaban acaloradamente a la muerte de Sila, porque cualquier general victorioso podía así adueñarse de Roma y llenar la vacante de Mario o Sila. El problema del Senado consistía en hallar entre los aspirantes al mando hombres que no tuvieran intención de destruir el ascendiente senatorial. Era un problema que dificilmente tenía solución.

Entre los que aspiraban a ocupar el sitio de Sila había uno que ya se había colocado en primer plano en vida de aquél. Era Cneo Pompeyo, joven, hábil, muy rico y desmedidamente ambicioso. Debía enteramente su posición al papel que había desempeñado en los tiempos revolucionarios. A la cabeza de un ejército reclutado por él^vmismo entre sus propios clientes y arrendatarios, Pompeyo se adiestró al lado de Sila durante la guerra civil, aunque no tenía atribuciones conferidas por el Estado. Brillantemente victorioso en Italia fue enviado a Sicilia y a África para luchar con los restos de los ejércitos demócratas. A su vuelta, recibió el sobrenombre de "el Grande" (Magnus) y los honores de un triunfo. La última distinción era ilegal, por dos razones: en primer lugar, no era un magistrado romano y, por consiguiente, no estaba calificado para celebrar un triunfo; en segundo lugar, un triunfo se concedía únicamente a un general que hubiese vencido a un enemigo exterior en "guerra legal" (bellum iustum), pero el mutuo exterminio de ciudadanos no era una guerra ni la lev la reconocía como tal. Cuando Sila murió, Pompeyo estaba en Italia al mando de un ejército. El Senado lo utilizó para aplastar la intentona revolucionaria de Lépido. Pero esa institución tuvo que pagar un gran precio por sus servicios: Pompeyo pidió un mando extraordinario en España para luchar contra Sertorio y no era posible negarle esa petición. La guerra en España se prolongó durante siete años, del 78 al 72 a. C. Pompeyo logró terminarla; pero su éxito se debió fundamentalmente a disensiones internas entre sus enemigos, que sucedieron después de una serie de derrotas: los generales romanos Sertorio y Perperna se disputaron entre sí y los españoles, a su vez, con los romanos.. Las disensiones acabaron con el alevoso asesinato de Sertorio, que había sido el alma de la guerra desde el comienzo hasta el fin.

Entretanto, los asuntos de Oriente tomaban mal cariz. El Senado no estaba en condiciones de contrarrestar el creciente poder de Mitridates empleando los medios usuales. Cuando Nicomedes HE murió y dejé a Roma el reino de Bitinia, Mitridates ignoró audazmente el legado y se apoderó del reino. El Senado se vio obligado, una vez más, a crear un mando extraordinario. Entonces envió a L. Lúculo y a Aurelio Cotta, los cónsules del año 74 a. C, al Asia Menor con un fuerte ejército y una flota, mientras M. Antonio, investido de extensas atribuciones sobre toda la costa mediterránea, debía combatir contra los piratas, aliados de Mitridates. La guerra transcurría lentamente. Antonio no tuvo fortuna; Lúculo lo hizo mejor: logró desalojar a Mitridates de Asia Menor hasta Armenia e infligió una terrible derrota a Ti granes, rey de Armenia y aliado de Mitridates.

Apenas comenzaba la guerra en Oriente y estaba muy lejos de su término en España, cuando Capua, en Italia, se convirtió en centro de unión de todas las bandas de esclavos que merodeaban por el país y de otros sectores descontentos de la población. Un grupo de gladiadores, dirigidos por un tracio, llamado Espartaco, salió de sus cuarteles de Capua y se estableció en las laderas del Vesubio en donde ese grupo se transformó rápidamente en una fuerza organizada y bien armada. Celtas y tracios, excelentes luchadores por naturaleza, formaban la columna vertebral de ese ejército. Esos hombres no eran simples bárbaros; sabían muy bien que sus compatriotas del lejano norte eran fuertes y, además, libres. Por eso, no les faltaban razones para confiar en que podrían luchar para volver a su propio país. Si perdieron la partida no fue porque el Senado se mostrase capaz de dominar la revuelta. Al lograr victoria tras victoria, Espartaco despejó el camino hacia el norte, pero gran parte de su ejército prefirió quedarse en Italia robando y matando a sus antiguos dueños, y así, la fuerza de los esclavos rebeldes se fue debilitando poco a poco. Aún así, el Senado solo pudo terminar con esas hordas de bandidos creando otro mando extraordinario: el año 71 a. C. el Senado comisionó a M. Licinio Craso, pretor y uno de los oficiales de Sila, para que diera fin a la guerra.

En el año 70 a. C, se había superado la crisis en los asuntos extranjeros. Se restableció la paz en España y las garras de Mitridates habían sido cercenadas; en Italia, los esclavos rebeldes habían sido muertos sin piedad y solo los piratas se burlaban del poder de Roma. Pero, en el interior, existía un gran descontento, en especial entre los caballeros, los negociantes y los capitalistas. Las depredaciones que hicieron los esclavos en Italia fueron tan sentidas por ellos como por los senadores, pero los éxitos de los piratas y la prolongación de la guerra en Oriente resultaban aún más perjudiciales para sus intereses. Además, tenían otro motivo de queja y era que Sila les había privado de toda participación en la vida pública al devolver al Senado las funciones judiciales. También el partido demócrata volvía a levantar cabeza. Pompeyo y Craso, cada uno de ellos a la cabeza de un ejército victorioso, estaban acampando bajo las murallas de Roma; uno y otro pedían que las leyes de Sila debían ser anuladas en su favor. Ambos querían un triunfo y el derecho a presentarse a las elecciones consulares del 70 a. C. sin entrar en la ciudad, para no verse obligados a licenciar a sus tropas.

El Senado se oponía a esas demandas, no porque fueran ilegales, sino porque temía volver a ser una vez más un instrumento en manos de soldados ambiciosos. A pesar de su rivalidad y mutua desconfianza, Pompeyo y Craso se dieron cuenta de que ninguno de los dos podría luchar contra el Senado separadamente; creían que podrían obligarlo a satisfacer sus demandas si unían sus fuerzas y lograban que caballeros y demócratas se pusieran de su parte. Pero el único. medio de atraerlos era sacrificar la constitución de Sila. Resulta sumamente instructivo el hecho de que esos dos partidarios de Sila se aliasen con los hombres contra los cuales habían desplegado todas sus energías. Eso muestra con claridad de qué manera los programas políticos y la idea del bien común habían sido puestas a un lado por la ambición personal de unos jefes militares. El Senado se vio forzado a ceder. Pompeyo y Craso fueron cónsules el año 70 a. C. La constitución de Sila quedó casi enteramente abrogada y la anarquía política que aquél había conseguida dominar, volvía a reinar una vez más en Roma.

Pompeyo y Craso rechazaron los usuales mandos proconsulares; prefirieron esperar otras posibilidades. Querían algo más grande, alguna comisión nueva y extraordinaria. Pompeyo se adelantó. Apoyado por los caballeros y los tribunos, recibió, en el año 67, poderes extraordinarios para aniquilar a los piratas del Mediterráneo. Pompeyo cumplió su misión con fortuna y los tribunos presentaron, al año siguiente, una nueva ley por la que ese general debía sustituir a Lúculo en el mando contra Mitridates. Los caballeros estaban descontentos con Lúculo; no les agradaba el lento método de hacer la campaña ni la honradez excepcional con que gobernaba el Oriente. Sus soldados también protestaban por la larga estancia en Oriente. Después de alguna oposición, se concedió a Pompeyo el control absoluto y completo sobre todo el Oriente por un período ilimitado. Pronto acabó con Mitridates y Tigranes; luego dio satisfacción a los caballeros agregando a las provincias orientales de Roma no solo los dominios de Mitridates, sino también porciones del reino de Siria, incluidos Judea y Jerusalén. También el ejército estaba satisfecho: Siria, que se había librado hasta entonces de los saqueadores romanos, les ofreció amplias oportunidades para enriquecerse. Además, Pompeyo les prometió tierras en Italia en un futuro próximo.

Entretanto, en Roma había una intensa agitación. Los demócratas habían utilizado a Pompeyo para abrogar la constitución de Sila. El Senado también desconfiaba de Pompeyo; ya le había traicionado una vez y no era probable que ahora consintiera en ser un simple instrumento de esa institución.

Los demócratas hicieron febriles preparativos para la vuelta del conquistador. Su jefe político era Cayo Julio César, pariente de Mario y yerno de Ciña. Gracias a su juventud y a su dudosa reputación, había sobrevivido a la proscripción de Sila, aunque el propio general reconocía el carácter peligroso del joven César. Craso, uno de los romanos más ricos, suministraba dinero a César para las intrigas políticas. Craso envidiaba profundamente a Pompeyo, su antiguo aliado, y sentía que la gloria de éste podía haber sido su propia gloria. Pero los demócratas -tenían una posición diferente. Los *optimates* los vigilaban de cerca y evitaban que los mandos militares y las magistraturas recayeran en cualquiera de sus jefes: y en Oriente descendía ya la nube amenazadora

del ejército de Pompeyo. De ahí que los años de ausencia de Pom-peyo fuesen años de afiebradas tentativas por parte de los demócratas para adueñarse de Roma, por las buenas o por las malas. Antes ya habían utilizado a un aristócrata para conseguir sus objetivos y estaban dispuestos a repetir el mismo juego. En aquel momento, encontraron un instrumento adecuado en la persona de L. Sergio Catilina, aristócrata arruinado, hombre muy ambicioso, que poseía no poca influencia entre los jóvenes nobles empobrecidos, así como en el populacho de Roma. Se había peleado con el Senado y estaba dispuesto a servir a César y a su partido, si éstos le allanaban el camino hacia el consulado

El plan fracasó. El Senado descubrió ese movimiento de los demócratas y los caballeros no deseaban una nueva revolución en el preciso momento en que Pompeyo les abría amplios horizontes en Oriente. El mediador entre los caballeros y el Senado fue M. Tulio Cicerón, conciudadano de Mario y abogado brillante y ambicioso, que había iniciado su carrera política al lado de los demócratas, atacando los jurados y el desgobierno senatorial de las provincias. Su habilidad en la causa contra Verres, que había saqueado a Sicilia del mismo modo que otros senadores lo hicieron en sus provincias respectivas, mostró al Senado que este "hombre nuevo" podía llegar a ser peligroso. Como todo romano, Cicerón aspiraba a alcanzar la máxima posición en el Estado; quería fundar una nueva familia noble, ser el primer cónsul de una familia hasta entonces oscura. Su inteligencia y patriotismo le llevaron a temer la revolución con todos sus horrores. Como profesional y miembro del orden ecuestre, Cicerón soñaba en una reconciliación entre las dos clases más altas de la sociedad romana. Por eso, estaba dispuesto a pactar con el Senado y, frente a Catilina, un desertor de los aristócratas, el Senado puso a Cicerón, un desertor de los demócratas.

Catilina hizo varias tentativas para obtener el consulado con el apoyo de César y Craso, los jefes demócratas, pero siempre sin conseguirlo. En el año 64 a. C, volvió a intentarlo, con el apoyo de los mismos sostenedores. Éstos lo necesitaban, porque esperaban que se aprobara, por ese medio, una ley, propuesta por el tribuno Servilio Rullo, que reafirmaba, en mecha mayor escala, la ley agraria de Cayo Graco. Esa ley proponía, ante todo, el establecimiento de un inmenso fondo con el cual se comprarían tierras en Italia y esas tierras, junto con el territorio de Campania, que pertenecía al Estado, debían distribuirse, en lotes entre los veteranos y el proletariado de la capital. Ese plan sería llevado a cabo por una comisión compuesta de diez miembros, con poderes ilimitados y nombrados por cinco años; el primer deber de los comisionados era reunir ese fondo, del que podrían disponer a voluntad. El dinero provendría de la venta de las propiedades raíces en Italia y las provincias, en especial las adquiridas desde el año 88 a. C.

Se concederían plenas atribuciones a los comisionados para confiscar y vender todo lo que considerasen propiedad del Estado. Según esta cláusula, podrían tomar todos los distritos de Grecia y Asia Menor que Sila devolvió a Roma después de la derrota de Mitridates; asimismo, caerían dentro de ese control el territorio y otras posesiones que Pompeyo logró para Roma en Oriente. Como los demócratas insistían en que también Egipto había pasado a Roma como donación, aunque en aquel entonces ocupaba el trono un rey con pleno derecho, resulta claro que también pretendían que Egipto fuera tomado y utilizado por los comisionados, cosa que no se podía hacer sin recurrir a la fuerza militar. En las otras provincias, los comisionados, animados del mismo espíritu, procurarían examinar de nuevo el título de todos los propietarios y gravar con impuestos, fijados a discreción, las tierras que quedaran en manos de sus poseedores; tal medida tenía por objeto asegurar un continuo suministro de fondos para la comisión.

Cuando se completara esa operación, los comisionados comenzarían a comprar tierras en Italia, fundamentalmente de poseedores cuyos títulos de propiedad fuesen dudosos, es decir, de los que hubieran adquirido fundos en la época de la proscripción de Sila. Es probable que esa medida hubiera sido precedida por una distribución de tierras en Campania, en donde se formarían colonias de ciudadanos romanos elegidos entre los que la comisión quisiera favorecer. Indudablemente, la ley tenía un objetivo político. Para contrarrestar el poder de Pompeyo, César trataba de crear una gran fuerza política y un ejército. César tendría el control absoluto de las provincias; gozaría del

apoyo de colonias formadas por sus propios partidarios en Italia, de la misma manera que Sila fue apoyado por sus libertos y sus colonias de veteranos. Es cierto que las actividades de esas comisiones no enriquecerían al Estado y que, más bien, lo arruinarían. Se proponía sacrificar las provincias en aras de un beneficio dudoso para el pueblo romano y, con el mismo fin, se sacrificaría a los pequeños propietarios de Campania que, en realidad, eran excelentes cultivadores.

Para combatir esa proposición, el Senado presentó a Cicerón como candidato al consulado contra Catilina. Cicerón fue elegido y la primera disposición de su consulado fue la de oponerse a la ley de Rullo (año 63 a. C). César y Craso, al advertir que, por el momento, les había fallado el juego y, ante la duda de que Catilina pudiera llegar a ser un instrumento aprovechable, le retiraron su apoyo. Pero Catilina no quiso cejar en su empeño y decidió continuar por cuenta propia. Derrotado una vez más en la elección consular del año 63 a. C, hizo un llamamiento a una banda de aventureros políticos como él mismo y comenzó en Roma una vigorosa campaña en favor de la anarquía. Al mismo tiempo, alistó partidarios en Etruria entre los veteranos de Sila, algunos de los cuales ya habían perdido sus lotes de tierra por sus extravagancias, mientras otros recibían con beneplácito cualquier aventura que prometiera ganancias.

El plan de Catilina consistía en levantar el estandarte de la revolución en Roma y Etruria simultáneamente. Sus partidarios en Roma debían iniciar una matanza de senadores y de magistrados, poner fuego a la ciudad, tomar el control y organizar el nuevo gobierno. Gracias a la vigorosa actuación de Cicerón, se descubrió a tiempo la conjuración. Catilina se vio forzado a irse de Roma apresuradamente para formar su ejército. Los demás conspiradores fueron detenidos en Roma y ejecutados sin previo juicio, de acuerdo con una proposición de Escipión el Joven, defendida por Cicerón y aprobada por el Senado. El pequeño ejército de Catilina fue derrotado y él mismo cayó en la batalla.

De esta manera, los planes de los demócratas se habían frustrado. El regreso de Pompeyo era inminente y era creencia general que retornaría como dictador. Sin embargo, ante la gran sorpresa de Roma, Pompeyo entró en la ciudad a fines del 62 a. C. como un ciudadano particular y sin su ejército. No se puede saber cuáles fueron los motivos que indujeron a Pompeyo a licenciar a sus soldados. Era excesivamente ambicioso: estaba obligado ante sus soldados por las promesas que les había hecho; deseaba obtener una sanción legal para el ordenamiento que dispusiera en Oriente, en donde había formado dos nuevas provincias, Siria y Bitinia con el Ponto, y también un cierto número de nuevos reinos tributarios. Hubiera podido realizar todos esos objetivos haciendo lo que ya había hecho más de una vez anteriormente, y presentándose en Italia a la cabeza de un ejército. Pero, por una vez, prefirió dar un ejemplo' de rigurosa conformidad con la ley. Es posible que estuviera convencido de su propia e irresistible autoridad y del apoyo que sus hombres licenciados le darían. Tal vez comparase su propia situación a la de Sila, cuando ya había pasado la proscripción y el dictador renunció a su cargo.

En todo caso, Pompeyo sufrió una grave decepción. En Roma, ambos partidos le eran hostiles, senadores y demócratas por igual. Cierto es que celebró su triunfo con una magnificencia sin precedentes, pero hasta ahí, no más, llegó su fortuna. No se concedieron tierras a sus veteranos; sus colonias provisionales de Oriente no se regularizaron. Pompeyo se dio cuenta de que no podía evitar nuevas alianzas políticas y nuevas concesiones a los demócratas y a sus jefes rivales, Craso y César. César, cuyas relaciones con Catilina no eran un secreto para nadie, juzgó conveniente desaparecer de Roma por algún tiempo, después del fracaso de la conspiración. Como había desempeñado el. cargo de pretor en el año 62 a. C. pasó a España al año siguiente en calidad de propretor; allí guerreó contra algunas tribus que desde la época de Sertorio continuaban insumisas y pudo satisfacer las demandas de la multitud de acreedores que había dejado en Roma. Al volver a la capital, el año 60 a. C, hizo inmediatamente un pacto con Pompeyo y Craso, pacto conocido con el nombre de "primer triunvirato". El mismo, elegido en el año 59 para el cargo de cónsul, fue el miembro más activo de la coalición. Contra la oposición del Senado y de su colega Bíbulo, César llevó a cabo todas las medidas que los tres habían determinado de antemano. Los veteranos de

Pompeyo obtuvieron tierras en los dominios estatales de Campania o bien tierras itálicas compradas con el dinero que Pompeyo había traído de Oriente; las colonias de Pompeyo en Oriente fueron confirmadas por la Asamblea; para contentar a los caballeros se condonó un tercio de la suma adeudada por los contribuyentes y a Clodio, jefe del populacho romano y firme partidario de Craso, se le permitió acusar judicialmente a Cicerón y mandarlo al destierro.

Para sí mismo, César solo tomó el gobierno, por cinco años, de la Galia cisalpina y transalpina. Esto parecía una inocente aunque insólita distinción, pero., para César, era una cuestión de gran importancia. Eso le permitía ganar una refutación militar, un ejército fiel a su persona e ilimitados recursos materiales. Además, le confirió una aureola ¡de sucesor de Mario en la gran tarea de destruir a los bárbaros occidentales que amenazaban a Roma. César fijó su plan de acción cuando tomó posesión de su provincia. Frente a las nuevas provincias que Pompeyo adquirió en el Oriente, César pretendía conquistar nuevas provincias en Occidente. El "nuevo Dionisio" y "nuevo Alejandro" se había internado profundamente en Oriente y había sido glorificado por los historiadores griegos de la época. César tenía su propio y duro trabajo en Occidente: terminar el conflicto con esos celtas que, ya una vez, se habían apoderado de Roma y que hacía muy poco habían sido arrojados de Italia, junto con los germanos, no sin pocas dificultades. El propio César emprendió la tarea de explicar al pueblo romano el significado de su misión en Galia. Era un excelente escritor y sabía cómo hablar directamente a sus lectores. Sus *Commentarii* o informe militar, siempre terso y preciso, nunca vago o exagerado, escrito de mano maestra, refería año tras año las vicisitudes de sus campañas en Galia, Germania y Bretaña.

La anexión de Galia exigió nueve años de acciones bélicas difíciles y peligrosas. César dirigió sus armas, en primer lugar, contra los helvecios o nativos de Suiza y contra los germanos próximos al Rin; estos últimos trataban de repetir sus intentos de tiempos de Mario, es decir, apoderarse de territorio galo y establecerse allí. En esta contienda, César recibió la ayuda de las tribus de la Galia central y salió de ahí como protector, si no como dueño. Esta relación de dependencia no satisfizo a las tribus semisalvajes del norte y del oeste, belgas, armóricos y aquitanos y, cuando César ya los había sometido, aunque con dificultad, comenzó un movimiento nacional entre los pueblos de la Galia central, quienes vieron que la amistad de Roma significaba esclavitud para la Galia y el término de su libertad. Conducidos por Vercingetórix, reunieron todas sus fuerzas e intentaron expulsar de la Galia central al extranjero. Mediante un extraordinario despliegue de actividad y una serie de maniobras bien planeadas, César consiguió cercar a los galos en Alesia, en donde les infligió una derrota decisiva. Su misión en Galia se había acabado y todo lo que Galia le podía dar, él lo tuvo: reputación militar, un ejército y dinero.

Los años que César pasó en, Galia fueron años de violentas perturbaciones políticas en Roma. Sus victorias eran tan inquietantes para sus viejos enemigos, el Senado y el partido constitucional, como para sus nuevos amigos, Pompeyo y Craso. Si sus amigos y sus enemigos se ponían de acuerdo, César corría grave peligro; o bien, Pompeyo y Craso podían enemistarse y entonces el triunvirato se disolvería. Cuando Pompeyo recibió plenos poderes en el año 57 a. C, nominalmente para suministrar cereal a Roma pero, de hecho para aplastar los motines en las calles, el triunvirato estuvo al borde de la disolución. Craso estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con el Senado, pero, en el año 56, César logró, después de un gran esfuerzo, la celebración de una conferencia en Luca, al norte de Italia, en donde logró que se reconciliaran los dos rivales y se renovara el pacto.

En Luca se acordó que Pompeyo y Craso, deseosos ambos de comandos militares superiores, serían cónsules en el 55 a. C. y, al terminar el año de consulado, gobernarían las provincias de España y Siria, respectivamente, por un período de cinco años y que César conservaría la provincia de Galia por cinco años más. Pero la realización de este convenio no sirvió para aliviar la situación política. Es cierto que Craso desapareció para siempre de la escena política. Una gran campaña que organizó en Siria contra los partos terminó desastrosamente. Craso fue derrotado en la batalla de Carras, sus soldados fueron muertos o hechos prisioneros y él mismo fue asesinado alevosamente. Este hecho vino a complicar las relaciones de Pompeyo y César. Además, en el año 54 murió Julia, hija de

César y esposa de Pompeyo; ella había ejercido una fuerte influencia sobre su padre y su esposo, y su muerte allanó el camino de los enemigos de César para acercarse a Pompeyo. En lugar de marcharse a su provincia, Pompeyo se quedó en Roma, sin hacer nada por terminar con los motines hasta que el Senado le autorizase a actuar. Finalmente, en el año 52, cuando el estado de cosas se había hecho intolerable y el verdadero gobierno de la ciudad estaba en manos de rufianes armados que usurpaban los nombres de los partidos, el Senado se vio obligado a sancionar la elección de Pompeyo, único cónsul, con los poderes de dictador. Entonces, él llevó las tropas a la ciudad y restableció inmediatamente el orden.

No era claro que con los métodos de Pompeyo se pudiera restablecer el orden en Roma y en Italia. Era imposible conciliar el poder militar de uno o varios jefes con la constitución existente. Si el poder militar se mantenía dentro de sus propios límites, cosa que deseaba Pompeyo, la lucha entre los partidos y las ambiciones personales llevarían a la anarquía en Roma. Pero, si ese poder trataba de restablecer el orden, tenía que entrar inevitablemente en conflicto con la oligarquía gobernante y, entonces, sobrevendría una lucha armada. Si se respetaba la constitución y se mantenía la influencia tradicional del Senado, no había escapatoria ante el dilema que se presentaba. El error fundamental de Pompeyo fue la intención de conciliar algo que no había medio alguno de poner en armonía. Era simplemente imposible ser, en Roma, el primer hombre y gobernar la ciudad, sin destruir el andamiaje de la vieja constitución. La posición de Pompeyo se hacía aún más difícil ante la necesidad de compartir su poder con César, con el constante recelo de que éste quisiera algún día arrebatarle su primer puesto en el Estado.

Cuando hubo terminado la misión de César en Galia, el problema de las relaciones entre los dos rivales se agudizó. César no quería una ruptura; estaba dispuesto a volver a Roma y continuar sus maniobras políticas sin desenvainar la espada. Pero como deseaba garantizar su seguridad personal, insistía en que se le permitiera presentarse a las elecciones consulares sin aparecer en Roma y sin renunciar a sus atribuciones como procónsul.

Eso significaba, naturalmente, una continuidad del poder militar de César porque su primer cuidado como cónsul sería asegurarse un nuevo mando en condiciones excepcionales. Pero si César mantenía su ejército y además era elegido cónsul, Pompeyo dejaría de ser el primer hombre del Estado. Pompeyo tenía conciencia de su inferioridad, en tales circunstancias porque los laureles de César estaban aún frescos y los suyos, en cambio, los había marchitado el tiempo. Además, el ejército de César estaba en el norte de Italia, y el suyo en la lejana España.

El Senado no veía con menos inquietud la vuelta de César. Sabía que César en el poder significaba la ruina de esa institución. En su primer consulado, César se había declarado abiertamente contra él y se había negado a reconocer las restricciones constitucionales. No había esperanza alguna de que su segundo consulado fuera menos peligroso que el primero. Pero, sin aliados, el Senado estaba indefenso. Y, sin embargo, ninguno de sus miembros era realmente popular entre los soldados y no se podía encontrar otro Sila en sus filas. El Senado se vio forzado a recurrir a Pompeyo. Éste había tratado de impedir los flagrantes ultrajes a la constitución y era posible esperar que se pudiera llegar a un acuerdo ventajoso con él, si derrotaba a su rival. Por eso se hizo toda clase de esfuerzos para separar a Pompeyo de César. Pompeyo vaciló durante mucho tiempo. Cuando, al final, el 49 a. C, se decidió por una ruptura, la ventaja militar estaba de parte de César. Apenas tenía Pompeyo algunas tropas en Italia y, por eso, cuando César cruzó el Rubicón, frontera de su provincia, con una pequeña fuerza, y marchó sobre Roma, se hizo inevitable abandonar a Italia.

Pompeyo tenía dos caminos abiertos ante él: unirse a su ejército en España o crear un nuevo ejército, llevarlo a Oriente, adiestrarlo y volver luego a Italia. "En cuanto a la primera solución, había el inconveniente de que, en España, quedaría sin acceso a los abundantes recursos de Oriente. En cambio, si se movía hacia Oriente, colocaría a César entre dos fuertes ejércitos y podía esperar que se hallaría en condiciones de cortar el suministro, de víveres a Italia y reducir por hambre a César, por medio de-la gran flota que controlaba el Senado en Italia y Oriente. Pero el plan de campaña de Pompeyo, aunque era excelente, resultó desafortunado. Su fracaso se debió

principalmente a la asombrosa actividad, rapidez y resolución de su rival. Los movimientos de Pompeyo eran lentos y obstaculizados por la presencia de gran número de senadores en su cuartel general. Esos hombres criticaban constantemente y se inmiscuían en las decisiones del pene-ral pidiendo reuniones para discutir sobre la situación. Los lugartenientes asignados a Pompeyo no fueron capaces, de ponerse a la altura de la situación. En el otro lado, César ejercía el poder absoluto dentro de su propio partido; no dio gran importancia a los pocos senadores que quedaron en Roma y escogió a sus subordinados con mucha habilidad. No pudo evitar que Pompeyo y sus fuerzas cruzaran el mar, ni tampoco pudo intervenir mientras se formaba y adiestraba un gran ejército cerca de Dirraquio, el puerto principal del oeste de Grecia. César no tenía una flota y hacía falta mucho tiempo para crearla. Pero utilizó ese intervalo para caer sobre el ejército de Pompeyo en España y destrozarlo. En cambio, fracasó en África al intentar una operación semejante.

En otoño del 49, la ventaja era de Pompeyo. Tenía un inmenso ejército a su disposición, grandes recursos pecuniarios y una flota poderosa. César tenía hombres, pero disponía de poco dinero. Sin embargo, decidió no esperar la vuelta de Pompeyo sino transferir la guerra a Grecia. Logró desembarcar de inmediato una parte de su ejército y, luego, el resto, en Apolonia; entonces hizo una tentativa desafortunada para bloquear a Pompeyo cerca de Dirraquio. Pompeyo cruzó sus líneas 'y César sin acceso a sus suministros, se vio obligado a retirarse a las fértiles llanuras de Tesalia. En este lugar Pompeyo, a su vez, bloqueó a César en Farsalía y éste habría perdido todo su ejército, si el Senado no hubiese insistido en aceptar el combate decisivo al que César trataba de arrastrar a su rival. La batalla se dio y Pompeyo sufrió una tremenda derrota. Pero aún tenía un ejército y una flota en África. También contaba con el apoyo de Egipto, cuyo rey, Ptolomeo XIV, estaba en deuda con él. Pero sus esperanzas de una buena acogida le fallaron; el rey temeroso de complicaciones, lo mandó matar alevosamente.

Sin embargo, la guerra no terminó con la muerte de Pompeyo. César siguió a su rival a Alejandría. Necesitaba dinero y Ptolomeo estaba en deuda con Roma. En Egipto, César escapó por milagro de la muerte. Tomó parte en una contienda dinástica local entre el rey y su hermana y esposa, Cleopatra. César se puso de parte de Cleopatra y es de suponer que confiaba en una recompensa, no solo de caricias reales sino de suministro de cosas vitales para la guerra. El ejército y el pueblo de Alejandría estaban del lado del rey y cercaron a César en el palacio. Los refuerzos que llegaron apresuradamente de Asia Menor vinieron justo a tiempo para salvarlo. Después, se vio obligado a salir rápidamente hacia el Asia Menor para arreglar cuentas con Farnaces, un hijo de Mitridates, que trataba de aprovecharse del desorden general para restablecer el reino de su padre en Oriente. Entretanto, los restos del ejército de Pompeyo y la flota senatorial se reunían en África, en donde se llenaban las filas con nuevos reclutas y unidades de los aliados africanos. César se enfrentó con esa imponente fuerza cuando finalmente condujo su ejército a África, el año 47 a. C. Una vez más, su genio militar decidió el resultado de la batalla de Tapso, que tuvo lugar al año siguiente, y la resistencia del Senado quedó finalmente deshecha. Un nuevo intento por parte de los hijos de Pompeyo para reclutar un ejército en España obligó a César a luchar una vez más contra los pompeyanos en Munda (año 45 a. C), en donde fueron derrotados y aniquilados los últimos sobrevivientes de las fuerzas senatoriales. César quedó solo, sin rival alguno, con un nuevo Senado que él mismo escogió, enteramente sometido a su control; además, contaba con un ejército admirablemente adiestrado y absolutamente fiel a su jefe.

LA DICTADURA DE CÉSAR. LA TERCERA ETAPA DE LA GUERRA CIVIL: ANTONIO Y OCTAVIO

Después de la victoria sobre el Senado, conseguida en África el año 46 a. C, César se convirtió en jefe del Estado romano y mantuvo su función directora hasta su muerte, ocurrida el 15 de marzo del 44 a. C. César no juzgó necesario fortalecer su posición recurriendo a los métodos de Mario y Sila, ni tampoco se dedicó a destruir a los que habían luchado contra él o a los que aparecían como sospechosos o desafectos. Tales procedimientos le repugnaban. Probablemente, César creía que el terror no era un medio adecuado para sostener ningún tipo de poder. Por el contrario, César llamó a colaborar con él a todos los de la facción hostil que consideró capaces de servir al Estado, incluyendo un buen número de políticos activos, tales como Cicerón, Casio, Marco y Bruto. No se consideró ligado por su pasado al partido demócrata. Nunca pensó en devolver el poder al Senado, ni en reconocer la soberanía del populacho romano. Su actividad, como máximo dirigente del Estado, duró menos de dos años y fue interrumpida por la penosa campaña de España del 45 a.C. Debemos recordar que tampoco había dado por terminada su tarea militar. César estaba convencido de que era preciso asegurar las fronteras contra los enemigos de fuera, antes de que se pudieran echar los cimientos definitivos de un nuevo sistema de gobierno. Los problemas más apremiantes y que exigían i; na solución inmediata eran justamente esos. Grecia, Macedonia y Epiro debían ser protegidos contra los asaltos de sus vecinos tracios, ilirios y celtas; también debían asegurarse las fronteras de las nuevas provincias orientales anexadas por Pompeyo, esto es, las fronteras de Siria, Palestina y Bitinia con el Ponto. Las provincias, próximas o lejanas, corrían gran peligro. En el Danubio, un poderoso reino tracio estaba surgiendo bajo el mando de Burebista, que amenazaba anexar, en primer término, las ciudades griegas de la costa occidental del Mar Negro. En Mesopotamia, las armas romanas habían sufrido una vergonzosa derrota a manos de los partos y los conquistadores, no contentos con su victoria, se preparaban para caer sobre Siria y Asia Menor y, de esto modo, suscitar el gran imperio persa, del cual eran herederos. Roma no podía detenerse a medio camino en su política imperialista; vio que sus fronteras naturales, en tanto potencia mundial, se extendían hasta el océano y el desierto. Por esa razón, César planeó una campaña en Oriente, en primer lugar, contra Tracia y, después, contra Partía y, para ello, concentró en Iliria un gran ejército de diez y seis legiones. César fijó la fecha definitiva de su marcha inmediata para unirse al ejército y eso fue, tal vez, lo que apresuró su fin.

Dada la situación existente, no fue necesario que César encarara de inmediato el problema fundamental de su relación con las fuerzas militares del Estado. Era el jefe del ejército, el único jefe que éste reconocía como tal, y su ejército se hallaba todavía en el campo y en vísperas de una campaña. No sabemos qué forma hubiera asumido su relación con el ejército una vez terminada la gran expedición que él planeaba. Lo que es evidente es que, en lo que respecta a la composición del ejército romano, César estaba dispuesto a llevar adelante el plan de Mario. Es indudable que César no juzgaba que su ejército debería componerse únicamente de ciudadanos romanos. En su calidad de fuerza armada de un Estado de alcance mundial, el ejército debía contener representantes de toda la población capaz de llevar las armas. Tal fue el ejército que César legó a sus sucesores. Esa fuerza armada se componía de ciudadanos romanos y también de muchos nativos de la Galia, España y hasta del Asia Menor. Sus ejércitos estaban destacados fuera de Italia, en las provincias; en Roma, César solo conservó un pequeño destacamento de su guardia pretoriana, es decir, de guardias personales que le protegían como portador del poder supremo e, incluso, disolvió ese destacamento poco antes de su asesinato. En Roma, Italia y las provincias occidentales, su poder se apoyaba en sus veteranos, algunos de los cuales habían recibido ya concesiones de tierras y otros confiaban en recibirlas. Entretanto, estos últimos vivían, en grandes grupos; en Roma y en ciudades itálicas.

Pero los asuntos internos de Roma requerían algún tipo de organización, aúneme solo fuera provisional. La máquina del Estado debía seguir funcionando durante la ausencia de César. Como

ya he dicho anteriormente, todos los actos de César prueban que él consideraba a la constitución existente, inútil y anticuada. Su persistente lucha con el Senado mostraba claramente su hostilidad hacia esa institución. La asamblea popular, formada por el populacho de la ciudad, era un mero y oportuno instrumento para llevar a cabo esa lucha. No cabe duda de que César pensaba hacer reformas radicales en la constitución y, aunque nunca completó sus reformas, sus líneas directrices son inequívocas. Se dejaban incólumes las formas externas y las denominaciones, pero el Estado romano, tal como él lo dirigía, era esencial y radicalmente diferente del que había gobernado el Senado

Su primera medida fue asegurarse el control supremo sobre todos los asuntos públicos y hacerlo de tal manera que no se manifestase exteriormente. César siguió un plan que ya había sido adoptado mucho antes por los tiranos griegos en Grecia. Como ellos, César mantuvo los viejos nombres e instituciones incorporándoles un nuevo elemento que los modificaba hasta desfigurarlos completamente. Este nuevo elemento era su propio poder, el poder personal del propio César. Ese poder era una especie de mosaico formado por diferentes piezas. Cada una de esas piezas era romana por su origen y llevaba un nombre romano, pero, en la mayor parte de los casos, ese nombre cubría algo nuevo. Su poder supremo, sin parangón con el de otros magistrados, encontró su expresión en el título de "dictador" que él sustentó por algún tiempo en el 49 y 47 a. C; ese título, que el Senado y el pueblo le otorgaron en el 46 a. C. por un período de diez años, le fue conferido de por vida en el año siguiente. Una dictadura permanente era contraria a los principios de la constitución romana. Es indiscutible que en este caso el título de "dictador" era una máscara de lo que los griegos llamaban "tiranía" y las naciones orientales "monarquía".

Al ejercer simultáneamente el cargo de cónsul en Roma y procónsul en Galia (59 a. C), César introdujo en la vida pública el principio de que un hombre podía desempeñar varias funciones a la vez. Pompeyo había dado ya el precedente, puesto que, en el año 52, había sido, al mismo tiempo, cónsul en Roma y procónsul en España; César convirtió en una práctica regular el ejercicio de varios cargos simultáneos. Desde el 48, se lo eligió anualmente cónsul; desde ese año, recibió del pueblo el "poder tribunicio", es decir que, sin ser tribuno, gozaba de todos los derechos de los tribunos, incluso el de la inviolabilidad, que el pueblo le otorgó el año 47 a. C. por resolución especial. En el año 63 se lo eligió Pontífice Máximo y en el 48 a. C. pasó a ser miembro de todos los colegios sacerdotales patricios. Esta acumulación de títulos y de atribuciones era contraria a todas las tradiciones políticas romanas, pero se ajustaba a la teoría de que el pueblo posee el derecho soberano de crear nuevas formas de poder. En este sentido, César era un demócrata consecuente.

Muchas otras atribuciones se agregaron a las anteriores, a pesar de que no había precedentes en la. historia constitucional de Roma. Una ley especial transfirió a César la vigilancia de las costumbres (praefectura morum), que había sido primariamente una de las obligaciones del censor, y César hizo uso de ese cargo para amenazar con la expulsión del Senado o del orden ecuestre a todos los que no le agradaban, bajo protexto de que su conducta deshonraba a su clase. Otras leyes especiales confirieron a César el derecho a nombrar magistrados para las provincias y a recomendar al pueblo la designación de la mitad de los magistrados que aquél debía elegir; el derecho a concluir la paz o a declarar la guerra (concedido en el año 48 a. C.); el derecho perpetuo a emitir edictos, confirmados de antemano y sin discusión por el Senado, mientras que los magistrados debían jurar obediencia a esos edictos, al tomar posesión de su cargo.

La gran acumulación de diversas atribuciones, acompañada por una larga lista de desproporcionados títulos honoríficos, creó para César una posición enteramente excepcional en el Estado. El Senado, lleno de partidarios suyos, era su consejo; la asamblea popular se reunía únicamente para votar leyes que ya habían sido aceptadas con antelación y jamás intentó participar activamente en los asuntos públicos. El tribunado del pueblo no daba ninguna señal de vida. De hecho, César era un monarca, por encima de todos los controles, de cualquier índole que fuesen. No es seguro que pensara en aceptar el título de rey. Sus enemigos así lo afirmaban y sus más decididos

partidarios, como M. Antonio, al parecer lo deseaban. El propio César nunca manifestó su opinión sobre este punto de un modo definido; sus acciones y alusiones accidentales son contradictorias, y se pueden explicar de diferentes maneras. También se creía generalmente que pensaba trasladar la capital desde Roma al Oriente. Se murmuraba que César tenía la intención de casarse con Cleopatra, la reina de Egipto y adoptar a Cesarión, el hijo que con ella había tenido. César la sacó de Alejandría y le dio una residencia en Roma.

Cualquiera que sea el juicio que nos merezcan esos rumores que pertenecen a la clase de murmullos presentes siempre en todas las crisis políticas, lo cierto es que César consideraba que su poder era hereditario. A punto de partir para Oriente, César hizo testamento por el cual adoptaba a su sobrino Cayo Octavio y le legaba la mayor parte de su fortuna. Tal disposición mostraba claramente que consideraba a Octavio como sucesor y heredero de su posición, Octavio había estado con César en España y luego fue enviado a Iliria para completar su educación general y su entrenamiento militar.

César no solo encontró apoyo para su poder autocrático en

su ejército, en sus veteranos y en las atribuciones que el pueblo

le concedió; las masas, fascinadas por su personalidad, lo miraban

con una especie de temor religioso. Para ellas, César no solo era

- el favorito de la fortuna, el genio militar, sino también un ser superior. Las ideas religiosas de la Antigüedad no habían trazado deslindes bien definidos entre lo divino y lo humano. Por eso, esas masas estaban dispuestas a reconocer a César como un superhombre, un héroe en el antiguo sentido religioso de la palabra. Lejos de refrenar esa actitud, César la alentó. César no protestó cuando el Senado aprobaba decretos que tendían a su deificación. Así, esa institución creó un colegio sacerdotal especial de *Luperci* Julianos, edificó un templo a César y a la diosa Clemencia, con un sacerdote especial para este nuevo culto, y cambió el nombre del mes *Quintilis* por el de *Iulis* (Julio)

Aparte del establecimiento de su propia autocracia personal, nos es difícil distinguir las líneas fundamentales de la transformación que César pensaba hacer en el Estado. Pero hay un punto que no es dudoso: pensaba extender la ciudadanía romana y latina tanto cuanto fuera posible entre los habitantes de las provincias. Las Galias Cisalpina y Narbonense formarían parte de Italia; se fundó un cierto número de colonias romanas en España y África; se concedió la ciudadanía latina a muchas comunidades provinciales, por ejemplo Sicilia. Es notable que el mismo plan se siguió también en el Oriente: se enviaron colonias de veteranos a Sínope y Heraclea, los principales centros comerciales del Mar Negro. Es posible, empero, que esa medida, así como su política de amistad hacia Crimea, se inspirasen en la necesidad de asegurarse la retaguardia durante su próxima campaña en Oriente. Es más extraordinaria todavía la restauración de Cartago, en África, y de Corinto, en Grecia, los dos grandes centros mercantiles que habían sido destruidos por los oligarcas romanos; en ambos lugares se determinaba que los nuevos colonos romanos debían dejar lugar para los nativos. La mayoría de los colonos corintios eran griegos manumitidos.

Todo eso indica que César pensaba borrar la aguda distinción entre Italia y las provincias, y crear en todas las partes del Imperio una clase que gozaría de los mismos derechos que los ciudadanos romanos en Italia. El Senado se reformó en el mismo sentido; ahora tenía que llegar a ser un cuerpo representativo no solo de Roma e Italia, sino de todo el imperio y, en consecuencia, César llevó a esa institución a sus amigos y partidarios, haciendo caso omiso de su origen o de su actuación anterior. Las otras medidas que tomó eran de una naturaleza más o menos secundaria. Su corrección del calendario tuvo importancia; la reforma parcial de los tribunales civiles y criminales la tuvo menos. Hay una ley llegada hasta nosotros, que lleva su nombre, y que consiste fundamentalmente en reglamentaciones para la organización del gobierno local en las comunidades itálicas. Estos reglamentos debían formar parte de un código que establecería la forma de las instituciones municipales en las diversas ciudades. Mi impresión personal es que César pensaba llevar a cabo, en primer lugar, su gran expedición militar que tendía hacia la creación de un imperio universal y, luego, ocuparse de los problemas relativos a los cambios permanentes de la constitución. Es posible

que pensara cambiar por entero la naturaleza de su propia posición una vez terminada su misión en el Oriente.

Pero César no advirtió una cosa: la fuerza de la clase senatorial, que todavía no estaba convencida de que ya había llegado a su fin su actividad social y política. La designación de hombres de fortuna para integrar el Senado, la profusa distribución de la ciudadanía romana, la negativa a reconocer los privilegios de las clases dirigentes, todas esas cosas contribuyeron indudablemente, en no poca medida, al fin de César. Los senadores nobles no habían de renunciar sin batalla alguna a los privilegios que su clase había disfrutado durante largos siglos. Y, como ya veremos más adelante, la lucha en defensa de sus privilegios acabó en una victoria para esa institución. Cuando, en el año 44 a. C, un grupo de senadores planeó una conspiración, el éxito de ésta no fue puramente accidental. Si recordamos que el partido senatorial ganó un gran número de adherentes y que, aun derrotado, todavía pudo obligar a Octavio, hijo adoptivo de César, a tener en cuenta sus deseos, entonces debemos conceder que César fue más lejos de lo que el momento permitía, ya que la situación no estaba todavía madura para una transformación del Estado romano.

En los Idus (el día 15) de marzo del año 44. César fue asesinado en una reunión del Senado por una banda de conspiradores encabezados por Marco y Décimo Bruto y por Casio. Tenían de su parte a la mayoría del Senado, pero no consiguieron la simpatía que esperaban por parte del ejército y del populacho romano; ni siquiera de la población itálica. La transferencia automática del poder al Senado, que evidentemente esperaban los conspiradores después de la muerte de César, no tuvo lugar. El cónsul Antonio y el jefe de la caballería Lépido, poseían una fuerza militar adicta que les permitió suprimir cualquier movimiento amenazador por parte del Senado. La posición de los conspiradores se hizo todavía más crítica cuando se vio claramente que el populacho de la capital estaba contra ellos. Esas gentes habían sido conquistadas por el legado que César les había dejado en su testamento y que Antonio dio a publicidad de inmediato.

Pero tampoco la posición de los partidarios de César era muy estable. ¿Quién iba a ser el sucesor de César? Nadie pensó seriamente en Octavio, el muchacho de dieciocho años a quien César había dejado su fortuna y su nombre, y que se hallaba en el ejército de Iliria. La situación era aproximadamente la misma que la que se presentó a la muerte de Alejandro Magno. Pero pronto se vio que Antonio tenía más energía y visión política que ningún otro en Roma. Él insistió en llegar a un acuerdo con el Senado. El Senado, a su vez, estaba dispuesto a confirmar, en general, todos los actos de César y sus disposiciones para el inmediato futuro, en particular, incluso la distribución de provincias entre ex magistrados. A cambio de esta concesión, Antonio estaba dispuesto, a su vez, a tratar el reciente acontecimiento como un lamentable equívoco y echar un manto sobre la muerte de César. Pero esta amnistía no era un arreglo definitivo; ambas partes buscaban los medios de fortalecer su posición o, dicho de otro modo, el apoyo del ejército.

Con esta finalidad, Antonio, que había logrado la posesión del tesoro y los papeles de César, hizo votar una ley en contravención con las disposiciones de César. De acuerdo con ellas, Antonio tendría la provincia de Macedonia y Dolabella, el otro cónsul, la de Siria; pero la nueva ley, aunque dejaba sin cambio la provincia de Dolabella, daba a Antonio la antigua provincia de César, la Galia, salvo la Narbonense: Décimo Bruto, uno de los conspiradores, sería transferido de Galia a Macedonia, pero- sin ejército, porque Antonio hizo volver a Italia las tropas que estaban apostadas allí. Contra las intenciones de César, los períodos de mando de Antonio y Dolabella se extendían de dos a seis años. Antonio procuró la seguridad de España, en su retaguardia, enviando a esa provincia a Lépido para que hiciera la guerra contra el hijo sobreviviente de Pompeyo, Sexto, el cual se había establecido en ese país. La entrada en posesión de esos puestos debía ser inmediatamente antes de que expirase el período del consulado de Antonio y Dolabella. A los ex pretores Marco Bruto y Casio se los dejó a un lado; el Senado los envió a organizar el suministro de cereal en Italia y Sicilia. Al terminar su período de pretores, se les mandaría a Creta y Cirene, provincias sin importancia alguna. Parecía que el Senado había perdido la partida.

Pero el triunfo de Antonio era prematuro. Bruto y Casio encontraron los medios para. dirigirse a

Oriente, donde lograron poner de su lado a una parte del ejército destacado en Macedonia, sometieron por la fuerza a toda la oposición del Asia Menor y acabaron con Dolabella. En Italia, los planes de Antonio se vieron frustrados por la aparición de Cavo Octavio. Este joven había aceptado la herencia de César con todas sus obligaciones y ahora pedía a Antonio que devolviera todo el dinero del que se había apoderado; también pedía como Cayo Julio César Octavio, nombre que llevó después de su adopción, participación en el gobierno del Estado. Antonio rechazó esas peticiones y Octavio se vio obligado de mostrar que era capaz de defender sus derechos. La situación se complicó más aún cuando gran número de veteranos de César se unieron en torno a Octavio, así como dos de las cuatro legiones que Antonio había hecho venir de Macedonia. La confusión aumentó cuando Octavio ofreció sus servicios al Senado en la disputa con Antonio, quien estaba tratando de expulsar por la fuerza a Décimo Bruto del norte de Italia. El entendimiento entre Octavio y el Senado recibió el apoyo activo de Cicerón, que se había convertido en jefe del partido senatorial. Antonio aceptó el reto y bloqueó a Décimo Bruto en Mútina, pero fue derrotado por las fuerzas senatoriales mandadas por Hirtio y Pansa, los cónsules del año 43 a. C, y por un considerable ejército mandado por Octavio, a quien el Senado había conferido las atribuciones de propretor. Es evidente que Cicerón y su partido creían que Octavio sería un dócil instrumento en sus manos y que, después de ayudarles a derrotar a Antonio, resultaría fácil eliminarlo. Cicerón ni siguiera se tomó el trabajo de ocultar su intención y Octavio lo comprendió perfectamente.

Fue una gran desgracia para el Senado que ambos cónsules cayeran en las dos batallas de Mútina y que la mayoría de sus soldados se pasaran a Octavio, ya que solo una pequeña minoría se sumó a las filas de Décimo Bruto. En lugar de conducir su ejército contra Antonio, Octavio marchó sobre Roma; el Senado se había negado a concederle el consulado y un triunfo, así como recompensas pecuniarias para sus soldados. La aparición del ejército ante las murallas de Roma rompió toda oposición. Octavio fue elegido cónsul juntamente con Quinto Pedio. En primer lugar, hicieron votar una ley por la que los asesinos de Casar fueron convocados ante la justicia y condenados en ausencia. Entretanto, Décimo Bruto marchaba contra Antonio: Bruto esperaba el apovo de Lépido, al que se había ordenado volver de España, y de Planeo, gobernador de la Galia Narbonense. Pero Lépido se sumó a Antonio, Planeo se negó a apoyar a Bruto, los ejércitos de éste se redujeron a la nada y él mismo huyó y fue asesinado por los bárbaros en su marcha hacia el este. El sueño del Senado de gobernar a Italia se desvaneció para siempre. El choque que todos esperaban, entre Octavio y Antonio, no tuvo lugar. Los tres jefes cesáreos, Antonio, Lépido y Octavio, se reunieron cerca de Bolonia, en el norte de Italia, y concluyeron un convenio según el cual los tres jefes se encargarían de reorganizar el Estado (tresviri reipublicae constituendae) con poderes ilimitados. Las provincias occidentales se dividían entre los triunviros: Octavio y Antonio debían ajustar cuentas con Bruto y Casio, mientras que Lépido defendería Italia. Todos los puntos de este acuerdo recibieron forma de ley en virtud de un estatuto del tribuno Ticio, el 27 de noviembre del 43 a.C. El triunvirato debía conservar el poder por cinco años.

La reorganización del Estado se inició con un reinado de terror que repitió, en peores términos, todos los horrores perpetrados por Mario y los demócratas y, posteriormente, por Sila. Con tal procedimiento se querían lograr dos objetivos: la destrucción de todos los opositores y la obtención de medios para llevar a cabo una campaña contra Bruto y Casio. No se logró el primero de esos objetivos; aunque hubo un gran número de víctimas, entre las cuales se hallaba Cicerón, gran cantidad de adversarios pudo escapar dirigiéndose a Oriente, para unirse a Bruto y Casio, o bien junto a Sexto Pompeyo, que se había apoderado de Sicilia y había creado una flota poderosa. Ni siquiera en su segundo objetivo tuvieron los triunviros un éxito mayor. La confiscación dio lugar a salvajes especulaciones sobre la tierra, pero las grandes sumas que se esperaban no se consiguieron, debido a la grave caída del valor de las propiedades confiscadas. El último episodio de la lucha del Senado contra la tiranía militar se realizó en suelo griego. En el año 42 a. C, Antonio y Octavio se encontraron con el fuerte ejército de Bruto y Casio en Filipos, Macedonia. Allí se repitió la historia de Farsalia. Antonio logró provocar una batalla y sus adversarios fueron incapaces de rehuir el

choque y de cercar por hambre al ejército de Antonio. La entereza de los veteranos de César y la maestría militar de Antonio prevalecieron sobre el entusiasmo republicano de sus antagonistas. Bruto y Casio cayeron. Es notable el hecho de que ambos se suicidaran; Casio, al menos, no tenía motivo alguno para acabar con su vida, porque la victoria de Antonio no estaba clara, ni mucho menos, en el primer día de la batalla.

Así, la lucha con el Senado terminó, pero la guerra civil todavía continuaba. Era evidente que no podía haber tres dueños de los dominios romanos, aun en el caso de que esos dominios se hallaran, como ocurrió realmente después de Filipos, divididos en tres porciones. Sin embargo, la división era incompleta. Italia tenía que ser gobernada por los tres triunviros conjuntamente y el Oriente no estaba incluido en el convenio. El asunto más apremiante era contener a los ejércitos que habían obtenido la victoria. Era preciso encontrar dinero y tierra para 110. 000 soldados, y los triunviros no tenían a su disposición ni una cosa ni la otra. Además, Sexto Pompeyo, sólidamente establecido en Sicilia, interceptaba el transporte de granos de África a Italia. Se convino entonces que Antonio se quedara en Oriente para conseguir fondos y Octavio volviera a Italia para encontrar tierras. Octavio llevó a buen término su misión; confiscó tierras que pertenecían a los ciudadanos de dieciocho florecientes comunidades de Italia y las entregó a los soldados. Los propietarios desposeídos se convirtieron en arrendatarios de los nuevos- poseedores, o bien se trasladaron a las ciudades o emigraron a las provincias. Entre ellos, había muchos que aguardaban la oportunidad que les pudiera ofrecer una nueva guerra civil para recuperar sus propiedades o apoderarse de las de otros. La misión de Antonio era más espinosa. El Oriente había sido totalmente despojado por Bruto y Casio. Solamente Egipto le ofrecía algunas posibilidades. Después de entrevistarse con Cleopatra, reina de Egipto, en Tapso, Antonio prefirió extraer riquezas del país por medios pacíficos más bien que violentos. Contrajo nupcias con la reina. Es probable que ese matrimonio no se debiera únicamente a los encantos de Cleopatra; se trataba de disponer de la riqueza de Egipto sin dar un golpe y, aun más, de convertirlo en posesión personal y no en provincia romana.

Mientras tanto, la situación de Octavio en Italia no era muy brillante, Pompeyo era el dueño de Sicilia y se sospechaba que Lépido estaba en buenas relaciones con él. Italia estaba resentida por la ruina que le había causado la confiscación de tierras; los amigos de Antonio, temerosos del aumento de poder de Octavio, mantenían vivo ese resentimiento. Finalmente, las cosas acabaron en. un conflicto dirigido por Fulvia, esposa de Antonio, y por Lucio Antonio, su hermano. Algunas ciudades itálicas participaron en la disputa y Octavio tuvo bastante dificultad para derrotar a Lucio y obligarlo a someterse, después del largo asedio de Perusia, en el año 40 a. C. La esposa y su hermano no recibieron ayuda de Antonio. Una invasión de los partos, que se apoderaron del Asia Menor, vino a complicar aún más la situación en Oriente. En tales circunstancias, resultaba indispensable la ayuda de Italia; pero Octavio no estaba dispuesto, inmediatamente después de los acontecimientos de Perusia, a admitir a Antonio en Italia para hacer reclutamientos. Cuando ya parecía inevitable una ruptura abierta, los amigos de los dos triunviros y los veteranos de la guerra civil obligaron a los rivales a encontrarse en Brindis, el 40 a. C, en donde llegaron a un nuevo acuerdo. Se incluyó a Sexto Pompeyo en este arreglo mediante un tratado que se celebró en Miseno, al año siguiente. A Pompeyo se le dejó Cerdeña, Sicilia y Grecia; Antonio quedó como gobernador del Oriente y Octavio del Occidente, salvo África, que pasó a Lépido. Italia debía ser gobernada conjuntamente por los cuatro magnates, aunque ninguno de ellos, salvo Octavio, residía en la península. Para confirmar esta alianza entre los rivales, Antonio se casó con Octavia, hermana de Octavio. Fulvia había muerto antes del acuerdo y nada se dijo de Cleopatra.

Las condiciones que se fijaron en esos pactos no se cumplieron. La guerra con Pompeyo continuó. Una nueva disputa entre los dos rivales hubiera podido surgir, pero Antonio, ocupado en su proyecto de' expulsar a los partos de Asia Menor, estaba dispuesto a no inmiscuirse en la lucha contra Pompeyo e incluso a ayudar a Octavio, a condición de que se le permitiera reclutar un ejército en Italia. 'Un nuevo pacto, celebrado, en Tarento, confirmó el acuerdo y renovó los poderes de los triunviros por cinco años más.

En el año 37 a. C, los acontecimientos tomaron un sesgo decisivo. Con gran esfuerzo, Octavio infligió una serie de duros golpes a Pompeyo y lo obligó a retroceder hasta el Asia Menor, en donde perdió la vida; al mismo tiempo quitó a Lépido el poder y el ejército. Cuando Lépido desembarcó en Sicilia, sus tropas lo abandonaron y se pasaron al victorioso Octavio. Lépido pasó el resto de sus días como digno desterrado en una ciudad itálica. Octavio había llegado a ser el dueño indiscutible de Occidente. Sus manos quedaron libres y el tiempo de los acuerdos había pasado. Tampoco Antonio deseaba nuevos convenios; en el 36, rompió con Octavio definitivamente y declaró a Cleopatra como esposa legal. Desde ese momento se presenta como señor y dueño de Oriente, aunque conservando siempre sus pretensiones sobre Occidente. La alianza con Cleopatra era una consecuencia natural de su política, ya que eso le aseguraba una fuerte base económica y estratégica. La campaña parta le había de ofrecer gran gloria en Oriente y en Italia, y probar al mundo que era él y no Octavio, el verdadero sucesor de César; la misma campaña había de formar un ejército bien adiestrado y experimentado, y también darle Tos medios para guerrear con Octavio. De hecho, Partía había de hacer por él lo que Galia hizo por César.

Pero Antonio no había tenido en cuenta la complicada naturaleza de su tarea y la insuficiencia de su propia fuerza. Aunque consiguió escapar de la suerte que cupo a Craso, sin embargo, sus dos campañas en Partía le costaron una considerable parte de su ejército romano y debilitaron mucho su pretensión de ser un general invencible. Se apoderó alevosamente de Armenia y la devastó, pero ese hecho le dio muy poca gloria. Más perjudicial para su influencia sobre el ejército fue su complacencia ante las demandas de Cleopatra, demandas que no podía rechazar porque hubiera sido un golpe mortal para su carrera que la reina se pasara a Octavio. Antonio dio a los hijos de aquélla una parte de las provincias romanas del Oriente. Es posible que Antonio diera una forma legal a esa transferencia en el testamento que hizo llegar a las vestales en Roma para su custodia y seguridad. Pero no podemos excluir la posibilidad de que ese testamento, publicado por Octavio, fuera una falsificación. Sin embargo, es seguro el hecho de que las provincias romanas se transferían a los hijos de Cleopatra. Anteriormente, jefes romanos como Sila, Pompeyo y César habían convertido provincias en reinos tributarios o viceversa; pero ninguno de ellos había usado de su poder con tanta osadía ni con tal menosprecio por los intereses romanos. Es evidente que Antonio comenzaba a actuar como los reyes helenísticos y estaba probando a Roma que no era una novedad en él el plan de llevar el centro del Imperio Romano, desde Italia al Oriente.

Octavio explotó al máximo las equivocaciones y fracasos de su rival. Ingenioso, tenaz y sin escrúpulos, trató de probar a Italia, a Roma, que Antonio era un miserable esclavo de Cleopatra, un hombre sin voluntad propia, sin sentido del honor y un traidor a las ideas romanas, de las cuales Octavio se proclamaba a sí mismo paladín. Si Antonio resultaba victorioso, Roma sería esclavizada por el Oriente. Italia se convertiría en una provincia de Egipto y el orgullo del conquistador se trocaría en la humillación del vencido. Para probar sus aseveraciones, Octavio publicó el testamento de Antonio y parte de su correspondencia privada. No podemos decir si realmente creía él mismo en los cargos que imputaba a Antonio; no sabemos si éste quería en realidad encadenar a Roma e Italia. Es muy improbable. Como experto general, conocía el valor del soldado romano y su superioridad sobre las tropas orientales y sabía que su posición en Oriente dependía por completo de los ejércitos formados en Italia. De ahí que sea difícil creer seriamente que Antonio pensara gobernar el imperio romano sin poseer una sólida base en la península itálica.

Pero, por otra parte, las aseveraciones de Octavio resultaban eficaces; las creían en Italia y, además, muchos oficiales y soldados romanos del ejército de Antonio. El Senado se puso también del lado de Octavio. Es muy probable que en sus tratos con esa institución, Octavio hiciera algunas promesas. En todo caso, la horrible perspectiva de un conquistador extraño en suelo itálico despertó una vez más el antiguo espíritu de las guerras púnicas. Ahora se terminaba el segundo quinquenio del triunvirato y debía restaurarse el gobierno constitucional. Los cónsules del 32 a. C, partidarios de Antonio, pidieron al Senado que los triunviros dimitieran y prometieran, en nombre de Antonio, el restablecimiento de la vieja constitución. Amenazado de este modo, Octavio hizo un llamamiento

a Italia y las provincias para que jurasen fidelidad a su persona como jefe de Italia y de todo el Estado contra Cleopatra. Este juramento, en el que Octavio basaba su autoridad, fue tomado en Roma, Italia y las provincias. A su vez, Antonio hizo lo mismo con su ejército, los ciudadanos romanos residentes en el extranjero y los nativos de las provincias que él gobernaba.

La guerra comenzó el año 32 a. C. Ambas partes reunieron numerosas fuerzas. Antonio tenía una flota poderosa y acechaba una oportunidad para cruzar de Iliria a Italia. Pero Octavio se adelantó. Su enorme flotilla de barcos ligeros le permitió desembarcar un ejército en Accio, cerca del lugar en donde estaban acampadas las tropas de Antonio. Para romper el bloqueo y, en caso de victoria, aislar a Octavio de Italia, Antonio decidió combatir en el mar. Son muy dudosos los detalles de esa batalla. ¿Es verdad que Cleopatra traicionó a Antonio retirando la flota egipcia justamente en el momento crítico? ¿Es verdad que Antonio la siguió, abandonando sus barcos al capricho de la fortuna? ¿Se trata más bien de fantasías maliciosas que Octavio hizo circular en descrédito de su rival? Ignoramos la verdad. La versión oficial de los hechos colorea tanto los relatos históricos como la poesía; no sabemos, ni probablemente tampoco lo supieron sus contemporáneos, lo que tenían que decir d, e todo eso los amigos de Antonio. Sea lo que fuere, lo cierto es que el intento de destruir la flota de Octavio fracasó. La propia flota de Antonio fue aniquilada y con su destrucción se desvaneció toda esperanza de victoria por tierra. Los dos ejércitos se enfrentaron en Grecia. Hubiera sido una empresa muy arriesgada retirarse hacia el interior del país sin seguridad en las comunicaciones; la destrucción de la flota los había desalentado y gran parte del ejército se pasó al lado del conquistador, mientras que el resto se dispersó. Antonio y Cleopatra buscaron un refugio final en Egipto, con una parte de la flota, después de romper el bloqueo. No tuvo éxito el intento de reclutar un ejército en Egipto. Cuando Octavio estaba cerca, Antonio se suicidó. Y Cleopatra, después de una tentativa desafortunada de ganar el favor de Octavio, siguió el ejemplo de Antonio. Cuando el ejército romano tomó Alejandría el año 30 a. C. Octavio quedó solo, dueño único del Imperio Romano.

En los capítulos precedentes, se ha expuesto la historia política de Roma en la época de los Gracos y después de su muerte. Resumamos brevemente los hechos. El sistema senatorial de gobierno fue atacado por una serie de políticos revolucionarios, con un programa definido según el cual se transfería todo el poder a la asamblea popular, se redistribuirían las tierras y se extenderían los límites de la ciudadanía. El último punto de este programa fue el único que se llevó a cabo con cierta amplitud y después de una guerra cruel: la totalidad de Italia fue admitida en el cuerpo de los ciudadanos romanos. Los otros dos puntos condujeron a prolongados conflictos políticos, en los que se acabó por olvidar su verdadero sentido. Roma se dividió en dos campos: los partidarios del Senado y sus enemigos. Entretanto, se hizo más necesaria la reforma constitucional a medida que crecía la importancia del Estado. La cauta política del Senado, que veía con recelo la anexión de nuevas provincias, dio lugar, en el siglo II a. C. a la política egoísta de los grandes propietarios y, luego, en el siglo siguiente, a una política francamente imperialista que era llevada a cabo tanto por el Senado como por sus enemigos, incluida la clase de los negociantes conocidos con el nombre de "caballeros".

Las dos clases superiores de la sociedad romana, los senadores y los caballeros, eran todopoderosas en las provincias. Los primeros gobernaban las provincias con poderes casi ilimitados y, a veces, eran culpables de desafueros escandalosos. El discurso de Cicerón contra Verres, el gobernador de Sicilia, describe uno de esos casos con vivos colores. La misión principal de los caballeros en las provincias era recaudar los impuestos y tributos, cometido que el Senado les había encomendado a través de los censores. En connivencia con el gobernador, sobornándolo, dándole participación en las compañías que formaban para recaudar los impuestos, los caballeros pudieron oprimir a los provinciales y sacarles hasta la última gota de sus recursos. Era inútil elevar quejas a Roma. Alguna vez, como ocurrió en el caso de Verres, había un hábil abogado que estaba dispuesto a defender a los provinciales, si con ello podía aplastar a un adversario¹ político o mejorar sus perspectivas personales. Pero en la mayoría de los casos, los tribunales, compuestos de senadores o caballeros o de ambos a la vez, pronunciaban un veredicto en favor del que más daba.

Otro escándalo del gobierno provincial consistía en las cuantiosas operaciones financieras de los capitalistas que prestaban dinero, a menudo con tipos de interés realmente usurario. Los préstamos se hacían por lo general, a las ciudades de Oriente, que los necesitaban para satisfacer la codicia de los recaudadores y de los gobernadores. A comienzos de las guerras civiles, esas ciudades ya se hallaban comprometidas sin remedio y cada aspirante a la supremacía en Roma les imponía contribuciones que las ciudades no podían pagar. Los capitalistas y banqueros romanos, senadores o caballeros, aprovechaban esas dificultades; estaban dispuestos a encontrar dinero, pero para eso pedían un interés exorbitante y todos los bienes de la ciudad debían servir de garantía. Si la ciudad no estaba en condiciones de pagar, el acreedor, respaldado por el poder en Roma, exigía su dinero con la ayuda de la fuerza armada. No se trataba mejor a los reves tributarios. El verdadero objetivo de muchas operaciones militares que se realizaban en Asia Menor era lograr por la fuerza el pago de una deuda. Era tan corriente el hecho de participar en los negocios de los recaudadores y prestamistas, que hasta hombres de elevadas condiciones, como, por ejemplo, Cicerón, persona de sólida reputación y excelente gobernador provincial, no sentía escrúpulos en comprometerse en esos apuntos. Bruto, el asesino de César, invirtió su fortuna en préstamos a ciudades a un interés del 48 por ciento.

La situación escandalosa de las provincias proveyó a los jefes demócratas, así como a los ambiciosos de poder, de un arma eficaz contra el Senado y el gobierno senatorial. Sin embargo, ni el triunfo, del partido demócrata ni el éxito pasajero de jefes políticos individuales trajo cambios de importancia. Los jefes demócratas y sus rivales dependían por igual, del ejército, y éste, constituido ahora por soldados profesionales, trataba de satisfacer, durante su servicio militar, su codicia,

mediante botines y saqueos y, más tarde, cuando expiraba su período de servicio, con la obtención de tierras. La experiencia demostró que era imposible utilizar el ejército para llevar a buen término un programa político bien definido. El ejército apoyó a Mario, el demócrata, y a Sila, el aristócrata. La política le interesaba muy poco, pero insistía en que se le diera dinero y tierras. Ambas exigencias solo se podían satisfacer mediante guerras ininterrumpidas y la anexión de provincia tras provincia. Por eso, Sila y Pompeyo, César, Antonio y Octavio, se vieron todos obligados a mantener una política imperialista y a extender incesantemente los límites del Estado. Todos ellos encontraron apoyo para esa política, sin tener en cuenta sus objetivos, entre la clase de los caballeros e incluso entre los propios senadores.

Además, el enorme crecimiento del Estado incrementó la importancia del ejército. Sin éste, el Estado romano se hubiera desplomado de golpe. Pero el ejército no obedecería a nadie, salvo que se le asegurara la victoria y tierras. Todo esto lo vieron con claridad los principales actores de la escena política. Únicamente Pompeyo trató de evitar esta conclusión lógica: quería que se llegara a un compromiso entre la constitución y la monarquía; deseaba gobernar como el primer ciudadano romano y, además, gozar la confianza del pueblo. Pero fracasó en su tentativa y acabó por ser un instrumento de la constitución contra la cual estaba luchando, se vio obligado a defender al Senado contra César, un firme aspirante a la autocracia basada en la espada. César confesó con franqueza que debía el poder al ejército y éste fue el medio que Antonio y Octavio usaron para destruir el último intento del Senado para reafirmar su poder. Tanto Antonio como Octavio fundaron sus pretensiones al poder supremo en la sola fuerza militar. La debilidad militar de Antonio y su incapacidad para lograr nuevos reclutas de Italia zanjaron la disputa por la supremacía en favor de Octavio.

Ese mismo crecimiento del Estado, con la anexión continua de nuevas provincias y el aumento del número de reyes tributarios, iba mostrando, cada vez con mayor claridad, que el Senado era incapaz de encarar un problema que se estaba poniendo en primer plano: el problema del gobierno para un Estado de alcance universal. El bienestar de Roma dependía de la prosperidad de las provincias e Italia, libre de impuestos salvo unos pequeños ingresos procedentes de las aduanas, consideraba las provincias como su apoyo principal. Pero las provincias, agotadas por senadores y caballeros, y tratadas por los jefes de la guerra civil como una fuerte de recursos pecuniarios, fueron perdiendo su prosperidad. El desarrollo económico de Occidente se detuvo y el Oriente se empobreció. Todo esto lo sabían a la perfección los hombres dirigentes de Roma. El punto central de las reformas de Sila era justamente esa cuestión, es decir, cómo se podía gobernar el Estado, y, más tarde, ese mismo problema constituyó la preocupación fundamental de César. Pero la cuestión era insoluble si se mantenía el viejo orden y la antigua' constitución de Roma como ciudad-Estado. La única salida posible era la adopción de una nueva forma de constitución, pero, debido en parte a la excesiva importancia del ejército y de sus jefes y en parte también, a la repugnancia de los ciudadanos romanos e itálicos a renunciar a su posición predominante en el Estado, la única solución posible era una constitución basada en el poder militar de un individuo, cosa que significaba en la práctica un sistema monárquico.

El siglo I a. C. fue, pues, una época de transición, en la cual se resquebrajaba y decaía la vieja ciudad-Estado en manos de dos clases privilegiadas, los senadores y los caballeros, y en la que iba cuajando un nuevo sistema monárquico. La concepción por la que lucharon los griegos y que se halla en la raíz misma de la constitución romana de los siglo IV y V a. C, esa concepción de una familia de Estados libres e independientes, iba siendo sustituida, poco a poco, por la antigua idea oriental de un Estado único universal, con una cultura uniforme y gobernado por un solo hombre. Durante este siglo, los cambios en la vida social y económica de Italia no eran menos profundos que los políticos. La población rural, en particular, sufrió extraordinariamente por las guerras civiles. La política de los Gracos, que trataba de resucitar el viejo sistema de los pequeños propietarios, se intentó más de una vez en el curso de esas guerras, pero siempre fracasó. Las repetidas distribuciones de tierra entre los soldados licenciados no sirvió en absoluto para restaurar el viejo

estado de cosas, aunque Mario y Sila, Pompeyo y César, Antonio y Octavio, todos tomaron extensas disposiciones en ese sentido. Se creaban propietarios por millares y muchos perdían sus posesiones por las necesidades de los recién llegados. Sabemos muy poco en qué forma afectaron al campo esos continuos altibajos; pero sabemos lo suficiente como para justificar nuestra creencia de que no hubo una alteración radical en la agricultura itálica. Muchos veteranos, perdida la costumbre. del trabajo pacífico, quebraban y sus tierras pasaban a manos de los capitalistas. Otros conservaron sus tierras y desplazaron a los propietarios anteriores o se incorporaron a la vieja clase media campesina que tomó la dirección en las ciudades provinciales. Sea lo que fuere, lo cierto es que la entrega de tierras a los veteranos rio sirvió de obstáculo al crecimiento de las grandes propiedades.

De este período, mucho más que de los anteriores, tenemos muchos testimonios acerca de las inmensas propiedades, tanto en Italia como en las provincias, que pertenecían a la aristocracia dirigente; esos dominios eran cultivados por esclavos o por arrendatarios que pudiéramos denominar siervos. He hablado ya de Sila y de sus cuarenta mil libertos. La familia de Pompeyo poseía tan vastas propiedades en Piceno que estaba en condiciones de reclutar todo un ejército entre sus propios clientes y libertos para apoyar a Sila contra los demócratas; Domicio Ahenobarbo, uno de los generales senatoriales, hizo lo mismo cuando César invadió Italia después de su ruptura con Pompeyo. Pompeyo no se jactaba en vano cuando dijo, en vísperas de la guerra con César, que le bastaba dar un puntapié para que surgieran del suelo legiones enteras. Al decir esto, no pensaba solamente en sus veteranos y sus hijos, que ahora eran sus clientes, sino en la multitud de arrendatarios de sus grandes propiedades itálicas. Aunque nunca fue considerado como un hombre rico, Cicerón poseía quintas y propiedades en muchas partes de Italia y, sin embargo, censuraba que se tomara la tierra como una inversión. Es cierto que las tierras no quedaban por mucho tiempo en las mismas manos; al ritmo de los cambios políticos, pasaban frecuentemente de uno a otro propietario. Pero, en conjunto, tendía a convertirse en un monopolio de algunos poderosos capitalistas.

Durante las guerras civiles, las grandes fortunas se hicieron aún más corrientes. Mario, Sila, César, Pompeyo, Antonio y Octavio se enriquecieron inmensamente, pero no solo ellos, sino también un vasto número de sus partidarios, algunos de los cuales fueron lo bastante hábiles como para conservar su dinero. La anarquía en las provincias y la incapacidad del gobierno central aumentaron las oportunidades para que los gobernadores prosperaran a costa de sus subditos. Finalmente, la conquista de Oriente por Pompeyo y la de Galia por César enriqueció a los generales y oficiales de ambos. Tomada en conjunto, la clase senatorial tendió a enriquecerse durante las guerras civiles y aumentó el número de grandes capitalistas que pertenecían a esa clase.

También la clase de los caballeros se enriqueció y, además, vinieron a sumarse a esa clase un buen número de nuevas familias. El título de *equites* ya no estaba restringido a las dieciocho centurias de caballeros inscriptos en el registro de ciudadanos para el servicio montado; lo disfrutaban todos los ciudadanos con plenos derechos cuyas propiedades se valuaran en no menos de 400. 000 sestercios. El número de personas que se hallaba en esas condiciones aumentó enormemente. Muchas personas, emprendedoras y sin escrúpulos, cuyos parientes, en muchos casos, eran todavía esclavos, habían hecho sus fortunas recaudando impuestos en las provincias, tomando en arriendo tierras públicas, prestando dinero en Italia y en el extranjero, abasteciendo y transportando ejércitos, construyendo barcos de guerra y de transporte, comprando botín de guerra, en particular ganado y esclavos, y adquiriendo tierras confiscadas y otras propiedades en Italia durante las matanzas y proscripciones.

La riqueza así adquirida se invertía en toda clase de empresas (comercio, industria, recaudación de impuestos), pero, en especial, en tierras, tanto' en Italia como en el extranjero. El amigo de Cicerón, Ático, se puede tomar como prototipo del caballero rico y respetado que había renunciado a la especulación. Su fortuna estaba invertida fundamentalmente en tierras situadas en Epiro y allí criaba ganado en gran escala. Hombre culto y amante de la literatura, invirtió parte de su capital en una empresa editora. Fue el editor de Cicerón. El liberto de Sila, Crisógono, que se enriqueció con

la proscripción y a quien Cicerón puso en la picota, puede servir como modelo de especulador rapaz y deshonesto.

En ese periodo, Roma era un enorme centro de negocios y servía como mercado de intercambio para todo el mundo. En el foro se hacían cuantiosos negocios, por ejemplo, el abastecimiento de cereal a Roma y la exportación de aceite y vino itálicos. Las acciones de las grandes compañías que contrataban la recaudación de impuestos o el cultivo de fondos del Estado se compraban y se vendían, allí. Muchos ciudadanos romanos, en especial del sur de Italia, pasaban su vida en el extranjero: en Grecia o Asia Menor, África o Galia. Esos ciudadanos se dedicaban a negocios de todo tipo, en especial, al de préstamo de dinero y la compra-venta de esclavos. - En todos los grandes centros comerciales e industriales de las provincias había cierto número de ciudadanos romanos que se hallaban unidos en una corporación propia y desempeñaban un importante papel en la vida comercial del lugar. Ya he mencionado anteriormente cómo Mitridates mató unos 80.000 de esos comerciantes romanos, junto con sus empleados y esclavos, en Grecia y Asia Menor.

El aflujo hacia Roma de capital del Oriente elevó la riqueza de la península a un nivel muy alto, que no fue afectado ni siguiera por los horrores de la guerra civil. M. Terencio Varrón, nacido en Reate, país sabino, amigo de Cicerón y también de César, escribió un tratado sobre agricultura, una obra seria y científica, para terratenientes y capitalistas romanos; en ese tratado, el autor hace una descripción entusiasta de Italia presentándola como el país más fértil y mejor cultivado del mundo. Ahora, como en los tiempos anteriores, eso se debía fundamentalmente a la explotación científica, obra de los nobles romanos e itálicos. El sistema era el mismo que en los tiempos primitivos. Los esclavos hacían la mayor parte del trabajo. Cada vez se daba mayor importancia al cultivo de la viña y el olivo, las frutas y las legumbres. Al cuidado de las aves de corral y a la cría de ganado. La mayor' parte del tratado de Varrón se dedica a estos asuntos. La caída de Cartago y el estado ruinoso del Oriente (del que nos ocuparemos más adelante), convirtió a Italia en el principal productor de vino y aceite y olivo para el mercado de Occidente. La mejora de los métodos que se aplicaron a los olivos y viñedos dio inclusive la posibilidad de exportar vino y aceite al Oriente, que antes había suministrado a todo el mundo esos productos. También se conseguían ganancias de las pequeñas concesiones de tierras en las que se producía principalmente cereal. Las florecientes ciudades de Italia, con un aumento continuo de población, exigían una inmensa cantidad de cereal. El grano importado de las provincias no podía competir con el producto nativo, salvo en las ciudades costeras, porque los gastos de transporte por tierra eran excesivos.

Se ha afirmado que los pequeños propietarios fueron absorbidos por los grandes porque los primeros cultivaban sobre todo cereal, cuyo precio bajaba constantemente a causa de las inmensas importaciones de las provincias. Es cierto que los pequeños campesinos perdieron sus bienes, pero no fue por la importación de grano provincial, sino por otras causas: el aflujo de dinero a Italia, el interés de los ricos en invertir su capital en tierras, su buena disposición a comprarlas a cualquier precio y las despiadadas confiscaciones con que los jefes de los ejércitos revolucionarios inundaban el mercado de tierras. Sí, en verdad, las guerras civiles acarrearon la ruina, sus víctimas fueron generalmente hombres con medios modestos o pequeños. Casi todas las personas de las que sabemos con seguridad que fueron arruinadas por las guerras civiles pertenecen al campesinado medio. Virgilio perdió su propiedad; era un pequeño propietario de Mantua, en el norte de Italia. Horacio también se quedó sin la suya por haber sido partidario de Casio y Bruto; sus tierras se hallaban cerca de Venusia, en los límites de Lucania y Apulia. Es indudable, pues, que muchos se arruinaron y se vieron obligados a trasladar su residencia a las ciudades, otros se convirtieron en arrendatarios de las tierras que habían poseído y, por último, algunos emigraron a las provincias de Oriente y Occidente. Allí fueron todos los que consideraron que lo mejor era vender sus tierras de Italia y buscar su fortuna en el extranjero, en donde esperaban hacer una buena inversión de su capital y su trabajo.

El aflujo de capital explica asimismo la expansión de la industria en Italia en los siglos II y I a. C. Algunos tipos de manufactura habían florecido desde muy tempranos tiempos. Etruria * siempre

había exportado gran cantidad de artículos de bronce; ya en el siglo IV a. C. la alfarería local del sur de Italia había desplazado a las vasijas importadas del Ática y ese tipo de manufacturas aumentó enormemente. Capua primero y luego Arretio (Arezzo), en norte de Italia, suministraban a todo Occidente loza de barro. En el siglo I a. C, se estableció en el norte de Italia una gran manufactura de lámparas de loza. Hacía ya tiempo que se conocían las finas lanas de Apulia y ahora se hicieron famosas en todo el mundo, mientras que los ganados del norte de Italia suministraban una excelente lana para productos menos finos.

En cambio, las provincias se encontraban en condiciones mucho menos florecientes. En Occidente, África producía cereal en los vastos fundos de los nobles romanos, pero apenas otra cosa; España se estaba recuperando lentamente de las duras y continuas guerras, desde los tiempos de Viriato hasta Sertorio y desde la época del último al conflicto entre César y Pompeyo. Galia había quedado" arruinada, primero por la invasión de cimbrios y teutones y, más tarde, por las campañas de César en el centro y norte del país. Sin embargo, en este territorio se hizo sentir, por su cercanía, la influencia de Italia, tan próxima y próspera. Toda Italia se había latinizado. La lengua de Pompeya era el oseo antes de la guerra social; en tiempos de Sila, el latín había desterrado al oseo. En la Galia cisalpina, la lengua celta se extinguió sin dejar huellas; todo el mundo hablaba y escribía latín. Virgilio, el mayor de los poetas latinos, era natural de Mantua; su rival, Horacio, había nacido en Venusia, en él sur de Italia. Italia, latinizada, comenzó a difundir la misma influencia entre las provincias occidentales. Allí se afincaron la cultura y la vida ciudadana latinas. En el siglo I a. C, la formación de colonias romanas y la inmigración de itálicos al sur de España y la Galia convirtió a estas regiones en algo parecido a distritos de Italia. Esos itálicos llevaron consigo su capital nativo y su capacidad para los negocios. Los inmigrantes se interesaban vivamente por la vida económica de esos países y pusieron los cimientos para su futura prosperidad.

En el Oriente la situación difería bastante. La guerra contra Mitridates, las requisas de Sila y de los demócratas, la supremacía marítima de los piratas de Creta y Cilicia, el poder de las grandes compañías recaudadoras de impuestos, la expoliación desvergonzada de los banqueros romanos, la presencia en Grecia de los ejércitos de Pompeyo y César, el abierto saqueo de Bruto y Casio y, luego, de Antonio, todas esas causas, en fin, destruyeron la prosperidad de las regiones más ricas de Oriente. Las ciudades gemían bajo el peso de sus deudas y éstas crecían de una manera arrolladura. El único país que no estaba gravemente arruinado era Egipto, pero incluso éste había sufrido las consecuencias de las incesantes disputas dinásticas del sigla I a. C, la codicia de los amos romanos, los cuales adelantaban préstamos a las partes contendientes sin reparo y a interés exorbitante, y también el gobierno arbitrario de Antonio y Cleopatra. No es extraño que el Oriente estuviera empobrecido no solo desde el punto de vista económico, sino también moral. Sus mejores hombres habían emigrado a Italia o a Occidente. El espíritu de los que se quedaron fue deprimiéndose cada vez con mayor intensidad; los hombres que habían perdido la esperanza en el presente y el futuro de este mundo buscaban consuelo en la religión y en las doctrinas semirreligiosas, semipolíticas que ofrecían la posibilidad de una vida mejor más allá de la tumba.

Esto explica el hecho de la desaparición casi total, en este período, del interés por el conocimiento y la investigación científica, y de la creencia en el poder creador de la razón humana. Los hombres se encerraron en sí mismos; reflexionaban sobre la perfección moral y la unión con Dios. Las escuelas filosóficas, epicúreas, estoicas y cínicas adquirieron mayor influencia y encabezaron el movimiento, que tenía como lema "desapego de la vida". Todos enseñaban la necesidad de la meditación interior, de la búsqueda de la satisfacción en uno mismo, de la visión de la vida mundanal como algo "indiferente". Cierto es que sus métodos diferían: el epicureismo se basaba en la visión puramente materialista de las cosas; el estoicismo relaciona la búsqueda de una vida interior con la religión; el cinismo se consagra fundamentalmente a una crítica despiadada del hombre y de la sociedad. El último gran genio creador que el mundo griego produjo fue Posidonio, un griego-sirio de Apamea que pasó toda su vida en Rodas. Hombre de vastos conocimientos y aguda inteligencia, se destacó en casi todas las esferas del conocimiento. Era un excelente maestro de retórica; fue uno de los

mejores historiadores de su tiempo y escribió una continuación de la obra de Polibio; en ciencia, hizo importantes descubrimientos originales, fundó la geografía física y económica, y escribió sobre las olas y los volcanes. Como etnógrafo, fue el primero que estudió el norte de Europa y a él le debemos nuestro primer conocimiento científico de esa región. Era famoso por sus dotes como matemático y astrónomo. Con todos esos conocimientos Posidonio combinó un profundo sentimiento religioso; creía en el espiritismo y la astro-logia, así como en la posibilidad de la aprehensión mística. Cuando comparamos a Posidonio con un racionalista tan convencido como Polibio, nos damos cuenta del profundo cambio que había sufrido Oriente en el intervalo que media entre los dos.

A este respecto, en ese mismo período Italia presenta un cuadro muy diferente. Aquí creció una civilización vigorosa e independiente, una rama distinta del árbol helenístico. Ya hemos visto cómo la cultura griega inundó Roma en el siglo III a. C. y cómo el siglo siguiente le dio un aspecto latino. En el siglo I a. C, la cultura romana dejó de ser una cosa copiada del extranjero y se convirtió en algo verdaderamente nacional. Esto se ve con máxima claridad en la literatura. La literatura latina de esa época es más viva y más directa que la literatura griega del mismo tiempo. Entre los poetas encontramos a genios de la envergadura de Catulo, poeta lírico, Lucilio, satírico, y Lucrecio, poeta y filósofo. Esos hombres crearon el metro y el ritmo de la poesía latina, y el vocabulario poético. No inventaron nuevas formas líricas, pero pusieron en las formas tradicionales la brillantez de su genio juvenil. Lo mismo se puede decir de la prosa, cuyo principal creador fue Cicerón. Sus predecesores fueron los grandes oradores políticos de los ciento cincuenta años anteriores, los juristas que habían forjado la precisa terminología de la ley civil, y los historiadores, que habían celebrado el Estado romano y sus hazañas victoriosas. Cicerón utilizó lo que ellos habían hecho. Demostró la latente capacidad de la lengua latina para expresar matices de pensamiento, aunque fueran tan intrincados y difíciles como los de la filosofía griega, tan llena de sutilezas. Es notable el hecho de que, en ese tiempo, los mejores autores pertenezcan a la clase superior de romanos e itálicos y que los del sur de Italia, de humilde origen, que habían puesto los cimientos de la literatura latina, no tuvieran sucesores. Hay pocos hombres entre los más eminentes de Roma que no sean escritores. Sila escribe Memorias; César ha dejado los Comentarios en que describe sus campañas en Galia y la guerra civil; Cicerón era, a la vez, estadista, abogado y hombre de letras. Se prestó una atención especial a la historia, como arma adecuada en las contiendas políticas y en la propaganda partidista. He hablado ya de la Guerra de Yugurta, de Salustio; el otro libro suyo que se conserva es una narración de la conjuración de Catilina, de estilo brillante y tan desprovisto como el primero de imparcialidad histórica y de método científico.

La ciencia llegó al mismo nivel que la literatura. Es verdad que los romanos no se cuidaron mucho de las matemáticas, la medicina, la fisiología, la astronomía, la geografía y las ciencias naturales en las que tantos descubrimientos hicieron los griegos; pero, en cambio, la gramática, la retórica, la arqueología, la jurisprudencia, la filosofía, la historia de la religión y de las leyes, todas esas materias fueron objeto de estudio por parte de los romanos bien educados. Las obras de M. Terencio Varrón, sometieron a un análisis cuidadoso el desarrollo de la literatura nacional, la religión y las instituciones públicas; Cicerón escribió un buen número de obras populares sobre filosofía y retórica. Lucrecio expuso la doctrina de Epicuro en forma poética. Pero, quizás, el monumento maestro del genio latino sea el pujante crecimiento de esa literatura jurídica que interpretaba la ley positiva romana.

En cambio, se hizo muy poco en la esfera del arte. La escultura y la pintura griegas, y los productos del arte griego, en general, solían abundar en Roma; también en esta ciudad, los artistas griegos hicieron algunas de sus obras. Pero el arte romano estaba aún en pañales: era apenas el hijo recién nacido del Imperio. Los

romanos contribuyeron al progreso del retrato realista, pero esto no se puede calificar de descubrimiento original; fue, más bien, un paso más en el camino que ya habían andado los pintores y escultores griegos. Tampoco la arquitectura dio señales de originalidad y se contentó con

reproducir modelos helenísticos.

El aspecto general de la vida en Italia y, en especial, en Roma, era casi enteramente griego. El griego era la lengua de la alta sociedad; al menos para ser un señor elegante era indispensable conocer griego. Este aspecto externo de la vida lo conocemos muy bien gracias a las Cartas de Cicerón. Era una vida plena la que vivían las clases superiores romanas. Todo miembro de esas clases poseía un espléndido palacio en Roma, con una masa de esclavos domésticos y cientos de clientes; además, tenía dos, tres o más lujosas guintas en el campo, con parques y jardines; muchas de esas casas se construían a las orillas del mar. En la ciudad y en el campo se disfrutaba de una brillante vida social; había banquetes con música y danzas; se recitaban nuevas obras literarias; los filósofos u oradores de Grecia dictaban conferencias y, si el grupo era pequeño, se comentaban los rumores y los últimos escándalos. No se excluía a las mujeres e incluso representaban un papel importante en esas reuniones. Las charlas de ese gran mundo giraban en torno a asuntos de amor, sobre matrimonios y, aun más, sobre divorcios. La política estaba muy de moda. De vez en cuando, se cernía sobre ellos la nube negra de la guerra civil. Pero tan pronto como se alejaba, la vieja vida se reanudaba con todos sus intereses y seguía su acostumbrado ritmo. Las ciudades provinciales también trataron de seguir el ejemplo de Roma. En cambio, poco sabemos de la vida que hacían las clases inferiores, si bien es poco probable que fuera especialmente atrayente.

La lucha del Senado contra un despotismo militar duró mucho tiempo. Aunque parecía que los golpes que César había asestado a esa institución habían acabado con ella, sin embargo, en su manera de tratar el sistema existente, César fue demasiado lejos y con una rapidez excesiva. Se negó a tener en cuenta la forma que por espacio de siglos había servido de molde al Estado romano y, sobre todo, quiso ignorar el deseo de los ciudadanos de mantener su situación privilegiada dentro del Imperio y desconocer la alta posición que habían alcanzado las dos clases dirigentes de la comunidad: los senadores y los caballeros. Sin embargo, el Senado fracasó, por falta de apoyo militar, en su intento de restaurar el viejo orden de cosas y recobrar su autoridad después de la muerte de César. El control supremo del Senado ya no era el objetivo esencial en la contienda entre Antonio y Octavio: la cuestión era obtener jefatura militar. También era de importancia secundaria el problema de cuál de los dos contendientes era más aceptable para el pueblo. Las verdaderas e importantes cuestiones eran éstas: ¿Se debía mantener la unidad del Estado? Y, si debía conservarse, ¿qué forma de autoridad sería más aceptable para las clases dirigentes de la población, es decir, para la totalidad de los ciudadanos romanos?

Se sugerían dos formas de monarquía militar. César, cuyos puntos de vista había heredado Antonio, había insistido en un gobierno militar basado en el apoyo de la población de todo el mundo. Sostenía que Italia, o sea los ciudadanos romanos y las provincias, o sea los subditos de esos ciudadanos romanos, debían mezclarse en un solo cuerpo y rendir idéntica lealtad al gobernante supremo. Pero las capas superiores de la sociedad, apoyadas por todos los ciudadanos romanos, todos los itálicos y algunos provinciales, aun reconociendo que el jefe de las fuerzas armadas del Estado debía tener la autoridad suprema, sin embargo no estaban dispuestas a abandonar su posición privilegiada y a sumergirse entre la población de las provincias. Se suscitó el orgullo nacional de Italia. Los ciudadanos exigían que se les reconocieran los derechos que habían conquistado tras largos años de conflictos. Octavio derrotó a Antonio porque advirtió la pujanza de ese sentimiento nacional y lo explotó en la disputa con su rival. Basándose en ese sentimiento adquirió el compromiso tácito de mantener inviolado el predominio político de Italia y las formas esenciales de la sociedad romana. El Estado romano necesitaba sangre nueva; se hacía inevitable una restauración, pero nada más que una restauración: nadie contemplaba ni quería la creación de un nuevo Estado sobre las ruinas del viejo. ¿Para qué entonces, entonar cantos fúnebres antes de tiempo? Tal era la convicción que prevalecía en Italia y es muy probable que también fuera la del propio Octavio. Es obvio que, en esas condiciones, Octavio no tenía las manos libres para hacer la constitución. Su derecho a los honores de la grandeza estriba en que no solo comprendió la relación entre las diversas fuerzas en juego, sino que también estaba dispuesto a trabajar honestamente para sacar de ese estado de cosas las justas consecuencias prácticas. Repito que no hay razón alguna para suponer que sus acciones estaban dictadas por el puro cálculo o, dicho de otro modo, que su línea política fue una mera concesión a la opinión general de los ciudadanos. No cabe duda de que él mismo creía que la opinión pública estaba en lo cierto, que Roma no había muerto y que él estaba llamado a restaurar su antigua gloria.

Esta fue, pues, su tarea: combinar el poder militar heredado de sus predecesores que, como los hechos habían mostrado, era indispensable para restaurar y mantener la paz, el orden y el buen gobierno, con el deseo fuertemente expresado de Italia y de los ciudadanos romanos de conservar su posición privilegiada, si no en un sentido político, al menos en las relaciones económicas y sociales. Con esa condición, Italia estaba dispuesta a aceptar y apoyar un gobernante militar que fuera casi un autócrata. Las provincias también estaban preparadas para reconocer cualquier autoridad que les asegurase paz y orden.

Octavio dedicó los dos primeros años que siguieron al término de la guerra civil a dar ciertas disposiciones que consideró indispensables para que las reformas posteriores y más radicales

tuviesen éxito. Era el jefe del Estado romano y nadie le disputaba el derecho a administrarlo. Pero, desde el primer momento, mostró que no abrigaba ninguna intención de seguir los pasos de César. El objeto de sus primeras medidas fue restablecer las clases superiores de la sociedad romana y el conjunto de los ciudadanos, y restaurar la ciudad de Roma. En el año 29 a. C, revisó la lista de senadores y expulsó a 190 miembros indignos de pertenecer a esa institución, una buena parte de los cuales habían sido nombrados por César. La renuncia fue voluntaria pero sugerida por Octavio. Por decreto de César, esos antiguos miembros del ejército habían ingresado al Senado; no pertenecían a la clase senatorial y mucho de ellos acababan de recibir de César la ciudadanía. El Senado pues, vino a representar de nuevo a la gran nobleza romana. Un año antes, Octavio tomó una serie de disposiciones para depurar el cuerpo de ciudadanos a fin de que estuviera compuesto principalmente de romanos e itálicos. En su opinión, no debía reclutarse a la manera de César, o sea, mediante la admisión de provinciales, sino que debía crecer desde dentro; con ese objeto, insistió en que todo ciudadano debería casarse y formar una familia, y que la sangre de esos nuevos ciudadanos debería ser puramente itálica. Estaba prohibido el matrimonio con libertos. Esas medidas se tomaron en forma deliberada y expresaban una íntima convicción del pensamiento de Octavio, como lo prueba el hecho de haber sido confirmadas, con algunas modificaciones, en el 18 a. C. y en el 9 d. C. También se adoptaron otras medidas para evitar matrimonios desiguales entre las clases superiores; se prohibieron estrictamente, en el caso de los senadores, los matrimonios con esclavos manumitidos, pero fue imposible imponer esta disposición a todos los ciudadanos. Por último, en el año 28 a. C. Octavio comenzó su tarea de restaurar la capital reconstruyendo los templos más venerados.

Al mismo tiempo, Octavio procuró volver gradualmente a las formas externas de que se revestía antes el gobierno republicano. Sin embargo, no abandonó en esos primeros años sus poderes extraordinarios: aún era el jefe militar al que la población debía obediencia en virtud del juramento de fidelidad. Como jefe militar, conservó el título que sustentaba desde el 40 a. C. y que indicaba su estrecha relación con el ejército. En Roma, era costumbre agregar Octaviarais a su nombre de Cayo Julio César y llamarlo solo por aquel nombre; pero él mismo no usaba el nombre de "Octaviano" y, en cuanto al de "Cayo", lo sustituyó por el título de imperator que el ejército le había conferido. Este título, puramente militar, que para él no fue solo un título, sino un nombre, lo aceptó para distinguirse de los demás jefes revolucionarios, que habían sido saludados de esta manera por sus ejércitos después de una victoria, y que lo usaban como un título puro y simple. Octavio lo siguió usando aun después de que su autoridad había dejado de ser únicamente militar; esa denominación se había convertido en costumbre. Además, en las provincias, ese título llegó a relacionarse muy pronto con la idea de la naturaleza universal e ilimitada de su poder, idea ésta que Octavio no deseaba desarraigar. Este hecho explica por qué los habitantes de las provincias orientales le juraron fidelidad personal cuando su autoridad quedó ratificada definitivamente. No pertenecía a los Julios; pero era menos deseable el nombre de *Octaviarais* que mostraba su parentesco con los Octavios y no con los Julios. Pero conservó el nombre de César, porque heredó de César el derecho a mandar el ejército. Además Octavio puso de relieve su relación con César por otro procedimiento: César había sido deificado- después de muerto y su sucesor se hizo llamar "hijo del César deificado". Por consiguiente, su nombre completo era Imperator Caesar Divi filius. Pero, aun cuando retuvo sus atribuciones extraordinarias y su título revolucionario, consideró conveniente ejercer el cargo de cónsul y fue elegido todos los años a partir del 31 a. C, junto con un colega; esta elección, así como la de los otros magistrados, se hacía mediante el voto popular expresado en las asambleas populares ordinarias. Octavio gobernó el Estado en persona, pero actuaba a través del Senado y de la asamblea popular, que se reunían en las fechas acostumbradas para decidir los asuntos corrientes.

Después de dos años de transición, Octavio consideró posible coronar su obra y, por último, restaurar el viejo orden de cosas. En una reunión del Senado, celebrada el 27 a. C, hizo entrega de sus poderes especiales y proclamó solemnemente la vigencia de la antigua constitución. Pero, en la misma reunión, el Senado insistió en que aceptara cierto número de atribuciones militares y

administrativas, de las que se hablará más adelante. Esos poderes fijaban su posición como jefe del Senado y Primer Ciudadano o *princeps:* ese día, surgió la nueva forma de gobierno que nosotros llamamos, siguiendo la denominación de los propios romanos, "Principado".

En la misma ocasión, Octavio recibió el título adicional por el que se le conoce universalmente y que se convirtió en su nombre personal. El Senado agregó a su primera denominación de *Imperator Caesar Divi filius* el título de "Augusto". Con anterioridad, ese epíteto solo se había aplicado a ciertos dioses para indicar implícitamente que eran "incrementadores" y creadores de algo diferente y mejor, la misma idea que se encuentra en la raíz de la creencia romana sobre el genio individual. Este título, pues, fue conferido a Octavio (a quien llamaremos de aquí en adelante Augusto) como el restaurador y el "incrementador" del Estado, y como hombre investido de la máxima autoridad (*auctoritas*), palabra esta derivada de la misma raíz que la palabra "Augusto". Los propios romanos desde hacía tiempo, llamaban a su Estado "Imperio Romano", es decir, la parte del mundo en que la autoridad del pueblo romano constituía la suprema ley; por eso, el representante de esa autoridad se convirtió, después del período revolucionario, en el "Emperador".

En el año 27 a. C. se inició un período en el que la resuelta actividad de Augusto creó una nueva constitución para el Imperio; Trataré de describir esa constitución en su totalidad, según la forma que asumió después de la declaración solemne de Augusto. En ella no había nada de sorprendente o de revolucionario: Sila, Pompeyo y César habían echado ya los cimientos de esa nueva construcción. Pero Augusto tuvo la habilidad de combinar los aportes de sus predecesores con las formas externas de la vida pública consagradas por muchos siglos de uso. Así se edificó el principado, y el hecho de que esa institución se mantuviera firme por cerca de dos siglos prueba que Augusto supo aprender las lecciones del pasado, calcular las fuerzas reales del Imperio y comprender la actitud mental de sus contemporáneos.

Sería inútil buscar una única fórmula constitucional que permita definir los resultados de lo que Augusto hizo en realidad. ¿Qué había creado él? ¿Era una monarquía, una diarquía compartida con el Senado o una restauración de la misma república? Los eruditos han discutido durante cincuenta años este problema de terminología y sus debates han sido por completo estériles. La tarea principal de Augusto fue precisamente la de borrar, con un trabajo minucioso y paciente, la distinción entre esas concepciones y, a la vez, suavizar las aristas en exceso afiladas. De ahí que la constitución que él creó pueda ser descrita, pero no definida con una sola palabra o una breve fórmula. Augusto quería que se lo considerase restaurador de la vieja constitución; insiste en esto enfáticamente al dar cuenta de sus actividades en el documento que su sucesor Tiberio hizo público, después de muerto Augusto, en Roma y las provincias. Pero cuando Tácito, desde la atalaya de la historia, pasó revista a la obra del Emperador cien años después de completada, vio claramente que esas manifestaciones no eran satisfactorias; de esa misma opinión habían sido ya algunos contemporáneos de Augusto. Éstos, así como los historiadores modernos, se inclinaban a simplificar la cuestión diciendo que Augusto creó una monarquía. Esas opiniones son acertadas y erróneas a la vez. Es imposible calificar el tipo de constitución creada por Augusto por medio de una fórmula única y simple. Por ese camino, dejaríamos de comprender su naturaleza esencial, que se gestó históricamente con diversos elementos.

Después que Augusto hubo derrotado a Antonio, su poder se basaba en el mando absoluto sobre las fuerzas armadas del Estado. Al renunciar a sus atribuciones extraordinarias, el año 27 a. C, también renunció a su mando sobre el ejército. Retuvo el título puramente militar del que ya hemos hablado con anterioridad, pero el Senado le restituyó de inmediato el mando sobre el ejército. No sabemos cómo habría actuado Augusto, si el Senado no lo hubiera hecho. El Senado le confirió el poder proconsular por diez años en todas las provincias en donde hubiera tropas destacadas, salvo África y Macedonia. Pero es notable el hecho de que el Senado no intentara quitarle el rilando; sus lazos con el ejército eran demasiado estrechos para que se pudieran romper mediante un simple decreto. No era posible desmovilizar de inmediato a todos los soldados que habían luchado al lado de Augusto o de Antonio. Algunos habían sido licenciados y se les había dado tierras, pero más de la

mitad, unos 250. 000 hombres, estaban todavía en filas y distribuidos en las provincias que necesitaban protección militar. También era necesario conservar la flota; de lo contrario, los piratas volverían a ser dueños del mar.

Roma precisaba un ejército permanente bien organizado y que, al mismo tiempo, no pudiera decir la última palabra en cuestiones políticas; en lo posible, debería permanecer neutral en tales asuntos. Por cierto, César y Antonio, heredero de sus ideas, habían reconocido la importancia de este punto y trataron de evitar el peligro formando un ejército que no se compusiera de ciudadanos romanos sino de habitantes de todo el Imperio. Fácilmente alistaron en sus legiones a los provinciales; los mejores, los que llegaban a ser centuriones, tenían abierta una espléndida carrera que podía culminar en el Senado. Pero Augusto no podía hacer lo mismo; su victoria era el triunfo de los ciudadanos sobre las provincias. El Estado que debía gobernar sería un Estado en que Italia y los romanos fueran señores y los provinciales, meros servidores y subditos. Un imperio de tales características solo podía ser defendido por un ejército cuyo núcleo estuviera constituido por ciudadanos romanos.

No se puede decir que Augusto superara esta dificultad, en la que se encontraba obligado por la fuerza de las circunstancias. Su organización del ejército fue una transacción. En este aspecto, como en otras esferas del Estado, Augusto convirtió en sistema las costumbres que se habían introducido durante las guerras civiles. El ejército romano se transformó en una fuerza permanente, no solo de hecho sino también en teoría. Constituían su núcleo las legiones de ciudadanos romanos, cuyo período de servicio se fijó, en el 63 a. C, en dieciséis aros, aumentando hasta veinte en el 52 a. C. En realidad, no todos los soldados recibían la honesta missio o "baja honrosa" al término de los veinte años; la dificultad de obtener nuevos reclutas y, por otra parte, el deseo de mantener en filas a hombres con experiencia y disciplinados, así como la necesidad de entregar a los veteranos tierras o dinero, todas esas consideraciones indujeron a Augusto y a sus sucesores a mantener en filas a hombres cuyo período de servicio había expirado. Se mantuvo el principio de que las legiones debían componerse de ciudadanos romanos. Bajo el gobierno de Augusto, los legionarios eran en su mayoría nativos de Italia y ciudadanos romanos de las provincias, pero, en ocasiones y en especial para el Oriente, esta regla no fue muy rigurosa y se siguió la costumbre que estableció Antonio. Augusto se reservó el derecho de conscripción y todos los ciudadanos estaban obligados, en principio, a servir en las legiones; pero ni él ni sus sucesores recurrieron a la conscripción salvo en momentos críticos. Después de las guerras civiles había muchos hombres dispuestos a entrar en el ejército y, en consecuencia, era muy fácil llenar las filas con voluntarios para un largo servicio.

Desde ese tiempo en adelante, las legiones del ejército permanente no se estacionaron nunca en Italia, sino en los lugares en donde había guerra o amenazaba ese peligro: en las provincias de Galia y España, en la región del Danubio, en Siria, Egipto y África, que tenían en sus fronteras pueblos fuertes y belicosos. Los soldados vivían en campamentos fortificados, aunque no permanentes; así era el caso, al menos, en teoría, pero, en la realidad, muchas de esas guarniciones se convirtieron en campamentos permanentes. Una legión no estaba fija en una provincia; en caso de necesidad, podía pasar a otra. Los soldados no podían casarse, en flagrante contradicción con las leyes de Augusto, según las cuales todo ciudadano romano tenía la obligación de crear una familia. El sistema de mando era, en general, el mismo que ya existía antes. Los centuriones todavía representaban la disciplina y la tradición, pero, por razones políticas, no se quedaban de un modo permanente en una legión particular, sino que pasaban de una a otra. Con Augusto terminó la posibilidad de que habían gozado los centuriones de ser promovidos a las dos clases superiores. Solo los pocos que pertenecían a la clase ecuestre podían aspirar a una carrera propia de esa clase. Todos los oficiales pertenecían a las clases privilegiadas. Como antes, algunos tribunos militares eran elegidos y otros, nombrados por el emperador; por norma ejercían sus mandos por poco tiempo. Superiores a éstos eran los comandantes de las legiones, que se llamaban legati; pertenecían a la clase senatorial y, por lo general, habían sido antes cuestores o pretores; como los tribunos y también por razones políticas, no desempeñaban sus cargos durante mucho tiempo. El mando supremo de un ejército

provincial lo ejercía el legado del Emperador en las provincias imperiales y un procónsul en las provincias senatoriales. El ejercicio de esos cargos rara vez se prolongaba más de un año. Oficiales, centuriones e incluso los soldados recibían una instrucción preliminar antes de entrar en el ejército. Por iniciativa del Emperador, los hijos de personas de clase senatorial o ecuestre recibían un adiestramiento especial en Roma; con" esa finalidad, formaron cuerpos especiales y su comandante honorario, llamado *princeps iuventutis* (jefe de la juventud), era el presunto heredero. Los primeros en llevar ese título fueron Cayo y Lucio, nietos de Augusto e hijos de Julia y Agripa. Las otras ciudades de Italia tuvieron instituciones similares, que retomaron la tarea de antiguas organizaciones que reunían a los jóvenes ciudadanos en un cuerpo o asociación única.

Augusto hizo una innovación cuando, en adición a las legiones destacadas en el extranjero, creó un cuerpo militar numeroso que tenía por objeto la guarda personal del Emperador. Todo comandante en servicio activo había dispuesto siempre de un cuerpo de este tipo, llamado "guardia del pretor" (cohors praetoria). Puesto que el comandante supremo en contradicción con las normas constitucionales establecidas por el Senado, debía residir de un modo permanente en Roma, era natural que sus guardas también tuvieran allí su cuartel general. No una, sino nueve cohortes (más tarde, se agregó una décima) exigía la dignidad del comandante en jefe de todas las tropas; cada cohorte se componía de mil hombres, que servían durante un período de doce años y, más tarde, de dieciséis; los oficiales (el prefecto del pretorio y los tribunos militares bajo sus órdenes) pertenecían a la clase ecuestre. Además de la guarda pretoriana había tres "cohortes urbanas" (urbanae cohortes), con asiento en Roma; se reclutaban entre los ciudadanos y formaban una policía militar. Había también siete cohortes de bomberos, en las cuales podían alistarse los libertos. Tanto los policías como los bomberos estaban mandados por prefectos propios. Finalmente, el palacio del Emperador estaba custodiado por bárbaros armados, en su mayoría germanos, que no se consideraban parte del ejército, sino al servicio de la casa imperial.

Una segunda innovación de Augusto, perpetuó un procedimiento al que el Senado había recurrido en la época republicana, pero solo en casos de emergencia. Se trata de la formación de un segundo ejército compuesto en su totalidad de provinciales. Eran regimientos de caballería e infantería (alae et cohortes) de mil o de quinientos hombres, comandados por oficiales romanos de la clase ecuestre; después de veinticinco años de servicio, los soldados pasaban a ser ciudadanos romanos. La formación de ese ejército, casi igual en número al primitivo ejército de ciudadanos, era una concesión a las ideas de César y también el reconocimiento del hecho de que Roma era ahora un imperio; pero tuvo una posición de inferioridad. Esas tropas se llamaban "auxiliares" (auxilia), y estaban agregadas a las legiones. Su objetivo era aligerar la carga del servicio militar para los ciudadanos y hacer innecesaria la conscripción forzosa. Los aliados de Roma, principalmente los reyes tributarios, enviaban tropas a Roma, en ciertas ocasiones, para reforzar al ejército romano.

Otra novedad fue la creación, de una flota permanente. Una sección se hallaba en Miseno y la otra en Ravena, en el Adriático. La tripulación se componía, al principio, de esclavos del Emperador; más tarde, fueron ciudadanos de las clases más bajas, libertos o provinciales. Los oficiales eran caballeros. La flota no era numerosa; es probable que el número de remeros, marinos y soldados no excediera de 10. 000 hombres. Los barcos eran pequeños y ligeros, y se utilizaban para fines de vigilancia, es decir, para ahuyentar y capturar piratas.

Pero la innovación principal con respecto al sistema republicano era que los asuntos militares quedaban fuera de la competencia del Senado y de la asamblea popular; tampoco incumbían tales asuntos a los magistrados anuales, cónsules y pretores; eso era atribución exclusiva del Emperador. Augusto no tenía el monopolio del poder militar (imperium); en teoría, correspondía a todos los cónsules, en Roma, y a todos los procónsules y propretores, en las provincias. Pero como los ejércitos tenían su destino, casi sin excepción, en las provincias gobernadas por Augusto "y, además, la guardia pretoriana defendía su persona, resultaba que, en definitiva, él tenía el control militar completo sobre las fuerzas militares.

El Senado confirió a Augusto el poder proconsular por diez años, en el 27 a. C, para qué gobernara

ciertas provincias, precisamente las que tenían enemigos en las fronteras y en las cuales, como era natural, se destinaban fuerzas armadas; ese poder se renovó cinco veces por períodos de cinco años. Su potestad en el ejército se extendía a todos los aspectos y cuestiones militares. Augusto nombraba los legados de legiones y de cohortes auxiliares, y a los prefectos y tribunos que mandaban la caballería. Todos ellos pertenecían a las clases senatorial y ecuestre. También nombraba a los centuriones o comandantes de las centurias en que se dividía la cohorte y a los asistentes no combatientes de los oficiales superiores.

Augusto era el único que tenía atribuciones para distribuir las tropas en las provincias y para determinar sus objetivos, militares o civiles; entre estos últimos se incluía la construcción de vías y puentes. Augusto pagaba a los legionarios, los cuales recibían la mitad de lo que percibían los guardas pretorianos, pero más que los auxiliares. Finalmente, fijaba y pagaba sus pensiones. (La institución de un sistema regular de pensiones fue otra innovación.) Con este objeto, se creó un fondo especial, el *aerarium militare*, en el que el propio Augusto puso una parte de su fortuna personal y en el que se vertía una porción de la renta pública. El nuevo sistema de organización militar confirió a Augusto un poder tan absoluto como el que había tenido César; la única diferencia estribaba en que su poder se hallaba disfrazado con otro nombre y asumía otras formas menos repulsivas para la tradición romana.

Sin embargo, es preciso observar que todas las disposiciones que acabamos de indicar no resolvieron el problema fundamental de Augusto. Con ellas, no se aseguraba la reposición de tropas, ni su capacidad para la guerra, ni tampoco su apartamiento de la política. Por tratarse de una fuerza armada compuesta de voluntarios de largo servicio, se corría el riesgo de que el ejército permanente se convirtiera en una casta, un cuerpo de combatientes profesionales distintos del resto de la población y sin ninguna simpatía por parte de esta última. Su poder bélico quedaba disminuido por las consideraciones políticas, que imposibilitaban la formación de un cuerpo de oficiales y suboficiales, bien adiestrados y en permanente relación con sus hombres. Por último, resultaba muy difícil garantizar la neutralidad política del ejército. Los guardas imperiales tendían a ejercer una fuerte influencia política e incluso los ejércitos provinciales advirtieron pronto que el Emperador dependería, tarde o temprano, de ellos para afirmar la fuerza y permanencia de su autoridad.

Un asunto de no menor importancia para comprender el sistema establecido por Augusto como princeps, es su relación con las finanzas del Estado y los recursos materiales del Imperio. No se modificó el sistema tributario y las rentas continuaron como antes. Los ciudadanos no pagaban impuestos sobre las tierras que poseían en Italia; la única carga a la que estaban sujetos era un impuesto del cinco por ciento del valor de los esclavos manumitidos y un impuesto sucesorio, también del cinco por ciento, que introdujo Augusto. en los últimos tiempos de su reinado (el 6 d. C). El Estado obtenía sus rentas fundamentalmente de los dominios que le pertenecían, incluidas las provincias; pero esas fuentes de ingresos no bastaban para cubrir los gastos de un gran ejército permanente. Por eso, durante el siglo I a. C, el Estado pagaba a los soldados mediante la guerra: el botín del que se apoderaban servía sobre todo para esa finalidad. En el campo de batalla, el ejército se mantenía por sus propios medios. Durante la guerra civil, los jefes de los ejércitos revolucionarios siguieron el mismo sistema; sus tropas se mantenían, en parte, con las propiedades confiscadas a los enemigos políticos y, en parte, saqueando las provincias escenario de las guerras. Al terminar las guerras civiles, no podía continuar tal estado de cosas. Mientras tanto, los gastos se habían elevado enormemente debido a la formación de la guardia pretoriana, el establecimiento de una flota permanente y la introducción de un sistema regular de pensiones. El ejército permanente estaba ahora en paz y sus campañas ocasionales no producían ingresos. Se invirtieron vastas sumas en las vías militares provinciales y también en las construcciones que Augusto mandó hacer en Roma; se hicieron gastos en magníficas exhibiciones en el Circo, teatros y anfiteatro; se requería más dinero para la distribución de cereal a los ciudadanos romanos, una institución que Augusto había heredado de la época republicana y que para entonces estaba firmemente establecida. Los ingresos ordinarios no bastaban para cubrir los gastos. Por otra parte, no era prudente introducir nuevas cargas en Italia o aumentar el peso del impuesto en las provincias; los itálicos y los provinciales, en especial estos últimos, habían sufrido duramente a causa de las guerras civiles y la única consecuencia del aumento de los impuestos sería el descontento universal. Era posible incrementar los ingresos, poco a poco, mediante un método más ordenado y sistemático en la recaudación, un severo control de las compañías arrendatarias de los impuestos hasta sustituirlas, si llegara el caso, por funcionarios estatales que se ocuparan de las recaudaciones. Un paso preliminar en ese sentido se inició con el censo general de la propiedad que se poseía en las provincias; Augusto fue el promotor. de tal censo que Druso, su hijastro, llevó a buen término en Galia; tal vez se hizo lo mismo en Galacia, Siria y Palestina, las nuevas provincias de Oriente. Pero todo eso exigía mucho tiempo y el dinero se necesitaba con urgencia. El Senado tenía plena conciencia de su incapacidad en este asunto; solo el *Princeps* estaba en condiciones de hacer algo para resolver el problema.

Augusto comprendió las ventajas de su posición. Después de la guerra civil, era el hombre más rico del Imperio. No sabemos cómo adquirió su asombrosa riqueza. En aquellos calamitosos años, ningún jefe revolucionario observaba cuidadosamente los límites entre la propiedad privada y la pública; además nadie tuvo la imprudencia de preguntárselo. La riqueza personal de Augusto siguió aumentando, incluso después de establecerse la paz, mediante legados de hombres acaudalados que le dejaban parte de su propiedad, sea por afecto personal o guiados por el deseo de legalizar títulos dudosos —después de la guerra civil todos los títulos de propiedad eran controvertibles— dando al jefe del Estado un interés directo en su validez. Su fortuna asumió proporciones todavía más gigantescas, si nos atenemos a las vagas afirmaciones de nuestras fuentes, en el sentido de que Egipto pasó a ser propiedad particular de Augusto a la muerte de Cleopatra. Aunque tal hecho estaba en contradicción con todas las tradiciones del derecho público romano, sin embargo, encajaría perfectamente con la teoría helenística, según la cual Egipto era propiedad personal de sus reyes. En todo caso, no es probable que la situación de Egipto estuviera definida con precisión desde el punto de vista del derecho público romano. Teóricamente, Egipto era una de las provincias romanas que se asignaron a Augusto para que las gobernara. Había legiones romanas destinadas allí, pero, de hecho, las tropas de Egipto no estaban mandadas por un senador, según la norma constitucional y la práctica en otras provincias, sino por un caballero, que gozaba de todos los derechos imperiales en su condición de lugarteniente personal del Emperador.

La posesión de esta inmensa riqueza permitió a Augusto encontrar un nuevo medio para hacerse indispensable al Estado. Más de una vez, acudió en socorro de la tesorería, a petición reiterada del Senado. Augusto sufragó los gastos de nuevas construcciones en Roma, pagó el grano que se debía distribuir entre los habitantes, contribuyó con su dinero para asegurar la pensión de los soldados, proveyó a la paga de sus guardias, compró tierras para sus veteranos, hizo donativos a los soldados y al populacho, y celebró espléndidos juegos. No es probable que el Estado tuviera que hacer gasto alguno en el mantenimiento de las provincias imperiales, provincias que gobernaba Augusto y en las que había dotaciones del ejército romano. Se suponía que los ingresos de esas provincias cubrirían los gastos de las tropas. Pero es probable que esos ingresos fueran insuficientes y Augusto pagara la diferencia de su propia bolsa.

De ahí que el Senado se abstuviera de inmiscuirse en las finanzas de las provincias imperiales. Las tesorerías de esas provincias se convirtieron en secciones de la tesorería privada del Emperador y las oficinas combinadas recibieron más tarde, bajo los sucesores de Augusto, el nombre de *fiscus* (fiscus es la palabra latina para talega). El fiscus y la propiedad personal del Emperador (patrimonium) solían ser administrados por los esclavos de confianza del Emperador y por sus libertos. En nombre del Emperador, recaudaban los impuestos en sus provincias y administraban los bienes que poseía en las provincias senatoriales, es decir, las gobernadas por magistrados romanos en nombre del Senado. El superintendente de sus cuentas, el administrador de su propiedad personal y sus agentes en las provincias, todos llevaban títulos especiales, el primero se llamaba a rationibus (encargado de las cuentas)- el segundo, a patrimonio y los agentes, procuratores. También tenía

cierto número de secretarios confidenciales, conocidos como *ab epistulis*, que se ocupaban de su correspondencia oficial y privada.

En tales condiciones, el papel que desempeñó Augusto en las finanzas del Estado fue de suma importancia. Sin su ayuda, hubiera sido inevitable la bancarrota o el recurso a los métodos expoliatorios de los tiempos republicanos. Como un asunto de puro trámite, el Senado aceptó de buen grado que Augusto organizara la recaudación de los impuestos sucesorios, muy desagradables para los ciudadanos, que se encargara del control de la administración del tesoro público en el templo de Saturno y que sus procuradores vigilaran a los procónsules, propretores y cuestores que el Senado enviaba para gobernar las provincias senatoriales. En el "ocaso de su vida y de su gobierno, Augusto era realmente el admnistrador del Imperio Romano, el cuidadoso mayordomo de los bienes públicos y el propietario de una inmensa riqueza que invertía principalmente en el Estado. El presupuesto del Estado se confundía, en gran medida, con el presupuesto del gobernante.

El ejército y las finanzas eran los dos grandes pilares en que descansaba el poder de Augusto. Como importante adición a ellos, debemos agregar la satisfacción general que producía el orden que él había establecido. Las provincias estaban contentas; después de los trastornos de la guerra civil, el nuevo sistema de gobierno controlado por el Emperador, que contrarrestaba la conducta arbitraria de los recaudadores de impuestos y reglamentaba la recaudación de los impuestos directos, les dio un respiro y una posibilidad de recuperación. No es, pues, extraño que, en Oriente los hombres comenzaran, ya en el año 29 a. C, a rendir honores divinos a Augusto. La situación en Italia era más complicada. Italia estaba satisfecha por haber logrado una pausa después de la guerra civil; pero no le bastaba. Cada sector de la población tenía sus propias aspiraciones y sus propias esperanzas. Pero Augusto consiguió satisfacer a todos esos sectores, con más o menos fortuna. En primer lugar, Italia continuó siendo el país dominante; no había la menor intención de sumergir su personalidad entre las provincias y el pueblo romano era todavía el señor del Imperio Romano. Tampoco existía el propósito de abolir la distinción entre las diferentes clases de ciudadanos: la antigua división en clases continuaba y aún más radicalmente definida que lo había sido antes. Un ciudadano ordinario no podía ascender a caballero ni éste a senador, salvo concesión especial del Emperador. El aspirante a la promoción debía poseer cierta fortuna y una conducta irreprochable. También debía lograr el consentimiento del Emperador para que se incluyera su nombre en la lista de candidatos.

Los senadores estaban mucho menos satisfechos que las otras clases con las disposiciones establecidas, si bien Augusto les hizo concesiones que resultaban muy generosas comparadas con el trato que César dio a esa clase. El Senado continuaba existiendo como consejo supremo de los magistrados y, en particular, del Emperador. Augusto los trataba con gran deferencia. Todos los asuntos públicos más importantes se debatían en el Senado y éste todavía administraba ciertas provincias. Los gobernadores de esas provincias y los de la mayoría de las provincias imperiales eran senadores. Augusto solía nombrar senadores para representarle dentro y fuera del Imperio en comisiones que le confiaban el Senado y el pueblo. Solo los senadores podían mandar las legiones. Los hijos de los senadores comenzaban su servicio militar como oficiales y no como simples soldados. Únicamente los miembros de las familias senatoriales eran elegibles para las magistraturas romanas; la mayoría de las curules vacantes en el Senado eran ocupadas por esos magistrados, cuando expiraba el período de su cargo.

Con todo, los senadores sabían muy bien que, aunque podían debatir los asuntos en calidad de consejo del Emperador, la decisión final dependía de éste y no de los senadores; también sabían que el futuro de cada uno de ellos dependía totalmente del Emperador. El pueblo solo elegía a los candidatos que él aprobaba de antemano. De vez en cuando, por mandato del pueblo, revisaba la lista de los senadores y expulsaba a los indignos. Podía nombrar a uno u otro senador, según quisiera, para mandar una parte de] ejército o para gobernar una provincia imperial. Ni siquiera se podía obtener una provincia senatorial, si el Emperador ponía objeciones. En su propia provincia, el gobernador ya no se sentía libre; sabía que lejos, en Roma, había siempre una mirada que vigilaba todo lo que él hacía. También sabía que debía contentarse con el generoso salario que se había

fijado para todos los gobernadores provinciales, para no correr el riesgo de volver a la patria y ser juzgado por un tribunal realmente imparcial, en el cual, una vez más, el Emperador era el verdadero juez. Por último, Augusto estaba siempre dispuesto a dar ayuda pecuniaria a los senadores empobrecidos que le fueran fieles. Era necesario poseer bienes estimados en no menos de un millón de sextercios para abrigar la esperanza de ser elegido senador y continuar en el cargo. Así, pues, el Senado y la clase senatorial dependían por completo de Augusto. Se sometieron a esa penosa necesidad, pero no se habrían sometido, si el Emperador no los hubiera dejado en plena posesión de sus privilegios sociales.

La segunda clase del Imperio era la de los caballeros, quienes no solo aceptaron la situación creada por Augusto, sino que lo apoyaron por todos los medios y demostraron ser sus partidarios de mayor confianza. Esta clase poderosa de hombres de negocios, que había salido fortalecida de las guerras civiles y, además, mucho más numerosa, a pesar de las víctimas que la guerra causó, no podía menos que estar satisfecha por el trato que le daba Augusto. El deshonroso pasado de muchos de ellos quedó olvidado; la clase fue declarada oficialmente segunda clase del Estado y rama hereditaria de la aristocracia. Los caballeros recibieron derechos definidos en la vida pública, como miembros de los tribunales, oficiales del ejército, agentes financieros del Emperador y gobernadores de ciertas provincias, tales como Egipto y las nuevas provincias de los Alpes. Había algunas desventajas: la esfera de su actividad se fue restringiendo poco a poco y, en particular, perdieron por completo el contralor absoluto sobre las transacciones relativas a la recaudación de impuestos, que antes ejercían; Augusto podía conferir los privilegios de la clase a ciertos individuos o bien quitárselos, según lo considerara oportuno; además descubrieron que el servicio militar en calidad de oficial no era un simple derecho sino un deber. Pero, en conjunto, esta clase ganó mucho más de lo que había perdido.

Tampoco el resto de la población itálica tenía razón alguna para estar descontento. Su número se había reducido enormemente durante las guerras civiles y su composición había cambiado casi por completo. A muchos, que antes habían sido personas acomodadas, les habían robado las tierras y los soldados licenciados habían ocupado su sitio. Pero esto ocurrió mucho antes de terminar la guerra civil y quienes habían perdido tierras se fueron adaptando como mejor pudieron a las nuevas condiciones. Las parcelas de tierra que se concedieron después de la batalla de Accio fueron entregadas con menos apremio y en forma más sistemática; las tierras para los veteranos no se tomaron por la fuerza, sino que se pagó por ellas. La transacción se hizo sin la menor sombra de odio y, por encima de todo, el tiempo de la incertidumbre por el mañana había pasado y los hombres podían respirar libremente, una vez más. La constante leva de soldados había acabado y ahora las filas estaban abiertas para todos los que desearan servir en el ejército. Las fuerzas armadas ya no merodeaban por el país ni estaban a cargo del pueblo; había garantías contra los saqueos y la amenaza de requisas compulsorias. La vida había vuelto a su cauce ordinario. Había excelentes perspectivas para los ciudadanos romanos que vivían en Italia. Por voluntad del Emperador o por los servicios prestados en el ejército o en la administración municipal, los miembros de la aristocracia local y de la burguesía podían adquirir la ciudadanía romana e incluso ascender a la clase ecuestre. El florecimiento de la industria y el comercio enriquecía a la clase de los libertos, una clase animosa y activa. Si los miembros de esa clase preferían servir al Estado, tenían excelentes oportunidades en la marina, en las brigadas contra incendios o en las actividades financieras.

Tenemos que mencionar, aunque sea brevemente, al proletariado romano. Esta clase pronto se conformó con la pérdida de su importancia política. El Estado mantenía a unos 200. 000, los cuales recibían una ración de cereal. Augusto sostenía la buena disposición de ánimo de los demás con empleos, diversiones y, en ocasiones, dinero.

La autoridad de Augusto se basaba, en parte, en su posición militar y, en su control de los ingresos del Estado y, también en parte, en la popularidad de que gozaba la nueva constitución entre las masas. La forma precisa con que revistió su posición directora del Estado era una cuestión de

importancia secundaria. Al determinar sus relaciones con los instrumentos de gobierno —los magistrados, el Senado y la asamblea popular— Augusto evitó toda apariencia de acción anticonstitucional. No quiso oír hablar de una dictadura, sea por un período limitado o con carácter vitalicio. Tampoco aceptó el título de "guardián de las leyes y de la moral". En el año 28 y el 27 a. C, renunció a todos los poderes extraordinarios que tenía y, al obrar de este modo, restauró la constitución volviendo a la forma que tenía antes de la dictadura de César. En teoría, Roma estaba gobernada, una vez más, por los magistrados, el Senado y la asamblea popular.

Si Augusto, uno de los magistrados romanos, era también el verdadero gobernante de Roma, tal hecho se debía a su encanto personal, a su autoridad moral y al deseo expresado claramente por el Senado y el pueblo. Desde ese punto de vista, Augusto era un segundo Pompeyo; era lo que Pompeyo hubiera deseado ser. Un decreto del Senado le confirió, como procónsul, el mando del ejército. Del pueblo recibió, como César, el poder tribunicio. Fue elegido cónsul año tras año hasta el 23 a. C; después, solo ejerció ese cargo en forma ocasional y en circunstancias excepcionales, a pesar de que los electores lo presionaban para que lo ejerciera sin interrupciones. Legalmente, el Estado estaba gobernado, como en tiempos pasados, por el Senado, salvo las provincias imperiales, que el propio Senado había transferido a Augusto, y salvo en los asuntos de gobierno que el Senado y el pueblo le habían pedido que tomara en sus manos, tales como el abastecimiento y distribución de grano extranjerq, el mantenimiento de los caminos y el orden y seguridad de la capital. Si, de hecho, era Augusto, y no el Senado ni la asamblea popular, el que gobernaba el Estado, ambas instituciones estaban satisfechas de que así fuera y eso sin presión alguna por parte de Augusto.

La firme y sensata política extranjera de Augusto también sirvió para fortalecer su principado. Resultó muy ventajoso el sistema de distribuir los ejércitos permanentes en las fronteras en donde hubiera amenaza de peligro; ese sistema aseguraba la paz y la posibilidad de desarrollo económico tanto en las provincias como en Italia. Aún seguían las guerras fronterizas; pero su objetivo actual era el de reforzar y rectificar las fronteras. Donde se consideraba necesario, se conquistaban nuevos territorios y se los anexaba a las provincias existentes. De ese modo, después de una guerra larga y agotadora, se conquistó la parte que aún se mantenía independiente en España y todo el país se dividió en tres provincias: Bética, gobernada por el Senado; Tarraconense y Lusitania, gobernadas por Augusto.

La situación era más complicada en la frontera oriental de la Galia, es decir, en el Rin, y también en el Danubio, en el territorio limítrofe de Macedonia y en la provincia romana de Iliria. Galia no había sido sometida y pacificada en forma total; se dividía en cuatro provincias: Narbonense, gobernada por el Senado; Aquitania, Lugdunense y Bélgica, gobernadas por el Emperador. De este modo, el Emperador podía prestar una atención especial a la frontera norte o, dicho de otra manera, a las relaciones entre Roma y las tribus germánicas. No es probable que entrara dentro de sus planes incluir a todos los germanos en el Imperio romano. La mayoría de ellos vivían de un modo tan primitivo y bárbaro, sin contacto alguno con la civilización grecorromana, que no podía imaginarse siguiera que esas selvas se convirtieran en provincia romana. Su plan fue más modesto. Augusto deseaba incorporar al Imperio a todas las tribus celtas y tracias del sur del Danubio, y a todas las tribus germanas del oeste del Elba, que ya habían entrado bajo la influencia romana, y de esta suerte, crear una frontera natural, que pudiera defenderse con facilidad y lo más ágilmente que fuese posible, que se extendería desde el Mar Negro al Mar del Norte pasando por el Danubio y el Elba. Augusto inició la conquista de los países del sur del Danubio y del este del Rin al comenzar su principado y la llevó a buen término sistemáticamente. En los años 35 y 34 a. C, mientras era triunviro, emprendió una guerra larga y tenaz contra las tribus ilíricas de iápodes y dálmatas, y de ese modo ganó para Roma una franja de la orilla oriental del Adriático, con todas sus ciudades griegas y semigriegas, en donde se comenzaba a establecer contacto con las nuevas colonias y puestos romanos del Danubio superior. Hubo otro nuevo avance cuando Tiberio y Druso, hijastros de Augusto, sometieron y pacificaron los distritos alpinos. Augusto había luchado allí anteriormente, en los años 35 y 34 a. C, y había sometido y exterminado a los sálasos en el año 25

a. C. Entre el 15 y el 13, sus hijastros continuaron su obra y las regiones alpinas pasaron a poder de Roma, dividiéndose en distritos militares y, más tarde, en pequeñas provincias gobernadas por los *procuratores* o agentes personales del Emperador. Antes aún, en el 29 y el 27 a. C, M. Licinio Craso, el gobernador de Macedonia, había llevado la frontera hasta el Danubio inferior, y obligó a someterse a Roma a las tribus nativas ilíricas y tracias.

Marco Lolio y C. Calpurnio Pisón continuaron la empresa, con importantes resultados; se fortificó el remo tributario de los odrisas en Tracia. Roma se convirtió en la protectora de las ciudades griegas de la orilla occidental del Mar Negro y estableció contactos con las colonias griegas de la orilla norte. En Mesia, situada en el bajo Danubio, se estableció también una guarnición militar.

Al mismo tiempo, la sumisión de Germania, al sur del Elba, y su conversión en provincia romana, fue realizándose de un modo sistemático. Esta misión fue confiada a Druso, hijastro de Augusto, gobernador de Galia y del territorio del Rin. Las operaciones comenzaron el año 12 a.C. y tuvieron éxito. No hubo una oposición seria por parte de los germanos. Pero, en el año 9 a. C, antes de completar su empresa, Druso se hirió mortalmente al caer de su caballo, cuando regresaba al Rin. Su hermano mayor, Tiberio, continuó la obra por dos años más; su mayor hazaña en el Rin fue la destrucción de los sigambros, hecho que causó sensación en Roma. En el año 6 a. C, hubo ciertas desavenencias entre Augusto y Tiberio, y éste tuvo que renunciar por algún tiempo a sus funciones públicas; los gobernadores de la frontera del Danubio dirigieron la política exterior de Roma en el norte del Danubio y el Rin. Siguieron otras campañas en el Rin. L. Domicio Ahenobarbo, un hábil general, que durante mucho tiempo mandó las tropas romanas, estuvo a punto de conquistar la Germania al sur del Elba y llevar la frontera hasta el Elba y el Danubio; todo lo que quedaba por hacer era destruir el poderoso reino de Maroboduo, en el territorio que hoy se llama Bohemia. En el año 6 d. C, se habían completado los preparativos para realizar una gran campaña dirigida por Tiberio, que había vuelto al comando del Rin dos años antes, cuando los romanos fueron detenidos por sucesivos desastres que terminaron por destruir la paciente obra de Druso y sus sucesores en Germania.

Las tribus panonias del sur del Danubio, sometidas parcialmente por Augusto en el 35 y el 34 a. C. iniciaron una formidable rebelión en la retaguardia del ejército; pronto se sumaron a ellas los dálmatas. La guerra era tan alarmante y el éxito de los rebeldes tan grande, que Italia se preparaba para una nueva invasión bárbara. Augusto movilizó apresuradamente todas las fuerzas del Imperio e incluso recurrió, por primera vez, a la leva obligatoria. El peligro desapareció gracias a las eficaces y bien planeadas operaciones de Tiberio; el joven hijo de Druso, Germánico, que luego sería famoso, sirvió a las órdenes de su tío. Apenas se había aplastado la rebelión y se había establecido el control romano sobre el Danubio, cuando ocurrió un nuevo desastre en el Rin. En el año 9 d. C, las legiones que mandaba L. Quintilio Varo hacían su acostumbrada marcha militar anual en Germania para construir vías y fortificar nuevos campamentos. Algunas tribus germanas, encabezadas por Arminio, un príncipe que había recibido su instrucción militar en Roma, lograron que Varo y sus hombres caveran en una trampa en la selva de Teutoburgo y a continuación, los cercaron. Varo cayó; tres legiones y cierto número de cohortes auxiliares fueron aniquiladas casi hasta el último hombre. Toda la obra de Augusto en Alemania se había derrumbado, al menos por el momento. Aunque se mantuvieron firmes en la frontera del Danubio, los romanos se vieron forzados a retirarse del Elba y a concentrar sus esfuerzos en fortificar el Rin. Como veremos más adelante, lo que en el reinado de Augusto parecía una retirada temporal se convirtió en una situación permanente.

En el Oriente, Augusto se abstuvo de ejercer una política de expansión. Egipto, como hemos dicho, había sido anexado a la muerte de Cleopatra. Las expediciones que desde Egipto hicieron Cayo Petronio, a Nubia, y Elio Galo, a Arabia, sirvieron para promover el comercio con África Central, Arabia Feliz e India. En el ano 20 a. C, se llegó a un acuerdo con los partos, por el cual estos últimos devolvían los prisioneros romanos y los estandartes tomados a Craso y Antonio. En Armenia, Augusto se contentó con ejercer una influencia indirecta, a través de Tos reyes nativos que subían al

trono con la ayuda romana y favorecían a sus protectores. Cayo, el nieto y heredero de Augusto, perdió la vida mientras instalaba en el trono de Armenia a uno de esos protegidos. En Asia Menor, Augusto siguió la política iniciada por sus predecesores, Pompeyo y César. Algunos distritos continuaban siendo reinos tributarios, mientras otros, como Galacia, se convertían en provincias romanas. Augusto nunca se vio obligado a hacer una guerra regular en Asia, porque en realidad no se puede denominar así a la pacificación de las tribus de merodeadores de las montañas de Pisidia. La población del Imperio Romano fue perdiendo interés en los asuntos exteriores, a medida que esos asuntos y el control militar se iba concentrando en manos de Augusto. El peligro de una invasión extranjera había desaparecido; solo se emprendían guerras Para reforzar las fronteras; incluso las provincias fronterizas no temían ya la irrupción de tribus vecinas. Y así, el prestigio de Augusto, como defensor y guardián del Estado, subió a una inaccesible altura.

Por más de cuarenta años, Augusto fue el jefe indiscutido del Imperio Romano, el princeps de la población civil y el imperator del ejército. Durante ese lapso se aquietó el encrespado mar de las conmociones civiles. Volvieron la paz y la prosperidad, y se asentaron de modo permanente en el Imperio. Pero el período cruel de las guerras civiles no había pasado sin dejar profundas huellas en los romanos. La actitud mental de las clases dirigentes había sufrido un cambio completo; los hombres dejaron de interesarse en el Estado y en los asuntos públicos, que habían sido de importancia vital para ellos en los pasados siglos. Tras los horrores de las guerras civiles, la idea de la libertad civil —una idea que los romanos relacionaban íntimamente a la idea del Estado— se había hecho inseparable, en la mente de la mayoría de los hombres, de la anarquía y la confusión, tan frescos todavía en la memoria de la generación contemporánea de Augusto. La antigua noción de libertad política no halló nada para sustituirla. Cuesta trabajo creer que el evangelio predicado por Horacio en sus odas "romanas" —el evangelio de la sumisión y el silencio y del constante trabajo por el Estado— pudiera satisfacer a los ciudadanos y llenar el vacío que había dejado el viejo ideal. El funcionario y el subdito constituían aspectos nuevos y no bien acogidos de la vida diaria, y no resultaba fácil idealizarlos. Es natural, pues, que un velo sombrío, impregnado de pesimismo, cubriera toda la producción intelectual y literaria de este período.

En el mundo antiguo, la masa de la población nunca alcanzó, ni en Oriente ni en Occidente, una manera de pensar racionalista y científica. Tal posición mental era rara incluso en el sector educado de la sociedad grecorromana: la religión seguía inspirando su concepción general de. la vida. Ya he dicho anteriormente cómo la filosofía, en particular el estoicismo se adapta a la religión. De esta relación, surgen nuevas doctrinas, tales como el neopitagorismo, con su misticismo y su interés predominante por la vida futura. Poco a poco, esas doctrinas, incluso el epicureismo racionalista, se transformaron en sistemas, con todos los detalles elaborados con rigor y aceptados por sus partidarios como verdades absolutas. La investigación filosófica tendió, cada vez más, a convertirse en lo que llamamos "dogma". Además, tanto el estoicismo como el neopitagorismo dieron una forma abiertamente religiosa a sus dogmas y redujeron la filosofía a un sistema religioso más que filosófico. Poco a poco, el dogma se transformó en teología.

De los dos- sistemas antedichos, el estoicismo era el más ampliamente difundido -en la época de Augusto. La doctrina estoica era en extremo flexible y se podía adaptar con facilidad a las nuevas condiciones; era clara, lógica y fácil de dominar. Los romanos estaban ya familiarizados con este sistema, el cual, a su vez, se había adaptado a la creencia de este pueblo en la perfección de su constitución, o, dicho de otro modo, en la perfección del sistema por el que la oligarquía de la ciudad-Estado gobernaba sobre el mundo entero. Pero ahora, bajo la influencia de las mudanzas que habían tenido lugar en el Imperio Romano, el estoicismo reconstruyó su enseñanza política y volvió a los principios de Zenón y Crisipo, fundadores de la escuela. Esa doctrina dejó de interesarse en el Estado. Trató como cosas baladíes a las formas de gobierno, pero sostuvo que la monarquía ofrece la máxima libertad interior al individuo, si el monarca es el mejor hombre de un Estado en el cual se incluye la humanidad entera. Pero el Estado es una cosa de importancia secundaria; lo que verdaderamente importa es el mejoramiento moral del individuo, con una autodisciplina perseverante y sin flaquezas, un sólido sentido del deber hacia sí mismo y hacia el prójimo, y la mayor indiferencia hacia los asuntos corrientes de la vida como cosas de poca monta. El ideal estoico era la ataraxia, el perfecto equilibrio del espíritu. Si puede alcanzar ese ideal, el hombre no teme ni siquiera a la muerte. En caso de necesidad, el hombre es libre de refugiarse en el suicidio. La suprema guía de la vida personal del hombre es la deidad, la encarnación de la razón universal, única a pesar de sus múltiples formas, que gobierna y penetra el mundo entero.

Esta teoría religiosa, moral y filosófica, profundamente racionalista en su esencia, tuvo gran difusión en particular entre las clases superiores de la sociedad romana, pero no podía satisfacer a la

mayoría de los que buscaban consuelo en la filosofía. Tanto los encumbrados como los humildes habían sufrido por igual conmociones de tal envergadura que no podían encontrar fácilmente la paz en la abstracta ataraxia de los estoicos; durante muchos años, todos los ciudadanos habían visto, cara a cara y casi a diario, el espectro de la muerte violenta. Por eso, las mentes de esos hombres se volvieron hacia el misterio de la vida futura pidiendo a la religión y a la filosofía una respuesta a sus interrogantes. Pero el estoicismo estaba sordo. No es sorprendente, pues, que un gran número de personas dirigieran los ojos hacia el neopitagorismo, con su escatología mística y su preocupación por el más allá. Rela-cionadas con esto había corrientes puramente religiosas, de origen griego y poco afectadas por la filosofía. Me refiero a los misterios eleusinos, que estaban impregnados por las doctrinas órficas, en las que ocupaba lugar destacado la revelación de una vida futura. La decoración de muchas tumbas romanas, en la época de Augusto y aún más tarde, muestra la influencia del neopitagorismo y de las ideas órficas. Virgilio fue el más típico y mejor dotado intérprete del espíritu de su tiempo y es importante observar cómo su poesía está saturada de fantasías escatológicas abrevadas en esas fuentes. Tampoco es sorprendente que muchos hombres sintieran atracción por la astrología, con sus pretensiones de ciencia, su doctrina de la "simpatía" universal y las posibilidades que ofrecía de asomarse hacia el futuro.

En forma paralela a esas tendencias filosóficas y religiosas, encontramos una actitud diferente en hombres que no estrujan sus mentes con graves problemas y que se limitan a gozar de la vida; Augusto hizo posible ese disfrute de la vida. Este punto de vista materialista se contenta con ampararse en las frases y términos del epicureismo, pero está tan lejos de la verdadera enseñanza de Epicuro como de la posición científica y racionalista que, a veces, adopta a manera de disfraz. Ovidio y otros muchos poetas de la época de Augusto constituyen típicos ejemplos de ese hedonismo y a ese mismo espíritu responde Trimalción. un liberto rico y analfabeto del sur de Italia, héroe de una narración que Petronio escribió durante el reinado de Nerón.

Todas esas corrientes de opinión revelan un impulso instintivo para volver a una posición religiosa pura, a una fórmula, sea la que fuere, que respondiera a todas las dificultades y calmase todas las dudas y temores. Esto es verdad incluso en el caso del materialismo que se cubre con el nombre de Epicuro. Una ola religiosa, que asciende gradualmente, se apodera, cada vez con mayor fuerza, de los corazones y gana victo-ría tras victoria sobre el racionalismo y la ciencia. Este proceso se puede ver con más claridad en el incremento del culto divino a los emperadores. Dos¹ corrientes se encuentran aquí, una que viene de arriba y la otra, de abajo. He hablado ya de las ideas fundamentales corrientes en el mundo antiguo que condujeron al culto de los hombres deificados, en especial de Alejandro Magno y de sus sucesores. Ni la religión ni la filosofía antiguas habían trazado una linea divisoria bien definida entre lo humano y lo divino. De ahí la creencia en un Mesías, en la encarnación de un poder divino en una forma humana, para salvar y regenerar a la agonizante humanidad. Hércules y Apolo eran legendarios salvadores de ese tipo. Los libros sibilinos, estrechamente relacionados con el culto de Apolo e influidos por las ideas mesiánicas del Oriente, hablaban de la posibilidad de que esos dioses volvieran de nuevo. Se creía que en un momento crítico aparecería el hombre-dios, el salvador o Soter. Podría presentarse en la forma de un dios que sufre por el hombre o, tal vez, como el divino vencedor del Mal, para inundar de luz las tinieblas en que la humanidad estaba hundida. La famosa égloga cuarta de Virgilio y algunas odas de Horacio prueban con cuánta firmeza creían los hombres en la posibilidad de tal acontecimiento y cuan profundamente había calado en la mente de los hombres educados esa idea, combinada con las fantasías astrológicas y neopitagóricas.

En medio de tales ideas se habían criado los contemporáneos de Augusto que, con él, habían sobrevivido a los horrores de la guerra civil. Parecía natural que se considerara un milagro, una inferencia del poder divino en los asuntos terrenales, esa paz que vino de pronto e inesperadamente, tras décadas de anarquía y de luchas intestinas, y de sucesivas victorias de un aventurero sobre otro. ¡Cuántos de éstos había visto esa generación! Era fácil relacionar ese milagro con la persona de Augusto y mirarlo como la encarnación del poder divino, el Mesías, el salvador. La figura de

Augusto, tan prosaica, tan opuesta a lo divino, quedaba oculta a los ojos de los hombres tras un velo de misticismo y de hechizo. Nuevo Apolo, venció a los poderes de la oscuridad, y restauró la paz y la civilización. Las nebulosas profecías sibilinas se habían convertido en una verdad: el Mesías había aparecido trayendo consigo una nueva era en la historia humana, una nueva Edad de Oro (saeculum novum aureum). Augusto, el Salvador se asemejaba a Apolo, conquistador del Mal, más que los martirizados dioses Hércules y Dionisio. Algunos vieron en Augusto, creador de la paz y la prosperidad, los rasgos del buen dios Mercurio, promotor de riqueza y civilización, el mensajero divino que proclama ante el mundo la nueva era; pero Apolo fue el preferido, por ser uno de los antepasados del que la familia Julia se consideraba descendiente, y aliado de Augusto en su victoria sobre Antonio.

No sabemos, ni es probable que lo lleguemos a saber, si el propio Augusto se creyó una encarnación de la divinidad o si creía en la divina protección de Apolo. Pero lo cierto es que se dio perfecta cuenta de la opinión corriente al respecto, tan visible en la sociedad de su tiempo y, con plena conciencia, dirigió esa corriente Por una vía bien determinada. El templo. de Apolo en el Palatino, al lado de su propia residencia, el templo de Venus Genetrix, en el foro de César, que recordaba el origen divino de la familia, el templo de Marte el Vengador en el foro de Augusto, cuya leyenda iba unida al origen de la historia de Roma y de la casa Julia, la ceremonia de los Juegos Seculares, para significar el fin de la confusión y el comienzo de una nueva era, los altares de la Paz y de la Fortuna Favorable, en el Campo de Marte, todo lo antedicho encajaba a la perfección con las ideas y esperanzas de Roma e Italia en la época de Augusto.

En todas partes, al lado de la deidad, vemos la figura de Augusto. La religión y el Estado se combinaban en su persona. Hacía ya mucho tiempo que los ciudadanos romanos y los provinciales se habían acostumbrado a rendir culto al poder divino del Estado bajo la forma de la gran diosa "Roma" que se representaba en el arte a la manera de Atenea, la gran diosa de la civilización griega y de la sociedad organizada. Al lado de "Roma" se alzaba la misteriosa figura de Vesta, símbolo del corazón de la gran "casa" romana y del eterno fuego del hogar. Ahora, se agrega un símbolo más y una fuente de la grandeza romana, el *genius*, el divino poder creador *(numen)* que pertenece a Augusto, jefe de la gran familia romana. Esta combinación armonizaba plenamente con las concepciones religiosas del ciudadano romano; él seguía fiel al primitivo credo de su raza, la creencia en los dioses del hogar doméstico, en el genio de la casa, en los *genii* de hombres unidos en sociedades religiosas y en el *genius* de la gran familia victoriosa del Estado romano.

De esas dos fuentes, la creencia mística en un Mesías y la creencia en un *genius* divino que mora en el hombre, nació el culto de Augusto, un culto combinado de un modo inseparable con el culto al Estado. En Oriente, pronto se extendió la creencia en que Augusto era la encarnación de la divinidad y su imagen se colocó al lado de la diosa Roma, a la que se rendía culto desde mucho tiempo atrás. En Italia y entre los ciudadanos romanos residentes en las provincias, el culto al genio de Augusto se incluyó de modo natural entre los otros cultos de las familias, corporaciones y comunidades y, por último, en las uniones de esas comunidades en las provincias romanizadas de España, Galia y África. En todas partes, prevaleció la misma idea: la identidad del Estado y de su jefe en su divina esencia. Augusto no podía dejar de advertir y de utilizar esa actitud mental. que forjó una base religiosa para el trono que había usurpado. Pero ni él mismo ni los poetas que patrocinaba inventaron esa creencia, ni la impusieron a Italia y las provincias. En lo esencial, no se hallaba en contradicción con las formas del pensar filosófico y religioso más difundidas entre las clases elevadas e inteligentes de la sociedad romana; además, se encontraba arraigada con firmeza en la población de Italia y de las provincias.

Sin embargo, la disposición de ánimo que prevalecía, en particular entre las clases dirigentes, era de profundo pesimismo. Nadie tomó la nueva era por un cielo en la tierra. Los contemporáneos de Augusto se inclinaban a situar la edad de oro en el pasado, más que en el presente o en el futuro. Este pesimismo corre a lo largo de la literatura imaginativa de la época de Augusto; también se manifiesta en toda la restauración que emprende Augusto, en especial en la esfera de la religión. La

poesía de Virgilio y de sus contemporáneos despliega su imaginación para idealizar el lejano pasado en que Roma era realmente sana y la literatura histórica de la época, sobre todo la gran historia de Tito Livio, obra literaria e histórica a la vez, está impregnada del mismo espíritu. Hasta en las obras sobre la Antigüedad que tratan de la primera constitución y de la primitiva religión de Roma aparece ese mismo desaliento.

La acción de Augusto, que restaura antiguas reliquias de la ruina y salva del olvido ritos primitivos, armoniza cabalmente con ese movimiento literario. El mismo sabor de arcaísmo se desprende de su restauración de la moralidad pública, de sus leyes suntuarias y de sus disposiciones sobre el matrimonio. 'Lo vemos hasta en la educación de los jóvenes nobles: el entrenamiento físico y militar necesario para los que habían de servir al Estado se revestía de formas que Augusto descubrió en la olvidada lejanía del tiempo. Los muchachos muestran su habilidad en la equitación mediante el "Juego Troyano", una antigua diversión semimilitar semirreligiosa. Se pasaba revista a los jóvenes en la plaza ante el templo de Marte el Vengador, el protector del ejército en la antigua Roma, y los ejercicios militares de los jóvenes y de los adolescentes se realizaban en el Campo de Marte. En las -ciudades provinciales, se formaban cuerpos juveniles similares, bajo la advocación de los dioses de la antigua Roma y de Italia.

Pero esta resurrección del pasado encubre también nuevos desarrollos. Paralela a la restauración, hay un construir renovado, que se expresa creando un nuevo arte para el Imperio, un arte cuyo máximo triunfo es la propia ciudad imperial. Se introdujo sistema y orden en el caos de las construcciones, algunas de ellas espléndidas, pero erigidas al azar por los jefes revolucionarios. Roma se convierte en la verdadera capital del mundo, en la que se combinan su pasado republicano con su presente monárquico, la ciudad de un pueblo soberano con una residencia para el jefe de este pueblo. Augusto prestó especial atención al corazón de la ciudad antigua, el Foro y las partes adyacentes. El Capitolio, con sus templos, se alzó como antes por encima del Foro, pero, a su lado y, por ende, dominando el Foro, se construyó una residencia en el Palatino para que el princeps viviera en ella, en la proximidad del templo de Apolo y del santuario de Vesta. También allí se preservaron cuidadosamente las reliquias de la Roma de los reyes, relacionada con el Palatino desde tiempos inmemoriales: la cabana de Rómulo, el más antiguo lugar de adivinación y la cueva del Lupercal. En el Foro. Augusto no se contentó con la restauración, sino que perpetuó su propia memoria y la de su padre deificado en una serie de nuevas construcciones. El templo del Divino Julio y la basílica que lleva su nombre agregaron un aspecto personal y muy nuevo a lo que había sido un centro de los asuntos políticos y comerciales de la Roma republicana. Se añadió un segundo Foro, consagrado al deificado padre de Augusto y en el que se hallaba el templo de Venus Genetrix; luego se trazó un tercer Foro, que llevaba el nombre del propio Augusto, construido en torno al templo de Marte el Vengador, que había castigado a los asesinos de César y de este modo había creado el nuevo orden de cosas.

Pero el lugar principal de las actividades constructoras del Emperador fue el *Campus Mariius*, que era en sí una nueva y espléndida construcción. Aquí también predominaban las construcciones sagradas, pero no hubo restauración; las edificaciones eran nuevas y dedicadas al culto relacionado con el principado. Entre todos ellos, se destaca un gracioso altar de la Paz, otro a la Fortuna y el Mausoleo del Emperador y su familia rodeado de un parque; junto a ellos había pilares majestuosos erigidos por sus amigos y colaboradores y por su familia; el Panteón de Agripa, en donde la estatua de Augusto, modestamente colocada en el vestíbulo, se asociaba con las imágenes de los dioses supremos en el propio templo; baños palatinos para el pueblo, obra también de Agripa; el palacio de Marcelo, sobrino del Emperador, no lejos del espléndido teatro de Pompeyo; un gran edificio construido para las reuniones popularos y dedicado a la memoria de César. Estas edificaciones y muchas más. ejemplos clásicos de la nueva arquitectura y escultura, glorificaban a Augusto de un modo u otro; conmemoraban sus servicios al Estado, su patriotismo, su munificencia, su piedad y sus magníficos actos. Una larga inscripción, escrita por el propio Augusto en un lenguaje simple y preciso, servía para referir la misma historia. Todos los romanos podían leerla después de la muerte

del Emperador, al entrar en el Mausoleo, su monumento y templo. El mismo tema se repite en los relieves (todavía existentes) en el altar de la paz y en la escultura de otros monumentos contemporáneos dedicados a la glorificación y culto de Augusto o al de su familia y otros parientes. La calidad artística de esos monumentos está en consonancia con su objetivo: siguen el verdadero estilo del arte imperial, frío, solemne, majestuoso. Por todas partes campea una idea única: la grandeza de Roma y de Augusto.

No nos puede sorprender de ninguna manera este cúmulo de arte. No hay que olvidar que ya se habían hecho muchas obras, incluso bajo las desfavorables condiciones de la era republicana, y que los mejores artistas griegos y helenísticos habían encontrado refugio en Italia. Tampoco es extraño que, en el terreno literario, el genio romano no diera signos de agotamiento. La época de Augusto produjo valiosos rivales de Cicerón y Catulo. Los más eminentes son los grandes poetas relacionados con Augusto a través de Gayo Mecenas, un amante apasionado de la literatura y el arte, amigo y consejero del Emperador.

Se suele considerar a ese grupo, en el que sobresalen Virgilio y Horacio, como poetas palaciegos cuyo objetivo era el de glorificar a Augusto. La mayoría de ellos habían sido arruinados por la revolución y despendían de la ayuda de Augusto y de sus amigos. Pero no es probable que Augusto les obligara a aceptar sus puntos de vista. No deben a su protección el hecho de que ya en vida se les reconociera como clásicos por todos los que hablaban latín. También en este asunto, como en los otros. Augusto dio pruebas de su conocimiento de la naturaleza humana y de su receptividad ante los sentimientos dominantes. Él sabía que tanto Virgilio como Horacio no tendrían más salida que escribir en su favor; comprendió que esos genios expresarían, en una serie de imágenes inolvidables, las ideas fundamentales de su reinado. Es imposible que Augusto sugiriera a Virgilio las ardientes palabras que leemos en muchas páginas de la Eneida; esas palabras brotaban del propio corazón del poeta y hallaron oyentes y lectores no solo en Augusto y su familia, sino en todos los romanos sin excepción. El tema principal del poema es la grandeza de Roma y de Augusto. Esa grandeza fue sentida por otros y no solo por Virgilio: el temperamento de Horacio es más frío y más sobrio; sin embargo, también reconoce a Augusto como salvador y creador de una nueva era y, de buen grado, le rinde tributo de agradecimiento y reverencia. Es de notar que ninguno de esos poetas, salvo Virgilio, dedica una gran obra ai propio Augusto. Cuando éste les sugirió que celebrasen sus hazañas en verso, todos se negaron cortésmente y en casi idénticos términos todavía podemos leer esa negativa. Incluso en Virgilio es preciso leer entre líneas para encontrar el nombre de Augusto: su héroe es una persona diferente: un romano piadoso y consciente, Eneas de Troya.

La mayoría de los poetas de esta época esquivan la redacción de poemas largos y serios sobre temas políticos. Prefieren los detalles personales; se interesan en sus propias experiencias emocionales o en incidentes que les han ocurrido a ellos o a sus amigos.

Su actitud frente al resto del mundo es condenatoria y un tanto despectiva o, al menos, irónica, como vemos en las *Sátiras* y las *Epístolas* de Horacio. Se cuidan muy poco de la religión; ninguno de ellos escribió algo que pudiera parangonarse con el himno que el escéptico Lucrecio dirigió a Venus. Este asunto lo tratan de un modo fantasista y, algunas veces, como en los *Fastos* de Ovidio, como una cosa arqueológica. Las únicas excepciones a esta regla las constituyen Virgilio, con sus ideas neopitagóricas, y Horacio, que refleja en sus odas algunos aspectos de las creencias primitivas de Italia. Todos los poetas, con la excepción de Virgilio, repiten la misma frase: "Vive y disfruta de tu vida". Pero esta frase ha perdido el placer de vivir que se respira en la primitiva poesía griega; se siente, en el trasfondo, el pesimismo que impregna todo este período. Ovidio, el más joven del grupo, es también el más ligero y desenfadado. Pero él se desliza por la superficie de la vida como si temiera adentrarse demasiado en ella, Ni siquiera las calamidades le hacen sentir con seriedad la terrible tragedia de la vida. La Roma de Augusto parece vivir con plenitud y una gran actividad creadora, pero los poetas mismos parecen entrever que su canto no es un preludio, sino la última nota de un himno triunfal en honor de la Edad de Oro.

LA DINASTÍA JULIO - CLAUDIA

Augusto murió en el año 14 d. C. después de gobernar a Roma por más de cuarenta años de paz. Consideraba que el principado sería una institución permanente y no un arreglo temporal que debía acabar al mismo tiempo que su propia vida; quería que su poder fuera hereditario. Como su salud era precaria y sufría muchas enfermedades, Augusto siempre tuvo la precaución, a lo largo de su reinado, de mantener a su lado a alguna persona a quien trataba como heredero; lo señalaba como tal al darle participación en el poder proconsular e investirlo con la inviolabilidad de un tribuno. El primero de ellos fue su sobrino Marcelo, que se casó con la hija del Emperador, Julia; pero era un joven enfermizo y murió en el año 23 a. C. Su segundo heredero y presunto sucesor fue Agripa, que también se casó con Julia a la muerte de Marcelo. Agripa cedió el sitio a Gayo y a Lucio, los hijos que tuvo con Julia. Pero también éstos murieron jóvenes. Hacia las postrimerías de su vida, Augusto se vio obligado a adoptar, contra su voluntad y por influencia de su esposa Livia, al único miembro de su familia que reunía las cualidades precisas para tomar sobre sus hombros la carga del gobierno. Éste era Tiberio Claudio Nerón, el hijo que Livia había tenido con su primer esposo. Su hermano, Druso, muerto en el año 9 a. C, durante la victoriosa campaña en Germania, había dejado un hijo, Germánico, un joven de gran porvenir, que Tiberio adoptó a petición de Augusto. De esta manera, el Emperador trataba de procurar que a la muerte de Tiberio, que tenía más de cincuenta años el 14 d. C, la sucesión no pasara al hijo de Tiberio, Druso, sino a Germánico.

La autoridad personal de Augusto, unida al sentimiento universal de que la existencia del principado era indispensable para el mantenimiento de la paz y el orden, fueron los factores esenciales que permitieron a Tiberio encargarse del poder sin resistencia alguna. El ejército lo reconoció como Emperador y le juró obediencia inmediatamente después de la muerte de Augusto. Más tarde, el Senado le confirió todos los poderes especiales que habían hecho de Augusto el señor del Estado. A partir de ese momento hasta el suicidio de Nerón, el trono fue ocupado por miembros de la casa Claudia: los dos primeros fueron adoptados por los Julios. Tácito, el último gran historiador romano, nos describe en sus *Anales* la transferencia de poder de uno a otro miembro de esta familia, los rasgos personales de cada uno y los incidentes de su reinado. Sus Historias nos pintan la caída de ese poder y el tiempo de confusión que terminó con la subida al poder de otra familia, los Flavios, que tampoco dejaban de tener cierto parentesco con Augusto. Es asombroso el genio de Tácito y su capacidad de penetración en las mentalidades de los diversos gobernantes y de las personas que rodeaban el trono. Los que deseen conocer los caracteres de los sucesores inmediatos de Augusto pueden y deben leer todo cuanto queda de esas dos obras. Cuanto se ha escrito más tarde sobre esta época, sea obra de historiadores antiguos o modernos, es un descolorido reflejo de su genio o extractos áridos e inanimados de sus escritos.

No se puede afirmar que las condiciones en que vivieron los sucesores de Augusto fueran favorables. Todos comprendieron que, si gobernaban, era simplemente por ser los herederos de la popularidad, la autoridad y la divinidad de Augusto, y no a causa de sus propios méritos o por servicios prestados al país. Ninguno de ellos poseía genio o encanto personal. Su parentesco con Augusto era lo único que podían alegar para ocupar el cargo de que disfrutaban. Tiberio era un competente general del antiguo tino romano, estricto, metódico y sinceramente entregado a su país. Las mismas virtudes mostró como estadista y gobernante. Pero carecía de la energía creadora que inspiraba todos los actos de su predecesor. Tampoco poseía ese notable don de Augusto para entenderse con otros hombres, fascinarlos, lograr que le sirvieran y escoger con acierto las cabezas más claras para su servicio.

Calígula sucedió a Tiberio y reinó desde el año 37 al 41 d. C. Hijo de Germánico, se había criado en un constante temor por su vida, rodeado de intrigas palaciegas y en compañía de príncipes helenísticos, jóvenes y corrompidos, que residían en Roma como rehenes o para hacer valer sus aspiraciones a algunos de los tronos de Oriente. Como sobrevivió a todos sus hermanos, Calígula fue el único miembro (por adopción) de la familia Julia que quedaba vivo a la muerte de Tiberio. El

ascenso al trono trastornó su cabeza, que ya era bastante débil de por sí. Su breve reinado dio pruebas definitivas de su desequilibrio mental.

Claudio sucedió a su sobrino Calígula y reinó desde el 41 al 54 d. C; su padre Druso, hermano de Tiberio, murió durante el reinado de Augusto. Nunca perteneció a la familia Julia y no esperaba subir al trono. Pero cuando unos pocos conspiradores acabaron violentamente con Calígula, la guardia pretoriana proclamó Emperador a Claudio, a falta de otro mejor. Sus actos

mostraron el sentido ce¹ deber y e! tradicional patriotismo do la familia Claudia, pero, débil de cuerpo y de espíritu, pronto se convirtió en un simple instrumento de sus esposas, Mesalina y Agripina, y de sus libertos.

Nerón, el último emperador emparentado con Augusto, reinó desde el 54 al 68 d. C. Su madre fue Agripina, hija de Germánico y segunda esposa de Claudio. Nerón era hijo de aquélla y fruto de su primer matrimonio con Cneo Domicio Ahenobarbo. Tenía grandes dotes y un carácter sumamente contradictorio. También la forma de ascender al trono fue irregular; lo consiguió gracias a la ambición ilimitada de su madre, que no vaciló en envenenar a Claudio. Para conservar el poder, Nerón se vio obligado a asesinar a su hermanastro y a su madre.

Tales eran las condiciones en que subían al trono los sucesores de Augusto. Ninguno de ellos estaba convencido de su derecho a ocupar ese puesto supremo. Todos vivían a la luz cada vez más débil del encanto que ejercía el fundador de la linea. Así se explica que el mayor cuidado de los emperadores del siglo I fuese asegurar su posición. Todos temían a rivales cuyos derechos eran iguales o superiores a los suyos. Todos estaban asustados ante el espectro, un espectro en verdad, ya que no tenía sustancia alguna, de un Senado que volviera al poder. Por eso, sus vidas están llenas de intrigas palaciegas en las que las mujeres, más ambiciosas y capaces que los hombres, desempeñan un papel decisivo. Las conspiraciones, reales o imaginarias, son constantes y dan lugar a crímenes, cometidos a veces por los emperadores, aunque otras se los atribuyen los cientos de murmuradores que pululan por Roma, la capital del mundo, en ¡a que la persona y la familia del gobernante constituyen el centro de mayor interés.

Todos esos emperadores no solo temían a sus rivales personales, sino también los intentos del Senado para reafirmar de nuevo su poder. El Senado continuaba siendo una institución temible e impresionante; no se puede negar que algunos senadores todavía alimentaban la esperanza de recobrar su antigua posición, pero es indudable que, en tanto cuerpo, no hizo nada para preparar esa resurrección. Unos pocos confiaban en que algún día llegaría a recobrar su fuerza, pero la mayoría era escéptica y no dio un solo paso en ese sentido. Sin embargo, los gobernantes estaban tan inquietos que cualquier signo de oposición en el Senado se exageraba enormemente y cada conspiración, real o imaginaria, motivaba una matanza sistemática de los más eminentes miembros de la aristocracia. De ese modo, las más nobles familias se fueron desvaneciendo, una tras otra, de la escena y llevaron consigo los sueños de restaurar la antigua constitución con el Senado a la cabeza

La atmósfera que rodeaba a estos príncipes se hallaba impregnada, sin duda alguna, de culpa y crimen. Tiberio, el mejor de los cuatro, estaba ya amargado y deprimido por la fría hostilidad de Augusto y se encontró, desde el comienzo mismo de su reinado, en una situación muy embarazosa. A su lado se alzaba la imponente figura de Livia, la viuda de Augusto, a la que él debía su ascenso al poder. La mayoría de los que habían ocupado cargos importantes en el reinado anterior y muchos aristócratas romanos le eran hostiles. Les desagradaba su orgullo, su reserva y su frialdad, y se negaban a reconocerle el derecho a gobernar. La oposición sabía que Tiberio no estaba muy dispuesto a relegar a su propio hijo, Druso en favor de Germánico, a quien se había visto obligado a adoptar y, por eso, sus oponentes elogiaban a Germánico, general eminente, hasta hacer de él un ser casi sobrehumano. La vida en la corte se hizo casi irrespirable cuando Germánico murió en Oriente, a donde se le había enviado como gobernador. Es muy probable que muriera de muerte natural, pero tal tipo de muerte en un joven era increíble para esa generación. La esposa y los hijos de Germánico, así como el pueblo de Roma, estaban convencidos de que había sido víctima de un

crimen maquinado por Tiberio y Livia.

No es, pues, sorprendente que Tiberio se fuera de Roma, en donde estaba rodeado de intrigas y odios, y que instalara su residencia en Capri. Desde allí, trató de gobernar el Imperio. El único hombre en que confiaba era Seyano. prefecto de la guardia pretoriana. Lo dejó en Roma como representante suyo y lo autorizó para que instalara sus hombres en cuarteles situados en uno de los arrabales, a fin de asegurar su posición. De este modo, Seyano se convirtió en gobernante virtual de la ciudad. Entretanto, como cosa normal, continuaron sin interrupción las intrigas palaciegas y la rivalidad entre los parientes de Druso y de Germánico, hasta que Seyano decidió aprovechar esas querellas para satisfacer sus propias ambiciones. Esperaba suceder a Tiberio. Una serie de oscuros y horribles crímenes tuvieron lugar: la muerte de Druso, envenenado por su esposa, a quien Seyano había seducido; el aniquilamiento de los hijos de Agripina, uno tras otro: el destierro y muerte de la propia Agripina: por último, el descubrimiento de que Seyano estaba conspirando contra el Emperador, su ejecución y el subsiguiente período de confusión y horror que arrastró por igual a culpables e inocentes.

El caso de Tiberio es típico y se repitió en todos sus sucesores. El loco Calígula vivía en constante temor de las conspiraciones y destruyó sin merced a todos los. que él temía. Fue tan lejos en sus decisiones que el pueblo romano llegó a sentir una verdadera repugnancia por él. Educado entre jóvenes príncipes, vastagos de las familias reales autócratas del Oriente, exigía honores divinos y no solo se declaraba *princeps*, es decir primer ciudadano de Roma, al menos en teoría, sino "señor y dios" *(dominas et deus)*; además, despertó la cólera popular cuando. introdujo en la corte costumbres orientales. Calígula mantuvo relaciones públicas con sus propias hermanas y proclamó a una de ellas esposa y diosa. No es, pues, de extrañar que pronto cayera víctima de una conspiración de los oficiales de la guardia pretoriana.

La misma atmósfera rodeaba a Claudio. Durante los cinco primeros años de su reinado solo fue un mero muñeco, al menos en sus relaciones con la aristocracia romana, manejado por Mesalina, su frivola y corrompida esposa. Sus libertos favoritos se oponían a Mesalina con todas sus fuerzas. Aterrorizado por el espectro de la conspiración y ante el temor de que Mesalina pusiera en el trono a Silio, uno de sus amantes, Claudio, presionado por sus libertos, consintió en dar muerte a Mesalina. Pero de inmediato pasó a ser otra vez un muñeco en manos de otra mujer imperiosa, su sobrina Agripina, cuya única razón para casarse con Claudio fue la de acabar con la vida de éste y poner en el trono vacante a su propio hijo, Nerón. El principado, cruel y terrible en los últimos años de Tiberio v de Calígula, bajo Claudio, no solo fue terrible sino también ridículo. Por último, vino Nerón. A su lado se alzaba, como constante amenaza a su poder, su hermanastro, el joven Británico, hijo de Mesalina y Claudio, y heredero legal al trono. Nerón inauguró su reinado con el asesinato de Británico. Luego, la imperiosa Agripina trató de dominar a su hijo, no menos imperioso, y de convertirlo en un instrumento entre sus manos. Una idea fija domina a Nerón: escaparse del control de su madre. Sus favoritos le animan en sus propósitos. Su segundo crimen es el cobarde asesinato de Agripina. Ahora gobierna solo, pero se siente obstaculizado por Séneca y Burro, que lo habían educado y deseaban guiar sus juveniles pasos. También los aleja, pero ahora se enfrenta con la hostilidad y el desprecio de los que le rodean. Las clases dirigentes de la sociedad se le oponen silenciosa pero tenazmente. Comienza un reinado de terror y la matanza de todos los que Nerón considera contrarios a su persona y a sus métodos de gobierno. El principado conserva su fuerza, pero ahora incita sentimientos de repugnancia y horror.

El creciente disgusto suscitado por las extravagancias de la corte fortaleció a la oposición que, por una vez tuvo el valor suficiente no solo para morir sino también para asestar con valentía un golpe. Nerón, cuyo único apoyo era la guardia pretoriana, nunca se presentó ante los ejércitos en las provincias y las legiones estaban descontentas. La oposición aprovechó este hecho. Los ejércitos se hallaban informados de la conducta de Nerón y de los flagrantes ataques a la tradición romana, en especial de su pasión por el teatro, sus presentaciones en escena y su marcada preferencia por los griegos en detrimento de los romanos. Los generales con mando efectivo en el ejército, en su

condición de legados del Emperador, ejercían poderosa influencia sobre las tropas. La rebelión armada contra el Emperador comenzó en Galia; su grito de guerra era: "¡abajo el tirano!" Los rebeldes querían entronizar a cualquiera que quisiera seguir el camino señalado por Augusto, conservando la forma constitucional que aquel emperador creó y actuando dentro de los límites de la constitución como un princeps. Ya no podían soportar por más tiempo al tirano, al "señor y dios". El nuevo gobernante no dejaría de ser constitucional, porque estaría estrechamente relacionado con el Senado. El estandarte de la rebelión fue enarbolado por Víndex en la Galia. Las legiones de Germania aplastaron ese movimiento, por considerar que se dirigía contra Roma y no contra Nerón; pero tampoco esas legiones deseaban que Nerón continuara reinando. Al final, el Emperador se vio obligado a suicidarse.

Surgió entonces el problema de la sucesión. ¿Quién iba a restaurar la "libertad" que el tirano había suprimido, una persona nombrada por la guardia pretoriana o el comandante de un ejército provincial? Al principio, pareció que prevalecerían las provincias. Cuando Virginio Rufo, comandante de las legiones de Germania, se negó a reinar, el ejército de España proclamó emperador a Galba, y tanto los otros ejércitos como el Senado aceptaron la elección. Pero cuando se presentó en Roma, los pretorianos lo eliminaron, por temor a la pérdida de sus privilegios, y pusieron en el trono a Otón. Las legiones destacadas en Germania se rebelaron y proclamaron emperador a Vitelio. Éste se dirigió hacia Roma y venció a los pretorianos en las llanuras del norte de Italia. Pero entonces aparece un cuarto candidato, T. Flavio Vespasiano, hombrado por los ejércitos de Oriente. El ejército del Danubio se declaró en su favor y destronó a Vitelio. Vespasiano vino a Roma y, gracias a su experiencia, sangre fría y firmeza, pudo fundar una dinastía que duró un tiempo considerable. Así acabó el año 69 d. C, el año de los cuatro emperadores; el principado triunfó una vez más como institución permanente, como idea, pero era claro que el príncipe debía ser un gobernante constitucional. Todavía no había llegado el momento propicio para un despotismo militar sin tapujos.

Este triunfo del principado como institución se expresó en ,. una ley especial propuesta por Vespasiano y aceptada por el Senado: la *Lex de imperio Vespasiani* o ley para definir las atribuciones de Vespasiano. Además, era más amplia de lo que indica el título. Era el primer intento para definir por escrito las relaciones entre el *princeps* y el Estado. No contenía nada nuevo. Vespasiano se limitó a reunir todo lo que ya había sido adopta do en la práctica por cerca de un siglo. En esta ley se enumeraban, uno tras otro, los derechos y deberes del gobernante, en los que Augusto había fundamentado su supremacía y que habían sido alterados en algunos detalles por sus sucesores. De esta manera, el turbulento "año de los cuatro emperadores", como nuestros tratadistas han llamado al año 69 d. C, no condujo a una tiranía militar ejercida por un favorito de los soldados, sino al restablecimiento del principado tal como lo había ideado Augusto.

Durante los cien años que separan a Vespasiano de Augusto, el principado como tal había conservado inconmovibles sus fundamentos esenciales. Salvo el intento de Calígula de convertirlo en una monarquía absoluta, todos los emperadores siguieron con firmeza la política de Augusto en los asuntos interiores y exteriores. Cuando Tiberio transfirió al Senado la elección de magistrados, que había sido antes potestad de la asamblea popular, ese emperador no hizo otra cosa que llevar a término un proceso, iniciado por Augusto, por el cual la asamblea del pueblo perdía toda su importancia política. En el remado de Claudio, sus libertos eran los funcionarios civiles que gobernaban el Imperio y la creciente importancia que alcanzaban esos funcionarios era consecuencia natural del control que los emperadores ejercían sobre los asuntos públicos. Del mismo modo, la influencia personal del gobernante en los asuntos tendía a concentrar la administración de la hacienda pública en sus manos o en las de sus funcionarios, caballeros o libertos, que eran sus subordinados personales. Pero ese control iba perdiendo gradualmente su carácter personal y se convirtió, poco a poco, en una parte de la maquinaria gubernamental. La línea divisoria entre la propiedad privada del gobernante y la del Estado se debilita y oscurece cada vez más.

También la política extranjera iniciada por Augusto se mantuvo con firmeza. Las circunstancias habían hecho que Augusto adoptara una política defensiva en las fronteras —en Germania, el Danubio y el Eufrates— y la misma política siguió resueltamente su sucesor, Tiberio. Trató de crear una fuerte frontera militar con una cadena de legiones y fuerzas auxiliares, capaces de atacar y de defenderse en cualquier momento. Ni Tiberio ni sus sucesores intentaron ganar territorios en Germania. El plan de una frontera en el Elba que Augusto había concebido terminó por ser abandonado, pero Germánico mostró el poder de las armas. romanas mediante varias campañas en el interior de Germania.

La diplomacia de Tiberio supo sembrar la discordia entre las tribus con tanto ingenio que ahora resultaba imposible una alianza general al mando de un solo jefe, como la que anteriormente había formado Arminio con alguna fortuna.

Tiberio y sus sucesores mantuvieron en el Danubio la misma política. Allí, la frontera estaba unida con la del Rin mediante la nueva provincia de Retía (de la que formaba parte la actual Suiza) y con Macedonia, incluido el reino tributario de Tracia entre las provincias romanas. La primera de esas medidas fue tomada por Tiberio y la segunda la llevó a cabo Claudio. Entre Grecia y Dalmacia (antes Ilírico) se formó, durante el reinado de Nerón, la nueva provincia de Epiro. En tiempos de Claudio, una flota y un ejército romanos se presentaron por primera vez en Crimea en apoyo del reino del Bosforo y de la ciudad de Quesorneso, en la contienda con sus vecinos escitas y sármatas, que eran iranios, y para luchar contra los piratas que infectaban el Mar Negro. En el Norte, Claudio comenzó la conquista de Britania con el objeto de incluir a todos los pueblos celtas en el Imperio romano

En el Oriente, durante el siglo I d. C, la situación era más complicada. El objetivo de los emperadores romanos en ese sector era reforzar la frontera del Eufrates. Para alcanzar esa finalidad, era fundamental introducir orden y uniformidad en la organización de las posesiones romanas en Asia Menor y Siria. Ambos territorios se iban transformando gradualmente en una serie de provincias romanas y los restantes reinos tributarios se convirtieron en posesiones romanas. Esa política se llevó a cabo con particular energía en tiempos de Claudio y Nerón, y condujo, durante el reinado del último emperador, a un conflicto largo y sangriento con Judea. La conquista de Judea fue realizada por Vespasiano y, una vez que éste fue proclamado Emperador, por su hijo Tito. Hubo una larga guerra coronada por la victoria en Armenia, en donde el general de Nerón, Corbulón. demostró sus brillantes dotes bélicas. En las postrimerías de su reinado, Nerón pensó en realizar un vasto plan que probablemente César había concebido ya: anexar toda la costa del Mar Negro y convertir a Armenia, Georgia y Crimea en provincias romanas. En el año de su muerte, estaba preparando un gran ejército para esa campaña. El plan de Nerón fue abandonado por Vespasiano, cuya política oriental se concentraba en la creación de una frontera militar verdaderamente fuerte contra Partía. Armenia, Georgia y el Bosforo continuaron siendo reinos vasallos.

Por último, en África, el objetivo principal era la seguridad de la frontera en las provincias romanas de África y Numidia, y en Mauritania (hoy Marruecos). Se necesitaba protección contra las belicosas tribus que ocupaban las llanuras del sur de la provincia de África o las montañas del Aurés y Marruecos. Esos enemigos fueron aniquilados mediante continuas expediciones y sus tierras pasaron a ser, poco a poco, provincias romanas. La frontera sur del imperio avanzó hasta los bordes del desierto y, en el oeste, Claudio anexó la provincia de Mauritania.

Fue de suma importancia la obra que realizaron los emperadores al reglamentar el gobierno de las provincias imperiales y senatoriales, en particular estas últimas. Por una parte, se reforzó el control personal del gobernante por medio de sus agentes financieros; por otra, las reuniones de representantes de las diversas ciudades, que se efectuaban para rendir el culto debido al Emperador, permitieron elevar quejas ante el Emperador y el Senado de Roma en caso de que los gobernadores abusaran dé sus atribuciones, Un tercer punto de gran importancia es la desaparición gradual de las compañías arrendatarias que se ocupaban de la recaudación de los impuestos directos e indirectos. Su lugar fue ocupado por funcionarios imperiales o procuradores, que actuaban en nombre del

Emperador, tanto en las provincias imperiales como en las senatoriales. Todos esos hombres, salvo los que desempeñaban funciones elevadas, eran esclavos o libertos imperiales; tenían sus oficinas centrales en las capitales y otras, secundarias, en las pequeñas localidades. Todos estos hilos de la organización financiera se juntaban en la tesorería personal del Emperador, de la que ya hemos hablado. De esta forma, la administración financiera del Imperio se fue convirtiendo, poco a poco, en una elaborada máquina financiera que los emperadores dirigían desde el centro. El Senado tenía poco que ver con el gobierno del Imperio, salvo la administración de los asuntos de Italia: podía recomendar al Emperador candidatos para los gobiernos provinciales, investigar quejas elevadas contra esos gobernadores, alterar leyes que afectasen a las provincias senatoriales y examinar algunos problemas de política exterior o provincial, cuando el Emperador los pusiera bajo su consideración.

Esta maquinaria administrativa funcionaba con suavidad y firmeza; la política exterior de los emperadores era coherente y la defensa de las fronteras, firme. Se prestó especial atención a la seguridad y conveniencia de las comunicaciones a través del Imperio, mediante la construcción de flotas armadas para la vigilancia de los mares y la extensión de la red de caminos militares. Todo eso produjo un fuerte impacto en la imaginación popular. Los hombres no sentían inquietud ante el mañana, porque creían que el estado actual de cosas era seguro y permanente; convencidos de que el sistema planeado por Augusto respondía a sus objetivos, estaban dispuestos a apoyarlo por todos los medios. El resultado de esa convicción fue el extraordinario aumento de la actividad en todas las ramas de la vida económica e intelectual. El efecto se evidenció en la vida intelectual y en el arte. En el mundo antiguo nunca se había extendido tanto como en ese momento el interés por la educación. En Oriente y Occidente, miles de escuelas enseñaban a los niños de las ciudades latín o griego, y algunas, en particular en Occidente, ambas lenguas. Obras que acababan de publicar los libreros de Roma se conocían inmediatamente en España, Galia y África. Todos los hombres educados de Occidente conocían los nombres de los grandes escritores del Oriente, de los principales hombres de ciencia, profesores y filósofos. A pesar del empleo de dos lenguas, la cultura del Imperio se fue haciendo cada vez más uniforme. Italia era todavía el centro principal de la producción literaria. El Oriente aún no había tenido tiempo para recuperarse de los daños de las guerras civiles, aunque también allí se observaban signos de un renacimiento. Uno de los principales hombres de letras de esa época fue Dión, nativo de Bitinia, orador, filósofo y político; se lo llamó Crisóstomo, "pico de oro", y tuvo una participación muy activa en la resistencia contra Domiciano. El Occidente produjo una sucesión regular de grandes poetas y prosistas. Séneca, el tutor de Nerón, poeta, filósofo y publicista, Persio, el satírico, Lucano, el autor de un poema épico sobre la guerra civil, condenado a muerte por Nerón, Petronio, otra víctima de Nerón, aunque antes había sido su favorito, elegante y cáustico escritor, y agudo observador de la vida cotidiana, todos ellos se leían con gran interés en todo el Imperio. Los poetas más importantes del período flavio, Marcial, el epigramista, y Estacio, el poeta épico, comenzaron a ser famosos. Esa literatura pertenecía por entero a los tiempos presentes, se basaba en tópicos del día y, a menudo, de la hora, evitaba los asuntos serios y abstrusos, salvo la filosofía, retrataba el lado peor de la vida, pero soslayaba toda investigación profunda de los problemas sociales y morales, era viva, elegante, de forma perfecta y se adaptaba completamente a los gustos de sus lectores. Por desdicha, no sabemos casi nada de las obras históricas de ese período que expresaban los sentimientos oposicionistas de las clases superiores, porque casi todas fueron destruidas por el temor exagerado y la ciega vesanía de los gobernantes. Sin embargo, aún se puede oír el eco de todo eso en muchas páginas de Tácito. Tácito, gran historiador, con un profundo conocimiento de la naturaleza humana, nos ha legado una maravillosa galería de retratos característicos: los emperadores, sus familias y las más eminentes figuras de la alta sociedad del siglo I d. C. Tácito es el último gran escritor romano. Su estilo, tajante, lleno de brillantez y atormentado, refleja con fidelidad los sentimientos de la alta clase senatorial a la que pertenecía.

También en el arte, en particular en la gran arquitectura imperial iniciada por Augusto, hubo un

extraordinario florecimiento en este período. En Roma, Italia y las provincias, se alzaron una serie de construcciones. Mencionaremos, en especial, las monumentales thermae o baños públicos de Nerón y Tito, con sus vastos vestíbulos y lujosas columnatas, enormes cúpulas y techos abovedados, mientras que la disposición interior es extraordinaria por la generosidad de su diseño y la brillantez de su colorido. El Coliseo, el noble anfiteatro de los Flavios, tiene fama universal. No menos notables son los numerosos arcos triunfales, cubiertos todos ellos con relieves históricos y alegóricos y coronados con la estatua de un emperador a caballo o conduciendo un carro de guerra. Esos relieves indicaban el objetivo principal del monumento y, al mismo tiempo, representan un gran progreso en la perfección artística. Constituyen la mejor prueba de la maestría que alcanzó la escultura en el siglo I d. C. El relieve se convierte, por primera vez, en una verdadera pintura, llena de vida y movimiento. La distribución de las figuras en los diversos planos, el realismo y la variedad de los agrupamientos, los juegos de luz y sombra, todo eso da al relieve una expresión que contrasta con la fría y monótona solidez del período primitivo. Basta comparar la escultura del Altar de la Paz, de la que ya hablamos anteriormente, con los arcos triunfales de Claudio y, más aún, con los de los emperadores Flavios. Los relieves del Arco de Triunfo de Tito, en los que se representa una procesión triunfal después de la conquista de Judea se pueden considerar como las más altas realizaciones del arte imperial romano.

XVII LA ÉPOCA DEL DESPOTISMO ILUSTRADO: LOS FLAVIOS Y LOS ANTONINOS

El poder que ejercieron los sucesores de Augusto era puramente personal y su manera de vivir algo más que objetable; la atmósfera estaba cargada de intrigas, crímenes y escándalos. De ahí que surgiera entre las clases dirigentes del Imperio una fuerte oposición al principado como institución. Los predicadores de la moral estoica, cuya influencia sobre el sector ilustrado de la sociedad aumentaba incesantemente, lanzaron una teoría que chocaba con los puntos de vista de los emperadores que sucedieron a Augusto. Cada uno de esos gobernantes consideraba su autoridad como un derecho personal, fundado en su parentesco con Augusto. Pero de acuerdo con los estoicos, era falso considerar al principado como una cosa que tuviera por única misión satisfacer la ambición personal o como un despotismo basado en la violencia y la fuerza. El poder, decían, había sido confiado por Dios al hombre que fuese moral e intelectualmente superior al resto de la comunidad, y el debido ejercicio de sus atribuciones era un deber que Dios había impuesto al hombre elegido, una pesada obligación personal. Según la enseñanza estoica, el gobernante, príncipe o rey, no era el dueño, sino el servidor de la humanidad. Debía trabajar por el bienestar de todos, no en interés propio ni para mantenerse en el poder.

Esta teoría no era nueva. Creada y sostenida por los cínicos, había pasado a los estoicos y era compartida por gran número de gobernantes de la época helenística. Era también, en cierto modo, el fundamento de la nueva moralidad que Augusto dictó por boca de Horacio a sus contemporáneos y, en particular, a la clase que servía al Imperio que él mismo creó. Poco a poco, la fue adoptando casi toda la sociedad romana y sus partidarios obligaron a los gobernantes a prestarle atención. Esas opiniones fueron defendidas con valentía por muchas víctimas que perecieron en el período de terror que provocó Nerón.

Sin embargo, los acontecimientos que siguieron a la muerte de Nerón demostraron que la monarquía era inevitable, de un modo o de otro, que el ejército y una buena parte del pueblo solo reconocían esa forma de gobierno y que una campaña para restaurar el antiguo sistema senatorial además de inútil resultaría infinitamente dañina porqué solo podría conducir al resurgimiento de la guerra civil con todos sus horrores. Por ese motivo, la sociedad romana no protestó al aparecer una nueva dinastía en el trono, aunque su elevación a la suprema magistratura se debiera en gran medida al azar. Los hombres confiaban en que el principado regenerado mostraría al mundo un ejemplo del poder en manos de "el mejor", ejercido con el debido respeto a las formas constitucionales establecidas y sin perjudicar los privilegios de las clases superiores.

Esas esperanzas no quedaron, en general, defraudadas en los reinados de Vespasiano y de su hijo mayor, Tito. Hemos visto que Vespasiano consideraba a su gobierno, en teoría al menos, como una continuación del principado de Augusto y que Tito se aproximó verdaderamente al ideal estoico. Pero, de hecho, el poder de Vespasiano descansaba por entero en su relación con el ejército. Como Augusto lo había hecho con anterioridad, Vespasiano tomó el título de imperator como nombre personal, para afirmar de ese modo su mando sobre los soldados y también la naturaleza hereditaria e ilimitada de su autoridad. Tal cosa se puede inferir de sus persistentes intentos para limitar la sucesión a su propia familia. Toda la oposición combatió con vigor sus planes; sostenían que el heredero al trono debía ser "el mejor de los mejores", o, dicho de otro modo, el mejor entre los senadores, sin tener en cuenta el parentesco con el gobernante del momento. Esa aspiración engendró tirantes relaciones, incluso en vida de Vespasiano. Pero él y su hijo gobernaron únicamente por espacio de doce años. Ambos estuvieron muy ocupados con el restablecimiento del Estado y, en particular, de sus finanzas, que habían quedado tambaleantes por las absurdas extravagancias de Nerón y los gastos de la guerra civil de los años 69 y 70 d. C. Por esa razón, se abstuvieron de llevar el problema de la sucesión hasta sus últimas consecuencias y se mantuvieron, en la medida de lo posible, dentro de los límites de la constitución de Augusto.

Domiciano, hijo menor de Vespasiano y tercer gobernante de los Flavios, hizo imposible toda avenencia. Rechazó la teoría de "el mejor hombre" como gobernante del Estado y, más aún, dedujo las conclusiones lógicas e inevitables de ese rechazo. Tomó el camino trazado por César y seguido por Antonio y Calígula, hasta poner de relieve en todos sus actos la naturaleza absoluta de su poder y el carácter sagrado de su persona. Domiciano exigía una sumisión ciega y se apoyaba únicamente en el ejército, al que sobornaba añadiendo a la paga sumas considerables, tanto para los oficiales como para los soldados. Sin embargo, como luego veremos, no solo había razones militares sino también políticas para esos aumentos en las soldadas.

La tentativa de convertirse en un autócrata de tipo helenístico estaba en contradicción con las esperanzas y las opiniones de la sociedad romana, y tropezó con una fuerte oposición por parte de todas las clases. La deslealtad del Senado se suprimió con gran crueldad, so pretexto de encauzar a los "filósofos" o, dicho de otro modo, a los que sostenían y predicaban la nueva teoría de la justa relación entre el gobernante y sus subditos. Pero la oposición no quedó limitada a Roma; también se extendió a las provincias. El descontento bullía en el mundo helenístico y en Alejandría, su capital intelectual. Cierto número de filósofos griegos, algunos de los cuales, como Dión Crisóstomo, habían sido expulsados de Roma, atacaban con elocuencia a la "tiranía", para defender la verdadera teoría del poder real según los estoicos. Apolonio de Tíana, filósofo y profeta, clarividente y milagrero, se convirtió en su ídolo. Por último, Domiciano cayó víctima de una intriga palaciega. Aunque la ocasión de su muerte fue accidental, es indudable que tuvo por origen el creciente resentimiento contra su política.

Como sucesor de Domiciano, el Senado y los ejércitos proclamaron a Cayo Cocceyo Nerva, que pertenecía a una antigua y noble familia romana. El cambio de gobernantes se realizó sin derramamiento de sangre. Nerva, hombre muy respetado, pero de edad avanzada, reinó del 96 al 98 d. C. Comenzó por hacer concesiones a la opinión pública. Uno de sus primeros actos fue adoptar a Marco Ulpio Trajano, miembro de una familia romana residente en España, umversalmente reconocido como general hábil y experto, y considerado también como un sincero creyente en la teoría estoica de gobierno. Con Nerva y Trajano se inicia un nuevo capítulo de la historia del principado, cuyo aspecto fundamental es el buen entendimiento entre la autoridad suprema y la comunidad. Ésta reconocía, de una vez para siempre, que el principado era indispensable y estaba dispuesta a servirlo. A su vez, el *princeps* aceptaba la teoría estoica relativa al poder imperial en toda su amplitud y, tácitamente, se comprometía a respetar los sentimientos y mantener los privilegios de las clases dirigentes; también decidía respetar las antiguas formas constitucionales y actuar, en apariencia al menos, no como un monarca con poder ilimitado, sino como el primero y el mejor ciudadano libremente reconocido como tal por el Estado.

No hubo en el principado cambios esenciales surgidos de esas concesiones. Por el contrario, el poder del *princeps* aumentó gracias a su reconciliación con la comunidad: se volvió menos restringido y más autocrático. Agradecidos por conservar sus privilegios de clases y su elevada posición en el Estado, los senadores estaban dispuestos, a su vez, a someterse ante la necesidad y a convertirse en un mero cuerpo consultivo del Emperador. Sin embargo, los emperadores habían adquirido un compromiso moral ante la opinión pública por haber aceptado la teoría estoica del deber del gobernante; tanto más comprometidos cuanto que todos ellos aceptaban esa teoría sin reservas y adaptaban su conducta personal a tales principios. Esto se advierte con claridad en el hecho de que renunciaran a la idea de un imperio hereditario, transmitido dentro de la misma familia. Esa renuncia era tanto más fácil de realizar cuanto que varios emperadores carecían de descendencia directa. La adopción sustituyó a la herencia y los emperadores trataron honestamente de escoger como sucesores a los hombres mejores o a los jóvenes más prometedores de la aristocracia

El sistema de adopción produjo excelentes resultados. Roma nunca había tenido una sucesión de gobernantes capaces, honestos, duros en el trabajo, patriotas y conscientes, como los que se sucedieron en el trono en los primeros setenta y cinco años del siglo II. Los emperadores diferían en

carácter, temperamento y origen, algunos pertenecían a la nobleza itálica, otros a la provincial, pero todos se guiaron por el mismo principio y pusieron en primer término su deber de trabajar por el Estado y el Imperio, de actuar en provecho de todos sus subditos.

Después del corto reinado de Nerva, su sucesor, Trajano, que gobernó del 98 al 117 d. C, echó los cimientos de la nueva política. Trajano es el más extraordinario de todos los sucesores de Augusto. Era un gran genio militar y un estadista de grandes miras, que advirtió con claridad los problemas inmediatos del Imperio y los peligros que lo amenazaban del exterior. Además fue un excelente administrador, que se ocupaba de todos los detalles del gobierno y dirigía en persona a sus subordinados, elegidos cuidadosamente entre los miembros de la aristocracia. Su correspondencia con Plinio, hombre de buena cuna, muy educado y concienzudo funcionario imperial, nos da un ejemplo notable de honesta colaboración entre un gobernante y sus subordinados para el bienestar del Estado.

Trajano fue sucedido por Publio Elio Adriano, español también, pero gobernante de un tipo diferente. Aunque pertenecía a una familia de ciudadanos romanos residente en España, Trajano fue siempre un rígido defensor de las antiguas tradiciones; como-Augusto, fue ante todo y sobre todo, el gobernante de los ciudadanos romanos. Adriano, que gobernó del 117 al 138 d. C, representaba una tendencia diferente. Era un emperador cosmopolita. Representaba a la civilización bilingüe del Imperio, basada en la evolución paralela y, a veces, indistinguible, del Oriente y el Occidente durante muchos siglos. Era un gran viajero y visitó todos los territorios de su imperio. Dondequiera que llegó, estudiaba los restos de la Antigüedad con suma atención; trató de dominar los misterios de Egipto, cuna de la civilización; vivió muchos años en Atenas y en Asia Menor, en donde se relacionó con los mejores representantes de las clases educadas de Grecia; se inició en los misterios eleusinos y mostró un profundo interés en lo más selecto del arte griego. Pero a pesar de todas sus simpatías cosmopolitas e intereses de anticuario, fue, por sobre todas las cosas, un emperador romano y un jefe del ejército romano, con el cual compartía las asperezas de la vida del campamento y al cual exigía una rigurosa disciplina y un elevado nivel profesional. Era también el jefe del servicio civil: dirigía sus actividades y las vigilaba durante sus viajes; administraba con cuidado los bienes públicos y se interesaba profundamente por la condición económica de sus subditos en general. En todos sus actos tuvo en cuenta al Imperio en su conjunto y procuró aumentar los derechos y mejorar las finanzas de la población provincial, sin rebajar la condición social de los ciudadanos romanos ni minar su superioridad teórica.

Sabemos mucho menos de su sucesor, Antonino Pío, que reinó del 138 al 161 d. C. Pero sabemos que la población en general le tenía en gran estima y, por consiguiente, es de suponer que su política era la de un hombre dedicado al bienestar del Estado. Tenemos mejor información acerca de su sucesor, Marco Aurelio, que gobernó del 161 al 180. En las difíciles condiciones de su reinado, con peligros exteriores en las fronteras, que amenazaban arrasarlo todo, y una plaga terrible que debilitó el poder *de* resistencia de Roma, Marco Aurelio se presenta ante nosotros como el más auténtico representante de la teoría estoica de que el cargo imperial es un deber y, algunas veces, algo parecido a un martirio. Poco interesado en la política, en la guerra o en la administración, este emperador estaba absorbido por las obras de su propio intelecto. Su verdadera atención se reservaba para los problemas de la filosofía y, en particular, para los que atañían a la moral y a la religión. En estas cuestiones se siente como en su propia casa; enseña, adivina la verdad y trata de convencer de ella a los demás. Pero sacrifica sus propias inclinaciones y se dedica a salvar y fortalecer al Imperio Romano. Nos ha dejado en sus *Meditaciones*, un cuadro de su vida interior, sus ansias y sufrimientos, y las decisiones que le dieron fuerza para vivir; su reinado prueba con qué sinceridad y coherencia sacrificó sus intereses y gustos de filósofo a los deberes de jefe y gobernante.

Débil físicamente y con poca fuerza de voluntad, Marco Aurelio era accesible a las influencias extrañas y concibió una falsa opinión acerca de los que lo rodeaban como, por ejemplo, su esposa, su necio e indolente colega Lucio Vero y, en particular, su hijo Cómodo. Su mayor error fue

entregar el poder a su hijo, que no simpatizaba en absoluto con los ideales de su padre ni con los de sus predecesores. Cómodo, que reinó del 180 al 192, repitió los excesos de los malos tiempos pasados: el despotismo del siglo I y el absolutismo militar de Domiciano.

La época de los Antoninos, como la llamamos, se destaca en especial por una ruptura en la política extranjera de Roma. Durante todo ese siglo, esa política había sido defensiva sin llegar a la pasividad y, más de una vez, se aprovecharon las oportunidades para rectificar las fronteras mediante la anexión de distritos que se incorporaban a provincias ya existentes o bien se creaban nuevas provincias. El objetivo era encontrar una línea fronteriza cuya defensa fuera más fácil y conveniente. Al mismo tiempo, había tendencia a incorporar al imperio a todos los pueblos capaces de recibir la civilización grecorromana. Aunque sin perder su carácter defensivo, esa política no vacilaba en anexar nuevos territorios, cuando era inevitable, o hacer la guerra preventiva en el país enemigo.

Al mismo tiempo, llegaba a su fin la obra de organización que comenzaron Sila, Pompeyo, César y Augusto, y que tendía a convertir a Roma en un Estado mundial dividido en distritos militares y administrativos. El Imperio Romano estaba rodeado de una serie de fortalezas militares en Bretaña, el Rin, el Danubio y el Eufrates, en Arabia, Egipto y África. Cuando se completó el proceso de organización, pasó a primer plano el problema de las relaciones entre Roma y sus vecinos, los germanos y los partos. Un siglo de cercanía con el Imperio Romano había influido mucho sobre ellos. Los germanos habían aprendido enormemente de los romanos, habían asimilado, en parte, sus tácticas militares y sabían dónde estaban los puntos débiles, así como los fuertes, en el sistema romano de una frontera armada. Los partos se habían convencido de que Roma no era en absoluto invencible y de que el Eufrates no constituía una barrera insuperable. No es, pues, de extrañar que las tribus germanas del Rin y del Danubio aumentaran su presión durante el reinado de Domiciano. La prolongada lucha con esos germanos explica, en gran parte, el trato que ese emperador daba a sus ejércitos. El servicio se había hecho más difícil y peligroso; los voluntarios habían disminuido en número, de modo que era necesario abandonar el principio de llenar las legiones únicamente con la población urbana o, al menos, con nativos de Italia, y dar un mayor atractivo al servicio militar mediante un aumento en la paga.

Las campañas de Domiciano en Germania, aunque no fueron desafortunadas en su conjunto, mostraron a sus sucesores la naturaleza complicada e inquietante de esa tarea. Había dos caminos abiertos: volver a la política puramente defensiva o bien continuar la obra de César y Augusto, demostrando de nuevo a los vecinos el poder de las armas romanas. El momento parecía propicio para un movimiento ofensivo, tanto en Oriente como en el Danubio. El Imperio Romano era próspero, sus recursos parecían inagotables. En cambio. Partía estaba sufriendo los efectos de disputas dinásticas y, al helenizarse, iba perdiendo su primitiva solidaridad y fuerza militar. Los germanos estaban desunidos y todas sus tentativas para llegar a una amplia unidad política se deshicieron con facilidad. En Tracia, Dacia constituía una buena cuña en el corazón de Germania y, por consiguiente, se la consideró como una base natural y adecuada, desde la cual se podía renovar la política de ataque combinada con la defensa. La política extranjera de Trajano se inspiró en esas consideraciones. Sus campañas en Dacia y Partía representaban el comienzo de un nuevo avance; su objetivo era extender las fronteras del Imperio hasta sus límites máximos. Sus operaciones se vieron coronadas por el éxito; en dos campañas, destruyó el poder de Dacia y la convirtió en provincia romana; en el Oriente, anexó al Imperio la Arabia Pétrea y logró dos grandes victorias sobre los partos, que no solo destrozaron a Partia, sino que le permitieron conquistar Armenia, Asiría y Babilonia. Pero una rebelión en Mesopotamia, un alzamiento de los judíos en Siria y Egipto, y otras complicaciones en África y Britania le impidieron llevar su obra más adelante. Su muerte repentina dejó en suspenso toda su política en Oriente.

Adriano siguió una línea muy diferente en la política extranjera. Pensaba con seguridad que las fuerzas del Imperio no eran lo bastante fuertes para llevar a cabo los proyectos de Trajano en Oriente y Occidente. Adriano prefirió la defensa al ataque y trató de utilizar la diplomacia con los

pueblos vecinos. Devolvió a Partia casi todos los territorios que Trajano había conquistado, salvo Arabia. Construyó para la defensa fortalezas armadas en casi todas las fronteras y distribuyó detrás de ellas las legiones y tropas auxiliares. Resulta dificil decir cuál de los dos emperadores tenía razón. Es posible que Trajano sobreestimara las fuerzas del Imperio y pasara por alto la inmensa dificultad de la misión que les imponía. Tal vez no vio claramente los riesgos que llevaba consigo la extensión del Imperio hacia el norte y el sureste. La conquista de Germania hubiera conducido sin duda alguna a una colisión con eslavos y finlandeses, y la conquista de Partia habría enfrentado a Roma con los demás iranios y los mongoles. Es posible que Adriano midiera mejor la dificultad de la tarea y la incapacidad de Roma para llevarla a buen término. Acaso fue el primero que observó los síntomas de decadencia en la fuerza creadora del mundo antiguo; es posible que su política defensiva demorara la catástrofe eme amenazaba a Roma. Sea lo que fuere, lo cierto es que esa política aseguró al Imperio otro intervalo do paz. un período que cubrió todo su reinado y el de su sucesor, Antonino Pío.

Pero los mismos problemas resurgieron en forma más aguda en tiempos de Marco Aurelio. El objetivo de Trajano no se realizó plenamente con la anexión de Dacia; a esa primera etapa debía seguir la conquista de Germania y activas medidas contra los sármatas, quienes, desde el sur de Rusia, presionaban en dirección del Danubio. Germanos y sármatas interpretaron con seguridad la política de paz de Adriano y Antonino Pío como sismo de debilidad y una invitación para los invasores. Y eso ocurrió realmente en el reinado de Marco Aurelio. Los germanos y los sármatas cayeron sobre la frontera del Danubio con una fuerza terrible y una verdadera oleada llegó hasta la frontera itálica, hasta alcanzar Aquilea, el gran centro de comercio romano en el Adriático. La invasión se produjo inesperadamente. Los ejércitos romanos estaban ocupados en el Eufrates, repeliendo un ataque de los partos en las provincias del sureste del Imperio, una tarea, difícil que llevó a cabo con éxito Avidio Casio, hábil general asociado con Lucio Vero, hermano del Emperador, que era jefe nominal de la expedición. Los ejércitos trajeron consigo una plaga que hizo estragos durante varios años en Italia y en algunas provincias; esto fue un nuevo inconveniente en la campaña del norte.

Ante estas difíciles condiciones, Marco Aurelio echó sobre sus hombros la carga de la campaña y se dirigió personalmente contra los germanos y los sármatas. Ganando batalla tras batalla, pudo arrojar a los enemigos más allá de la frontera y les infrigió una serie de golpes en el Danubio y en Dacia. No pudo completar su obra debido a complicaciones militares que surgieron en África y Egipto, y también a una formidable rebelión encabezada por Avidio Casio en Siria. Antes de que Marco Aurelio pudiera superar esos peligros, estalló de nuevo la guerra en el Danubio, para comenzar una lucha larga y agotadora. Pero Marco Aurelio no pudo terminarla porque murió en el Danubio (cerca de Viena) en el año 180 d. C. Es muy probable que la fuerza de las circunstancias le hubiera obligado a volver a la política de Trajano, extender las fronteras del norte y del este del Imperio. Pero su hijo Cómodo renunció a esta ardua empresa y prefirió sacrificar los intereses de su país y hacer la paz con Germania, una paz que solamente aplazaba por un corto tiempo la renovación de la contienda.

Salvo el convulsionado gobierno de Marco Aurelio, el Imperio Romano, bajo los Antoninos, disfrutó de una profunda paz, solo interrumpida por distantes guerras fronterizas. Dentro del Imperio, la vida parecía ser lo que había sido en el siglo I, un constante movimiento progresivo para la difusión y enriquecimiento de la civilización. La pujanza creadora de Roma parecía haber alcanzado su punto culminante. Había, sin embargo, un síntoma inquietante; tras la brillante época de los Flavios, observamos una esterilidad casi completa en la literatura y el arte. Después de Tácito y de los artistas que trabajaron para Trajano (los espléndidos artesanos que esculpieron los relieves del monumento que corona su tumba, los de la famosa columna que todavía se alza en Roma, cuyos relieves conmemoran sus campañas en Dacia, y otros, que adornan monumentos similares, tales como el arco triunfal de Benevento), las décadas siguientes no produjeron un solo gran escritor o un monumento artístico realmente notable.

Es indudable que Adriano era un entendido, gran amante del arte. Hizo una gran labor de construcción en Roma y en las provincias. Atenas, en particular, le debía cierto número de espléndidos edificios. Algunos monumentos en honor de Trajano, su padre adoptivo, los llevó a término Adriano, durante su reinado. Todos conocen su templo de Venus y Roma en el Foro y su magnífica quinta en Tívoli. Pero el arte de su tiempo no contiene ideas originales ni novedades en el estilo. Su perfección técnica está marcada por un Clasicismo frío y un arcaísmo ecléctico.

Incluso antes del período de guerra y peste, en el reinado de Marco Aurelio, observamos en el conjunto de la vida intelectual no solo una pausa, sino un movimiento de retroceso. La única excepción es un resurgimiento de la prosa retórica griegra, perfecta en la forma pero monótona en el fondo. Su representante máximo es el retórico y sofista Arístides, cuya mejor obra es el *Panegírico* de Roma. Los *Diálogos* de Luciano son cáusticos e interesantes; era un escéptico y un humorista que se burlaba de todos los ideales, fueran antiguos o nuevos. En el Occidente, solo hay dos nombres dignos de recordar: el satírico Juvenal, pesimista y amargo observador del lado negativo de la vida humana, y Plinio el Joven, orador insípido y brillante ejemplo del estilo epistolar. Los demás, tanto en Grecia como en Italia, son escritores de manuales, libros de texto y de colecciones de misceláneas con menudas historias para divertir e instruir a los lectores. Encontraremos el mismo movimiento regresivo en la vida económica, de la que hablaremos en otro capítulo. En ese hecho encontramos la explicación de la catástrofe, aparentemente sorpresiva que sacudió al Imperio Romano en el siglo III.

Augusto y sus sucesores confirieron realidad a lo que había parecido al mundo antiguo anterior a su tiempo un ideal inasequible: una paz permanente, sin continuas guerras exteriores ni revoluciones internas, con una idea ordenada según las condiciones propias de un Estado civilizado. El Imperio Romano creó esa paz y ese orden no solo para un grupo de seres humanos, sino para todos los que estuvieran influidos, en mayor o menor grado, por la civilización. Otro gran beneficio que el Imperio Romano consiguió para la humanidad, al cumplir la misión que le había legado el período helenístico, fue dar entrada al máximo posible de gentes en la civilización nacida en Oriente, fertilizada por los griegos, y aceptada y desarrollada después por los itálicos. Dos siglos de paz bajo el gobierno de los emperadores romanos hicieron posible inocular esta civilización en las naciones de Occidente y, en menor grado, en el Oriente que apenas había sido tocado por ella en la anterior etapa de desarrollo. España, Britania, Galia, parte de Germania, el norte de la península balcánica, la costa norte de África, recibieron esa civilización en su forma occidental, latina e itálica. Pero las zonas de Oriente que aún no estaban helenizadas, Asia Menor central, parte de la costa del Mar Negro, una gran parte del Cáucaso y Transcaucasia, y regiones de Siria, Palestina y Arabia, la tomaron en su forma griega o, más bien, en la grecooriental. Roma realizó esta misión civilizadora mediante el empleo de métodos pacíficos y la atracción natural que ejerce una forma superior de vida ofrecida por un Estado-nación dominante; no fue necesario recurrir a la coerción o a la violencia, a las armas o a la transferencia de pueblos enteros de un lugar a otro.

El Imperio Romano no fue nunca ni trató de ser un Estado universal de tipo nacional, un Estado, en suma, en que una nación subyuga y asimila a la fuerza a otras naciones; gracias a su constitución, se hizo cada vez más cosmopolita. Lo que le dio fuerza y sustancialidad, y le permitió mantenerse unido, aún después de las terribles vicisitudes del siglo III y, más tarde, de las crecientes presiones de sus vecinos, a pegar de los graves defectos de su sistema político y social, fue su cultura, que todos compartían y todos estimaban, y que unió a todos los habitantes del Imperio en momentos de peligro. Salvo ligeras variantes locales, esa cultura era la misma en todas partes. Al igual que nuestra cultura moderna, la suya pertenecía a los habitantes de las ciudades y se hallaba estrechamente vinculada a la concepción griega de la ciudad, entendida ésta no como una mera aglomeración de edificios, sino como una asociación de hombres con costumbres, necesidades e intereses comunes, física y mentalmente, que procuraban crear, en beneficio de toaos y mediante un esfuerzo mancomunado, formas de vida aceptables y convenientes. Las ventajas de tal modo de vida eran menos asequibles en el campo, donde prevalecían, en relación, condiciones primitivas. Sin embargo, no existía una barrera infranqueable entre la ciudad y el campo; aquélla ejercía una atracción creciente sobre la población rural y le hacía adquirir el gusto por las costumbres urbanas. Una de las tareas principales del Imperio en su misión civilizadora fue difundir el modo urbano de vida en sitios que no lo habían conocido antes de la conquista romana. La ciudad se convirtió en la base de la vida social y económica en todos los territorios del Imperio Romano: en Galia, Germania y Britania, en donde la población nativa hacía una vida tribal; en España, en las costas del sur y del este donde solo existían ciudades del tipo fenicio o griego; lo mismo ocurría en Galia, en África, en donde las ciudades fenicias del período de la supremacía cartaginesa se hallaban, en su mayoría en la costa: en el Danubio y en la parte norte de la península balcánica, en donde, como sucedía en la Europa central ocupada por germanos y celtas, tribus dispersas de ilirios y tracios vivían en aldeas; y en los vastos espacios del Cercano Oriente, en donde los gobiernos helenísticos habían comenzado a construir ciudades antes de que vinieran los romanos y a redimir de la dura vida tribal los distritos más alejados de Asia Menor y Siria.

Pocas de las ciudades que surgieron en esos territorios fueron fundadas por colonos de Italia. La mayoría de ellas debieron su existencia al deseo natural de la población nativa de alcanzar un estadio de civilización propio de la vida urbana. Una paz prolongada había elevado enormemente el

nivel social y económico de esas gentes que, además, gozaban de las ventajas de pertenecer a un Estado único, de gran extensión y bien ordenado. El Estado satisfizo ese deseo y concedió a esas ciudades de reciente creación los derechos y privilegios que Roma había otorgado siempre a los aliados itálicos que se convirtieron más tarde en ciudadanos. Me refiero al derecho de autonomía qué siempre había servido de base de la vida urbana en Italia y que persistió e incluso se incrementó, cuando Roma pasó a ser el poder dominante de la península itálica. Hacía ya tiempo que existían en la península colonias de ciudadanos romanos y de aliados latinos, en primer lugar, ciudades aliadas relacionadas con Roma mediante tratados que variaban en cuanto a la forma, en segundo lugar y,, por último, ciudades llamadas *municipio*., habitadas por ciudadanos romanos que habían recibido la ciudadanía romana.

En el 89 a. C, a fines de la guerra social, todas las ciudades itálicas estaban habitadas por ciudadanos róndanos; todas tenían las mismas formas de gobierno local y la misma relación con Roma. En las provincias, durante el período republicano, el mismo proceso de admisión a la ciudadanía romana se fue realizando por etapas, que correspondían a los diferentes grados de autonomía del gobierno local que se habían ido forjando en Italia debido a causas históricas. La forma usual de comunidad en las provincias era una ciudad habitada por provinciales, con la supervisión de un gobernador romano, que pagaba una capitación e impuestos por la tierra y otras propiedades. El grado de autonomía de que disfrutaba cada ciudad dependía de su historia pasada y de la buena disposición de Roma para tener en cuenta tal historia. Había otras ciudades provinciales que poseían derechos más plenos, en particular comunidades que habían sido antes aliadas de Roma y que aún conservaban ciertos privilegios asegurados mediante tratados, tales como exención de impuestos (inmunitas) y libertad para gobernarse de acuerdo con su antigua constitución (libertas). Todavía más favorable era la situación de los ciudadanos romanos y latinos que Roma había enviado en los antiguos tiempos como colonos a las provincias.

Tal fue la base histórica sobre la que se edificó deliberadamente el Imperio Romano. De acuerdo con su desarrollo y con los servicios prestados al Imperio o al emperador, cada comunidad provincial tenía tres posibilidades: podía ponerse al nivel de las comunidades aliadas, con una exención tributaria parcial y una autonomía ilimitada, al menos en teoría; podía recibir la categoría y los derechos de una colonia latina o, finalmente, podía disfrutar de los privilegios de los *municipio*, romanos. Una etapa conducía a la otra, de modo que una ciudad provincial podía alcanzar la categoría de una ciudad itálica habitada por ciudadanos romanos.

Italia y Grecia y, hasta cierto punto, Fenicia y Siria, incluídas las colonias fenicias, habían sido a modo de islas en un gran océano: solo en ellas estaba arraigado el tipo urbano de vida, mientras en todas las demás existía en forma rudimentaria o bien no lo había en absoluto. Pero entonces el Imperio Romano se convirtió en un Estado único dividido en una cantidad de distritos administrativos, en cada uno de los cuales una ciudad constituía la base de la vida social, económica y pública; con la ciudad se vinculaba un espacio más o menos amplio que se consideraba territorio. El Imperio se fue transformando en una numerosa federación de ciudades autónomas con sus territorios y un gobierno central en Roma.

Por supuesto, la transición a la vida urbana no fue igualmente rápida en todas las partes del Imperio, pero en todas resultó, con mayor o menor intensidad, lo bastante eficaz para producir condiciones similares, tanto económicas como sociales, y una civilización semejante. Se puede hacer una división del Imperio en cuatro partes, según el pasado histórico de las diferentes provincias. En primer término, un grupo de provincias cuya población es fundamentalmente celta: Galia, España, Britania, las provincias alpinas. Luego tenemos lo que había constituido otrora el Imperio o la esfera de influencia de Cartago: Cerdeña, África, Numidia, Mauritania; el tercer grupo está constituido por la región del Danubio, habitada por ilirios, tracios y celtas, que incluye Dalmacia, las dos Panonias, las dos Mesias, Dacia y Tracia; por último, Asia Menor y Siria con cierto número de provincias: Asia, Licia, Cilicia, Bitinia, Ponto, Galacia, Paflagonia, Capadocia, Armenia Menor, Siria, Palestina, Arabia y dos más que no fueron posesión permanente: Mesopotamia y Armenia

Mayor. Como siempre, Egipto se mantuvo aparte.

Consideraremos en primer lugar los países celtas. En esos territorios prevalecía, antes de la conquista romana, un sistema tribal y gobernaban las familias nobles, las cuales eran propietarias de las tierras y controlaban todo el comercio y la industria. Como sabemos, las primeras regiones celtas que se anexaron y se convirtieron en provincias fueron la costa sur de España y de Galia; la Bética y la Tarraconense, en España, y Galia Narbonense, en el valle del Ródano, fueron las primeras provincias. Aquí se aplicó un método que ya se había probado en la parte celta del norte de Italia, cuando Roma se anexó ese territorio: se establecieron "colonias", es decir, ciudades fortificadas habitadas por ciudadanos romanos, de preferencia viejos soldados, cuyo número había aumentado muchísimo durante las guerras civiles. Esos puestos avanzados de la civilización fueron atrayendo gradualmente a la clase superior de los nativos; parte de la clase baja también "jo allí su residencia, como artesanos o pequeños comerciantes y también para trabajar en las labores tales como la construcción y el transporte. El resto de los nativos siguió viviendo en aldeas y cultivando la tierra asignada a la colonia como pequeños propietarios, arrendatarios o asalariados.

Más tarde, se hicieron nuevas y más extensas anexiones: César en Galia, Augusto en España y en los países alpinos, mientras Claudio y sus sucesores en Britania. Los habitantes de esas dilatadas regiones vivían a la manera tribal de que hemos hablado. En ese caso se siguió otro procedimiento. Italia ya no estaba en condiciones de suministrar colonos en número suficiente. Además, el clima y las condiciones de existencia eran demasiado extrañas -como para atraer a gran número de campesinos itálicos. Por eso, se adoptó un nuevo sistema creado por César. Los nuevos territorios se dividían en distritos administrativos, con muchos pueblos, uno de los cuales, o más de uno en ocasiones, se usaba para los fines del gobierno central y también como lugar de reunión, en donde toda la población de la provincia podía reunirse para el culto público de la diosa Roma y del Emperador romano. Entre las más prominentes de esas capitales provinciales citaremos Lugdumo (Lyon) en Galia, Tárraco (Tarragona) en España, Camuloduno (Colchester) y Ebóraco (York) en Britania.

En el gobierno interno de esas nuevas provincias, el Imperio mantenía y reforzaba el sistema existente, social y económico, basado en el clan y las subdivisiones del clan, llamados por los romanos *civitas* y *pagi*, respectivamente. Dentro de los límites de cada provincia, Roma quedaba satisfecha si los impuestos, calculados según un censo romano, se pagaban regularmente y si se suministraban reclutas para las tropas auxiliares. Los agentes empleados para esos objetivos eran, en parte, los procuradores imperiales y, en parte, la aristocracia nativa, que servía como intermediario entre Roma y el pueblo en general y se hacía responsable por el comportamiento de éste. También la aristocracia dirigía, como clase gobernante, toda la vida local de las tribus, bajo el control de los gobernadores romanos, legados del Emperador.

Por un proceso natural, esos conglomerados formados como centros administrativos, comerciales e industriales, en cada territorio tribal y sus subdivisiones, se fueron convirtiendo gradualmente en ciudades a las que se incorporaron muchos habitantes: la aristocracia dirigente, los comerciantes nativos y extranjeros y artesanos. El poblado tomó forma y se fue asemejando a las ciudades griegas o itálicas y finalmente, adquirieron las apariencias y la esencia de la autonomía, así como el sistema social de la ciudad Estado. Los *vergobretas* celtas se convirtieron en *duumviri* y los druidas celtas en sacerdotes locales. La *civitas* celta se transformó en una ciudad romana y a veces recibió del gobierno romano «1 título y privilegios de un *municipium* o de una *colonia*.

En África, un desarrollo similar tomó una dirección diferente. África era también un lugar de colonización. Cierto número de colonos itálicos (comerciantes, banqueros, manufactureros y propietarios rurales) fueron acudiendo a las ciudades fenicias y bereberes que ya existían. Durante las guerras civiles y en tiempo del Imperio, algunas ciudades fueron colonizadas por veteranos romanos, a quienes Roma concedió extensas parcelas que sé tomaban del territorio de la ciudad. De este modo, surgieron centros urbanos que contenían dos comunidades, los fenicios originarios y los romanos recién llegados. Esas comunidades se mezclaron en el transcurso del tiempo, y la

población tuvo carácter mixto. En ocasiones, el estado de cosas así creado era reconocido por Roma y la comunidad unida recibía el nombre y categoría de *municipium o colonia*.

El avance gradual de los ejércitos romanos hacia el sur y el oeste exploró nuevos territorios que no tenían centros urbanos, pero que reunían condiciones para el cultivo y la colonización. Durante el Imperio, parte de esas tierras fueron asignadas a los veteranos; así se establecieron en rápida sucesión colonias de ese tipo. Otra parte fue adquirida por emigrantes de Italia o por habitantes emprendedores de las viejas ciudades romano-fenicias. Surgieron aldeas en lugares adecuados, con mercados, templos y tiendas, y los propietarios rurales, comerciantes y artesanos del distrito establecieron su residencia allí. La población aumentó, la aldea se organizó como ciudad y, poco a poco, se convirtió en centro natural de un territorio más o menos extenso. Como tal, fue utilizado por el Estado y recibió el título y los derechos de un *municipium* y, más tarde, de una *colonia*.

De esta manera, surgió en África una serie de ciudades con territorio propio. Pero no fue solo con el método de la pequeña propiedad como se desarrolló el continente. Tan pronto como Roma se anexó el territorio de Cartago y de sus ciudades aliadas, la nueva provincia de África atrajo la atención de los grandes capitalistas romanos. Éstos compraron o tomaron en arriendo inmensas extensiones de tierras del Estado que habían pertenecido a la aristocracia cartaginesa o a la de otras ciudades fenicias. Muchas de esas tierras no estaban incluidas en el. territorio de una ciudad ya existente y, cuando se convirtieron en propiedad de las familias senatoriales romanas, la aristocracia dirigente de Roma, esos dominios continuaron siendo considerados distintos de los territorios anexados por las ciudades. Los propietarios romanos cultivaban parte de esas tierras utilizando esclavos, como hacían en Italia, pero también emplearon a la población nativa y a los colonos de Italia, a los cuales concedían arriendos por un plazo más o menos largo o a perpetuidad, si transformaban tierras incultas en campos cerealeros o huertas y, además, pagaban una renta moderada al propietario.

Cada adición de territorio a las provincias, dondequiera que el suelo estuviese en condiciones de ser explotado con utilidades, aumentaba el número de grandes propiedades de los nobles romanos en África. Los mayores propietarios fueron los jefes revolucionarios durante las guerras civiles y, más tarde, los emperadores. Durante el primer período del Imperio, el conflicto con el Senado transfirió al Emperador vastos dominios de senadores condenados o ejecutados, hasta que, poco a poco, el Emperador llegó a ser propietario de una erran parte del suelo africano. Como es natural, surgieron centros habitados en esos dominios imperiales. Los esclavos vivían cerca de la casa del propietario o de su agente; a ellos se unieron los arrendatarios que cultivaban esa parte del fundo. Primero nació una aldehuela, luego un pueblo, a veces de tales dimensiones que podía aspirar a convertirse en ciudad. En cada pueblo surgió una aristocracia propia. Los emperadores, que no hacían diferencia alguna si los ingresos obtenidos lo eran en concepto de rentas o de impuestos, solían convertir parte de sus dominios en territorios urbanos y a una ciudad ocupada por sus arrendatarios, en *municipium*.

Tenemos menos datos acerca del desarrollo de las provincias del Danubio. La población de esas provincias se componía de ilirios y celtas en el oeste, cerca del Adriático, y de tracios en el este, hacia el Mar Negro. La evolución de la costa adriático-iiírica fue semejante a la de España y Galia. Iliria fue una de las primeras provincias romanas. Ya existían ciudades griegas antes de que vinieran los romanos y las ciudades fortificadas primitivas se convirtieron muy pronto, bajo la influencia romana, en ciudades regulares. Fuera de los territorios urbanos, la vida era tribal y la transformación de los territorios tribales en urbanos se hizo con lentitud. Parece haber sido una peculiaridad de las tribus tracias que vivían en aldeas, cuya población poseía en común, probablemente, la tierra que se cultivaba. En todo caso, después de que los romanos conquistaron los distritos habitados por esas tribus, la forma predominante de poblado era la aldea, cuyos habitantes poseían la tierra perteneciente al pueblo y la cultivaban. Aquí no encontramos huellas de una clase superior de propietarios como la que hallamos en Galia. En la frontera oriental de esas provincias, en la costa occidental del Mar Negro, ya existían, desde mucho tiempo atrás, prósperas ciudades griegas con extensos territorios. Una larga paz produjo sus efectos y, así, incluso en las provincias tracias,

muchos pueblos se transformaron en ciudades y recibieron el título y categoría de *municipium* romano.

Esta gradual conversión de las provincias romanas de Europa Occidental en una red de territorios urbanos y su paulatina romanización por influencia de la vida urbana no habría sido posible de no haberse dado una condición. Todos esos territorios estaban rodeados de una serie de fronteras militares que se extendían, en una línea ininterrumpida, desde el Mar Negro hasta el curso superior del Danubio y desde el Rin hasta el mar del Norte. Una frontera fortificada semejante defendía la Britania romana de la Escocia independiente y otra, la provincia de África, contra los nómades del desierto y las salvajes tribus montañesas de Marruecos; otra línea corría a lo largo del Eufrates y el borde del desierto de Arabia, en el este. Esas fronteras no eran una mera armadura para defender la civilización romana, sino que también servía para promover esa civilización en las partes más remotas de los dominios romanos.

Esas franjas de territorio romano a lo largo de la frontera constituían un mundo propio con una vida peculiar. Cerca de medio millón de hombres, jóvenes y hombres maduros, reclutados en Italia y las provincias para un servicio de veinte a veinticinco años, se establecían en diferentes puntos a lo largo de esa línea. Vivían en campamentos fortificados de diversas dimensiones; en las bases de más importancia para la defensa y el ataque se hallaban los cuarteles generales y el grueso de una legión, que contenía de cinco a seis mil hombres; los campamentos más pequeños estaban ocupados por un regimiento de caballería o de infantería, o por un regimiento auxiliar de ambas armas, cuyo número variaba entre mil y quinientos hombres; había puestos aún más pequeños, en donde la frontera estaba defendida por destacamentos de legionarios o de tropas auxiliares.

La vida en esos campamentos era puramente militar, la vida de los soldados en el cuartel. Pero alrededor de ellos surgieron poblaciones conocidas con el nombre de *canabae*, habitadas por posaderos, bodegueros y traficantes en botín de guerra. También había mujeres, algunas casadas, regular o irregularmente, con soldados, acompañadas de sus hijos, porque aunque eran ilegales los matrimonios de militares, las autoridades los toleraban. Cuando un hombre había servido en el mismo lugar durante cierto número de años y formado lazos allí, era natural que perdiese contacto con su propio país y prefiriera, al ser licenciado, pasar del campamento militar a las *canabae* donde estaban su esposa y sus hijos. Allí podía abrir una tienda o trabajar una parcela en la vecindad, si se la había concedido el comandante. De este modo, las *canabae* se transformaron en aldeas y éstas en ciudades. Tal es el origen de grandes ciudades situadas junto al Rin y el Danubio: Colonia, Maguncia, Estrasburgo, Viena, Budapest.

Estas ciudades se convirtieron en importantes mercados fronterizos y en centros de grandes territorios romanizados. Por sus calles y tiendas pasaban, en tiempos de paz, gentes de las aldeas vecinas y también comerciantes de distritos, cercanos y remotos, habitados por tribus independientes: germanos, británicos, iranios y celtas. Algunos de esos visitantes pasaban largas temporadas en ésos centros de civilización, en donde aprendían a hablar latín o en Oriente, griego, adquirían cierto barniz de cultura y conocían mejor a sus enemigos. Luego volvían a la patria con nuevos hábitos e ideas y, de esta manera, contribuían a la difusión gradual de la civilización grecorromana.

La vida era más complicada en el Oriente. El Imperio Romano no introdujo nada nuevo en Grecia, salvo empobrecimiento, quiebra y paralización de la actividad política independiente. Grecia siguió como antes: un país compuesto de miríadas de ciudades. El Imperio tampoco significó un gran cambio en Asia Menor y Siria, en donde los conquistadores encontraron un antiguo y sustancial armazón de sociedad civilizada ya en existencia y no intentó alterarlo; todo cuanto hicieron fue extender las instituciones municipales en los territorios incluidos en las monarquías orientales. Hallamos, pues, allí los tres tipos de comunidades que ya existían: la ciudad griega, el templo grecooriental o puramente oriental, que poseía tierras, esclavos y siervos y, por último, gran número de distritos extraurbanos, habitados por siervos y que pertenecían al propietario del Oriente, es decir, al emperador romano, heredero de los reyes orientales y helenísticos. Sin embargo, en Siria y

Palestina, el campesino típico no era siervo ni esclavo, sino un propietario libre, un campesino común. Los romanos aceptaron del pasado esta triple división y la mantuvieron con algunas modificaciones parciales. Había pocas colonias romanas en Oriente y el elemento romano que contenían se helenizó con rapidez. Durante el gobierno romano, como antes con los reyes helenísticos, muchos de los templos se convirtieron en ciudades griegas o semi-griegas, y muchas aldeas, en ciudades. La lengua griega penetró algo más en la masa de la población. Pero Oriente todavía era Oriente, con sus propias costumbres y concepción del mundo y con su propia vida característica. No es, pues, sorprendente que volviera con mayor rapidez que Occidente a las condiciones orientales puras bajo el gobierno de sus amos posteriores, persas, árabes y turcos.

Tampoco hubo cambios fundamentales en la vida peculiar de Egipto. En lo esencial, siguió como en la época de los Ptolomeos. El emperador romano era el señor y dueño absoluto del país, en su carácter de heredero de los faraones y los Ptolomeos. Durante el Imperio, apenas surgió alguna ciudad de tipo griego. Alejandría continuó siendo la única ciudad digna de ese nombre. Siguió prosperando y se convirtió en la segunda del Imperio, enorme centro de comercio e industria. La ciudad griega de Ptolomaida, fundada por los Ptolomeos, conservó su gobierno autónomo griego, pero apenas podía distinguirse de las otras aldeas que pasaban por ciudades en este país. A imitación de Ptolemaida, Adriano fundó Antinóopolis, con una población griega y un gobierno municipal también griego, en memoria de su favorito Antínoo, que se ahogó en el Nilo. Pero aparte de esas ciudades griegas, el resto de Egipto conservó sus propias costumbres inmemoriales; existían aldeas más o menos grandes en los centros administrativos de los nomos en que se dividía el país, esos nomos que habían sido otrora Tebas, Menfís y Sais, las arrogantes y espléndidas capitales de los faraones.

Un rasgo notable de Egipto durante la dominación romana es el rápido crecimiento de una clase que ya existía, constituida por propietarios rurales, comerciantes, manufactureros y contratistas, procedentes, en su mayoría, de otras partes del imperio. El gobierno romano favoreció el desarrollo de esta clase y abrió un amplio campo para sus actividades mercantiles, al limitar el control estatal del comercio y cederles los numerosos monopolios creado por los Ptolomeos. Esta nueva clase media vivía en las ciudades mencionadas con anterioridad o en las aldeas, en particular las más populosas, que habían sido centros de los nomos egipcios.

Acostumbradas a vivir en una ciudad y con las exigencias de una existencia civilizada, esta clase media remodeló las aldeas y poblaciones egipcias para acomodarlas a sus propias necesidades y las convirtieron en conglomerados del tipo urbano que era general en Grecia. Pero, incluso en la época romana, eso no era más que una gota de agua en un cubo. Todos vivían a costa de la población nativa, es decir, de los *fellabs*. La mayoría de éstos residía en las tierras pertenecientes al Estado o a particulares, pagaban las rentas al Estado, o al amo, es decir al Emperador, entregaban al Estado parte considerable de sus utilidades en forma de impuestos y continuaban creyendo en sus propios dioses y edificando templos para celebrar su culto. Algunos ascendieron en la escala social, se helenizaron, tomaron nombres griegos y se casaron con los inmigrantes. Pero la masa del pueblo siguió viviendo bajo los romanos del mismo modo en que había vivido bajo los faraones y los Ptolomeos.

GOBIERNO DEL IMPERIO ROMANO EN LOS DOS PRIMEROS SIGLOS d. C.

El gobierno del Imperio, cuyos lincamientos generales habían sido establecidos ya por Augusto durante su largo principado, evolucionó por obra de sus sucesores, en la dirección señalada por él, aunque se volvió cada vez más metódico y sistemático. La obra más afortunada y provechosa en ese sentido fue la que realizaron Claudio, Vespasiano y Adriano. En el siglo II encontramos un sistema de gobierno cuyos principios esenciales se habían fijado inalterablemente; los cambios que se introducían eran, en su mayor parte, alteraciones y mejoras de detalle que no afectaban a la estructura general.

Todos los resortes de la administración se hallaban en manos del Emperador y de su oficina central, en la que los diferentes jefes de sección iban asumiendo paulatinamente el carácter de ministros de todo el Imperio. Allí se elaboraban, adaptados a cada caso particular, todos los principios administrativos, judiciales y financieros; y de allí salían para todos los puntos del Imperio todas las misivas del emperador, fueran adictos directos (edicta), instrucciones a los funcionarios superiores (mandato.), cartas (epistulae) o réplicas (rescripta) a cartas y peticiones; los destinatarios las publicaban o bien las conservaban en los archivos. En los archivos imperiales de Roma se guardaban copias que servían de precedente 3 los otros emperadores. También se daba gran importancia a las decisiones de los tribunales de justicia, que el propio emperador presidía por lo general en calidad de juez de apelación. Tales apelaciones eran ordenadas en un departamento especial de las oficinas imperiales.

La oficina central se dividía en departamentos para las diversas ramas de los asuntos imperiales; cada departamento estaba controlado por un solo jefe que al principio era un liberto, sirviente personal del Emperador, pero, algunas veces, a partir de Otón y de un modo regular desde la subida al trono de Adriano, él jefe departamental era un funcionario de la clase ecuestre. El departamento más importante administraba las finanzas y la propiedad del Emperador, sus *rationes* o cuentas; una subdivisión de ese departamento entendía en la propiedad privada (patrimonium) del gobernante. Otros departamentos importantes eran los siguientes: el ab epistulis y a libellis que se ocupaba de las cartas y peticiones; el departamento judicial (a cognitionibus); el departamento de archivos (a memoria) y el departamento para recoger datos sobre asuntos en litigio (a studiis). Todos los asuntos imperiales se registraban en un diario especial (commentarii), a cargo de un funcionario llamado o commentariis.

No cabe duda de que, a medida que se desarrollaba el principado, la actividad administrativa del gobernante iba abarcando mayor cantidad de materias. Pero el gobierno del Imperio en los siglos I y II estaba muy lejos de ser una burocracia en el moderno sentido de la palabra. Los subditos comunes, salvo los habitantes de la capital, tenían menos contacto con el gobierno central que el que tienen hoy en cualquier Estado moderno, excepto Estados Unidos. Los funcionarios imperiales o, dicho de un modo más general, los instrumentos directos del Estado, incluidos los gobernadores de las provincias senatoriales o imperiales, eran una pura superestructura que se agregaba a las comunidades autónomas de todo el Imperio. Los magistrados electos de esas comunidades constituían el lazo de unión entre el hombre de la calle y el Estado. Ellos y los consejos municipales en Italia y las provincias tenían el completo control en los asuntos de la ciudad; eran también jueces en primera instancia y daban órdenes a la policía de la ciudad y su distrito; actuaban como agentes del gobierno en la fijación y recaudación de los impuestos directos; además, imponían a los habitantes otras obligaciones, tales como construir o conservar vías de comunicación, el transporte de funcionarios o materiales del gobierno y el correo. Las autoridades locales cumplían esas obligaciones no solo dentro del área de la ciudad, sino también en todo el distrito adscrito a ella, que solía ser muy extenso. En los casos ordinarios, los agentes del gobierno se limitaban a vigilar a las autoridades municipales y a oír las quejas que contra ellas alzaran los habitantes de la localidad.

Es verdad que el derecho de interferir en los asuntos municipales, que poseían los procónsules, los

propretores, los legados imperiales y los procuradores, no estaba limitado por la ley, sino por la sola tradición. Algunas veces se hizo uso de este derecho en momentos de crisis, cuando esos altos funcionarios publicaban edictos escritos a proclamas verbales a sus subordinados militares o civiles. Pero, como ya se ha dicho, el Emperador vigilaba estrechamente los actos de los gobernadores y éstos, a su vez, sabían que en las reuniones anuales en la capital provincial, adonde acudían representantes de las ciudades para rendir culto al Emperador y para tratar de asuntos locales, podían elevarse que as por actos ilegales o de violencia, con lo que podían incurrir en un castigo por parte del Senado o del Emperador. Sin embargo, a medida que se hacían más onerosas las demandas del Estado, tanto en cuanto a impuestos como a obligaciones personales, aumentó la interferencia del gobierno central en los asuntos municipales. Como gran cantidad de ciudades se. habían endeudado y eran incapaces de administrar sus finanzas, el Emperador nombró comisiones especiales para informar sobre los hechos. Desde la época de Trajano, esta función era realizada por inspectores permanentes (curatores), que terminaron por eclipsar a las autoridades municipales y reducirlas a una situación en que eran responsables ante el Estado por la ciudad y el territorio, pero totalmente incapaces de actuar con libertad en los asuntos locales. En Italia se observa el mismo proceso: los magistrados se sentían postergados por los funcionarios que administraban la propiedad privada del Emperador en la península y también por los senadores que se encargaban de las vías de comunicación. Y desde el tiempo de Marco Aurelio, legados especiales con atribuciones judiciales (legati iuridici) eran los verdaderos gobernadores de sus respectivos distritos.

Sin embargo, el control directo del Emperador se extendía solo a unos pocos departamentos del gobierno. Controlaba, como es natural sus inmensos bienes personales, que eran cada vez mayores; sus hombres de negocios (procuratores) administraban sus fundos, casas, bosques, minas y factorías. El número de esos agentes, que era muy grande en tiempos de Augusto, fue en constante aumento. Un segundo enjambre de procuradores, que actuaba en las provincias imperiales, recaudaba los impuestos directos que pagaban los provinciales, en la mayoría de los casos por intermedio de los magistrados de las ciudades, y además, controlaban los ingresos y los gastos, entre estos últimos, la paga y la manutención de los ejércitos y el costo de la administración de los fundos del Estado. Ese tipo de funcionarios era muy numeroso en el rico país de Egipto. Con el transcurso del tiempo, los emperadores juzgaron necesario extender su control a la recaudación de los impuestos llamados "indirectos": el impuesto sucesorio, el que se debía pagar por la liberación de un esclavo y por las subastas públicas, y el impuesto sobre importación y exportación. Al principio se nombraron inspectores especiales para vigilar las actividades de los diversos contratistas y de las compañías que se encargaban de los impuestos, pero, finalmente, el Estado tomó en sus propias manos la recaudación de los impuestos y éstos eran administrados por funcionarios nombrados por el Emperador. La distinción entre la propiedad del Estado y la imperial desaparecía paulatinamente y el fiscus o tesorería del Emperador se fue identificando con la tesorería pública. Así, por ejemplo, incluso en las provincias senatoriales, la administración de los fundos privados del Emperador se llevaba a cabo en las mismas oficinas en que se hacía la de los dominios estatales.

En consecuencia, el Emperador se encontró a la cabeza de un ejército de soldados y de otro ejército de funcionarios que solo él nombraba, pagaba, juzgaba y castigaba. Desde muy temprana fecha, los cargos oficiales superiores se daban a los miembros de la clase ecuestre, mientras que para los puestos inferiores se utilizaban libertos y esclavos del Emperador. De esta manera, surgió en la sociedad una nueva clase y una nueva' jerarquía cuyos escalones dependían de la importancia del salario y también de los títulos honoríficos. Los funcionarios de la clase ecuestre eran *vir egregius*, *vir eminentissimus* o *vir perfectissimus*, de acuerdo con el cargo que desempeñaban, pero el título de *vir clarissimus* estaba reservado a los senadores. Los principales funcionarios ecuestres recibían un salario que oscilaba entre 60. 000 y 300. 000 sextercios. Esos funcionarios podían llegar a ser comandantes de la guardia pretoriana *(prefectuas praetorio)*, gobernadores de Egipto, o inspectores del suministro de grano a Roma *(praefectus annonae)*; también podían comandar el cuerpo de

bomberos de la ciudad o las flotas, o bien servir como procuradores en las provincias más importantes. Pero los escasos privilegiados se distinguían con nitidez de los subordinados. Pertenecían a las clases superiores y, por lo general, habían servido como oficiales en el ejército, mientras que los dependientes eran esclavos o semilibres, sin esperanza de ser promovidos a la clase superior, aunque hubo casos ocasionales en que esto ocurrió, en especial en tiempos de Claudio.

Sin embargo, las ocupaciones fundamentales de esos funcionarios eran las finanzas y el progreso económico del Estado. Pero, en cuestiones no financieras, se daba casi completa libertad, como ya hemos dicho, a las entidades locales autónomas que componían el Estado.

En su carácter de *pontifex maximus*, el Emperador era el jefe de la religión estatal; además, se le rendía culto personal en todo el Imperio. Con todo, la vida religiosa de sus subditos no se vio afectada en su desarrollo por ninguna interferencia por parte del Estado; incluso el culto que recibía el Emperador en su carácter de jefe de Estado era organizado, en todos los casos, por las ciudades autónomas y por asociaciones voluntarias de particulares llamados *Augustales*.

Del mismo modo, el Emperador no tenía relación directa con la administración de la justicia ni con la codificación del derecho civil y penal. Tanto en Italia como en las provincias, los tribunales locales siguieron aplicando las normas jurídicas locales. Además, los ciudadanos romanos, tal como en la época republicana, tenían acceso a los tribunales de la capital, que utilizaban los servicios de los iuris consulti o especialistas en interpretación de la ley; en cambio, los provinciales consultaban a otros jueces que formaban parte del personal del gobernador. En Roma y, todavía más, en las provincias, el derecho romano y los códigos locales, en especial el de Grecia, se superponían, como es natural, y se influían mutuamente, de modo que se fue formando un sistema de derecho imperial. Este proceso fue lento e intervinieron en él, además de los emperadores, los pretores de Roma y los gobernadores provinciales. Sin embargo, los emperadores comenzaron a ejercer cada vez mayor influencia en la esfera del derecho y la justicia. El más elevado juzgado penal para delincuentes que pertenecieran a la clase senatorial era entonces el Senado mismo y su actuación se regía por los deseos expresos del Emperador. En su carácter de gobernante de muchas provincias, el Emperador, que actuaba como tribunal de apelación, dictaba sentencia en los casos más importantes sometidos a su consideración. Como jefe del ejército, estructuró las normas básicas de la ley marcial y, como jefe de la administración financiera, empleó a sus procuradores y a los "abogados del fiscus" para que elaboraran un esquema de relaciones legales, en aquellos casos en que, en cuestiones impositivas o administrativas, los derechos del Estado estuvieran en conflicto con los derechos del individuo. Por último, las decisiones del Emperador, fuera en materia judicial o administrativa, pronto adquirieron fuerza de ley y, como tales, se convirtieron en una de las principales fuentes del derecho. No solo tomaron parte activa en su estructuración los funcionarios imperiales, sino que también intervinieron eminentes jurisconsultos. Así se formó, gradualmente, la gran estructura del derecho imperial romano, codificado, más tarde, por dos emperadores sucesivos, Teodosio y Justiniano, y conservado en esa forma hasta nuestros días.

La protección del subdito y el mantenimiento del orden en todo el Imperio no eran parte de los deberes cumplidos por el gobierno central. La responsabilidad del Emperador se limitaba a la defensa de las fronteras y la vigilancia de los mares. Los organismos municipales, por intermedio de la policía local, mantenían el orden dentro del Estado. Aquí, sin embargo, volvemos a notar la creciente intervención del Emperador. La seguridad y el orden de las grandes vías militares no podía ser garantizada suficientemente por las ciudades que esos caminos atravesaban y, por ese motivo, los emperadores confiaron esa misión a pequeños destacamentos de soldados y apostaron policía militar en los puntos de mayor peligro. También se utilizaba a los soldados para vigilar a las personas sospechosas de deslealtad política, misión esta que no se podía confiar a las ciudades. Esa policía secreta, reclutada en el ejército, aumentó mucho en número a partir de los tiempos de Adriano.

Los medios de comunicación y la construcción y mantenimiento de los grandes caminos militares habían estado siempre entre los cometidos principales del gobierno central y, en la época imperial,

se hicieron indispensables para la seguridad y prosperidad del Estado. Los emperadores reconocieron este hecho y cumplieron una de sus obras maestras en la esfera de los servicios públicos al emplear el ejército y gastar inmensas sumas de su propio bolsillo para crear una red de vías de comunicación como jamás había soñado la humanidad. Las autoridades locales estaban obligadas a construir los caminos locales menos importantes, pero, incluso en este caso, los emperadores apresuraron las actividades de las comunidades y vigilaban lo que se hacía. El. servicio postal y el transporte de viajeros y mercancías eran cuestiones relacionadas con la construcción de caminos, pero el Estado nunca estuvo en condiciones de realizar este servicio para la masa de sus subditos. Se organizó un servicio para la correspondencia oficial, para los funcionarios y para el transporte de materiales del gobierno, pero ese servicio se mantenía con dificultad y mediante requisas onerosas para el pueblo. Los particulares tenían que arreglar esos asuntos por su propia cuenta.

Un deber que los emperadores desempeñaron resueltamente fue proveer a la capital de refinamientos y comodidades. Roma, la ciudad que hoy vemos en ruinas, era en aquel entonces su niña mimada. Creación suya fueron los grandes foros, rodeados de espléndidos templos y edificios públicos. Siguiendo la iniciativa de Pompeyo, los nuevos señores de Roma convirtieron el Campus Martius, de un extremo a otro en una serie de majestuosos edificios conmemorativos enmarcados por parques. Mediante una planificación cuidadosa, los emperadores pusieron orden en el caótico crecimiento de la antigua ciudad y llevaron a termina una serie de medidas sistemáticas para que, en materia de sanidad y control policial, se adaptara en lo posible a su millón de habitantes. Controlaban y vigilaban los numerosos acueductos y desagües; reforzaron las orillas del Tíber y construyeron una represa; organizaron la recolección de residuos, el mantenimiento del orden en las calles y plazas públicas y el suministro regular de víveres; financiaron y reglamentaron las distribuciones gratuitas de cereal que se habían convertido en institución Finalmente, los emperadores se preocuparon porque el pueblo tuviera diversiones y suficientes edificios —termas que eran, al mismo tiempo, centros de esparcimiento— en donde pasar su tiempo libre. Los. emperadores realizaban todas estas actividades mediante delegados de diferentes categorías: senadores, caballeros o libertos.

El problema de la educación popular fue el más descuidado por el gobierno imperial. Para la instrucción y educación de sus hijos, la gente tenía que recurrir a su propia iniciativa, tal como ocurre hoy en Estados Unidos. Hay que reconocer que las ciudades, todavía más en Oriente que en Occidente, hicieron bastante en ese sentido. Todas las ciudades del Imperio poseían gimnasio y palestras en las que los jóvenes recibían adiestramiento físico y mental. Eran muy corrientes las bibliotecas públicas con una buena cantidad de libros. Los foros, templos y otros edificios públicos eran museos de escultura y pintura. Juegos y competencias mantenían el interés por el atletismo, la música y la danza. Es cierto que todas esas ventajas estaban limitadas a las ciudades y a los jóvenes de las clases superiores; las autoridades municipales se cuidaban muy poco de las aldeas y de los hijos de los pobres. Los emperadores hicieron muy poco por la educación de la juventud. En Roma, sostenían una cantidad de bibliotecas, financiaban la biblioteca y el museo de Alejandría y patrocinaban a algunos hombres eminentes en ciencia, literatura o arte, los cuales dependían personalmente de los emperadores. Pero, en general, se mantenían alejados de la vida intelectual del Imperio, aunque ejercían una estricta censura sobre los escritos sediciosos. Solo cuando la creciente pobreza de las ciudades puso en peligro la existencia de todas las instituciones educacionales, los emperadores se decidieron a pagar cierto número de profesores y maestros.

Tal era el sistema de gobierno en el Imperio romano. Su principal característica, heredada del pasado, estribaba en la concesión del máximo de iniciativa posible a la unidad local, es decir, a la ciudad con su propio gobierno autónomo. Sin embargo, poco a poco, se fue desarrollando en el poder central una tendencia en constante aumento hacia la tutela del gobierno local, hasta que amenazó absorber la independencia de la comunidad y sustituir la representación electiva del pueblo por funcionarios pagados, agentes y servidores del Emperador. Este proceso se inició en los

dos primeros siglos y alcanzó su punto culminante después de la crisis social y económica que sufrió Roma en el siglo III d. C. (Las cosas ocurrieron de modo diferente solo en Egipto, en donde se desconocía el gobierno urbano autónomo)

DESARROLLO SOCIAL Y ECONÓMICO DEL IMPERIO EN LOS DOS PRIMEROS SIGLOS

El Imperio Romano de los siglos I y II era, sin lugar a dudas, un espectáculo de una brillantez extrema. Incluía en un Estado poderoso todo cuanto fuera civilizado en los países en torno al Mediterráneo. Nada estaba fuera de él, salvo las tribus salvajes de germanos, eslavos y finlandeses, los nómades del desierto, los negros de África y la gran población mongol e irania de Asia. Incluso, con todos éstos, el Imperio mantuvo relaciones comerciales y diplomáticas regulares y cada vez mejores, tan solo interrumpidas, de vez en cuando, por operaciones militares contra tribus fronterizas. Dentro del Imperio, no se escatimaban esfuerzos para lograr comunicación constante y sin trabas entre las diferentes regiones. Excepto los siervos de Oriente, ligados al suelo, la población podía moverse a voluntad de una parte a otra,.

El Estado realizó el máximo esfuerzo para que las comunicaciones fueran seguras y fáciles. El Mediterráneo era un lago romano: de un extremo al otro, así como por el Mar Negro, los grandes ríos de la Europa occidental y el Nilo, los barcos transportaban pasajeros y mercancías. La piratería se mantenía a raya mediante flotas en el mar y flotillas en los ríos. La comunicación por mar con la India era relativamente segura desde los puertos egipcios y árabes y también era posible bordear la costa norte de Europa hasta el Báltico, pero, en tales empresas, el comerciante debía basarse exclusivamente en sus propios recursos.

A lo largo de las grandes vías que se extendían desde Roma e Italia, como un abanico, era fácil viajar hasta el Atlántico o el Mar del Norte, o los Dardanelos y las costas del Mar Negro. Una red de caminos semejantes cubría Asia Menor, Siria, África del Norte y Britania. Cualquier lugar que presumiera de ciudad se unía a esas vías mediante ramales secundarios. Cada ciudad tenía sus propios caminos que la comunicaban con las poblaciones más importantes de su territorio. La seguridad general estaba garantizada por las fuerzas armadas, controladas por los representantes del poder central en la metrópoli y fuera de ella. Las comunidades autónomas y los grandes terratenientes organizaban la policía local, dentro de los límites de sus posesiones. El Estado mantenía destacamentos especiales de policía en Roma, Lyon y Cartago. En Roma había también una brigada contra incendios.

La vida municipal en todo el Imperio estaba casi por entero libre del tedioso control del poder central. El Estado se contentaba con que no hubiera dentro de sus límites sociedades o centros de tendencias sediciosas y que los organismos municipales se ocuparan exclusivamente de asuntos locales. Pero, en realidad, no había dentro del Imperio ninguna comunidad que ambicionara sobrepasar los límites de esta esfera. No tenemos noticias de que hubiera organizaciones políticas, en Roma o fuera de ella, que el Estado considerase peligrosas. Las únicas comunidades que fueron perseguidas fueron las cristianas; pero no sabemos si sufrían esas persecuciones como organizaciones ilícitas (collegia illicita) o si pedía cuentas a los cristianos, en tanto individuos por su negativa a participar en el culto al Emperador que todo el Imperio practicaba. Había otras sociedades profesionales o religiosas. Entre estas últimas se incluía un infinito número de organizaciones de sepultura (collegia tenuiorum, literalmente "asociaciones de los pobres"), cuyo objetivo era asegurar a sus miembros un funeral decente. Había muchas otras sociedades, en las que se reunían los ciudadanos de acuerdo con su edad, y otras, como las escuelas filosóficas, organizadas como sociedades exclusivas.

Cada comunidad vivía de acuerdo con sus tradiciones pasadas, en la medida en que esas tradiciones no eran contrarias al Estado. En el Oriente griego, cuna del sistema municipal, las constituciones o cartas orgánicas de las ciudades variaban enormemente, tanto en la forma como en el fondo. Aunque indiferente a los detalles de esas cartas orgánicas, el gobierno romano apoyaba las instituciones aristocráticas en las grandes ciudades y miraba con desagrado las democráticas. De ahí que en la mayoría de las ciudades griegas, la constitución fuese oligárquica. Alejandría, la capital de Egipto, tuvo un trato especial: disfrutaba de muy pocos derechos y era estrictamente controlada por

el gobernador romano. Las ciudades de Occidente diferían muy poco entre sí en cuanto a sus derechos y privilegios. Algunas ciudades itálicas conservaron sus antiguas cartas orgánicas basándose en históricos tratados con Roma.

La mayoría de las comunidades de ciudadanos romanos en Italia y las provincias poseían cartas de privilegio que el gobierno de Roma les había otorgado. En las provincias, una colonia regular recibía sus derechos del fundador; otras ciudades lo recibían del Emperador que les confería el título de *municipium o colonia*. Todas las constituciones prescribían la creación de las instituciones municipales corrientes: magistrados, un consejo de ancianos o *decuriones* (senadores locales) y una asamblea popular. En esas constituciones se definían los derechos y deberes de esos organismos y se establecían tribunales. Contenían reglas para la elección de magistrados y *decuriones*, para los procedimientos en los consejos y para la actuación de la asamblea popular. En general, parecían copias de la constitución romana en la forma que ésta había tomado durante los siglos en que las instituciones urbanas existían en Roma. En el transcurso del tiempo, la mayoría de las comunidades itálicas cambiaron sus antiguas cartas orgánicas por ese tipo de constitución uniforme. Es posible que esa tendencia fuera estimulada por una de las leyes de César en la cual se prescribía la introducción de ciertas reglas en las constituciones de todas las comunidades formadas por ciudadanos romanos.

Tanto en Oriente como en Occidente, la población de las ciudades mostraba sumo interés en sus asuntos locales. La elección para la magistratura, el sacerdocio o el consejo, constituían importantes acontecimientos y la competencia era muy viva. Lo podemos ver con claridad en los carteles electorales, muchos de los cuales todavía se conservan en Pompeya. Esas noticias no se pegaban en las paredes, sino que se pintaban en negro o rojo en la capa de yeso que cubría los frentes de las casas. También constituía un honor muy disputado la elección para los *Augustales*, una corporación compuesta en su mayoría por libertos. Los Augustales tenían que proveer los fondos para el culto del Emperador en las ciudades. Magistrados y consejos estaban llenos de patriotismo local. En Asia Menor, había una lucha incesante por la supremacía entre las ciudades principales y por los honrosos títulos de *neocori* o "guardianes del templo del Emperador". Los ciudadanos ricos estaban siempre dispuestos a gastar grandes cantidades en el embellecimiento de la ciudad o en las necesidades o diversiones de los habitantes a cambio de honores y cargos, estatuas en el foro y la elección para el sacerdocio. La mayor parte de los edificios públicos de las ciudades de Italia, Grecia y las provincias fueron construidos gracias a suscripciones privadas de particulares en buena situación económica.

La vida en Roma era más complicada. La inmensa población de la capital, calculada en más de un millón, no gozaba de derechos políticos ni siquiera municipales. Estaba absolutamente controlada por el Emperador, con sus ministros, y por el Senado.

Por otra parte, el Emperador hizo todo lo posible para que la vida en la capital fuera fácil y agradable. Ya he dicho que Augusto convirtió a Roma en la verdadera capital del mundo y que sus sucesores siguieron por el mismo camino. La ciudad se fue transformando, poco a poco, en la más espléndida del mundo y en la más agradable. La policía imperial aseguraba el orden; el Emperador mantenía siete regimientos de bomberos, que también prestaban ayuda en caso de inundaciones o temblores de tierra; funcionarios especiales se ocupaban de los acueductos, los desagües, las crecidas del Tíber y la conservación de edificios públicos, plazas y calles. Los edificios públicos eran notables por sus dimensiones, la belleza de sus líneas y la elegancia de sus formas. En ninguna parte había templos tan nobles o foros tan ricamente adornados, con arcos triunfales, columnas conmemorativas y un bosque de estatuas: ninguna ciudad del Imperio podía exhibir anfiteatros, teatros y circos tan extraordinarios; ninguna poseía tantas bibliotecas públicas y museos, o una galería de estatuas como la que Augusto erigió en su foro, en honor de los grandes comandantes romanos. Una peculiaridad de Roma eran las vastas y lujosas *thermae* (termas), baños públicos con campos de atletismo, que servían también de centros de reunión y de restaurantes; y también las nobles salas, llamadas basílicas, usadas como sede de los tribunales de justicia. Ninguna capital

helenística podía rivalizar con Roma en cuanto a parques públicos, mercados y tiendas. Además de todo eso, el palacio de los Emperadores se alzaba en el Palatino y sus magníficas tumbas, en las orillas del Tíber. La vida era fácil y atrayente en esta ciudad maravillosa. Unas 200. 000 personas de la clase más pobre eran mantenidas por el Estado y *el* resto podía encontrar trabajo en abundancia si lo deseaba. No faltaban diversiones, en especial durante los reinados de Nerón, Domiciano y Cómodo. De vez en cuando, se repartían dádivas, en dinero o en especie, entre el pueblo.

En las provincias, las ciudades seguían los pasos de Roma, en la medida de sus recursos. No me refiero a las antiguas capitales de Oriente, como Alejandría, Antioquía, Pérgamo, Éfeso, Atenas, Corinto, ni tampoco. a las posteriores capitales de Occidente como Lyon, Cartago, Tarragona, que recibían de los emperadores casi tanta consideración y generosidad como la propia Roma. Las ciudades más pequeñas, incluso los nuevos e insignificantes municipio, de África, Galia o Britania eran notables por su cuidadosa planificación, su limpieza y sus buenos servicios sanitarios. Las calles principales eran rectas y aseadas y todas estaban pavimentadas; las casas eran convenientes, con desagües y suministro de agua, jardines y pasillos. Había grandes mercados, templos, basílicas, mercados cubiertos, edificios en los que se reunían los magistrados y el consejo; letrinas públicas, construidas de piedra y con abundancia de agua; buenos baños públicos con calefacción central; teatros, anfiteatros, circos; bibliotecas, hoteles y posadas. Todo esto se podía encontrar —más o menos perfecto, más o menos completo— en casi todas las ciudades provinciales. Se tenía a los muertos la misma consideración que a los vivos. Ninguna época en la historia del mundo se puede parangonar a la del Imperio Romano en cuanto al número de bellos y espléndidos monumentos que se erigían en memoria de los muertos. Las vías que conducen a Pompeya son una buena prueba de ello. ¡Cuánta belleza y variedad! ¡Cómo serían entonces, los caminos que conducían a Roma! Y lo mismo sucede en las provincias. Cabría señalar, por ejemplo, el mausoleo de la familia Julia en St. Rémy, en la Galia, o cientos de otros monumentos que todavía se conservan en África, Grecia, Asia Menor y Siria. Millones se gastaban para los muertos, cientos de millones para la comodidad de los vivos. Cabría decir que nunca ha habido mayor número de personas (salvo en los siglos XIX y XX en Europa y América) que hayan gozado de esas comodidades y nunca, incluso en el siglo XIX, los hombres han vivido rodeados de tan hermosos edificios y monumentos como en los dos primeros siglos del Imperio Romano.

De este modo, el Imperio era un Estado mundial que se componía de una cierta cantidad de distritos urbanos, cada uno de los cuales tenía como centro una ciudad bien organizada. En esas ciudades y, en especial, en la capital, vivía el sector de la población que dirigía la vida social y económica del Imperio. Entre esos millones, el lugar principal era Italia con una población formada casi en su totalidad por ciudadanos romanos. Pero la ciudadanía remana no estaba limitada a Italia. Los sucesores de Augusto fueron haciéndose cada vez más liberales e iban admitiendo gradualmente, como ciudadanos, a los miembros de la clase superior de todas las ciudades del Imperio. El Ejército, que todavía se reclutaba en los territorios romanizados o helenizados del Imperio, también representaba a la civilización y, desde sus filas, muchas personas de clase media y aun inferior pasaron a la clase de los ciudadanos. Este proceso continuó: el cuerpo de ciudadanos fue en aumento, hasta que llegó a incluir a la mayoría de las clases media y superior de la población urbana de Italia y las provincias.

Junto con esta ampliación hubo un cambio radical en la composición de ese cuerpo, si se lo compara con la época republicana o el gobierno de Augusto. En primer lugar, toda la antigua nobleza senatorial había desaparecido a fines del siglo I d. C, en parte a consecuencia de la despiadada persecución por parte de los emperadores y también por causas naturales: si algunas veces se casaban, raramente tenían hijos. Una nueva nobleza imperial, nativa de Italia o de las provincias, vino a ocupar su sitio. Este cambio se puede ver claramente en el caso de los propios emperadores: los Julios y los Claudios pertenecían a la antigua aristocracia patricia; los Flavios procedían de un municipio itálico y la mayoría de los Antoninos pertenecía a la clase superior de las provincias romanizadas. La nueva aristocracia no fue de mayor duración que la precedente.

Después de dos o tres generaciones, las familias se extinguían y dejaban el lugar a otras del mismo origen. La misma indiferencia hacia la continuación del nombre condujo a idéntico resultado. Cualquier familia que sobrevivía por más de dos generaciones se mantenía gracias al sistema de la adopción.

En las poblaciones rurales, en especial entre la clase media superior que aspiraba al rango ecuestre, se observa el mismo fenómeno: las familias se extinguían con rapidez. La clase de los caballeros creció en número, pero los nuevos miembros se reclutaban fuera de ella. También en este caso es corriente la adopción; el hijo adoptado solía ser un liberto, antiguo esclavo de la familia. La única clase que aumentó realmente es el proletariado urbano y rural. No poseemos una prueba directa de ello, pero puede inferirse del aumento de la población del Imperio en su conjunto, cosa que se comprueba por el crecimiento incesante de las ciudades y el aumento del área de cultivo en casi todas las provincias. Un rasgo característico de las clases superiores de la población es su repugnancia a continuar su estirpe y fundar una familia. Aparentemente, el motivo era el de asegurarse un goce completo y personal de sus riquezas; no estaban dispuestos a poner trabas a su libertad con los cuidados de una familia. Los hombres luchaban por la riqueza a fin de asegurar para sí mismos una vida de paz y comodidad, y, además, para lograr un ascenso en la escala social. Les importaba muy poco lo que podría suceder con sus riquezas: las legaban al Emperador, a su ciudad nativa, a alguna institución religiosa o social, a amigos o parientes, o bien a sus aduladores y libertos.

Los senadores eran todavía la clase más rica de la población. Pero no encontramos en ellos ningún deseo de aumentar su riqueza mediante un cultivo sistemático de sus fundos. El objetivo del hombre rico es lograr un ingreso seguro y constante con el mínimo posible de esfuerzo personal. Por esa razón, el dinero se invertía principalmente en tierras. Esclavos y libertos administraban esos fundos, de cuyo cultivo se encargaban arrendatarios a corto o largo plazo. Mayor vitalidad y energía mostraban los caballeros y la clase media, en especial el sector más bajo de ésta en las poblaciones rurales. La más elevada se conformaba con lo adquirido y prefería gastar a esforzarse por adquirir más riqueza. En todo el Imperio se nota un estancamiento, una parálisis, incluso en el deseo de obtener ganancias. Entretanto, la composición de las clases superiores se modificaba continuamente: hombres de una clase más baja y menos refinada sustituían a los representantes de la cultura tradicional y ellos, a su vez, desaparecían sin tener tiempo para adquirir en forma completa los gustos e intereses de sus predecesores.

Es difícil decir cómo vivía la clase más baja de la población. En las ciudades, disfrutaban de las mismas ventajas y comodidades que los ricos. En Pompeya o Timgad, en África, no hay una sola casa en la que no quisiéramos vivir. Las cosas iban peor en los barrios pobres de las capitales de provincia, pero sus habitantes podían gozar de las espléndidas plazas, jardines, basílicas y baños. Los esclavos se hallaban en peores condiciones que la población libre. Pero incluso ellos, durante el Imperio, atrajeron más y más la atención y la benevolencia del legislador. Por desdicha, no sabemos nada de la vida en el campo. Pero tal vez este silencio sea significativo. Si bien no oímos himnos de alegría, tampoco escuchamos quejas. En los turbulentos momentos que siguieron al término del siglo II y el comienzo del III d. C, se oye la voz del campo quejándose ante el Emperador de la dureza de su existencia. En cambio, su silencio en los dos primeros siglos prueba que las cosas no iban demasiado mal.

Durante esos siglos, el Imperio era indudablemente rico y, en comparación con otros períodos, próspero. ¿Cuál era la fuente de esa riqueza? ¿Qué formas asumía su vida económica? Esas preguntas tienen gran importancia. En la respuesta encontraremos las razones de ese fenómeno sobrecogedor en la historia del Imperio Romano: la rápida destrucción, descrita en el capítulo siguiente, de su prosperidad. Los recursos naturales del Estado eran, sin duda, inmensos. Entre ellos se incluían las partes más ricas de Europa, África y Asia, en las que se basa la prosperidad de la Europa moderna. Además, el Imperio explotó las riquezas de Asia y del norte de África mucho más a fondo de lo que se lo hace hoy. Poseía distritos fértiles para el cultivo, extensas praderas para su

ganadería, selvas vírgenes, minas y canteras casi intactas, ríos y mares con abundancia de peces. Es preciso admitir que los romanos descubrieron esas recursos y que hicieron todo cuanto les fue posible para explotarlos.

Su prosperidad se basaba en la agricultura y en la cría de ganado. Es indudable que el Imperio extendió enormemente el área cultivada. En el África de hoy en día, en Argelia y Túnez, por ejemplo, inmensos distritos a los que nunca había llegado la civilización cartaginesa, y en donde ahora, a pesar de la actividad colonizadora de Francia, solo algunos pocos rebaños de ovejas y de cabras andan errantes por las desoladas llanuras, estaban densamente poblados y cultivados en los dos primeros siglos de nuestra era, especialmente en el segundo. Existen abundantes pruebas de ello en las ruinas que los viajeros encuentran, casi a cada paso, de ciudades prósperas y de productivas granjas. El origen de esa prosperidad se revela en las imponentes construcciones romanas creadas para usar en forma sistemática la lluvia que cae en abundancia durante los meses de invierno.

Es seguro que la Galia, Britania y España comenzaron a producir, durante el imperio, por primera vez, vastas cantidades de grano para exportar, después de cubrir las necesidades locales. En el Oriente, el área de cultivo no disminuyó, salvo, tal vez, en Grecia y esto por causas que se explicarán más adelante. La prosperidad de las provincias occidentales está atestiguada por las ruinas de muchas ciudades florecientes, cuyos habitantes vivían del campo, y que no habían existido antes de esa época. Todavía mayores pruebas de esa prosperidad nos las suministran las ruinas de grandes y pequeñas granjas que, en los últimos años, han atraído la atención de los arqueólogos. Resulta significativo que el suelo de Gran Bretaña esté cubierto, en sus partes llanas, con ruinas de grandes y pequeñas "villas" que eran granjas o bien puntos centrales de grandes fundos. Lo mismo ocurre en Francia, Bélgica y la zona del Rin; junto al curso superior del Rin los *decumates agri*, incluidos en la provincia de la Germania superior entre los reinados de Domiciano y Cómodo, estaban cubiertos por una red de granjas de importancia. En Egipto, la extensión del área cultivable se comprueba por documentos que allí se encontraron y, también, por nuestro conocimiento de los grandes planes de irrigación emprendidos por Augusto.

Es seguro también que se desarrolló con vigor la cría de ganado y que se concedió una atención especial al cultivo de viñedos y olivos. Para esta finalidad, el Imperio aprovechó todos los distritos adecuados dentro de sus fronteras. Los tiempos modernos solo pueden jactarse de pocas conquistas nuevas de ese tipo. Es cierto que ahora se produce vino en Alemania, pero, por otra parte, la zona sur de Túnez, que en tiempos antiguos estaba en su totalidad cubierta de olivares, ahora es una llanura desolada. Esa aclimatación de productos valiosos es muy característica del Imperio y produjo cambios notables en el aspecto del mundo antiguo. Había pasado el tiempo en que solo Italia y Grecia suministraban al mundo entero vino y aceite. Durante el Imperio, casi todas las provincias cultivaban esos productos para cubrir sus propias necesidades y aun para exportar el excedente. Este hecho constituyó un duro golpe para la prosperidad agrícola de Grecia e Italia. Al no tener nada que exportar a cambio de los granos importados, esos países tuvieron que volver a un tipo primitivo de agricultura y cultivar cereales para satisfacer sus propias necesidades.

A pesar del aumento del área cultivable y de la aclimatación de la vid y el olivo en Europa occidental, no hubo un perfeccionamiento sino más bien un atraso en la técnica agrícola. Columela, que escribió un manual sobre agricultura en el siglo I d. C, se queja amargamente de la decadencia científica de la agricultura en Italia. Lo mismo ocurría seguramente en las provincias de Oriente y Occidente.

La causa de este retroceso fue el intenso desarrollo del pequeño cultivo, que vino unido al crecimiento de los grandes fundos. Ya no fue de gran importancia el empleo de mano de obra esclava ni en Oriente ni en Italia. Los esclavos resultaban caros y, en cambio, la mano de obra libre era barata debido al crecimiento incesante del proletariado. Los grandes propietarios estaban contentos con renunciar al sistema de plantación y dejar sus tierras en manos de pequeños arrendatarios. Los emperadores fueron los primeros en iniciar ese sistema en sus propios fundos. El Oriente siguió ese ejemplo; los grandes y medianos propietarios vivían en las ciudades y dejaban

que sus tierras fuesen cultivadas por arrendatarios, los cuales, en muchos casos, estaban ligados al suelo. Esas condiciones eran desfavorables Para un cultivo progresista y científico. A pesar de que había mayor cantidad de tierra cultivada y más trabajadores en el campo, la calidad del trabajo descendió enormemente.

Ese mismo fenómeno se puede observar en otro sector: la explotación de las riquezas naturales de otro tipo. Aumentó el número de minas y de canteras en actividad. Probablemente, la razón principal de que el Imperio anexara nuevos territorios se debió al conocimiento de que en ellos existía una gran riqueza mineral. Cabe suponer que ése fue el principal motivo de la conquista de Britania por parte de Claudio y de la anexión de una parte del suroeste de Germania por Domiciano; la atracción principal de Dacia fueron sus arenas auríferas y su riqueza en otros minerales. En estos casos, se agregaron nuevas riquezas al. Imperio. Pero la capacidad de los trabajadores no se puso en consonancia con el desarrollo minero. Tanto en la minería como en la siderurgia, los romanos no mejoraron los métodos de la época helenística e incluso quedaron atrasados. La tesorería o, dicho de otro modo, el Emperador, había trabajado las minas mediante grandes contratistas que empleaban esclavos en gran cantidad. Pero luego se intentó un nuevo método: el trabajo se parceló entre pequeños aventureros que tenían que emplear sus propias fuerzas y la ayuda de algunos esclavos. En tales condiciones resultaba, naturalmente, imposible todo adelanto técnico.

Los mismos síntomas que observamos en la agricultura y la minería los encontramos también en la manufactura. Distritos, que antes dependían de importaciones procedentes de los grandes centros manufactureros, comenzaron a participar en la producción. De ahí que los grandes centros perdieran su posición económica y se fueran empobreciendo. El más perjudicado de todos fue Grecia, cuyos productos manufacturados desaparecieron casi por entero del mercado mundial. Algunos tipos de artículos manufacturados se producían aún en ciertos distritos y de ahí se exportaban a todas partes, ya que la vasta extensión del Imperio romano permitía esa exportación. Algunos productos constituían todavía una especialidad que se exportaba a todo el mundo desde Asia Menor, Italia y Galia. Las vasijas de cobre de Campania competían con éxito con las imitaciones extranjeras; Egipto tenía la supremacía en el mercado de tejidos de lino y en el de papel. Poro esos artículos especiales, producidos para la exportación, eran cada vez más raros. En los mercados provinciales, esos productos eran sustituidos por otros similares, a veces no inferiores en calidad, producidos en los talleres locales. Por ejemplo, la fabricación de vasijas de barro y lámparas de cristal no quedó limitada a un solo centro. El primero de esos artículos tiene una historia de especial interés. Iniciada en Grecia y Asia. Menor, esa industria pasó a Italia. En los siglos II y I d. C, la cerámica figurativa del norte de Italia no tenía rival en el mundo. En el siglo I, comenzó a competir con ella el sur de Galia. En la segunda mitad de ese siglo, la fabricación se extendió hacia el norte y llegó al Rin en el siglo II. Esas vasijas no solo conquistaron los mercados del norte y del noroeste, sino incluso los de Italia. Simultáneamente, Asia Menor producía el mismo artículo según los mismos modelos para los mercados del sur y del sudeste. En el siglo II de nuestra era, tanto Oriente como Occidente fabricaban un inmenso número de lámparas de barro, que antes habían sido casi un monopolio del norte de Italia. En ese período, nada encontraba salida en mercados distantes, salvo los artículos de lujo que solo una minoría estaba en condiciones de comprar. Por todas partes se multiplicaron las imitaciones locales de los productos de grandes centros industriales. Por ejemplo, los famosos artículos de púrpura de Tiro se imitaban en Asia Menor. De esta manera, también la producción manufacturera se difundía cada vez más.

Pero, al mismo tiempo, la calidad se volvió inferior; había menos habilidad mecánica y menos belleza. La técnica se hace monótona y un tanto anticuada. Basta comparar los encantadores zarcillos y broches de la época helenística con las toscas imitaciones romanas; otro tanto se puede decir de la cerámica. Es digno de observar que tumbas y ruinas nos han entregado cientos de miles de objetos de producción romana: por ellos vemos que no se hizo ningún descubrimiento nuevo en cuanto a técnica. Por el contrario, muchos descubrimientos anteriores cayeron en desuso. Todo el mundo sabe que, en punto a belleza artística, los productos del Imperio son infinitamente inferiores

a los de las monarquías orientales, Grecia o la época helenística.

Las causas de esa degeneración hay que buscarlas en la difusión ya mencionada de la producción. Las provincias habían comenzado su producción para satisfacer sus propias necesidades y fabricaban en masa a precios bajos. Así, los artículos más caros y finos desaparecieron del mercado. Las fábricas y talleres de los países puramente industriales, que antes habían encontrado una fácil salida para sus mercancías, ahora estaban ociosos. Al mismo tiempo, la decadencia gradual de la cultura en las clases medias, fenómeno del que ya hemos hablado, creó una demanda de productos más toscos y menos artísticos. Esta decadencia de la habilidad y del sentido artístico fue acompañada por un cambio en los métodos de producción. El sistema de grandes fábricas, iniciado en Grecia y desarrollado en los principales centros helenísticos de la industria, había llegado a algunas ciudades de Italia en el siglo I d. C, pero fue declinando sin cesar a partir de la mitad del siglo II. En Italia y en las ciudades provinciales del siglo II, el trabajo era realizado por obreros al Por menor y en pequeños talleres. Se consideraba rico fabricante al que poseía cierto número de esos establecimientos; la mano de obra era fundamentalmente esclava.

Durante el Imperio, en especial en los dos primeros siglos, hubo un desarrollo extraordinario del comercio al por mayor y menor, por tierra y por mar. Se mantenían relaciones mercantiles regulares con los más distantes mercados: China, India, centro y sur de África, centro y sur de Rusia, Germania e incluso, Noruega y Suecia. Esos países importaban productos manufacturados a cambio de artículos de lujo. Mejor dicho, suministraban materia prima para ser trabajada en el mundo grecorromano y, en especial, en Oriente. África enviaba marfil, oro y maderas finas; Arabia, especias; las piedras preciosas y perlas venían de India, la seda de China, pieles, de Asia Central y Rusia, ámbar, de Germania y de Escandinavia.

Sin embargo, este comercio exterior no era en realidad importante para el desarrollo económico del Imperio. De mucho mayor alcance era el comercio dentro del propio imperio, entre las provincias y dentro de ellas. Ese comercio creció sin cesar; la clase de los comerciantes aumentó y los semitas (sirios, judíos y árameos) eran sus miembros más prominentes. El transporte entre las provincias era fácil: por el Mediterráneo y luego por los ríos y vías, hasta los lugares más apartados. A fines del siglo III, Diocleciano publicó una tarifa o lista de precios fijos para las mercancías. Esa disposición estaba destinada a las provincias orientales, pero incluye, además de manufacturas y productos de Oriente, gran número de artículo producidos en Occidente, en especial en Galia. De esta manera, se ayudó al comercio, ya que solo se puso un impuesto, que variaba entre 2 y 2 1/2 % en concepto de derecho de aduanas en la frontera de cada provincia. Este sistema representaba un gran adelanto respecto a la época en la que cada ciudad griega o cualquier reyezuelo helenístico abrumaba de impuestos a los comerciantes que entraban en su territorio.

Pero también en el comercio ocurren los mismos fenómenos que hemos observado en la agricultura y la industria. A medida que las provincias se abastecían con su producción interior, sus necesidades de importación disminuían y el mercado de cada ciudad y aldea estaba lleno de productos locales. En las ciudades, la mayoría de los talleres eran al mismo tiempo tiendas y los comestibles expuestos' a la venta se producían, la mayoría por lo menos, en el territorio que pertenecía a la ciudad. Este estado de cosas era menos pronunciado allí donde el tráfico era fluvial, como en Galia y Britania, junto al Rin y el Danubio, con sus tributarios, y en Egipto, pero tenía mayor importancia en Italia, África y Asia Menor, en donde no existían medios de comunicación económicos.

Los gastos y demoras del transporte aislaban a los mercados y los estimulaba para abastecerse por sí mismos. La misma causa obstaculizó el desarrollo de grandes empresas capitalistas en la esfera del comercio local, salvo para mercancías transportadas por mar, en caravanas o por ríos. Es interesante observar el hecho de que el emperador Adriano, que favoreció a los pequeños agricultores y a los pequeños contratistas de las minas, trató de eliminar al intermediario en el comercio y de poner al comprador en contacto directo con el productor. A pesar de todo esto, los métodos capitalistas eran más afortunados en el comercio que en cualquier otro sector de la actividad económica durante el Imperio. Los comerciantes, junto con los grandes terratenientes, eran los más ricos de la época.

Formaban importantes compañías o asociaciones mercantiles. Los comerciantes interesados en la navegación, llamados *naucleri o navicularii*, se asociaron en compañías de ese tipo, que llegaron a ser las más poderosas económicamente de todo el Imperio.

En consecuencia, pareciera que el Imperio realizó una gran labor en la esfera económica. Se descubrieron nuevas fuentes de riqueza. Países que antes se habían contentado con las más primitivas condiciones comerciales se hicieron accesibles a la explotación sistemática. El intercambio se facilitó mediante un sistema más perfecto de vías de comunicación y de medios de protección contra los piratas del mar. Los impuestos no eran onerosos. En las relaciones entre el capital y el trabajo, el Imperio, es decir el gobierno, se mantenía pasivo y dejaba que el problema se resolviera por sí mismo. Rara vez se interponía y gobernaba sin seguir un sistema bien definido. Unas veces favorecía al capital y a las grandes fortunas, otras, tomaba medidas para proteger al pequeño propietario y al asalariado. Los emperadores del siglo II intervinieron más que los otros. Ya he mencionado la defensa de los pequeños propietarios y de los arrendatarios por parte de Adriano. Es digno de notar la legislación de todos los emperadores para elevar el nivel legal y social de los esclavos. Debemos recordar, sin embargo, que el problema del trabajo, tal como hoy lo entendemos, era desconocido en el mundo antiguo. La existencia de la esclavitud y el empleo de mano de obra esclava obstaculizaba la unión de los trabajadores libres y hacía imposible la lucha contra los patronos. Además, el gobierno veía con recelo cualquier clase de asociación que no se hiciera para fines religiosos y, por eso, habría suprimido, sin duda alguna, las uniones de asalariados libres. Sin embargo, junto con un movimiento progresista, nos hemos visto obligados a reconocer muchos síntomas inquietantes: la creciente extensión de las propiedades rurales; el cambio de la agricultura científica, remplazada por métodos más primitivos practicados por pequeños arrendatarios a largo o corto plazo; la decadencia del cultivo intensivo en Grecia e Italia y de la ciencia aplicada a la agricultura, como lo prueba, por ejemplo, el hecho de que Columela sea el último escritor original que trata sobre esa materia; el descenso en la calidad de los objetos manufacturados, tanto en maestría como en belleza; por último, el desarrollo de pequeños talleres a expensas de las grandes fábricas y empresas.

LA CRISIS DEL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO III d. C.

El reinado del emperador Cómodo, el hijo de Marco Aurelio, cierra el período del despotismo ilustrado y comienza una nueva era de matanzas y miseria, cuya característica principal es el poder que posee el ejército para decidir a su antojo el destino del Estado. El ejército que antes había sido el servidor del Imperio, se convierte en amo y actúa por medio de gobernantes a los que entroniza o derroca a su capricho y sin justificación alguna.

Cómodo reinó del 180 al 192 d. C. Es un segundo Nerón o Domiciano; nos recuerda a los peores gobernantes de las dinastías Julia y Claudia. Absorto en su propia persona, pasó toda su vida en continuo libertinaje, entregado a su morbosa pasión por el arte de los gladiadores. Descuidó los asuntos militares y administrativos; fundó todo su poder en la guardia pretoriana y apenas tuvo contacto con los ejércitos provinciales. Se dio la consecuencia natural: como había ocurrido en tiempos de Domiciano, surgió una fuerte oposición que tomó idéntica línea de acción. Fue resultado inmediato de la paz que Cómodo concluyó con los germanos, considerada por las clases superiores del Imperio como una traición y una vergüenza. El Emperador respondió con medidas violentas: algunos senadores fueron ajusticiados y se les confiscaron los bienes. Esa violencia condujo a una intriga palaciega que costó la vida al Emperador.

Como en el año 69, ' el "año de los cuatro emperadores", el éxito de la conspiración llevó a la guerra civil. Los ejércitos provinciales aprovecharon la muerte de Cómodo para elevar al trono a sus favoritos. El Senado eligió a M. Helvio Pértinax para ocupar el trono vacante, en la esperanza de que restauraría la tradición de los Antoninos. Pero Pértinax pronto fue asesinado por los pretorianos ensoberbecidos por los favores de Cómodo. De inmediato, vendieron la sucesión a un rico senador, Didio Juliano. Los ejércitos provinciales se negaron a aceptar imposiciones de los pretorianos y Lucio Septimio Severo, comandante de los ejércitos de Pannonia, en el Danubio, encontró fácil marchar sobre Roma con sus ilirios y tracios, con el pretexto de vengar a Pértinax; se había adelantado así a dos posibles rivales, Clodio Albino y Pescennio Niger, que mandaban ejércitos poderosos en Britania y Siria. Severo venció con facilidad a los pretorianos y tomó Roma casi sin lucha, degradó a todos los pretorianos y escogió a los mejores hombres de su propio ejército para ocupar sus puestos; la mayoría de éstos eran labradores tracios o ilirios. Tuvo más dificultad en terminar con sus poderosos rivales de] norte y del este, pero demostró ser el más fuerte: engañó a Albino prometiéndole hacerlo su heredero y aprovechó los errores de Pescennio en la conducción de su ejército. Después saldó sus cuentas con todos los que no estaban de su parte en Roma o en Italia y las provincias, condenándolos a muerte y confiscando todos sus bienes. De este modo, llegó a ser el gobernante indiscutido del Imperio.

Septimio Severo no abrigaba la intención de restablecer las tradiciones de la época de Augusto. Oficialmente se dijo hijo de Marco Aurelio y hermano de Cómodo, un Antonino y sucesor de una línea de Antoninos, pero su política real era en completo diferente de la de aquéllos. Sus opiniones políticas se concretan en las últimas palabras que dirigió, en su lecho de muerte, a sus hijos y sucesores, Caracalla y Geta: "Tened una sola idea: enriqueced a los soldados; no os preocupéis de lo demás". Su poder se fundaba por entero en la fidelidad de los soldados y, por ese motivo dedicó toda su atención y su persona al ejército. Desconfiaba de la aristocracia romana y la mantuvo a distancia mediante su guardia semibárbara y la "legión parta" que reclutó y apostó en Albano, cerca de Roma. No intentó ninguna alteración en el sistema de gobierno: probablemente lo consideró innecesario. Pero, con sus actos, trazó las líneas de la evolución futura, que despojaría a la clase senatorial de los comandos del ejército y de los gobiernos provinciales para sustituirla por oficiales del ejército. Sin embargo, en general, fue un concienzudo gobernante del Estado. En sus relaciones con las provincias, después de derrotar a sus dos rivales, fue fiel a las tradiciones establecidas por los Antoninos.

Los efectos de su política fueron visibles durante su reinado y todavía más después de su muerte.

Incluso en sus manos, el ejército no era, en modo alguno, instrumento obediente. Los soldados iban perdiendo cada vez más el gusto por la guerra y tenían poco interés en su profesión, de modo que, a pesar de su propia capacidad militar. Severo fue incapaz de' infligir derrotas decisivas a los partos o de completar el sometimiento de Britania, -en donde él murió en el 211, en medio de una prolongada contienda contra los montañeses de Escocia. Su heredero Caracalla se deshizo de inmediato de su hermano, copartícipe del trono, pero también él perdió la vida en cuanto intentó utilizar al ejército para luchar de nuevo con los partos en la frontera del sudeste. El año de su muerte fue el 216. Entonces, el ejército proclamó a Macrino, comandante de la guardia, como sucesor, pero también lo traicionó al descubrir que no solo intentaba acabar con las operaciones militares, sino rebajarles la paga. Las damas del palacio eran sirias, parientas de Julia Domna, esposa de Septimio Severo, y miembros de la familia de los reves-sacerdotes de Emesa. Esas mujeres, ambiciosas y astutas, aprovecharon el descontento que reinaba entre los soldados. Julia Mesa, hermana de Julia Domna, con sus hijas Soemias y Mamea, ganó el favor de una parte del ejército sirio y con su ayuda derrotó a Macrino. Entonces elevaron al trono al hijo de Soemias, cuyo nombre antes de asumir el trono era Vario Avito Basiano. Pero era el sumo sacerdote del dios del sol adorado en Emesa bajo el nombre de Elagábal, y por su cargo, llevaba el mismo nombre que su dios.

El reinado de los sirios parientes de Severo fue el comienzo de uno de. los capítulos más tristes de la historia del Imperio. Elagábal o Heliogábalo, como lo denominaron los romanos, era un religioso fanático que introdujo en Roma los modales y costumbres de su teocracia siria. Muchos de sus soldados eran también devotos de los cultos orientales y sus procederes no ultrajaban a sus creencias religiosas, pero, en Roma, incluso en el estado depresivo y humillante de las clases media y superior, esas innovaciones solo encontraron repugnancia y horror. Conscientes de este sentimiento, las princesas sirias, tomaron medidas para conservar el poder y, cuando el fanático Heliogábalo fue asesinado por los soldados, pusieron en el trono a Alexiano, hijo de Mamea, que era de opiniones más moderadas y tenía costumbres menos asiáticas. Como emperador tomó el nombre de Marco Aurelio Severo Alejandro. Tanto él como su madre procuraron reconciliar a la nobleza romana con su gobierno militar. Se restauraron algunas formas antiguas de la vida pública y se convocó al Senado para que volviera a participar en los asuntos públicos. Pero Alejandro no podía controlar al ejército. Apenas pudo rechazar el peligro en Oriente cuando la dinastía sasánida de los reyes persas, después de terminar con la dinastía parta de los Arsácidas, invadió las provincias romanas. Pero una campaña contra los germanos, en la frontera del Rin, costó la vida al Emperador; sus propios soldados lo asesinaron el año 235.

La muerte de Alejandro fue seguida por un colapso total. El Imperio se convirtió en instrumento de los soldados. Los diferentes ejércitos, uno tras otro, proclamaban emperadores a sus comandantes, los deponían por las más insignificantes quejas contra su severidad o flaqueza y utilizaban su propia fuerza para saquear sin merced las pacíficas y prósperas ciudades del Imperio. Entre los años 235 y 285 hubo veintiséis emperadores y solo uno de ellos murió de muerte natural. La mayoría eran hombres que tenían un verdadero deseo de servir al Estado, buenos soldados y buenos generales que procuraban defender al Imperio contra los enemigos extranjeros. Pero siempre tropezaban con el obstáculo de la hez de amotinados de un ejército y se veían obligados a defenderse contra rivales a quienes los soldados obligaban, con frecuencia, por medios violentos a competir por el trono.

Tal situación interna no era precisamente la más adecuada para que el Estado alcanzara victorias sobre enemigos extranjeros. La frontera fue invadida en casi todos sus puntos. Se formó una fuerte alianza de tribus germanas, con el plan de apoderarse de las provincias romanas de Europa; los sajones saqueaban las costas de Britania y de Galia; Galia estaba amenazada por los francos, en el centro, y por los alemanes en el sur; los marco-manos alarmaban a las provincias del Danubio. Un poderoso reino de godos y sármatas que había surgido en el sur de Rusia avanzaba hacia el curso inferior del Danubio y llegaba por mar desde Panticapio, hasta las provincias orientales. Por último, la dinastía sasánida de Persia, que en tiempos de Alejandro Severo había tomado el lugar del decrépito y desintegrado reino parto, se estaba transformando en un terrible adversario para las

energías exangües de Roma. Durante el reino de Valeriano y de su hijo Galieno, entre el 253 y el 268, el Imperio llegó a su nivel más bajo. Valeriano fue derrotado y hecho prisionero por los persas. En tiempo de Galieno, el instinto de conservación condujo a la provincia de Galia y a la rica ciudad comercial de Pal-mira, en Siria, a tomar en sus propias manos la misión de defender y organizar sus territorios como reinos independientes. En el año 258, Marco Casio Latinio Postumo gobernaba Galia; en Palmira, Odenato luchó en defensa de Oriente contra los persas; su viuda Zenobia, siguió, más tarde, su ejemplo.

Cuanto más se agravaba la situación del Imperio, más pujante era la presión de los bárbaros en las fronteras. Pero, al mismo tiempo, nació un fuerte sentimiento en el pueblo de que era preciso, por un medio u otro, defender la civilización del Imperio romano, salvar las ciudades del saqueo y la destrucción, y restablecer la unidad del Estado. Incluso los soldados participaban de ese sentimiento; por eso comenzaron a mostrar más tenacidad en la lucha contra los bárbaros y mejor disposición de ánimo para someterse a la disciplina impuesta por los emperadores que ellos mismos habían elegido. Una serie de emperadores fuertes y hábiles pueden servir de ejemplo de esta modalidad imperial en la segunda mitad del siglo III. Es verdad que la mayoría murió de muerte violenta y que se vieron obligados a luchar constantemente contra motines en el interior; pero esas dificultades no los arredraron. Si un emperador era asesinado, su sucesor mostraba, en el trato con los ejércitos, la misma firmeza que había costado la vida a su predecesor; exigía disciplina y ciega obediencia a sus comandantes con el mismo espíritu inflexible. Los mismos emperadores daban ejemplo de autosacrificio, un ejemplo que resultaba tanto más efectivo cuanto que la mayoría de ellos había comenzado su carrera como simples soldados.

El primero de esta serie de gobernantes fue Claudio, apodado Gótico. Reinó del 268 al 270 e infringió una decisiva derrota a los godos, con la cual atenuó por algún tiempo su presión sobre la frontera del Danubio y las provincias orientales. Su sucesor, Aureliano, reinó cinco años. En ese tiempo, no solo defendió a las provincias del Danubio e Italia contra los germanos, sino que restableció la unidad del Imperio mediante un ejército que momentáneamente unió con férrea disciplina; durante su reinado, Galia y Siria volvieron a constituir parte del Estado. Sus sucesores, Probo (276 - 282), Caro, y su hijo Carino, lucharon con fortuna en las fronteras. Después de la muerte de Caro, asesinado, como Probo, por sus propios soldados, el ejército proclamó emperador a Gayo Valerio Aurelio Diocleciano en el año 284. Después de una breve lucha con Carino, Diocleciano se convirtió en el indiscutido gobernante del Imperio y éste, agotado y deshecho, estuvo libre-de conflictos internos por algún tiempo.

La causa de la terrible crisis por la que atravesaba el Imperio debe buscarse, en parte en las nuevas condiciones sociales y económicas que surgieron en la segunda mitad' del siglo II y, también, en la organización y sentimientos del ejército. Hemos visto que el desarrollo económico siguió el camino de incrementar los recursos del Imperio, más bien que el de utilizarlos sistemáticamente, que la gente iba perdiendo su capacidad de trabajo y su ingenio inventivo, que la rutina, en -fin, dominaba cada vez con más fuerza en la esfera de la producción creadora. El interés real y vivo del pueblo no estaba centrado en las cuestiones económicas o sociales, sino en las que concernían a la vida interior del hombre, en especial las cuestiones religiosas. De este asunto hablaremos en un capítulo posterior.

Por otra parte, al lado de las clases superiores de la comunidad y del desarrollo activo de la vida urbana, otra clase, que vivía en las aldeas y en el campo, comenzaba a tener mayor conciencia de sí misma; a medida que se iba incorporando a la civilización, advertía con más claridad su propio número e importancia y, al mismo tiempo, la inferioridad de su posición social. Los emperadores de los dos primeros siglos de nuestra era hicieron mucho para desarrollar la conciencia de sí de esta clase mediante el trato que daban a los siervos que poblaban por millares los fundos imperiales en Oriente y la multitud de arrendatarios libres en Occidente. La legislación de la primera época del Imperio hizo todo lo posible para definir de modo preciso la relación de tales arrendatarios con los propietarios de las tierras, fueran éstas particulares o del Imperio. Defendió sus intereses cuando

estaban en conflicto con los de los terratenientes; apoyó a los pequeños propietarios como contrapeso a la clase media rica. Como consecuencia de la política imperial, el campo dejó de ser callado y sumiso; consciente del apoyo imperial, encontró una voz para defender sus derechos contra la presión de los capitalistas y los atropellos de los funcionarios.

En esa época, tuvo lugar otro cambio radical en la composición del ejército. Hemos visto ya que durante el reinado de Augusto el ejército se componía principalmente de nativos de Italia y ciudadanos romanos residentes en las provincias. Las legiones se reclutaban dentro de esas dos clases. Y aunque los provinciales que no poseyeran la ciudadanía tenían cada vez menos dificultad en ser admitidos en sus filas, los legionarios procedían de las provincias más civilizadas y el ejército todavía representaba a los habitantes más cultos del Imperio. Sin embargo, ni siquiera Adriano pudo mantener ese sistema por más tiempo. Su ejército se reclutaba en las provincias en donde estaban apostadas las guarniciones permanentes. La población urbana eludía la obligación del servicio militar de ahí que el ejército, tanto las legiones como las tropas auxiliares, se fuera llenando de trabajadores agrícolas de las provincias, hombres que. habían trabajado en territorios urbanos o en otros. Al mismo tiempo, la profesión de soldado llegó a ser hereditaria; los hombres vivían en campamentos o en las poblaciones advacentes y los hijos solían escoger la profesión de sus padres. En los tiempos tormentosos de los últimos Antoninos, Roma necesitaba una constante incorporación de reclutas para defenderse de los bárbaros. Millares morían en los combates y la peste barrió con muchos más. Además, las clases civilizadas iban perdiendo la costumbre del servicio militar y enviaban hombres de inferior categoría a las filas. De ahí que los emperadores prefiriesen emplear un sector más primitivo de la población: campesinos y pastores de los confines del Imperio, tracios, ilirios, españoles, montañeses, moros, hombres del norte de Galia, gentes de las montañas de Asia Menor y Siria. De esta manera, el ejército vino a representar a la parte menos civilizada de la población, los hombres que vivían fuera de las ciudades, que envidiaban el lujo de los ciudadanos y los consideraban meros opresores y explotadores.

La prosperidad económica del Estado se vio también afectada por los desastres que llenaron los tiempos de los últimos Antoninos. Ya he dicho antes que el sistema tributario no era especialmente gravoso, ni siquiera para los provinciales. Pero los gastos del Estado aumentaban: había más soldados y su paga era mayor, el número de funcionarios crecía. El Estado no tuvo otra solución que elevar los impuestos. Los habitantes de las ciudades se habían acostumbrado al lujo y las comodidades, pero sus crecientes demandas no podían ser satisfechas solo con la generosidad privada; fue, pues, necesario aumentar las cargas. Tanto el gobierno central como las ciudades obtenían sus principales ingresos de los impuestos que pagaban los labradores y ganaderos, y el aumento de esos impuestos no fue acompañado de un mejoramiento de los métodos agrícolas. Por consiguiente, la carga se hizo cada vez más pesada para los propietarios de tierras o para los que trabajaban la tierra con sus propias manos, los pequeños propietarios y los arrendatarios de los grandes fundos. El campo sufrió más que la ciudad por el aumento de los impuestos.

Durante el desdichado período de revoluciones del siglo III, todos los síntomas mencionados se agravaron a un ritmo terrible. El ejército y sus dirigentes se hicieron dueños del Imperio. Conscientes, de su propia fuerza, los soldados trataban de explotarla al máximo. Esperaban de los títeres que colocaban en el trono una paga mayor, grandes dádivas y permiso para saquear impunemente a sus conciudadanos, en especial, a las ciudades ricas por las que los soldados, de extracción campesina, sentían envidia y odio. El ejército aspiraba también a la abolición de los privilegios de que gozaban las clases superiores. Pedían que todos los soldados tuvieran libre acceso a los puestos superiores, tanto militares como civiles. En este punto, las aspiraciones de los soldados coincidían con las de algunos de sus jefes, quienes, desde la época de Septimio Severo, sospechaban, cada vez más, de las clases privilegiadas. Así, poco a poco, los oficiales, últimos representantes de la cultura superior, desaparecieron del ejército. Los nuevos eran tan rudos y toscos como la tropa: no se distinguían de ella. Cuando estos oficiales habían cumplido sus años de servicio pasaban, a menudo, a ocupar cargos civiles y, de ese modo, los funcionarios superiores se barbarizaron gradualmente y

adoptaron en su actividad administrativa métodos arbitrarios y violentos, arraigados en las relaciones entre el ejército y la población civil.

Los emperadores nombrados por el ejército precisaban dinero más que otra cosa para triunfar en los conflictos políticos. El único medio de conseguirlo era aumentar los impuestos, en especial los que pagaban los propietarios de tierras. Provisiones, armas y medios de transporte eran indispensables en las constantes guerras y movimientos de tropas. Si no había dinero, todas esas cosas había que tomarlas por la fuerza de la población. Los impuestos se elevaron constantemente en el siglo III; las requisas extraordinarias para las necesidades del ejército se convirtieron en costumbre. Las demandas de los emperadores y de sus tropas-no se hacían directamente a los contribuyentes, sino a los organismos que siempre se habían encargado de la recaudación de los impuestos y que eran responsables ante el Estado por el pago completo. Las mismas entidades eran responsables por la percepción completa de todos los tributos en especie que imponía el Estado además de los impuestos y, cuando se exigía trabajo forzoso, tenían el deber de proveerlo.

Las entidades ante las que los funcionarios imperiales hacían sus demandas eran los consejos de las ciudades y sus funcionarios; ejecutivos; en otros casos, eran los gremios de comerciantes, de vendedores o de artesanos. Los consejos urbanos calculaban cargas sobre la población de su territorio y respondían con sus propios bienes del pago completo. Los gremios eran responsables mancomunadamente del suministro de los artículos que necesitara el ejército y también de los medios de transporte. En tiempos de paz, la carga no era demasiado gravosa para los consejos y magistrados municipales. Ya a fines del siglo II, a medida que aumentaban las demandas del Estado, la capacidad tributaria de la población disminuyó y las deudas comenzaron a acumularse. Al mismo tiempo, las exigencias suplementarias del Estado, que las mismas entidades debían satisfacer, presionaban cada vez más duramente sobre el pueblo. La situación llegó a ser crítica en el siglo III. El Estado elevó sus demandas de un modo excesivo; el comercio estaba ahogado por las constantes guerras y las invasiones bárbaras; la industria se paralizaba; lo»' ejércitos de los rivales que pretendían el trono saqueaban todas las ciudades y aldeas por las que pasaban. Los emperadores y su ejército necesitaban dinero, grano, pieles, metal, bestias de carga y, para obtenerlos, hacían continuas requisas en las ciudades. Estas últimas traspasaban la carga al campo, en donde caían sobre los hombros de los arrendatarios y los pequeños propietarios. Tales transacciones aumentaban la enemistad entre la ciudad y el campo.

Como coronamiento de todas esas calamidades, los emperadores, que necesitaban dinero, emitían una enorme cantidad de moneda. Al no poseer bastantes metales preciosos para esas emisiones, alearon oro con plata, plata con cobre y cobre con plomo; así rebajaron el valor de la moneda y terminaron por arruinar a hombres que habían sido ricos. Esa medida cortó de raíz la vida de la industria y el comercio. En el siglo III, la casa de la moneda del Estado se convirtió en una fábrica de moneda de baja ley. El gobierno usaba esta moneda baja de ley para pagar a los acreedores, pero se negaba a recibirla de los contribuyentes.

No es pues de extrañar que tales condiciones trajeran consigo una crisis económica y social de suma gravedad. La población civil buscaba una salida a sus tribulaciones apoyando a uno u a otro de los aspirantes al trono, con la esperanza de que pusiera fin a esa confusión y estableciera el orden sobre bases sólidas. Pero el ejército, ávido de dinero y de saqueos, derrocaba a un emperador tras otro y empeoraba la situación. Es preciso recordar que el ejército se componía, por aquel entonces, de pequeños campesinos y braceros y esta clase, que sufría más que las otras la crisis financiera, achacaba sus desventuras a los funcionarios y a la aristocracia de las ciudades, sin ver otra esperanza de salvación que el poder del Emperador. Cuando se desilusionaban de un emperador, proclamaban otro; pero nunca flaqueó su creencia en la buena voluntad y la omnisciencia del gobernante. Esto se advierte con claridad en algunas peticiones que los soldados hacían en nombre de sus aldeas nativas, peticiones en las que los campesinos se quejan de la opresión que ejercían los magistrados de las ciudades, los funcionarios y los oficiales del ejército, y en las que se manifiesta que para remediar esos atropellos solo se confiaba en la sagrada persona del emperador.

A medida que se agudizaba la crisis social y financiera, cambiaban las instituciones básicas del Imperio. Simultáneamente, desaparecieron la idea del principado ejercido por el Primer Ciudadano y la privilegiada posición de los ciudadanos romanos. El Emperador se convirtió en un déspota militar que se apoyaba únicamente en el ejército. Durante el reinado de Caracalla, les derechos de ciudadanía se concedieron a toda la población del Imperio (212); pero esta disposición no significó un mejoramiento en la situación legal de las masas, sino la ruina del Estado" romano, el Senado y el pueblo de Roma. El Senado no tenía voz en los asuntos públicos y los senadores perdieron todos los privilegios políticos que antes habían correspondido a su categoría. Al mismo tiempo, se esfumó en todo el imperio el derecho de autonomía municipal. El Estado era gobernado por un enjambre burocrático de funcionarios imperiales, graduados en la escuela del ejército; entre ellos se incluía la policía secreta, que desempeñó un papel destacado al infundir terror a los subditos. Desaparecieron los últimos signos de libertad civil: se estaba en pleno reino de la expoliación y de la violencia arbitraria e incluso los mejores emperadores eran impotentes para luchar contra ese estado de cosas. Como es lógico, en tales tiempos había muy poca actividad intelectual. Solo algunas obras de escaso valor rompían el silencio de la literatura. El arte no produjo una sola obra de importancia. Sin embargo, debemos reconocer que el retrato escultórico y la pintura llegaron a una altura jamás alcanzada. Los bustos, las estatuas y los retratos de esta época se caracterizan por un decidido realismo. Con ellos, poseemos una notable galería de importantes personajes y de ciudadanos ordinarios. Algunos, nerviosos y enfermizos, miembros de la clase culta, con las huellas del sufrimiento en el rostro, mientras otros son hombres de fortuna, vigorosos y rudos, hombres que se habían elevado de las filas del ejército y miembros de la nueva aristocracia semibárbara de aquellos años. Y en medio de la profunda decadencia del arte antiguo crece y vive un nuevo arte cristiano que, justamente en esa época, produce sus primeras grandes obras literarias y crea nuevos tipos de escultura y pintura.

LAS REFORMAS DE DIOCLECIANO Y DE CONSTANTINO: EL DESPOTISMO MILITAR DE ORIENTE

Tras décadas de anarquía y guerra, tanto en el interior coma fuera el Imperio, Diocleciano restauró el orden por algún tiempo, defendió al Estado contra los enemigos del exterior, puso límites a la ola de pasiones y ambiciones, y llevó a buen término un prudente y extenso plan de reformas en la vida pública y en la privada. Su éxito se debió a las mismas causas que habían favorecido a Augusto doscientos cincuenta años antes. Personalmente, Diocleciano no era superior, en ningún sentido, a muchos eminentes gobernantes del siglo, y todas sus reformas fueron iniciadas por sus antecesores. Diocleciano debía la solidez del trono al cansancio y repugnancia que predominaban en el ejército y en la sociedad, fenómeno similar al que existía en Roma en el momento de ascenso al poder de Augusto. El mundo estaba sediento de paz y deseoso de volver a una vida más o menos estable. Por ese motivo, la gente se fue agrupando en número cada vez mayor en torno al Emperador, para ayudarle en la dificil tarea de restablecer Ja paz y el orden. No quiero negar que Diocleciano fuera un gran hombre. Su fuerza, como la de Augusto, estriba en que supo advertir el estado de ánimo de su tiempo y en su capacidad para aprovechar las circunstancias. A semejanza de Augusto, tampoco creó nuevos principios; lo único que hizo fue reunir lo que crecía a ciegas en la confusión de la época, sistematizarlo y darle la permanencia de una forma legal. Su objetivo básico no 'fue el bienestar de los subditos, sino la mejora y fortalecimiento del Estado; Diocleciano sacrificó los intereses del pueblo en aras de la cosa pública, con más decisión que cualquiera de sus predecesores.

Así, la actividad de Diocleciano se dirigió hacia tres objetivos: reforzar el poder del gobernante, reformar los métodos de gobierno y renovar el ejército. No se puede decir que invistiera al trono de atributos nuevos realmente asombrosos; de hecho, en el siglo III d. C. todos los emperadores eran ya monarcas absolutos del tipo que nos es familiar en el Oriente. Había desaparecido todo rastro de gobierno constitucional. El Senado había descendido a la categoría de consejo municipal de la capital y el gobernante lo conservaba como un recuerdo del pasado, más que como una institución viva y activa. Solo el ejército, junto con el Emperador ocupaba la escena de la vida pública y el Emperador, continuamente amenazado de abdicación y muerte, tenía que seguir, a menudo, los dictados de sus soldados. Incluso en la segunda mitad del siglo III d. C, los emperadores se hallaban en esa situación; ni Diocleciano ni sus sucesores fueron capaces de recobrar, de un modo definitivo, su independencia: el ejército aún conservaba el voto decisivo en la elección de un gobernante. Pero su insolencia fue domada, en cierta medida, por Diocleciano, mediante algunas disposiciones dinásticas, militares y administrativas.

El poder autocrático del Emperador que debía decidir sobre todas las cuestiones que afectaban al Estado universal había mostrado su ineficacia para gobernar el Imperio y defenderlo. Por esa razón, varias provincias habían tratado de desprenderse del Estado y de hacer una vida independiente gobernadas por emperadores locales. Como reconocía que un gobernante único no podía defender la totalidad del Estado ni imponer el orden en todo el territorio y como, por otra parte, deseaba mantener el principio de unidad, Diocleciano planeó un sistema, un tanto artificial por el cual se dividía el Imperio y el poder imperial sin sacrificar la integridad del Estado. Sin renunciar a su condición de único y autocrático jefe del Estado, Diocleciano introdujo como institución permanente la corregencia, que ya se había ejercido antes ocasionalmente. Transfirió su autoridad sobre la parte occidental del Imperio a un gobernante que él mismo eligió, Valerio Máximo, uno de sus generales más capaces. De ese modo, ya no había un solo Augusto en el Imperio, sino dos y, para asegurar la sucesión, cada uno de ellos adoptó a un jefe militar, capaz de gobernar y de proteger al Estado. Los hijos adoptivos recibieron el título de *Caesar* y debían suceder a los gobernantes en caso de muerte o incapacidad debida a la edad. El gobierno se dividió entre los cuatro dirigentes. Cada uno de ellos tenía su propia capital, su propio ejército, su propio organismo

ejecutivo y un jefe ayudante en la persona de un prefecto del pretorio.

Esta innovación siguió los mismos principios establecidos por Augusto, con la soberanía del poder como base. El poder imperial todavía se consideraba como la magistratura suprema del Imperio, que pasaba por adopción del mejor al mejor. Pero había una alteración radical en la naturaleza del poder en sí. El emperador ya no era únicamente uno más, aunque fuera el mejor entre los ciudadanos romanos, el Primer Ciudadano o *Princeps*. De una vez y para siempre, se convirtió en "señor y dios". Este hecho aparece con claridad en el ceremonial externo que lo rodeaba. Los emperadores romanos reproducían casi sin cambios el culto que se tributaba a los reyes sasánidas: todos los que eran admitidos ante la presencia sagrada tenían que bajar profundamente sus cabezas y besar el borde de la vestidura real.

Sin embargo, la función más importante del emperador seguía siendo el mando del ejército. Su sitio normal era entre los soldados y cerca de las fronteras en peligro. La defensa militar del Imperio se convirtió en el asunto de mayor importancia del gobernante y todo lo demás pasaba a segundo término. Con esta finalidad, el ejército se reformó según las tendencias que ya hemos observado a lo largo del siglo III d. C. Los soldados de Diocleciano y de sus sucesores procedían definitivamente de los pueblos más atrasados del Imperio. Cuanto menor fuera el impacto de la antigua civilización en el soldado, tanto más subía el aprecio que se le tenía. Los más estimados de todos eran los germanos, que ni siquiera eran subditos del Imperio.

Las mejores tropas y las más aptas para el servicio solían ser bárbaros mercenarios contratados por Roma que acampaban cerca de las capitales de los gobernantes, los dos Augustos y los dos Césares. Esos destacamentos, llamados *comitatenses* constituían una sólida fuerza expedicionaria dispuesta a marchar hacia la frontera en cualquier momento. Esa fuerza había tenido su origen en la guardia pretoriana y era, en realidad, una guardia personal, en el sentido amplio de la palabra. Pero para velar por el emperador era demasiado numerosa de modo que divisiones especiales de tropas domésticas llamadas *palatini* y otra fuerza aún más pequeña, denominada *scholae* y *candidati*, esta última con blancos uniformes resplandecientes, estaban constantemente en servicio dentro del palacio.

Los guardias y la fuerza expedicionaria no tardaron en eclipsar al antiguo ejército provincial. Este último se convirtió en una guarnición, compuesta de colonos con una obligación hereditaria de servicio militar; se les llamaba ripenses o riparii y, más tarde, limitanei. Su obligación principal era vigilar las fronteras; en la guerra pasaban a segundo plano. Las flotas en el mar y las flotillas en los ríos adquirieron una gran importancia en la defensa del Imperio; también fueron de importancia las tribus bárbaras (gentes foederatae), ligadas a Roma mediante tratados y dependientes de ella en mayor o en menor grado. Esas tribus, cuyos servicios se pagaban, ayudaban a Roma en la protección de las fronteras, aunque vivían más allá de sus límites; en caso de necesidad, proveían destacamentos, de hombres armados al mando de príncipes nativos, y permitían a los oficiales reclutadores alistar hombres de sus territorios para la fuerza expedicionaria y las guardias antes mencionadas. En conjunto, esos cambios dieron lugar a un enorme incremento en el tamaño del ejército. Lactancio, escritor cristiano de fines del siglo III y comienzos del IV d. C, dice que el número se cuadruplicó. Tal vez sea exagerada esa afirmación, pero, en todo caso, se duplicó, por lo menos; el número de oficiales aumentó en proporción. Como ya se ha dicho, el carácter de los oficiales en tanto cuerpo cambió en el siglo III. Además, cualquier soldado podía ascender a la categoría de guardia y, luego, a la de oficial con mando sobre cien hombres; más tarde, podía estar sucesivamente al mando de una fuerza independiente, como jefe (dux) de todas las tropas de una provincia o jefe supremo de todas las tropas de un ejército. Las únicas condiciones exigidas eran conocimiento de la profesión, valor, fidelidad al Emperador e interés. Los nobles senadores no tenían relación alguna con el ejército. Así surgió una nueva aristocracia, basada en el servicio militar y civil, reclutada regularmente en el ejército y en los cuerpos de guardias, cuyas figuras más destacadas no eran romanas ni siguiera provinciales, sino bárbaros, en particular germanos de las franjas territoriales del otro lado de la frontera. La carrera militar no exigía la educación general

necesaria para el servicio civil. La misión principal de la administración civil consistía en recaudar las cargas e impuestos y organizar las finanzas; también debían servir en los tribunales, en relación con los asuntos antedichos. De ahí que la instrucción de esos funcionarios fuera, sobre todo, legal: conocimiento del derecho cotidiano y facilidad de expresión.

Ya se ha dicho que el ejército de Diocleciano y de sus sucesores era predominantemente mercenario. Los mejores soldados se reclutaban entre los germanos, independientes de Roma o bien tributarios. El servicio en los ejércitos fronterizos era hereditario: los soldados eran, de hecho, siervos del Estado, obligados a luchar por el Estado a cambio de una recompensa y el derecho a ocupar tierras. Sin embargo, no se había abrogado nunca la ley que exigía que todos los ciudadanos sirvieran en el ejército. Por eso, cuando Caracalla extendió los derechos de ciudadanía a todos los provinciales (año 212), todos los subditos del Imperio podían ser llamados a las armas. Durante el siglo III y, más aún, en el IV, los emperadores conservaron esas disposiciones no para obligar a todos los ciudadanos a servir en el ejército, sino para llenar con conscriptos sus filas en caso de necesidad. Además, tenía otro objetivo. La ley les permitía imponer un nuevo impuesto a sus subditos: los que eludían el servicio militar, pagaban un impuesto especial llamado *aurum tironicum*, "el dinero de los reclutas" que se utilizaba para pagar a los soldados mercenarios.

Por conveniencia de la administración, en general, y para facilitar la recaudación de impuestos, en particular, el Imperio se dividió en 101 provincias. Éstas formaban grupos más extensos, las dioeceses (diecisiete en total) y en cuatro praefecturae. A la cabeza de cada una de las prefecturas, un Augusto o un César; cada diócesis estaba gobernada por un vicarius y cada provincia, por un gobernador. La autoridad militar en cada provincia correspondía a un jefe llamado dux que era independiente del poder civil. El gobierno provincial estaba controlado por tres oficinas centrales que se ocupaban de la justicia (al mando de un cuestor), do las finanzas y de la propiedad privada de los emperadores. Se daba gran importancia a un cuerpo cuidadosamente organizado de policía secreta (agentes in rebus) que tenían como misión especial la seguridad personal del Emperador. A la cabeza de la policía secreta, del palacio y de los funcionarios relacionados con éste, había un cuarto ministro, el magister officiorum o "ministro de la corte". El consejo del Emperador (consistorium) se componía de los cuatro ministros y de otros miembros que el propio Emperador elegía.

Estas reformas administrativas y militares, que tenían por finalidad sostener y fortalecer al Imperio, aumentaron los gastos del Estado, el presupuesto militar y civil. Las necesidades pecuniarias fueron en aumento debido a los nuevos gastos para el ejército, el servicio civil, la corte, los edificios que mandaba construir el Emperador, los caminos militares, los fuertes fronterizos, las fortificaciones de las ciudades (en tiempos de Aureliano se construyó una muralla, que todavía existe en torno a Roma y, poco a poco, se hizo lo mismo en todas las ciudades importantes del Imperio), las flotas de guerra y comerciales que aseguraban el suministro de alimentos para los ejércitos y los habitantes. La deficiente educación y la baja moralidad de los funcionarios civiles y militares condujeron a costumbres impropias y corrompidas.

Todo el peso de estas cargas recayó sobre las espaldas del pueblo, muy empobrecido ya a causa de las guerras civiles del siglo m. Me he referido antes al incremento tributario de este período. Además de los impuestos ordinarios sobre la tierra y sobre el ejercicio de cualquier comercio o profesión, se creó un tributo especial (annona) en productos para el mantenimiento del ejército de los soldados y de los oficiales; se debían suministrar caballos de carga y carretas para transportar los efectos del Estado y el correo; también había que pagar para eludir el servicio militar. Los consejos municipales o los propietarios de los grandes fundos situados fuera de los territorios urbanos eran responsables del pago completo de esos impuestos y del trabajo forzoso. Ya apunté en el capítulo precedente cómo y por qué el comercio y la industria se desorganizaron y de qué manera los emperadores causaron una grave crisis financiera con su absurda política de rebajar el valor de la moneda acuñada.

No hubo una gran mejora de este estado de cosas, aun después de que Diocleciano restauró la

integridad del Imperio y logró establecer una apariencia de orden en el Imperio. El mundo, saqueado y agotado, era un escenario de violencia universal. Se esperaba que Diocleciano haría resurgir las condiciones de vida normales. Pero, ¿cómo sería posible volver a condiciones normales, cuando e] país estaba reducido a la mendicidad y el Estado, tal como lo organizó Diocleciano, imponía una carga excesiva a la capacidad tributaria del pueblo? Sus intentos de cambiar las condiciones existentes resultaron fallidos: todo lo que pudo hacer fue ordenar y sistematizar la opresión y la coerción por las que se había regido el Imperio en el siglo III. Simplificó todo el aparato tributario para adaptarlo a las condiciones económicas primitivas de un Estado empobrecido y degenerado.

La tarea principal de todos los centros económicos y sociales del Imperio consistía en servir al Estado y trabajar para él. La vida pública de Egipto, en la época helenística, se basaba sobre todo en eso: Diocleciano introdujo esa concepción en todo el Imperio. El sistema tributario no se alteró en esencia, pero lo que había sido excepcional en el siglo III y solo se justificaba por la persistencia de la guerra, ahora se legalizaba y se convertía en una institución regular.

Se introdujo una responsabilidad general para el pago de todos los tributos y el cumplimiento del trabajo obligatorio; se hizo responsable solidariamente a todos los habitantes que pertenecían a esta o aquella ciudad; en definitiva, esto quería decir que Ios verdaderos responsables eran los representantes de la comunidad, el consejo ciudadano *(decuriones)* y los magistrados. Pero como la clase media de las ciudades estaba ya en quiebra y trataba de eludir por todos los medios la responsabilidad por las deudas atrasadas de la ciudad, el servicio en los consejos de ciudadanos y en las magistraturas se hizo obligatorio, y los designados estaban obligados a residir en su propia ciudad y cumplir con sus obligaciones.

Las clases laboriosas, en especial las que trabajaban en el campo, no estaban menos arruinadas que la clase media. También ellas hacían todo lo posible para evadir los impuestos y el trabajo obligatorio. Un procedimiento corriente para eludir sus obligaciones consistía en cambiar de domicilio y de oficio, pero, cuando ese procedimiento se generalizó en todo el Imperio, el Estado sujetó los trabajadores a la tierra, fuese de ellos o arrendada, y los convirtió en siervos del gobierno que, aunque legalmente libres, no tenían derecho a abandonar su parcela de tierra; otros servían a los grandes propietarios en las mismas condiciones. Tal clase de sujeción era corriente en Oriente; en Occidente, ese sistema encontró el camino expedito gracias a las condiciones financieras y sociales de los siglos II y ni d. C, en que la gran mayoría de los trabajadores agrícolas no era propietaria de la tierra que cultivaba, sino arrendataria del Estado o de los terratenientes. -

En la industria y el transporte, hallamos una situación semejante. En cada rama industrial indispensable para el Estado, fábricas de armas, telares y panaderías, el gobierno exigía a los propietarios que suministraran una cantidad fija de sus productos a un precio que no era remunerador; las uniones de fabricantes que existían en cada ciudad, eran responsables del cumplimiento de esa orden. Cuando esas uniones no podían hacer frente a tales exigencias, el Estado obligaba a los propietarios y a sus trabajadores libres a quedarse laborando en el mismo lugar. Si también fallaba esa medida, entonces el Estado nacionalizaba ciertos sectores de la industria y aprovechaba el trabajo forzoso de los siervos empleados allí. El mismo trato se daba a los que se ocupaban del transporte; las principales víctimas eran los propietarios de barcos que recorrían el mar o los ríos.

De este modo, los territorios urbanos habitados por ciudadanos romanos, libres según la ley, se habían transformado en distritos ocupados por siervos del Estado, sin tener en cuenta la posición social, la ocupación de los individuos o el grado de civilización que habían alcanzado. Durante el gobierno de Diocleciano y después de él, el Imperio estableció, sin duda alguna, una igualdad entre la mayoría de sus subditos, pero en el sentido de que todos eran siervos o esclavos.

Las cosas no se presentaban mejor en los distritos que no formaban parte de los territorios urbanos, sino que pertenecían al Emperador o a los miembros de la clase senatorial. Los pequeños arrendatarios de tales dominios pagaban los mismos impuestos: la única diferencia era que los

impuestos no se abonaban a las ciudades sino al propietario, junto con la renta. Los propietarios eran responsables ante el Estado por el pago del impuesto, pero en los fundos imperiales la responsabilidad recaía sobre los grandes contratistas que arrendaban un área extensa y que la administraban a voluntad. El resultado natural de todo esto fue que los cultivadores de la tierra se endeudaron, y los arrendatarios y terratenientes quedaron en la ruina. Los campesinos desaparecían y los propietarios y grandes arrendatarios abandonaron las tierras, las cuales quedaron yermas y, por consiguiente, sin rendir frutos. El Estado recurrió al procedimiento regular de transformar a los campesinos en siervos, y exigir a los terratenientes y grandes arrendatarios que pagaran todos los impuestos sobre el área total que poseían o habían arrendado.

En algunos casos, aunque no en muchos, la suerte de los que vivían en grandes fundos era más favorable que la de los trabajadores empleados en los territorios urbanos. Me refiero a los casos en que las tierras pertenecían a una persona con influencia en la corte, algún gran general o funcionario superior que mediante presión o cohecho podía eludir el pago de los impuestos y otras cargas. Los que podían refugiarse en tales fundos encontraban que la esclavitud con un gran señor era más llevadera que la esclavitud del Estado. Así, pues, el Estado se hallaba enteramente organizado según los principios del despotismo oriental: un gobernante autocrático controlaba una burocracia omnipotente, que suprimía la menor huella de gobierno propio, aun cuando proclamara que la conservaba, y una población de siervos, que vivía y trabajaba para los objetivos del Estado. ¡Qué apartamiento de los ideales grecorromanos de libertad y autonomía!

Tal fue el modo de vivir que Diocleciano creó para sus subditos. Las disposiciones que se debían directamente a las condiciones sociales y económicas existentes se mantuvieron durante muchos siglos y formaron la base sobre la que descansó el Imperio. Sus reformas en administración, procedimientos judiciales, finanzas y organización militar resistieron la prueba del tiempo. Menos fortuna tuvo al encarar el problema de la autoridad central, pues trataba de unir dos cosas incompatibles: una magistratura del pueblo romano y un despotismo de tipo oriental. Sus disposiciones fracasaron aún antes de que él muriera; después de su abdicación, alcanzó a ver una repetición de la guerra civil entre los Augustos y los Césares que él mismo había nombrado.

Constantino fue el vencedor en esa guerra; dio al Imperio una definición de la autoridad central que se conservó en vigencia durante siglos. Abandonó de una vez para siempre la idea, sostenida por Augusto, los Antoninos y Dioclecianos, de que A Emperador era el magistrado supremo del pueblo romano. El trono se hizo hereditario en la familia de Constantino, de modo que también en este punto el gobierno se identificó con un despotismo oriental. La dinastía se apoyaba en la lealtad del ejército por una parte y en la religión, por la otra. Constantino se dio cuenta de que la religión era la única sanción concebible para el poder despótico. Aunque todos sus predecesores, a partir de Augusto, tenían el convencimiento de esa verdad, el culto al Emperador que Augusto introdujo se convirtió, después de la muerte de éste, en una mera institución del Estado, que apenas estaba vinculada con la religión. El principado de Augusto y de sus sucesores inmediatos y el principado de los Antoninos no tenía sanción religiosa: descansaba en la relación del princeps con el Senado v el pueblo romano, en el hecho de que el príncipe era su representante legal. En el siglo III, esa relación se quebró; es, pues, natural que los emperadores de aquel tiempo trataran de adscribir su autoridad con la corriente religiosa más pujante de la época, la corriente que predominara entre sus soldados. Pero había muchas tendencias distintas y ninguna de ellas tenía prioridad indiscutida entre el ejército. Por eso, Heliogábalo y Aureliano no pudieron establecer ninguna de ellas como religión oficial, a pesar de los esfuerzos que hicieron en ese sentido.

Constantino vio con toda claridad el estado de cosas del Imperio: hizo una nueva tentativa para crear una única religión del Estado y, al mismo tiempo, extraer de ella un fundamento para la autoridad imperial. Su intento se vio coronado por el éxito. En el próximo capítulo hablaremos de la causa de ese resultado favorable. Pero el simple hecho de que Constantino crease un poder despótico y hereditario, estrechamente unido a la religión del Estado e inseparable de ella, pone a las claras que el antiguo Estado romano del Senado y el pueblo de Roma dejó de existir en el

reinado de Constantino y cedió su lugar a un nuevo sistema, que habría de gobernar Oriente y Occidente durante muchos siglos: la monarquía de derecho divino. La misma época vio la muerte de otra idea fundamental de la civilización grecorromana: el ideal de ciudadanía y libertad. En la monarquía que siguió a Constantino ya no cabían los ciudadanos que habían poblado las ciudades-Estado de Grecia e Italia: su lugar fue ocupado por subditos.

LAS TENDENCIAS RELIGIOSAS DEL IMPERIO DURANTE LOS TRES PRIMEROS SIGLOS

Hemos visto cómo el espíritu racionalista, nacido en Grecia y adoptado en Italia en tiempos de la República, comenzó a perder terreno y a ceder el paso a una actitud mental religiosa y mística. En Oriente, ese cambio se produjo en el período helenístico, pero en Occidente solo tuvo lugar a partir de las guerras civiles del siglo I a. C. También hemos hablado ya del equilibrio entre religión y ciencia que el estoicismo trató de establecer para las clases educadas, así como de las corrientes religiosas que sedujeron a los pueblos de Oriente y Occidente en el siglo I d. C.. Aunque la victoria de la teología todavía era incompleta, ya había indicios de ella en todas partes y en todos los sectores de la población.

El interés por la religión no terminó con la muerte de Augusto. Su incremento puede rastrearse en todas las regiones del Imperio. La religión de Estado que prevaleció en el Imperio se dirigía a dos objetos: al propio Emperador y a la trinidad de Júpiter, Juno y Minerva, que recibía culto en el Capitolio. Esta religión asumió una forma precisa, la misma en todas partes, y se convirtió en el centro de la vida religiosa de las ciudades y del ejército. Pero difería de la religión creada por las guerras civiles y de la deificación de Augusto como Héroe y Salvador, tan definidamente personal y, en Italia, estrechamente relacionado con el exclusivo culto nacional del *genius* de la familia, de las encrucijadas, de la ciudad y del Estado. Como la religión estatal de la antigua Roma, el culto del Emperador y de su familia' se fue transformando en algo inanimado e impersonal. El pueblo acudía a los templos del culto imperial o a los capitolios de las ciudades provinciales para manifestar su reconocimiento y su tributo de respeto al divino poder por cuyo intermedio y gracias al cual existía el Imperio. Es indudable que había cierta dosis de sentimiento religioso en tales ritos, pero éstos no procuraban ayuda en la desventura ni consuelo en el sufrimiento, ni tampoco daban respuesta alguna a los angustiosos problemas de la vida presente y futura.

Por eso, la conciencia religiosa exigía, para quedar satisfecha, medios distintos de los ofrecidos por el culto al Emperador. Las clases superiores educadas adherían todavía al estoicismo, con su altiva moralidad y su teología panteísta. Pero esa doctrina fue mostrándose incapaz de responder a Jas necesidades religiosas de los círculos intelectuales: era demasiado frío, demasiado razonable y lógico, demasiado terrenal. Por idénticas razones, tampoco era satisfactoria, en la esfera de la superstición, la astrología, que utilizaba para revelar el futuro el cálculo matemático y astronómico. Era, pues, natural que en las mentes de las clases superiores, el racionalismo estoico cediera el lugar a una versión moderna del misticismo platónico y pitagórico, y que el gnosticismo o creencia en el conocimiento espiritual esotérico floreciera en abundancia y asumiera las formas más variadas. Es un hecho notable que, desde fines del siglo II, esa tendencia no solo ganara nueves adherentes, sino que produjera notables personalidades, hombres llenos de entusiasmo, que predicaban el neoplatonismo y pitagorismo con todas las armas de la dialéctica y el poder de una mentalidad filosófica bien adiestrada.

Durante los dos primeros siglos d. C. del Imperio, los principales representantes de la religión y de la filosofía son estoicos: el esclavo Epicteto, el senador Séneca, el Emperador Marco Aurelio. El siglo III está representado con brillantez por Plotino, pensador, maestro y profeta, y sus discípulos. Esta escuela no se limita a la filosofía moral: expone una madura teología e incluso una misteriosa doctrina sobre los medios para poner los poderes espirituales al servicio del hombre. Éstos, y no los estoicos, fueron los combatientes en la batalla final contra el cristianismo y su concepción del mundo puramente religiosa.

Las clases medias de la sociedad se alimentaban con las migajas que caían de la mesa de sus superiores intelectuales o, quizás con más frecuencia, adoptaban las opiniones de sus inferiores en categoría. Entre estos últimos, las clases bajas, se observa un incremento de la religiosidad y un rápido, aumento de las prácticas religiosas. La tradición de los dos primeros siglos todavía seguía en pie, así como los cultos locales que esa tradición había santificado. En Italia, una forma religiosa

que no se extinguió nunca y todavía vive es el culto doméstico al *genius*, a los lares y penates, que preserva la vida y la prosperidad de la casa y de la familia; hay otros cultos conservados en grupos más o menos numerosos: sociedades, agrupaciones, divisiones del ejército, etc. Al lado de estos cultos, sigue viviendo la antigua religión grecorromana; los dioses y diosas que traen prosperidad y posibilidades de desarrollar una vida pacífica, tales como Mercurio y Fortuna, eran dioses favoritos del pueblo de Italia. Las figuras simbólicas de nuevas deidades que encarnaban ideas abstractas se evocaban continuamente. Muchas de ellas estaban relacionadas con la vida diaria, por ejemplo, *Abundantia*, que prometía al creyente una buena cosecha, *Annona*, que logra un abundante suministro de grano a la capital y a otras ciudades, *Justitia*, y *Salus*, que asegura salud a la familia y al Estado.

Una resurrección semejante de la antigua fe se observa en Grecia y otras provincias. Las grandes deidades de Atenas, Delfos y Olimpia, viven todavía, e incluso muchos cultos viejos y olvidados de dioses y héroes locales despiertan del sueño de siglos. Resulta instructivo, a este respecto, leer la descripción de los monumentos de Grecia escrita por Pausanias en el reinado de Adriano. El mismo proceso se nota también en otras provincias. Se resucitan viejos cultos locales y nacionales que atraen gran número de adeptos. Es verdad que los ritos locales se parecen a los de la religión grecorromana y que las deidades asumen en estatuas y relieves los rasgos de los. Olímpicos.

Aunque algunos de los dioses griegos y romanos recibían verdadero culto en las provincias, esto significa poco: el hecho realmente importante es que los provinciales reverenciaban a sus propias deidades locales. Los celtas tenían grandes dioses de la naturaleza y el Estado, sus hadas benéficas (matres) y sus ninfas de los ríos y los bosques; los tracios poseían su dios de selvas, iardines y viñedos, cazador y guerrero, al que le daban el vago nombre griego de "héroe"; los ilirios tenían un dios de las montañas, para el que tomaron de los griegos el nombre y los rasgos de Pan; los africanos poseían sus antiguas deidades semitas y bereberes —Baal, Tanit y otras—, pero las llamaron Saturno, Juno, Celeste; los anatolios adoraban a la Gran Madre y a su divino consorte bajo una interminable variedad de formas y también a un "dios supremo" del cielo y el trueno; los sirios reconocían muchas variedades locales del dios-sol. Egipto conservaba estrictamente su antigua religión, aunque el elemento extranjero de la población puso en primera línea a Serapis, el dios greco-egipcio de los ptolomeos, junto con una versión helenizada de Isis. Nunca como entonces se habían construido tantos templos, ni alzado tantos altares, ni sacrificado tantas víctimas en honor de esos dioses. Ya me ha referido al hecho de que algunos de esos cultos locales de Oriente adquirieron importancia, superaron los límites de una nación o un pueblo, crearon sociedades religiosas e iglesias locales propias, hasta hacerse cosmopolitas e iniciar la propagación por todo el mundo. Tal tendencia apareció ya durante el dominio persa, pero se hizo más fuerte en la época helenística y comenzó su carrera de conquista en el Imperio Romano. Las primeras religiones proselitistas fueron egipcias y anatolias; el culto greco-egipcio de la trinidad compuesta por Serapis, Isis y Harpócrates procedía de Egipto y Asia Menor exportó el culto de la Gran Madre en una forma helenizada. A estos siguieron los cultos de otras deidades: el dios cielo y el dios-sol de los sirios, adorados bajo diferentes formas, Mitra, el dios guerrero del sol, salvador y defensor del hombre y de la civilización humana, y Sabazio, la deidad mística de tracios y anatolios. Cada una de esas religiones construyó, para su difusión en el mundo, una teología, ritos místicos y una jerarquía sacerdotal definidos. Se extendieron con rapidez en Oriente y con más lentitud en Grecia e Italia. Anteriormente, cuando tuvo lugar la dispersión de los judíos, en la época helenística, las comunidades judías se extendieron por todas partes y fueron seguidas, más tarde, en época imperial, por el cristianismo.

Esas religiones, que apenas comenzaban a tomar una forma regular y a conseguir prosélitos en los primeros tiempos del Imperio, se vieron favorecidas por las condiciones de vida propias de un Estado mundial. Junto con los comerciantes y artesanos de Oriente, esas creencias entraron en casi todos los centros comerciales, en especial en los puertos, y allí formaban sociedades religiosas exclusivas. El Imperio no puso obstáculos en su camino. Los primeros emperadores prestaron poca

atención a la religión, con tal que no fuera hostil a su propia supremacía. El despotismo ilustrado, basado en los principios estoicos, estaba dispuesto a favorecer al misticismo oriental, siempre que respetara las leyes y se abstuviera por completo de toda actividad política. De esa manera, en todas las partes del Imperio coexistieron los cultos locales y los orientales; estos últimos tenían sus principales adherentes en las ciudades. Como resultado de esa coexistencia, hubo intentos de conciliar los diferentes credos y fundirlos en uno mediante lo que hoy denominaríamos "sincretismo". Tal tendencia era bien recibida por las clases dirigentes de la sociedad, ya que convenía con su monoteísmo panteista.

Uno de los centros principales de la religiosidad en la sociedad imperal romana era el ejército. Tal fenómeno deriva de la manera de operar de la mente humana en forma tan directa que no necesita explicación. La forma peculiar que tomó la religión en los ejércitos romanos nos da una pintura auténtica de los movimientos religiosos dentro del Imperio en general. En un principio, las legiones y tropas auxiliares de todas las guarniciones rindieron culto puramente oficial al emperador, al dios romano Marte y a la trinidad del Capitolio. Pero, al mismo tiempo, surgió el culto a las deidades locales de los lugares en donde se hallaban los campamentos o a las de los países de donde eran oriundos los soldados. Así, en Crimea, la guarnición de una remota fortaleza romana compuesta en su mayoría de tracios, adoraba en el templo a Artemisa o la Doncella de Tauride y, fuera de las murallas del fuerte, a sus propias deidades tracias. Cuando iranios, anatolios y sirios entraban bajo bandera como reclutas, traían consigo las religiones de Oriente. Se honraba en especial a Mitra, al dios-sol y al dios-cielo de los sirios y anatolios, y al Júpiter de la ciudad siria de Dedica, un verdadero soldado legionario y armado, como los legionarios, con sus atributos del hacha y el rayo. Se comprende fácilmente la popularidad de esos dioses: eran deidades del combate y las conquistas, que prometían a los soldados poder, fuerza y victoria y le revelaban una perspectiva de eterna felicidad más allá de la tumba.

En la oscuridad y el desasosiego del siglo III, esas religiones florecieron en abundancia. Los tracios y los ilirios que servían en los ejércitos del Danubio llevaban la imagen del dios persa Mitra en los amuletos que usaban al pecho y que consagraban en los templos. En esos amuletos, Mitra era representado en la misma forma que su héroe nativo; un caballero victorioso, que subyugaba y vencía a las fuerzas del mal. También se habían acostumbrado a rendir homenaje a los mellizos Cabiros, dioses de la luz y del sol; los representaban al lado de Mitra y también de la Gran Madre, que atemperaba el rudo credo del guerrero con un elemento femenino, signo de las potencias productoras y nutricias de la naturaleza. El ejército del Danubio desempeñó un papel muy importante en la historia política del siglo III y esta trinidad que él adoraba fue reconocida por las más altas esferas: Heliogábalo, sacerdote del dios-sol y emperador romano, no hizo más que seguir su ejemplo al celebrar en Roma, con toda solemnidad, el matrimonio entre su dios y la diosa cartaginesa, Tanit.

En esos turbios momentos del siglo III, el Estado estaba lejos de ignorar los movimientos religiosos de la época. En su búsqueda de medios para ligar el ejército a sus personas, los emperadores procuraban utilizar en beneficio propio las fuerzas ciegas del fervor religioso y encontrar un nexo sólido entre el ejército y el trono. La introducción de Mitra en Roma, el culto de Heliogábalo por el dios-sol sirio, la devoción de Aureliano por un único dios-sol, todos estos hechos son otros tantos intentos de lograr la fidelidad del ejército.

Entretanto, entre las muchas sociedades religiosas de origen oriental, hubo una que, poco a poco, fue adquiriendo la supremacía. Era la Iglesia cristiana. Comenzó humildemente con un grupo de discípulos que habían conocido y recordaban la vida terrenal de Cristo. Luego, el genio y la energía del apóstol Pablo cambió esa agrupación en una liga de sociedades bien organizadas que se hallaban dispersas por todo Oriente y que logró penetrar incluso en Italia. A partir de las enseñanzas de Cristo, Pablo forjó todo lo que era indispensable para una Iglesia con una misión de alcance mundial; echó los cimiento de la teología, la moral y la escatología cristiana y, lo que es más importante, asentó sobre sólidas bases la Iglesia universal católica.

Las comunidades cristianas pronto entraron en conflicto con el poder civil. Pero las causas de ese choque no son muy claras. La persecución religiosa era algo extraño a la política de los emperadores y no son evidentes los fundamentos legales de tal persecución. Tal vez, se debiera a la tenaz negativa de los cristianos a . participar en el culto que se rendía al Emperador en todo el imperio; acaso, se consideraba a las comunidades cristianas, por razones que desconocemos, como uniones ilegales. En todo caso, lo cierto es que incluso en la época de Trajano había una ley que permitía la persecución.

A medida que pasaba el tiempo, la cristiandad, aunque de ningún modo era hostil al Estado en general, se puso frente al gobierno del Imperio a consecuencia de la actitud tomada por las autoridades. En el subsiguiente conflicto, el papel que desempeñó la Iglesia fue puramente pasivo, pero adquirió fuerza con la prueba, desarrolló y mejoró su organización y produjo un buen número de hombres notables por su energía y resistencia; algunos perdieron la vida, pero los sobrevivientes continuaron con tenacidad la tarea de gobernar su sociedad universal. Al mismo tiempo, los cristianos se esforzaron por hacer que su doctrina fuera inteligible, asequible y aceptable, no solo para el común de las gentes y para las mentes incultas, sino para las clases ilustradas. Uno de los grandes genios de la cristiandad y también del mundo antiguo fue Orígenes, quien estableció un nexo duradero entre su religión y la filosofía antigua.

El siglo II y los comienzos del III presenciaron un lento desarrollo de la nueva religión. El Estado no la reconocía, pero tampoco la persiguió en forma sistemática. El siglo III, época de convulsiones religiosas y políticas, señala una crisis en su evolución. Los emperadores Maximino, Decio y Valeriano abandonaron la actitud de casi completa tolerancia y declararon la guerra abierta contra los cristianos. Continuamente, con febril actividad no solo persiguieron a los individuos en particular, sino a toda la sociedad cristiana en la persona de sus jefes y dirigentes. Es probable que este cambio de actitud se debiera a la creciente influencia del cristianismo dentro del ejército, que amenazaba con minar la lealtad de los soldados.

Muchos creyentes cayeron mártires de su fe durante esa persecución, pero la Iglesia no quedó destruida. El conflicto le infundió más fuerza. Los largos años de persecución exaltaron la autoconciencia del organismo y los cristianos llegaron al convencimiento •de que su Iglesia (ecclesia) era una e indivisible, una institución peculiar y vigorosa, un Estado divino (civitas dei), ajeno a los reinos de este mundo. A medida que el Estado se volvía más decrépito, la Iglesia se hacía más fuerte. La pertenencia al Estado no acarreaba más que dolor y sufrimiento; en cambio, un miembro de la Iglesia recibía de ella apoyo material y moral. La doctrina de Cristo exigía que todos debían amar y ayudar al prójimo y la Iglesia organizada prestaba esta ayuda a todos los creyentes.

Cuando el Estado emergió de las convulsiones del siglo III casi enteramente desprovisto de autoridad moral y con la sola base de la fuerza, se encontró frente a frente con la Iglesia cristiana, armada en pleno en la organización que voluntariamente habían aceptado sus adherentes. La autoridad moral que el poder civil había perdido era el único, pero suficiente apoyo de la Iglesia. Por última vez, Diocleciano y sus sucesores ofrecieron batalla a la cristiandad. Diocleciano trató de obligar a la Iglesia cristiana, mediante una persecución sistemática, a someterse al Estado, como lo habían hecho las demás fuerzas sociales del Imperio, y a confundir su identidad con la del Estado. La existencia de la Iglesia como un Estado dentro del Estado, le parecía a Diocleciano, e indudablemente lo era, incompatible con el primer principio del sistema que él había creado: un despotismo fundado en la absoluta sumisión de sus subditos. Los cristianos sufrieron graves pérdidas, pero el Estado perdió la batalla. La Iglesia demostró ser más fuerte que su adversario.

No es éste el lugar adecuado para examinar las causas intrínsecas que dieron a la cristiandad su inmensa influencia sobre los corazones y las mentes de los hombres. El hecho ha sido explicado de muchas maneras diferentes. Todas esas explicaciones son convincentes en cierta medida, pero no resuelven el problema en conjunto. Sin embargo, una cosa es clara: la victoria de la cristiandad señala una ruptura con el pasado y un cambio de actitud del pensamiento humano. Los hombres estaban cansados y no querían seguir buscando. Se volcaron con avidez hacia un credo que pro-

metía calmar la mente atormentada que podía dar certeza en lugar de duda, una solución final para una multitud de problemas, teología en vez de ciencia y lógica. Incapaces de dirigir su propia vida interior y, además sin voluntad de hacerlo, estaban dispuestos x entregar el control a un ser superior, incomparable con ellos. La razón no daba ni prometía felicidad al hombre, pero la religión, en especial la cristiana, aseguraba al hombre la felicidad más allá de la tumba. Así, el centro de gravedad se desplazó y las esperanzas y deseos de los hombres se transfirieron a esa vida futura. Estaban satisfechos con someterse y sufrir en este mundo, para encontrar la verdadera vida en el más allá. Tal actitud mental era enteramente extraña para el mundo antiguo, incluso para las primeras

246

naciones de Oriente, para no hablar de Grecia y Roma. Para un So la vida futura era algo sombrío y temible; para el solo Untaba la da terrena. Pero ahora todo había cambiado en forma radical y este cambio de sentimientos, más que ninguna otra cosa, prueba que el comienzo del siglo IV es una página absolutamente nueva en la historia de la humanidad, y una pagina que trata de un tema extraño.

El desarrollo histórico ignora las interrupciones. Después de Diocleciano y de Constantino, el Imperio Romano continuó existiendo por muchos siglos. Pero ahora se dividía en dos partes: el Imperio de Occidente, con Roma por capital, la Roma de los romanos, y el Imperio de Oriente, llamado comúnmente "Bizantino", porque su capital Constantinopla, o Roma de los *Romaioi* fue fundada por Constantino en el emplazamiento de la antigua Bizancio. Ya he descrito el sistema de gobierno de este nuevo Imperio Romano. Tanto en Oriente como en Occidente, sus rasgos esenciales continuaron manteniendo las formas que les habían dado Diocleciano y Constantino. La estructura que construyeron, como ya lo hemos visto, era en conjunto nueva: era extraña a las concepciones grecorromanas del Estado y se hallaba más en armonía, aunque no total, con las teorías políticas del Oriente iranio y semítico. Todavía se conservaban restos de la antigua constitución: aún se usaba la vieja fórmula *Senatus populusque Romamis*, en ambas capitales había sendos Senados y se mantenían algunos títulos de magistrados, tales como el de "cónsul".

Las características principales de la vida de este nuevo imperio se pueden describir del modo siguiente. El Imperio de Occidente se fue disgregando en sus partes constitutivas, es decir Italia y las antiguas provincias, y esas partes fueron gobernadas, con el tiempo, por los jefes de las diferentes tribus germánicas que se habían apoderado de esta o aquella parte del mundo romano. Este fenómeno no es enteramente nuevo, porque incluso en la época de Diocleciano, Constantino y sus inmediatos sucesores, los germanos predominaban en el ejército y en la corte imperial. En el Imperio de Oriente, el proceso de disolución es mucho más lento y las viejas tradiciones se conservan con más tenacidad. Pero, por otra parte, la influencia de Oriente es más fuerte y el gobierno tiende, cada vez con mayor empuje, a parecerse a un despotismo oriental. El centro de gravedad del Imperio de Oriente se desplaza de la península balcánica al Asia Menor.

Al mismo tiempo, los países que habían sido otrora los principales centros de la vida civilizada y política van decayendo poco a poco y el lugar que dejan vacío es ocupado por regiones de Asia y Europa que hasta aquel entonces habían desempeñado un papel secundario en la historia. Aunque la política y la economía de aquel tiempo todavía se pueden denominar "mediterráneas", otras regiones de Asia y Europa que no tenían relación con ese mar fueron cobrando una importancia decisiva en la historia de la humanidad. Esos países eran el norte de Alemania, el norte de Francia, Gran Bretaña, los países escandinavos y el centro y norte de Rusia, todos ellos en Europa; Persia, bajo la dinastía sasánida, y los mongoles, en Asia. En esos territorios del norte y sureste surgían, poco a poco, instituciones políticas, sociales y económicas que estaban destinadas a determinar la evolución futura de la raza humana.

La historia de los antiguos centros de civilizaciones se transforma, cada vez más, en una historia de disolución y decadencia. Las viejas instituciones son remplazadas por condiciones absolutamente primitivas. En la esfera social, económica e intelectual, hay una regresión ininterrumpida hacia la barbarie. Es de especial interés un rasgo característico de la situación económica: el cambio completo de los métodos agrícolas a través del Imperio. El cultivo científico respaldado con capital e inteligencia es sustituido totalmente por un sistema que se limita a escarbar la superficie de la tierra y se hunde, cada vez más, en la rutina más primitiva. Por muy extensos que fueran los dominios poseídos por la nueva aristocracia imperial, sin embargo, la agricultura se basa en el cultivo del suelo por parte de los pequeños campesinos sea como propietarios, sea como arrendatarios. A lo largo y ancho de todo el Imperio, el campo queda en manos del pequeño campesino, aunque las tierras pertenezcan al emperador o a los grandes terratenientes e incluso cuando el propio pequeño campesino sea poseedor de su tierra o la arriende en los distritos urbanos. La vida económica del Estado, en su conjunto, y la de las clases dirigentes del imperio y de las ciudades se basa en estos pequeños campesinos. Por esta causa, no hay razón alguna para aumentar el área de cultivo y, más bien, se limita. Este proceso de empequeñecimiento puede seguirse en

Egipto, país del que poseemos testimonios escritos y se puede probar incluso con cifras; el mismo proceso se realiza en todo el Imperio.

El problema fundamental para el Estado y los propietarios particulares era hallar mano de obra para el trabajo agrícola. Tierra había en cantidad ilimitada. La cuestión era encontrar arrendatarios que quisieran pagar una renta y mano de obra que estuviera dispuesta a trabajar el suelo. Ya no había posibilidad de basar la industria en el trabajo servil. La escasez de mano de obra es prueba evidente de que la población del imperio ya no iba en aumento sino que, por el contrario, disminuía. El bajo porcentaje de nacimientos y la rápida extinción de las familias entre los ricos, que tanta preocupación había producido en los primeros días del imperio, se fue extendiendo a las capas inferiores y se convirtió en un aspecto notable en la vida de las clases trabajadoras en general. Tenía menos importancia, en relación, la tendencia de los trabajadores agrícolas a abandonar la tierra, porque esto era una mera redistribución de la población. La decadencia de la industria y el comercio detuvo la marcha de los campesinos hacia las ciudades, y es muy improbable que haya habido alguna vez un verdadero éxodo de mano de obra hacia lugares situados fuera del Imperio. Las clases laboriosas iban desapareciendo tan rápidamente como las clases superiores y los vacíos se iban llenando con recién llegados y extranjeros: bárbaros del otro lado del Rin y del Danubio, germanos e iranios, reforzados más tarde por eslavos. Este nuevo elemento resultaba demasiado fuerte para que la población existente lo pudiera incorporar y asimilar. Los extranjeros adoptaron las lenguas romances, pero nada más. Después de comenzar por las partes periféricas del Imperio, esa inundación de mano de obra extranjera cubrió las partes centrales y dio lugar a una mayor decadencia en la técnica agrícola y, por ende, en la productividad del suelo.

Debido a la menor extensión del área de cultivo y a los pobres frutos del suelo, la clase agrícola fue cada vez menos capaz de pagar impuestos y su poder adquisitivo cayó bruscamente. Cada poseedor trataba de producir lo que necesitaba sin recurrir a otros. La moneda fue perdiendo importancia en la vida del pequeño campesino o del gran señor e incluso del propio Estado. Aunque no ocurriera en las transaciones comerciales, en cambio en los tratos entre el propietario y el cultivador o entre ambos y el Estado, los pagos se hacían casi siempre en especie, mediante la entrega de una parte de la producción.

La situación del comercio y de la industria era asimismo desastrosa. La actividad industrial, que tanto había prosperado en muchos aspectos en los primeros tiempos del Imperio y había trabajado para un mercado local más o menos extenso, ahora aminoro su producción, se debilitó y, finalmente, se extinguió. Con ella, murió también el intercambio local dentro del Imperio. Las únicas ramas de la industria que funcionaban a pleno rendimiento eran las industrias vitales para el Estado. Pero ya hemos visto antes que ese tipo de actividades fue pasando de manos de la empresa privada a las del Estado. No sabemos con exactitud hasta qué punto el Estado emprendió la venta de los artículos producidos en las factorías; pero no es probable que buscara un monopolio general del comercio y de la industria. Por supuesto, el trueque de productos entre las diferentes partes del Imperio, y también entre éste y sus vecinos continuaba todavía. Pero aunque el Estado se ocupaba del transporte de cosas que requerían la corte, el ejército, los funcionarios y la población de las capitales, el comercio con esa excepción, se dedicaba fundamentalmente a los artículos de lujo importados de les países orientales y, como es natural, se hallaba en manos de comerciantes orientales, sirios, levantinos y judíos. Sus mejores clientes se hallaban entre la nobleza rica y, en especial, en la corte, que se hacía cada vez más oriental en su aspecto externo. La magnificencia oriental con sus colores abigarrados, su decoración recargada, su tendencia a los adornos personales de excesivo tamaño y peso, todas esas cosas ejercían una fuerte atracción sobre los elementos iranios y germanos que en aquel entonces dominaban casi por completo las capas superiores de la sociedad. El mero tamaño, sin refinamiento alguno, se puso de moda en la corte y en la aristocracia. Tales condiciones económicas minaron la prosperidad de las ciudades. Las grandes ciudades y las capitales resistieron por más tiempo. En el siglo IV todavía se erigían espléndidos edificios en Roma, pero en el siglo siguiente se inició un proceso gradual de decadencia. La nueva capital,

Bizancio, se convirtió en una capital mundial, pletórica de lujo y adornada con una imponente y maravillosa arquitectura, en especial palacios e iglesias. Las grandes ciudades marítimas, Alejandría, Antioquía, Éfeso y Cartago, aún sobrevivían; también podemos clasificar entre las sobrevivientes a las ciudades en donde tenían sus cortes los copartícipes del poder imperial, Ravena, Mediolano (Milán), Tréveris, Nicomedia, Nicea, pero es de notar que el nacimiento de nuevas ciudades en las provincias, que todavía era corriente en tiempos de Adriano, había cesado. Al mismo tiempo, el pulso vital de la mayoría de las ciudades provinciales comenzó a latir cada vez con más lentitud. Los únicos edificios nuevos eran iglesias y monasterios cristianos; las viejas construcciones se mantenían en pie con dificultad. En las ciudades crecía la yerba. Los nobles repartían su tiempo entre las capitales y sus villas, que estaban situadas como palacios fortificados en el centro de sus grandes fundos. No es de extrañar, pues, que no volvieran a levantarse más las ciudades de los confines del Imperio que los bárbaros destruían en ocasiones.

El aspecto social del Imperio corresponde a los cambios económicos que ya hemos descrito. Se mantuvo tal como era en tiempos de Diocleciano y Constantino, es decir, tal como había llegado a ser en la época crítica del siglo m. La clase superior de la sociedad estaba compuesta por el emperador, su familia y los cortesanos, los oficiales del ejército, la alta jerarquía eclesiástica y la burocracia; gozaba de todos los privilegios y disfrutaba de una vida, en mayor o menor grado, muy civilizada. Todos los miembros de la clase dirigente poseían, en mayor o menor escala, riquezas invertidas en bienes raíces. Luego venían los comerciantes y especuladores, personas acomodadas y hasta ricas; la mayoría de ellos eran semitas. La clase media urbana, rasgo característico de comienzos del Imperio, estaba en vías de desaparición. Las viejas familias de la clase media se extinguían; las que sobrevivían se iban confundiendo con el populacho de las grandes ciudades que trabajaba para el Estado y era mantenido por éste, o bien se mezclaban con la población rural que trabajaba en servidumbre para el Estado o los grandes terratenientes. Aunque todavía subsistía como institución, la esclavitud había perdido toda su importancia económica; los esclavos no desempeñaban ya ningún papel en la agricultura, el comercio o la industria: su única función era servir en las grandes casas de los ricos y de los nobles.

De ese modo, la energía y la fuerza de trabajo se agotó, el gusto se hizo más vulgar y solo un pequeño grupo de privilegiados re mantuvo en la superficie de un mar de extremada pobreza. De semejante estado de cosas podemos colegir la condición intelectual de aquella época. Aún existían las escuelas y continuaban trabajando. Pero no atraían a nadie, salvo a las clases superiores, y se dedicaban enteramente a la tarea de instruir a sus discípulos para el servicio civil del Estado. El plan de estudios no había cambiado; la. instrucción general elemental consistía en el aprendizaje del griego o del latín, o bien de ambos, y un conocimiento de los clásicos más importantes; en la educación superior se agregaba la retórica, el adiestramiento en la escritura y la oratoria y la adquisición de conocimientos jurídicos.

En la esfera de la jurisprudencia aún existía vida y actividad creadora. Gracias a las obras de eminentes juristas, tales como Paulo, Papiniano y Ulpiano, del siglo III, el Derecho Romano se fue convirtiendo, poco a poco, en la ley de todo el mundo civilizado. La teoría y la práctica seguían dándose la mano y la una fertilizaba a la otra. La tendencia general de ambas era la de hacerse cada vez más humanas; encontramos un magnífico ejemplo de esta humanización en el mejoramiento de la condición de los esclavos.

La filosofía también continuaba viviendo, pero tendía a limitarse a un estrecho círculo. Al mezclarse con la religión, se hizo cada vez más difícil distinguirla de la teología. Después de Plotino no hallamos genios nuevos y creadores entre los filósofos. El resurgimiento del platonismo fue el último refugio del pensamiento "pagano" y el último baluarte de la sabiduría y la erudición antiguas.

Tampoco había muerto la literatura. En los dos sectores del mundo antiguo, el latino y el griego todavía surgían escritores en verso y prosa, pero eran como flores de invernadero. Los autores escribían para un pequeño círculo de lectores cultos y aristocráticos. Su técnica suele ser casi

perfecta, pero se funda en la repetición de fórmulas y temas del pasado. Como típicos representantes de esa poesía otoñal, tan formalista y retórica, ' la mitad latina del mundo ofrece los siguientes nombres: Claudio Claudiano, griego romanizado y poeta épico, Rutilio Namaciano, natural de Galia, que escribió, hacia el año 400 d. C, un poema elegiaco en el cual glorificaba a Roma, y Ausonio, otro galo romanizado, maestro de la forma, que muestra una verdadera inspiración poética al describir su viaje por el Mosela, hacia el 370. En la sociedad culta eran más populares los ejercicios puramente retóricos, en forma de cartas o discursos, que dieron fama a Simaco, y le sirvieron en su tenaz lucha en defensa de la fe y la cultura antiguas. Simaco era nativo de Occidente; hacia el mismo tiempo, el Oriente produjo las cartas y discursos del emperador Juliano y de su contemporáneo Libanio de Antioquía. En el campo de la historia, registramos el nombre de Amiano Marcelino (350-400), gran pensador y fino observador, que se dedicó a continuar la obra de Tácito. Pero en toda esta actividad no existía vida real: todos los autores mencionados y docenas de otros escritores, filósofos y poetas, de fines del siglo III y de los dos siglos siguientes, llevan el sello del cansancio, del desaliento y de la desesperación.

Solo la literatura cristiana tenía auténtica vitalidad. Crecía incesantemente el número de lectores que se sentían atraídos y conmovidos por ella; un impulso cada vez mayor y constante la inspiraba y le daba fuerzas en la lucha incruenta contra los paladines del mundo antiguo y contra los disidentes de su propio campo; se enriqueció en el contacto cada vez más íntimo con la sabiduría antigua, de la que extrajo todo lo que necesitaba en su misión de dar una educación cristiana a todos los subditos del Imperio. En cuanto a la forma, esa literatura no podía rivalizar con los grandes paladines del pasado, pero estaba pletórica de nuevas ideas y era fuerte en su vínculo con la masa del pueblo y en el interés que despertaba. Es verdad que era unilateral y estrecha; la religión y la teología eran sus temas principales, pero acabó por incluir otros aspectos y trató de cristianizar la retórica y la historia, y de influir en las escuelas. En las provincias surgió cierto número de escuelas literarias. En los siglos, IV y V d. C, las figuras más eminentes son los Padres Africanos, tales como Lactancio (hacia 325) y Agustín (354-430). Fueron precedidos por Tertuliano, a fines del siglo II, y Cipriano, un siglo más tarde. Estrellas brillantes que adornan a la cristiandad latina son Ambrosio, obispo de Milán, en la segunda mitad del siglo IV, y el sabio Jerónimo, que vivió del 335 al 420.

Todavía fue más vigorosa la vida del cristianismo en Oriente. El siglo IV fue la culminación de un copioso y pujante crecimiento de la literatura. Atanasio de Alejandría, Eusebio de Cesárea, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo echaron los cimientos de la poesía y de la teología cristianas. Hay que observar que la mayoría de esos hombres nació en los confines y no en el centro del mundo helenístico. Esta literatura cristiana nos pone en presencia de un nuevo mundo y de nueva gente, cuyos actos están más allá del alcance de la historia antigua. Estos escritores salieron victoriosos en su lucha con los representantes del pasado, pero no debemos olvidar que también ellos brotaron de la civilización antigua y erigieron el nuevo edificio sobre los antiguos cimientos.

El desarrollo de las artes plásticas —escultura, pintura y arte aplicado— no difirió del de la literatura. Todavía estaba vivo el arte helenístico-romano. La arquitectura florecía. Aunque el arco triunfal de Constantino es un verdadero mosaico hecho con pedazos de artes similares pertenecientes a la época de Domiciano y de Trajano, sin embargo, muchas otras construcciones — los baños de Diocleciano en Roma, sus palacios de Spalato y Antioquía, los baños y la basílica de Constantino en Roma— son originales e imponentes; esas construcciones deben el efecto que producen a la amplitud y libertad del trazado, a la maestría con que se pone en juego la luz y el aire dentro de colosales murallas y a la singular variedad de sus techos abovedados; impresionan al espectador por su conquista del espacio, el esplendor masivo de su decoración y la imponente variedad de colores. No se puede considerar, en verdad, como el más noble producto de la arquitectura antigua, pero no se debe negar a los autores ni el impulso creador ni el poder de encarnar ese impulso en formas espléndidas y bien proporcionadas. Aún tardó en agotarse ese impulso: precisamente, en tiempos de Justiniano se levantó esa maravilla de la arquitectura que llamamos Santa Sofía. Y, más tarde aún, se erigieron magistrales construcciones en Oriente y

Occidente, por obra de un arte que estaba trabajando para la Iglesia y el Estado, pero en especial para la primera.

La decadencia en cuanto a originalidad y fuerza se nota más en la pintura y la escultura. Los bustos de muchos emperadores con su sombría magnificencia, nos dan un vivido cuadro del peso y la solidez característicos del Imperio, pero la escultura, como la arquitectura, había perdido gracia, habilidad técnica, atención al detalle y tratamiento cuidadoso de lo individual. Poco sabemos de la pintura, pero, también en esta rama, se había dejado a un lado la belleza y armonía en la composición, las tiernas consideraciones al detalle, para dar paso a pomposos efectos de color.

Parece, pues, que el debilitamiento del poder creador en todo el Imperio se advierte menos en el arte que en otras esferas de la actividad humana. Como en otras épocas de la historia, el arte siguió su carrera individual, reflejando con brillantez y fuerza creadora la vida que lo rodea y las ideas y sentimientos de sus contemporáneos. Como es natural, su cometido principal fue hallar formas adecuadas para los puntos esenciales del credo cristiano; por eso, los arquitectos tendieron a hacer iglesias cristianas, o casas de oración, tan perfectas como fuera posible, con sus correspondientes adornos de pintura, mosaico y escultura.

Aunque utilizaba las formas y técnicas del arte antiguo, este nuevo arte cristiano se iba separando resueltamente de aquél. Las figuras realistas y el adorno sutil del estilo grecorromano de los tiempos imperiales, así como todo su simbolismo e impresionismo, se descartaron en el penoso esfuerzo por encontrar formas artísticas que encarnaran a las personas y símbolos caros a todos los cristianos. En el transcurso del tiempo, las figuras centrales de la religión cristiana y de su culto, Cristo y la Madre de Dios, hallaron su expresión típica en formas en que un nuevo impulso artístico y un sentimiento religioso fresco y profundo iluminan la vieja técnica. Al mismo tiempo, casi todos los adelantos obra de antiguos artífices se habían conservado y se hicieron nuevos progresos al correr de los años. Cierto es que encontramos menos refinamiento y elaboración y cierta tendencia, consciente o inconsciente, hacia el arcaísmo, pero en todo este arte no se siente el halo de la muerte, sino, por el contrario, el aliento y el empuje de una vida nueva. El arte aplicado sufrió menos por el cambio de pensamiento que trajo aparejado el cristianismo, aunque la Iglesia, naturalmente necesitó de sus servicios y adaptó las viejas formas y la antigua técnica a las exigencias del culto cristiano en su nuevo y más espléndido marco. Pero este arte no fue tanto un servidor de la Iglesia como de la corte y de los pequeños grupos de hombres acaudalados. Se subordinó, pues, a sus cambiantes gustos. La nueva aristocracia no era capaz de valorar la elegancia del antiguo arte industrial; necesitaba un alimento más vulgar y más condimentado. Deseaban que sus adornos, vestidos, joyas y mobiliario atrajeran la atención del espectador y lo asombraran. Esa demanda podía ser satisfecha por Oriente, en especial, el Oriente iranio, que había sufrido en menor escala la influencia helenística y, por consiguiente, era inferior a Siria y Egipto en cuanto a elegancia y refinamiento. Así, pues, el arte aplicado de Irán y Asia Central llegó por varios caminos y derrotó a los competidores en todo el Imperio; así se proclamó una vez más el triunfo de la masa, la variedad de color, y la nitidez y dureza de las líneas; en suma, todos los rasgos peculiares del arte oriental en sus primeras manifestaciones.

El mundo antiguo envejeció poco a poco, alcanzó la decrepitud y, finalmente, se redujo a polvo. Pero una nueva vida surgió entre sus ruinas y, así, se levantó el nuevo edificio de la civilización europea sobre unos cimientos que se habían mantenido firmes y sanos. El nuevo edificio creció, piedra sobre piedra, pero sus líneas principales estaban determinadas por la antigua subestruc-tura y muchas de las viejas piedras -volvieron a usarse. Aunque aquel mundo había envejecido, nunca, en realidad, murió ni desapareció: vive en nosotros, como sólida base de nuestro pensamiento, de nuestra actitud ante la religión, de nuestro arte, de nuestras instituciones políticas y sociales, e, incluso, de nuestra civilización material.

En un libro dedicado a la historia de la civilización antigua, el lector tiene derecho a buscar una respuesta a esta pregunta: ¿Por qué fue degenerando gradualmente una civilización tan poderosa y brillante, fruto de tantos años y, en apariencia, destinada a durar muchos siglos? En otras palabras, ¿por qué se fundió como la cera el poder creador de sus autores, dando como resultado que la humanidad volviera con lentitud a condiciones de vida primitivas y en extremo simples, y entonces comenzara a recrear una civilización a partir de los rudimentos mismos, reviviendo las viejas instituciones y estudiando los viejos problemas? Representaba un esfuerzo de siglos volver a elevarse hasta el nivel en que el hombre había vivido por muchos cientos de años.

Los historiadores, los filósofos, los economistas, así como los estudiosos de la sociología, la psicología y la teología, han dado ya muchas respuestas a estas preguntas. No es este el lugar adecuado para examinar todos los métodos propuestos para la solución del problema. Pero sí debemos decir que la mayoría de esas explicaciones tiene en cuenta solo uno de los síntomas que anuncian la constante decadencia de la creación cultural y deciden que ésa es la causa de la decadencia en su totalidad. Sin entrar en discusiones polémicas, me permitiré exponer, para este problema secular, la solución que yo considero con más visos de probabilidad.

¿Qué entendemos por "decadencia" al hablar de la civilización antigua? ¿Qué hay en la raíz de esa constante reversión del hombre civilizado al primitivo estado de barbarie? Dondequiera que observamos este proceso, advertimos también un cambio psicológico en las clases de la sociedad que habían sido hasta ese momento los creadores de la cultura. Su poder y energía creadores se extinguen; los hombres se cansan, pierden interés en la creación y dejan de valorarla; están desencantados; su vida no es ya un esfuerzo hacia un ideal creador en beneficio de la humanidad; sus mentes se hallan ocupadas con intereses materiales o bien con ideales desconectados de la vida terrena y realizados en cualquier otra parte. En este último caso, el centro de atracción pasa de la tierra al cielo o bien de la tierra a un mundo de ultratumba.

Un proceso de este tipo se repitió con suma frecuencia en la historia antigua. Pero los ejemplos más sencillos e inequívocos los encontramos en la decadencia de la civilización griega a fines de la época helenística y en el Imperio Romano. La historia de Oriente está familiarizada con la caída de grandes civilizaciones. Pero allí el fracaso se debía, por los general, a causas externas, tales como la conquista extranjera. Así, los coseos conquistaron Babilonia y los hicsos dominaron Egipto; los persas destruyeron Asiría; el Imperio hitita fue aniquilado por los tracios y el reino frigio por los cimerios. También solía ocurrir que la decadencia fuera temporaria y seguida por una recuperación inmediata; así sucedió, por ejemplo, en Egipto. Además, es característica del Oriente en general la transferencia de civilizaciones: los asirios heredan la cultura de Babilonia, que pasa luego a Persia y, más tarde, a los partos y a la dinastía sasánida; esa sucesión continúa hasta nuestros tiempos. Hay interrupciones más o menos prolongadas, pero no un cese definitivo. La cultura oriental tenía, tal vez, un poder de estabilidad mayor, porque su esfuerzo creador nunca alcanzó las cimas a que llegó el genio griego y romano. Nunca observamos en Oriente ese cambio general y permanente de actitud mental que es característico del Occidente. La razón probable es que la cultura oriental se basaba en una concepción religiosa definida, que sobrevivió a todo cambio de circunstancias y salvó a los hombres de caer en la inercia de la desesperación.

Pero la historia de la cultura occidental es diferente. Esa cultura pertenecía a pequeños grupos separados, pequeñas unidades sociales y políticas que se combinaron para formar una ciudad-Estado, y en esas ciudades-Estado era todavía una cosa individual, limitada a una minoría selecta. Nació en la lucha, lucha contra enemigos extranjeros y lucha, dentro del Estado, en defensa de ciertos ideales. El objeto de la guerra contra los extranjeros era la independencia política; el conflicto interior se inspiraba en el deseo de lograr condiciones de vida mejores, más perfectas y más justas, aunque cada hombre, sin duda, tenía su propio concepto de "justicia". La creencia en la

omnipotencia del hombre, en su razón y en el poder de ésta para resolver todos los problemas, sean prácticos o bien estrictamente filosóficos o científicos, inspiró y permitió a los intelectos más esclarecidos echar los cimientos de lo que podríamos llamar la actitud científica del pensamiento. A esto, debemos agregar las maravillosas dotes artísticas que permitieron a estos hombres revestir sus ideales con formas visibles y producir obras maestras de literatura y arte. En los primeros tiempos de las ciudades-Estado griegas, esa cultura, creada por una minoría, era propiedad común de todos los ciudadanos e incluso se extendió a todos los habitantes de la ciudad, sin excluir a los esclavos. Pero el desarrollo económico produjo, a lo largo del tiempo, una neta distinción en la sociedad y dividió la población de las ciudades griegas en dos grupos siempre opuestos: los "mejores" y los "peores" que pueden identificarse, en general, con el rico y el pobre. De esta manera, la cultura se fue limitando, poco a poco, a sus creadores y a la clase a la que éstos pertenecían; así, se convirtió en la cultura exclusiva de la aristocracia.

Cuando la cultura de la ciudad-Estado griega conquistó a la cultura oriental, después de la muerte de Alejandro, y la sustituyó, es decir, cuando los habitantes de las viejas y nuevas ciudades-Estado se convirtieron en la clase dominante en Oriente, la civilización griega floreció con más exuberancia que nunca, porque la actividad creadora de la aristocracia intelectual griega encontró un campo más amplio con el aumento del número de ciudades. Pero esa cultura todavía estaba limitada a una minoría selecta y esto se aplica en particular al Oriente, en donde la masa del pueblo nunca aceptó por completo un sistema que le resultaba extraño e incomprensible. Mientras tanto, en Grecia, se agudizó la guerra de clases. Este fenómeno, junto con la tendencia griega al separatismo, fue la razón por la cual las ciudades-Estado griegas, en conjunto, fracasaron en su lucha contra los monarcas que heredaron el poder de Alejandro. Sin embargo, nunca se rindieron a la autocracia helenística y, a medida que pasaba el tiempo, aumentaba el número de ciudades griegas que gozaban de una independencia completa o parcial.

La ciudad-Estado griega perdió finalmente su libertad cuando Roma conquistó a Grecia. La conquista fue precedida por un largo período de anarquía social y política. A pesar de su superioridad cultural y de sus maravillosos trofeos intelectuales y artísticos, Grecia se convirtió en esclava de hombres que ella consideraba bárbaros. En la confusión que precedió y en la apatía que siguió a la conquista romana, los que sufrieron más fueron los mejores hombres, los que todavía conservaban vivos los ideales de la libertad griega. Tales hombres, más que ningún otro, estaban sujetos a ese cambio de actitud mental a que he aludido. Llegaron a desconfiar de la razón: sus ideales eran pisoteados y ellos cayeron en el lodazal de un grosero materialismo o bien buscaron la salvación en las religiones místicas.

Pero esos hombres encontraron sucesores en Occidente, hombres guiados por los mismos ideales y creencias intelectuales y gobernados por las mismas instituciones políticas. La ciudad-Estado griega fue reemplazada por la ciudad itálica y por Roma, jefe de una alianza de esas ciudades. La aristocracia romana tomó la antorcha de la civilización de Grecia y continuó su misión con los mismos lineamientos, a los que añadió, a medida que los ponía en práctica, las cualidades nacionales que le eran peculiares. Pero Roma era más que una ciudad-Estado: era una ciudad que gobernaba sobre un imperio; por cada ciudadano, tenía cientos de subditos. En Roma misma, la aristocracia que había creado la nueva civilización itálica se veía forzada a soportar el mismo conflicto interno que había dividido a Grecia. Mientras Roma luchaba por la hegemonía política del mundo antiguo, la división de clases dentro del Estado quedó en segundo plano o, al menos, no ocasionó derramamiento de sangre. Pero, tan pronto como se adueñó del mundo, el poder de los "mejores hombres", los optimates o aristócratas, sufrió el asalto de los ciudadanos en general. El grito de guerra era una distribución más justa y mejor de la propiedad, y una forma de gobierno más democrática. Ochenta años duró ese sangriento conflicto y la aristocracia salió de él vencida y desmoralizada. Su lugar fue ocupado por la clase media itálica. A ella sola incumbía ahora el deber de mantener en alto el estandarte de la civilización.

La clase media pagó muy cara su victoria. Aunque la constitución municipal y la libertad de los

ciudadanos se conservaron, al menos en apariencia y por el momento, una nueva estructura, en la forma del poder imperial se superpuso al Estado. Entonces se vio que la libertad se iba debilitando sin cesar y no solo la libertad política, sino también la libertad de pensamiento y da creación que tanto estimaban los espíritus más nobles. El concepto mismo de libertad se rebajó hasta significar el sometimiento voluntario de todos a uno solo, aun cuando éste fuera el mejor entre los mejores, el *princeps*. Además, esa libertad solo pertenecía a quienes poseyeran el título de ciudadano romano: los millones de hombres diseminados por todas las tierras del Imperio carecían incluso de ese vago privilegio.

El establecimiento del Imperio trajo consigo un nuevo avance del genio creador. Pero, como ya he dicho en el capítulo XV, este progreso carecía del entusiasmo y la pujanza que señalaron las realizaciones de las ciudades griegas e, incluso, las de la Roma republicana. Desde el comienzo, lleva el sello del cansancio y de la desilusión, sello característico de una era posrevolucionaria. Más tarde, en la atmósfera tranquila de paz, orden y prosperidad, se debilita cada vez más y su energía vital se desvanece. Las clases superiores, salvo las casas senatoriales que los emperadores persiguieron y exterminaron, hacían una vida calma y fácil. Con la tutela del emperador, no tenían necesidad de inquietarse por el mañana. Roma no tenía rival y frente a la civilización romana no había competidor. La opinión general era que Roma, su civilización y su sistema político eran todos por igual inmortales. No había con quien luchar ni nada por defender. El gobernante mismo predicaba paz y no conflictos a la comunidad. ¿Qué había que buscar, si todo se había encontrado ya? Además, la búsqueda era un asunto peligroso y podía acarrear muchos contratiempos al investigador.

En esta atmósfera de conformismo indolente, las clases privilegiadas y, en particular, la clase media urbana, encontraron sus ideales en el placer, en las ganancias y en el logro, para sí mismos y sus familias, de las ventajas materiales de la civilización. Los hombres se hicieron egoístas y dedicaron sus energías al ocio y las diversiones. En esos tiempos de esterilidad y estancamiento, las mentes mejores se volvieron insatisfechas de la vida y la encontraban vacía de sentido y, cuando descubrieron que eso no conducía a nada, perdieron la fe en el poder de la razón, que los había traicionado en todo momento, mientras ganaba terreno la censura y tutela del gobernante. El genio creador se consumía; la ciencia repetía sus anteriores resultados. El libro de texto sustituyó a la investigación; no se hicieron nuevos descubrimientos artísticos: solo se oían ecos del pasado, perfectos en cuanto a la forma, pero vacíos de sentido. También la pluma, el cincel y el buril producían obras muy bien sazonadas, capaces de atraer y divertir a los espíritus, pero sin capacidad para elevarlos e inspirarlos.

Los que se negaron a someterse se refugiaron en la religión. Procuraron liberarse de las mezquindades de la vida real en la contemplación de Dios y en la comunión con el mundo invisible. Incapaces de trabajar para el prójimo o de luchar por el triunfo de una gran causa, se retrajeron por completo en sí mismos y adoptaron como ideal la perfección íntima, el constante desarrollo de su propio ser moral y espiritual. Tras el exterior brillante del Imperio Romano, sentimos la carencia de poder creador y la repugnancia que inspira, sentimos e! cansancio y la indiferencia, que no solo minaba la cultura del Estado, sino también su sistema político, su pujanza militar y su progreso económico. Un síntoma de esa indiferencia es el suicidio racial, la negativa a continuar la especie. Las clases superiores buscaban nuevos miembros fuera y no dentro de sí mismas; así se extinguieron antes de que tuvieran tiempo para legar a las generaciones siguientes la herencia de la cultura.

De ningún modo esa vida culta y fácil fue patrimonio de todos los subditos del Imperio. La cultura estaba limitada a una minoría, la clase urbana acomodada. Es cierto que en aquel tiempo aumentó el número de miembros de esa minoría; nuevas ciudades surgieron por todas partes, entre celtas, iberos, ilirios, tracios y bereberes, en Occidente; en las colinas y valles de Asia Menor y Siria, y en las llanuras de Arabia, en Oriente. Pero el aumento en el número debe considerarse en relación con otros hechos. El proletariado urbano de esclavos y libertos iba creciendo con la misma, si no mayor,

rapidez y lo mismo ocurría con el proletariado rural. Ninguna de esas clases tenía participación en el ocio y la prosperidad de las clases superiores; de hecho, solo les correspondía en el reparto el trabajo y algo parecido a la mendicidad. La cultura de los habitantes de las ciudades les estaba vedada; ya eran bastante afortunados si les tocaban en suerte algunas migajas. De ese modo, el ocio y la impotencia de las clases dirigentes trajeron consigo una nueva crisis social y económica para el Imperio. Los emperadores más perspicaces advirtieron el peligro, pero resultaba difícil y aun peligroso para el gobernante sacar de su apatía a las clases superiores. Y, por otra parte, la resistencia, tenaz aunque pasiva, de las "clases" hacía casi imposible elevar decididamente a las masas a una categoría superior.

La evolución de esos estados de espíritu (apatía en el rico y descontento en el pobre) fue, en un principio, lenta y velada. Pero, de pronto, se agudizó, cuando el Imperio, después de dos siglos de paz y tranquilidad, se vio obligado a defenderse contra enemigos del exterior. El momento exigía un gran despliegue de entusiasmo. Pero el rico no podía salir de su indiferencia y el pobre, al ver la debilidad y la impotencia de los mejores y privado de toda participación en ese conformismo indolente y ocioso, se llenó de odio y envidia. Al advertir esta enfermedad interna del Estado, los gobernantes trataron de imponer a sus subditos la obligación de defender el Imperio y su civilización. La mano de la autoridad fue por igual dura para los de arriba y para los de abajo. A fin de salvar el Imperio, el Estado comenzó a oprimir y a arruinar a la población, pero rebajó al poderoso sin elevar al humilde. Da esa hecho, surgió la catástrofe social y política del siglo III, en el cual el Estado, con el apoyo del ejército o, dicho de otro modo, de las clases bajas, derrotó a las clases superiores y las dejó humilladas y empobrecidas. Ese acontecimiento fue un golpe fatal para la civilización aristocrática y urbana del mundo antiguo.

Ese mundo nunca se recobró del golpe recibido. Los poderes creadores de la aristocracia habían quedado minados en forma definitiva. El conformismo pacífico e indolente de los dos siglos primeros cedió el lugar a la apatía senil, a la indiferencia y a la desesperación. En sus sufrimientos, los hombres buscaban la liberación en el más allá y no en esta vida: esperaban reposo y felicidad en el otro mundo. Tampoco las clases inferiores ganaron algo con su victoria: esclavitud y ruina financiera constituyeron la parte que les tocó en el reparto. También ellos, después de los horrores del siglo III, encontraron un refugio en la religión y la esperanza en una vida futura. En esta situación de impotencia, pasó el Imperio sus últimos días, simplificando cada vez más su existencia y pidiendo menos a la vida. El Estado, apoyado en las reliquias de su pasada grandeza, continuó existiendo mientras su cultura y organización fueron superiores a las de sus enemigos; cuando esa superioridad se desvaneció, nuevos señores entraron en posesión de lo que había convertido en un organismo exangüe y gastado. El poder creador que aún quedaba volvió la espalda a este mundo y a sus exigencias, y estudió cómo conocer a Dios y cómo llegar a unirse con Él.

Así, una vez más, en el caso del Imperio Romano, la constante decadencia de la civilización no debe atribuirse a una degeneración física, ni a un envilecimiento de la sangre en las capas superiores debido a la esclavitud, ni tampoco a determinadas condiciones políticas y económicas, sino más bien a un cambio de actitud mental en los hombres. Ese cambio se debió a la cadena de circunstancias que produjo las condiciones de vida específicas del Imperio Romano. El proceso fue idéntico al de Grecia. Una de esas condiciones, muy importante, fue la naturaleza exclusiva y aristocrática de la civilización antigua. La reacción mental y la división social, tomadas en conjunto, privaron al mundo antiguo de la posibilidad de conservar su civilización o de defenderla contra la disolución interna y la invasión bárbara del exterior.

BIBLIOGRAFÍA

La *Cambridge Ancient History*, vols. VII-XII (1928-1939), trae nuevo panorama detallado de la historia romana y completas bibliografías. En consecuencia, se ha tomado debida nota de esas sugerencias para profundizar en el estudio, con el agregado de unos pocos libros recientes, en su mayoría en inglés. Véanse también las bibliografías anuales compiladas en *L'Année philologique*.

I. Fuentes (selecciones traducidas)

N. Lewis y M. Heinhold, *Román Civüization*, vols. I-II, 1951-55 (con buena bibliografía de libros y artículos en inglés).

Ancient Román Statutes (trad. por Alian Ch. Johnson y otros), 1961. M. Hadas, A History of Rome, Anchor, 1956. Para material arqueológico ilustrativo, véanse las 96 láminas de la edición original de este libro (A History of the Ancient World, vol. II, Rome); véase además Cambridge

Ancient History, láminas, vols. III-V.

II. Panoramas generales de historia romana

Cambridge Ancient History, vols. VII-XII, 1928-39.

A. Piganiol, Histoire de Rome, 4* ed., 1954 (con una excelente bibliografía)

[trad. esp.: *Historia de Roma*, Buenos Aires, EUDEBA, 1961]. G. Gianelli y S. Mazzarino, *Trattato di atoria romana*, vols. I-II, 1953-5S

(con una detallada bibliografía). A. Aymard, *Rome et son empire*, 1954. Textos: A. E. R. Boak, *A History of Rome*, 4' ed., 1955; M. Cary, *History of*

Rome, 2» ed., 1954. J. O. Thomson, Everyman's Classical Atlas, Dutton, 1961.

III. Italia antigua A. Obras generales

M. Cary, *The Geographic Background of Greek and Román History*, 1949, E. Pulgram, *The Tongues of Italy*, 1958. G. Devoto, *Gli antichi Italici*, 2' ed., 1951.

B. Prehistoria

G. Patroni, La prehistoria, 2» ed., 1951.

V. G. Childe, The Daum of European Civilization, 6' ed., 1957 [trad. esp.;

Los orígenes de la civilización, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958],

271

ROMA

C. Etruria

M. Pallottino, Etruscan Painting, 1952.

Id., The Etruscans [trad. inglesa], Pelican, 1955.

R. Bloch, The Etruscans, 1958 [trad. esp.: Los etruscos, Buenos Aires, EU-

DEBA, 3» ed., 1966]. id., Etruscan Art, 1959.

D. Sicilia y sur de Italia

L. B. Brea, Sicily befare the Greeks, 1958.

G. de Miró, Sicile grecque, 1955.

J. Heurgon, Recherches sur l'histoire... de Capone préromaine, 1942.

P. Wuilleumier, Tárente, 1939.

IV. La república romana

A. Obras generales

Cambridge Ancient History, vols. VII-IX, 1928-32.

Th. Mommsen, *History of Rome*, 1854-56 (trad. inglesa abreviada), Wisdom,

1960 [hay trad. esp.].

Fustel de Coulanges, *La cité antique* (1863) [hay trad. esp.]. G. de Sanctis, *Storia dei Romani*, vols. I-IV, 1907-58.

H. H. ScuMard, A History of the Román World from 753 to 1\(^6 B. C, 3\) ed., 1961.

B. Monografías

- 1) Primer período
- E. Pais, Ancient Legenda of Román History, 1906.
- G. Dumézil, L'héritage indo-européen à Rome, 1949.
- R. Bloch, The Origins of Rome, 1960.
- E. Gjerstad, Early Rome, vols. I-II, 1953 y ss., en curso de publicación.
- 2) Período de la ciudad-Estado y de las ligas latina e itálica
- E. Muenzer, *Roemische Adelsparteien und Adelsfamilien*, 1920. A. Afzelius, "Die roemische Eroberung Italiens 340-264 vor Chr.", *Acta Jut-landica*, XIV, 1, 1942.
- 3) Período de la formación del Imperio Romano
- M. Holleaux, Rome, la Gréce et les monarchies hellénistiques au III-éme
- siécle av. J.-C. (273-205), 1921. Id., Eludes d'épigraphie et d'histoire grecque, vols. IV-V: Rome, la Macé-

doine et l'Orient grec, 1952-57. P. W. Walbank, *Philip V,* 1940. B. H. Warmington, *Carthage,* 1960. G. y C. Charles-Picard, *Daily Life in Carthage at the Time of Hannibal,* 1961. 272

BIBLIOGRAFÍA

- C. G. Starr, The Emergence of Rome as Ruler of the Western World, Cornell
- University Press. A. Afzelius, "Die roemische Kriegsmacht waehrend der Auseinandersetzung mit den hellenistischen Grossmaechten", *Acta Jutlandica*, XVI, 2, 1944.
- F. W. Walbank, A Historical Commentary on Polybius, vol. I, 1956, en curso
- de publicación. P. Meloni, Perseo e- la fine della monarchia macedone, 1953.
- 4) Periodo de la guerra civil
- .Th. Mommsen, *History of Rome*, compendio de los capítulos sobre la caída de la República, Meridian
- G. Perrero, *Greatness and Decline of Rome*, vols. I-V (trad. inglesa), 1907-9
- [hay trad. esp.]. *Id., The Life of Caesar,* reimpresión, Norton (capítulos seleccionados de Ferrero, *Greatness of Rome,* véase arriba).
- E. Meyer, Caesar's Monarchie und der Prinzipat des Pompeius, 2* ed., 1919. T«. R. Holmes, The Román Republic and the Founder of the Román Empire,
- vols. I-in, 1923. G. Bloch y J. Carcopino, La République romaine de 1SS á kk av. J.-C, vols.
- MI, 1929-36. Lily R. Taylor, *Party Politica in the Age of Caesar*, 1949; reimpresión, Uní* versity of California Press, 1961.
- P. R. Cowell. Cicero and the Román Republic, 1948; reimpresión, Pelican, 1956* H. Frisch, Cicero'» Fight for the Republic, 1946. T. R. Holmes, Caesar's Conquest of Gaul, 2* ed., 1931. Id., Ancient Britain and the Invasions of Julius Caesar, 1936. -H. H. Scullard, From the Gracchi to Ñero, reimpresión, Praeger ,1959. P. B. Marsh, A Hislory of the Román World from U6-S0 B. C, 2* ed., 1953.
- C. Constitución y administración
- Th. Mommsen, Roemisches Staatsrecht, vols. I-III, 3* ed., 1871-88.
- U. v. Luebtow, Das roemische Volk, sein Staat und sein Recht, 1955.
- L. Homo, Román Political Institutions (trad. inglesa), 1929.
- G. H. Stevenson, Román Provincial Administration, 1939.
- A. N. Sherwin-White, The Román Citizenship, 1939.
- K. v. Fritz, The Mixed Constitution in Antiquity, 1954.
- H. W. Parker, The Román Legiona, 2* ed., 1957.
- J. H. Thiel, Studiea on the History of Román Sea-Power in Republican Times, 1946.
- Id., A History of Román Sea-Pcnver befare the Second Punte War, 1954. F. E. Adcock, The Román Art of War under the Republic, 1940. Id., Román PoKtical Ideas and Practices, 1959. H. Hill, The Román Middle Class in the Republican Period, 1952.

- D. Condiciones económicas y sociales.
- T. Frank, An Economic History of Rome. 2* ed., 1927. Id., An Economic Survey of Ancient Rome, vol. I, 1933.
- W. E. Heitland, Agrícola: A Study in Agrictdtvre and Rustió Life in the Greco-Román WorU. 1921. 273

ROMA

E. Religión

W. Warde Fowler, *The Religious Experience of the Román People*, _2» ed., 1922.

C. Bailey, Phases in the Religión of Ancient Rome, 1932. H. Wagenvoort, Román Dynamism, 1947.

H. J. Rose, Ancient Román Religión, 1948. J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religión romaine-, 1957.

F. Arte y arqueología

R. Cagnat y V. Chapot, Manuel d'archéologie romaine, vols. I-II.

E. Strong, Art'in Ancient Rome, 1928.

A. Maiuri, Román Painting, 1953.

G. M. Richter, Ancient Italy, 1955.

I. S. Ryberg, Rites of the State Religión in Román Art, 1955.

I. S. Scott, An Archaeological Record of Rome, 1940.

P. McKendrick, Mute Stoness Speak, 1960.

M. Grant, Román History from Coins, 1958.

H. Mattingly, Román Coins, 2* ed., 1960.

E. A. Sydenham, The Coinage of the Román Republic, 2» ed., 1952.

G. Derecho

F. Schiilz, Classical Román Law, 1951.

Id., History of Román Legal Science, 1953.

H. F. Jolowicz, Román Foundations of Modern Law, 1957.

H. J. Wolff, Román Law, 1951.

H. Literatura Véase Sección V. I.

V. El imperio romano A. Obras generales

M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Román Empire*, 1926; 2* ed., 195Y (reimpresa con algunas adiciones).

Cambridge Ancient History, vols. X-XII, 1934-39.

Estas dos obras son fundamentales. Ambas traen bibliografías detalladas y clasificadas. En consecuencia, salvo escasas excepciones, solo se mencionan a continuación algunas obras en inglés publicadas después de 1934.

E. Gibbon, *Deline and Fall of the Román Empire*, 1* ed., 1776-88; las partes fundamentales están reimpresas en ediciones accesibles tales como *The Portable Gibbon*.

E. T. Salmón, A History of the Román World from SO B.C. to A.D. 188> 3" ed., 1957.

M. P. Char'esworth, The Román Empire, 1951.

H. Mattingly, *Román Imperial Civibization*, 1957; reimpresión, Anchor, 1959. 274

BIBLIOGRAFÍA

B. Monografías sobre los emperadores 1) Augusto

Res Gestae Divi Augusti, texto latino con comentario en francés por J. Gagé, 2» ed., 1950; con notas en inglés por R. S. Rogers, 1935; trad. inglesa en Lewis y Reinhold (véase arriba, Sección *I*), vol. II", pp. 9 y ss.

R. Syme, Román Revolution, 1939; reimpresión, Oxford, 1960.

J. D. Newby, A Numismatic Commentary on the Res Gestae of Augustus, 1938.

2) Tiberio

- R. S. Rogers, Studies in the Reign of Tiberius, 1943. M. Grant, Aspects of the Principóte of Tiberius, 1951.
- 3) Calígula J. P. V. D. Balsdon, The Emperor Gaius, 1934.
- 4) Claudio
- V. M. Scaramuzza, *The Emperor Claudius*, 1940. A. Momigliano, *Claudius*, 2* ed., 1957.
- 5) Trajano
- F. A. Lepper, Trajan's Parthian War, 1948.
- 6) Marco Aurelio
- E. Renán, *Marcas Aurelius*, 1882 (trad. inglesa). A. S. L. Farquarson, *Marcus Aurelius*, 2* ed., 1952. M. Hammond, *The Antonine Monarchy*, 1959.
- C. Constitución
- J. Béranger, Recherches sur l'aspect idéologique du principat, 1953.
- M. Grant, From Imperium to Auctoritas, 1946.
- A. R. Burn, The Government of the Román Empire, 1952.
- D. Administración
- S. J. de Leet, *Portorium: ÍStude sur l'organisation douaniere chez les Romains* 1949.
- E. Birley, Román Britain and the Román Army, 1953. G. Forni, Recrutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano, 1953.

275

BOMA

- J. A. O. Larsen, Representative Government in Greek and Román History, 1955.
- H. G. Pflaum, Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain, 1950. J. A. Crook, Consilium Principia: Imperial Councils and Counsellora from

Augustus to Diocletian, 1955. C. 6. Starr, The Román Imperial Navy, 1941.

- L. L, Howe, *The fraetorian Prefects from Commodus to Diocletian*, 1942. G. H. Stevenson, *Román Provincial Administration*, 2* ed., 1949. M. Durry, *Lea Cohortes prétoriennes*, 1938. A. Passerini, *Le coorti pretorie*, 1939.
- E. Condiciones económicas y sociales
- M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Román Empire, 2** ed., 1957.
- T. Frank, An Economic Survey of Ancient Rome, vols. II-V, 1936-41. S. Dill, Román Society from Nero to M. Aurelius, 1905; reimpresión, Meri-
- dian, 1956. H. I. Marrou, History of Education in Antiquity, 1957 (trad. esp.: Historia
- de la educación en la Antigüedad, Buenos Aires, EUDEBA, 1965). M. L. Clarke, Rhetoric at Rome, 1953.
- J. Day, An Economic History of Athens under Román Domination, 1942. C. G. Starr, Civilization and the Caesars, 1954. J. Carcopino, Daily Life in Ancient Rome, 1941; reimpresión, Yale, 1960 (hay trad. esp.).
- F. Kenyon, Books and Readers in Greece and Rome, 2* ed., 1951. W. L. Westermann, The Slave Systems of Greek and Román Antiquity, 1955. A. N. Du£f, Freedmen in the Early Román Empire, 2* ed., 1957. M. Wheeler, Rome Beyond Imperial Frontiers, 1954; reimpresión, Pelican, 1955. F. Poulsen, Glimpses of Román Culture, 1950. J. H. Oliver, The Ruling Power: A Study of the Román Empire in the Second

Century after Christ through the Román Oration of Aelius Aristides, 1953. U. E. Paoli, Vita Romana, 1948 (en italiano; también trad. al francés y al

alemán). E. Barker, From Alexander to Constantine: Passages and Documenta Illustrating the History of Social and Political Ideas, 1956.

F. Las provincias del imperio romano

- Th. Mommsen, *Provvnces of the Román Empire*, vols.,1-11, 1885 (trad. inglesa). M. Rostovtzeff, *Social and Eoonomic History of the Román Empire*, 2* ed.» 1957.
- 1) El Occidente
- I. A. Richmond, Román Britain, Pelican, 1955.

Antiquities of Román Britain, The British Museum, 1951.

- G. E. F. Chilver, Cisálpine Gaul, 1941.
- O. Brogan., Román Gaul, 1953.
- A. Dopsch, *The Economic and Social Foundations of European Civilization*, •1937.
- J. J. Hatt, *Histoire de la Gavie Tomaina*, 1959. F. J. Wieseman, *Román Spain*, 1956.

BIBLIOGRAFÍA

- 2) Asia
- D. Magie, Román Rule in Asia Minor, vols. I-II, 1950
- 3) Sur de Rusia
- M. Ro6tovtzeff, Iranian8 and Greeks m South Russia, 1922. T. T. Rice, The Scythians, 1957.
- 4) Siria
- M. Rostovtzeff, Caravan Cities, 1932. td., Dura-Europos and its Art, 1938. G. Downey, History of Antioch, 1961.
- 5) Egipto
- J. G. Winter, Life and Letters in the Papyri, 1933.
- S. L. Wallace, Taxation in Egypt from Augustus to Diocletian, 1938.
- H. I. Bell, Egypt, from Alexander the Great to the Arab Conquest, 1948.
- A. C. Johnson, Egypt and the Román Empire, 1951.
- R. Taubenschlag, The Lavo of Greco-Román Egypt, 2* ed., 1955.
- H. A. Musurillo, The Acta of Pagan Martyrs, 1954.
- G. Charles-Picard, Civilisation de l'Afrique romaine, 1959.
- G. Religión
- 1) Cultos paganos
- F. C. Grant, Román Religión, 1955 (trad. de textos).
- F. Cumont, Oriental Religions in Román Paganism, reimpresión, Dover.
- Id., Lux Perpetua, 1949.
- Id. Afer-Life in Román Paganism, 1922; reimpresión, Dover.
- I. A. Richmond, Archaeology and the After-Life in Pagan and Christian Imaginery, 1950.
- J. Bayet, *Hi&toire politique et psychologique de la religión romaine*, 1957. H. J. Bell, *Cults and Creeds in Graeco-Roman Egypt*, 2* ed., 1954. A. D. Nock, *Conversión*, 1933; reimpresión, Oxford, 1961. F. H. Cramer, *Astrology in Román Lato and Politics*, 1954.
- 2) Cristianismo
- H. Lietzmann, A History of the Early Church, 2 vols.; reimpresión, Merídian.
- T. R. Glover, The Conflict of Religions in the Early Román Empire, 1909.
- P. de Labriolle, La Réaction palenne, 1934.
- H. Mattingly, Christianity in the Román Empire, 1957.
- E. Stauffer, Christ and the Caesars, 1955.
- J. Lebreton y J. Zeiller, *The History of the Primitive Church*, vols. I-IV,
- 1948-49. C. J. Cadoux, The Early Church and the World, 1925.

277

ROMA

J. Stevenson, A New Eusebius: Documenta Illustrative of the History of the Church to A, D. 337 (trad. inglesa), 1957.

- H. Arte y arqueología (Compárese Sección IV, F)
- A. Maiuri, Pompeii, 1960.
- K. Schefoid, Pompeianische Malerei, 1952.
- R. Meiggs, Román Ostia, 1960.
- D. S. Robertson, Handbook of Greek and Román Architecture. 2* ed., 1943.
- A. Boethius, *The Golden House of Nero*, 1961.
- L. Lugli, La técnica edilizia romana, 1957.
- Ch. Singer (dir.), History of Technology, vol. II, 1956.
- L. Homo, Rome impértale et l'urbanisme dans l'antiquité, 1951.
- C. H. V. Sutherland, Coinage in Román Imperial Policy, 31 B. C. A. D. 68, 1951.
- A Guide to the Exhibition of Román Coins in the British Museum, 1952.
- N. Grant, Román Imperial Money, 1954.
- R. Ghirshman, han, Pelican, 1954.
- A. Christensen, L'Empire des Sassanides, 1944.
- A. J. Arkell, History of the Sudan, 1956.
- F. Owen, The Germanic People, 1960.
- I. Literatura
- 1) Obras generales
- J. W. Duff, Literary History of Rome, 2* ed., 1953.
- T. Frank, Life and Literature in the Román Republic, 1931; reimpresión,

University of California Press, 1957 [trad. esp.: Vida y literatura -en la

República Romana, Buenos Aires, EUDEBA, 1963]. Ed. Norden, Die roemische Literatur, 5* ed., 1954. H. J. Rose, A Handbook of Latin Literature, 3* ed., 1954. A. Meillet, Esquisse d'une histoire de la langúe latina, 6 ed., 1952. L. R. Palmer, Latin Language, 1954.

- 2) Monografías
- F. E. Adcock, Caesar as Man of Letters, 1956.
- G. Boissier, Cicero and His Friends (trad. inglesa), 1897. M. L. W. Laistner, The Greater Román Historians, 1947. G. E. Duckworth, The Nature of Román Comedy, 1952. L. P. Wilkinson, Ovid Recalled, 1955.
- Ed. Fraenkel, Horatius, 1957.
- L. P. Wilkinson, Horace and His Lyric Poetry, 2* ed., 1951.
- G. Highet, Juvenal the S^{tirist}, 1954; reimpresión, Oxford, 1961.
- C. W. Mendell, Tacitus, 1957.
- R. Syme, Tacitus, 1958.
- J. Perret, Virgile, 1952.
- H. J. Rose, The Eclogues of Vergil, 1942.
- G. Highet, Poets in a Landscape, 1957.
- VI. Fines del Imperio Romano A. Obras generales
- J. B. Bury, *History of the Later Román Empire*, 2* ed., 1923; reimpresión, Dover, 2 vols., 1957. 278

BIBLIOGRAFÍA

- F. Lot, The End of the Ancient World, 1931. A. Piganiol, L'Empire chrétien, 1947.
- A. Vassiliev, *History of the Byzantine Empire*, 2 vols., 2* ed., 1952; reimpresión, University of Wisconsin Press, 2 vols., 1958.
- G. Ostrogorsky, History of the Byzantine State, 1956.
- B. Monografías
- A. E. R. Boak, Manpoioer Shortage and the Fall of the Rontan Empire, 1955. S. Dill, Román Society in the Last Century of the Western Empire, 1899;
- reimpresión, Meridian, 1959. A. Alfoldi, A Conflict of Ideas in the Late Román Empire, 1952.
- A. H. N. Jones, Constantine and the Conversión of Europe, 1948.

- Ch. N. Cochrane, *Cristianity and Classical Culture*, 1944; reimpresión, Galaxy Books, 1957.
- S. Katz, *The Decline of Rome and the Rise of Medieval Europe*, 1955. F. W. Walbank, *Decline of the Román Empire in the West*, 1947. N. K. Chadwick, *Poetry and Letters in Early Christian GauL* 1955. C. D. Gordon, *The Age of Attila*, 1960.
- B. H. Warmington, *The North African Provinces from Diocletian to the Vandal Conquest*, 1954.
- M. L. W. Laistner, Christianity and Pagan Culture, 1931. P. Courcelle, Histoire littéraire des grandes invasions germaniques, 1948. E. Demouget, De l'unité à la división de l'Empire Romain, 1951.
- C. Pharr, The Theodosian Cote (trad. inglesa), 1952.
- E. Barker, Social and Political Thought in Byzantium, 1957.

Biografía

Michael Ivanovich Rostovtzeff (1870–1952)

Historiador del mundo económico y social antiguo. Rostovotzeff nació en Kiev, Ucrania, entonces en el imperio ruso. Estudió en la Universidad de San Petersburgo, donde fue profesor de latín y de historia de Roma de 1898 a 1918. En ese tiempo realizó numerosos viajes de reconocimiento e investigaciones arqueológicas por España, Italia y Oriente Medio.

Tras la revolución bolchevique, en septiembre de 1918, se exiló permaneciendo un tiempo en Oxford, en el Queens' College. Impartió algunas conferencias en Inglaterra y Francia sobre la historia económica de los períodos helenístico y romanos pero sus pretensiones de obtener un puesto en Oxford no fueron aceptadas y tuvo que emigrar a los Estados Unidos.

Fue profesor de historia antigua en la Universidad de Wisconsin, de 1920 a 1925, y en la Universidad de Yale desde esa fecha. En Yale fue también director de investigaciones arqueológicas y conservador de arte antiguo. Dirigió excavaciones en Dura-Europos y otros lugares de Oriente Medio.

Pasó a ser emérito en 1944 y falleció en 1952.

OBRAS

Historia de los impuestos agrícolas en el Imperio Romano (1902) Esta fue su tesis doctoral.

A Large Estate in Egypt in the Third Century B.C. (1922)

Iranians and Greeks in South Russia (1922).

Social and Economic History of the Roman Empire (1926) Versión española: Historia social y económica del Imperio Romano; traducida del inglés por Luis López-Ballesteros. Madrid, Espasa-Calpe, 1972

A History of the Ancient World (Vol. I, The Orient and Greece, 1926; Vol. II, Rome, 1927).

A Social and Economic History of the Hellenistic World (1941). Versión española: Historia social y económica del mundo helenístico; traducida del inglés Franciso José Presedo Velo Madrid. Espasa-Calpe, 1967.